

TEXTOS FUNDACIONALES DE AMÉRICA VI; PRIMERA  
PARTE, SEGUNDA SECCIÓN:  
LA ANTROPOLOGÍA DEL NUEVO OCCIDENTE:  
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Por *Stelio Cro*

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

RAZÓN Y PROPÓSITO DE LA **HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA  
DE LA NUEVA ESPAÑA**; PRIMERA PARTE: LA ÉPICA DE LA CONQUISTA

**B**ernal afirma el valor de su obra e insiste en la importancia que reviste para el honor suyo y de sus descendientes: “y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes salvo esta mi verdadera y notable relación.”<sup>1</sup> Pocos testimonios tenemos tan auténticos y reveladores de una conciencia histórica que ahonda sus raíces en la reconquista, de las palabras de Bernal en que se presenta sin retórica ni falsa modestia, como un nuevo cruzado, consciente de vivir una época de crisis religiosa, pues la reforma de Lutero había estallado en Alemania en los mismos años de la conquista de la Nueva España, reforma a la que se opone España en ambos teatros bélicos, el viejo y el nuevo mundo:

Y se me alegra el corazón cuando me acuerdo haber sido de los primeros que puse y aventuré mi persona y bienes en esta tan notable y sancta empresa, como

---

<sup>1</sup> Véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española, 2011, p 4. Referencias con la abreviación *HV*, seguida de las páginas.

acaeció a los muy esforzados capitanes que han vencido y dominado grandes ejércitos de contrarios, ganándoles señoríos. Pues mírenlo bien en lo que adelante diré y verán que lo que ayudé a ganar ese gran reino e muchas provincias y ciudades para nuestro rey y señor, por lo cual doy muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que me hace. Y esto tengo por mis tesoros y riquezas, más que muchas barras de oro que tuviese atesoradas, porque el oro se consume y gasta, y la buena fama siempre haya memoria, pues que en la milicia de lo militar es en que empleé mi mocedad y juventud, y es la cosa más preciada y tenida en este mundo; y en nuestros tiempos, así para que nuestra sancta fe católica sea siempre más ensalzada, como para que la justicia real sea más tenida y acatada. Y esto dejo por herencia y mayorazgo a mis hijos y descendientes, porque tengo confianza en Dios que su Majestad, desde que lo alcanzare a saber, como es cristianísimo, les hará grandísimas mercedes, porque claramente verá que son dinos dellas” (HV, 6).

## ORIGEN DEL NOMBRE Y SU ALUSIÓN AL OCCIDENTE

Al final de la *Carta Segunda* Cortés se refiere al país descubierto y conquistado, como Nueva España, a pesar de haber comunicado su derrota y retirada de Tenochtitlan,<sup>2</sup> con esta explicación:

Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace[n], y en otras muchas cosas que le equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así (*Carta II*, 52).

Ése es el nombre elegido por Bernal Díaz del Castillo para el título de su obra, reconociendo con ello su filiación y fidelidad a su jefe, como confirma en su original, el que Guillermo Serés define como “Preámbulo G,” en que Bernal pone de relieve su propósito de escribir como testigo de vista, y no como cronista de segunda mano, o sea, que ha recibido las noticias de otras fuentes:

Y yo, como no soy latino, no me atrevo a hacer preámbulo ni prólogo dello, porque ha menester para sublimar los heroicos hechos y hazañas que hecimos cuando ganamos la Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso y esforzado capitán don Hernando Cortés, que después, el tiempo andando, por sus

---

<sup>2</sup> Según Sahagún, todas las palabras del náhuatl son graves (Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*. México, Porrúa, 1999, p. 913). Referencias a esta obra con la abreviación *Sahagún*, seguida de la página.

heroicos hechos fue marqués del Valle. Y para podello escribir tan sublimadamente como es dino, fuera menester otra elocuencia y retórica mejor que no la mía; mas lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con el ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra. Y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y decendientes (sic) salvo esta mi verdadera y notable relación, como adelante en ella verán, no tocaré por agora en más de decir y dar razón de mi patria y dónde soy natural y qué año salí de Castilla y en compañía de qué capitanes anduve militando y dónde agora tengo mi asiento y vivienda (HV, 4).<sup>3</sup>

### CONCIENCIA DE BERNAL DE LA EXTENSIÓN DEL OCCIDENTE CRISTIANO

En el “Preámbulo A,” designado por el editor Serés como “la copia en limpio del manuscrito que manejó y enmendó Bernal y que preparó su hijo Francisco Díaz del Castillo,”<sup>4</sup> el autor declara sin ambages la relación entre sus victorias en el campo de batalla y la conquista de un nuevo occidente cristiano:

Después de las encomendar [mis historias] a Dios todopoderoso y a nuestra señora la Virgen María, su bendita madre, a quien yo siempre encomiendo todas mis cosas, queremos y deseamos que los lectores que las leyeren sepan las causas sobre que fueron fundadas y a qué fin se escriben. Y esto digo sobre la que a mí toca, para que conozcan que son verdaderas, para que le sean aceptas y tomen melodía en las leer; en especial si alcanzaren a saber que yo, el auctor de las tales materias de que hago relación como testigo de vista, me he hallado muchas y diversas veces peleando en sangrientas y dudosas y bien heridas y porfiosas batallas, que después de Dios, que fue servido de me ayudar y alcanzar vitoria, y estuvo mi persona muchas veces en peligro de muerte. Y de la tal vitoria se ha seguido mucha prez y honra, ansí para el servicio de Dios nuestro señor, como al de Su Majestad y de toda la Cristiandad (HV, 5-6).<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Guillermo Serés subraya la imparcialidad de Bernal: “va a ser imparcial, sin torcer (‘decantarse, favorecer’) hacia un bando o personaje en particular. A su modo de ver, dicha supuesta imparcialidad mantiene una relación de causa-efecto con escribir muy llanamente, es decir, sin adornos retóricos ni afectación; de modo que—siguiendo su razonamiento—el contenido de la obra, la verdad de la conquista, esté directamente relacionado con la forma de exponerlo, la propia de un testigo de vista” (HV, 4, n. 5).

<sup>4</sup> Nota 1, HV, 5.

<sup>5</sup> El editor Serés observa con atención cómo esta dimensión universal de la participación de Bernal en la conquista está bien representada en este “Preámbulo A”: “sus directrices ideológicas, el modelo narrativo y el propósito último de su *Historia verdadera* (...) están mejor representadas en el prólogo de A: la conquista vista como servicio a la Cristiandad en general (con el consecuente providencialismo) y a la monarquía española en particular, pues se trata de una santa empresa que ensalza la fe; como una *translatio* o extensión a muchas ciudades y provincias de la monarquía católica, que, en palabras de

Cortés y Bernal representan, con otros conquistadores, ese momento único en la historia del occidente en que España revoluciona el curso de la historia. En efecto, el siglo XV, con la caída de Constantinopla en 1457, la pérdida de las colonias venecianas en las islas del mar Egeo y el abandono del Imperio Latino en Constantinopla por parte de Venecia, contemporáneo al avance turco en los dominios del Imperio Romano de Oriente, con la caída de varias plaza fuertes y ciudades, desde Atenas, hasta Jerusalén, desde Adrianópolis hasta Cartago, se había caracterizado por una reducción radical de las regiones que una vez observaban las religiones judaicas y cristianas. Después del descubrimiento de América y, sobre todo en el siglo XVI, de la conquista de la tierra firme por parte de España, y de su acción evangelizadora, el occidente cristiano adquirió extensas regiones sobre el océano Atlántico y, en gran parte, sobre el Pacífico, hasta el extremo oriente, con la incorporación de las islas Filipinas.

## EL HISTORIADOR COMO TESTIGO DE VISTA

Como testigo ocular y participante, junto con el piloto Antón de Alaminos, de las tres armadas—en 1517 la de Francisco Fernández de Córdoba, la de Juan de Grijalva en 1518 y la de Cortés en 1519—, Bernal Díaz del Castillo ocupa un lugar singular, al ser, al mismo tiempo, conquistador e historiador. Sus tres viajes, único conquistador en lograr esta hazaña, le han dejado un patrimonio lingüístico envidiable, que aflora en las voces quiché y náhuatl que Bernal utiliza en su obra.<sup>6</sup> Desde el comienzo de su obra, Bernal distingue, entre los historiadores de la conquista de México, a los que escriben como testigos que se encontraron en la acción conquistadora, y los cronistas que escriben por haberse enterado de oídas, o de lecturas:

...por lo que a mí toca y a todos los verdaderos conquistadores, mis compañeros, que hemos servido a Su Majestad así en descubrir y conquistar y pacificar y poblar todas las provincias de la Nueva España, que es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo, lo cual descubrimos a nuestra costa sin ser sabidor de ello Su Majestad, y hablando aquí en respuesta de lo que han dicho,

---

Tomás Campanella, equivale a monarquía universal española, y como una justa adquisición de fama, que representaría la contrapartida personal de tan notables hechos” (HV, 3, n. 1).

<sup>6</sup> Quiché es la lengua de los Mayas más hablada y difundida. Es la lengua en la que se ha escrito el *Popol Vuh*, libro que cuenta el origen de los Mayas, sus tradiciones, divinidades, mitología e historia. Esta obra de mediados de 1550, de autor anónimo, que la escribió en Guatemala, en quiché, utilizando el alfabeto español, fue descubierta por el padre dominico Francisco Ximénez alrededor de 1700, que la tradujo al español.

y escrito, personas que no lo alcanzaron a saber, ni lo vieron, ni tener noticia verdadera de lo que sobre esta materia propusieron, salvo hablar a sabor de su paladar, por oscurecer si pudiesen nuestros muchos y notables servicios, porque no haya fama de ellos ni sean tenidos en tanta estima como son dignos de tener; y aun como la malicia humana es de tal calidad, no querrían los malos detractores que fuésemos antepuestos y recompensados como Su Majestad lo ha mandado a sus virreyes, presidentes y gobernadores; y dejando estas razones aparte, y porque cosas tan heroicas como adelante diré no se olviden, ni más las aniquilen, y claramente se conozcan ser verdaderas, y porque se reprueben y den por ninguno los libros que sobre esta materia han escrito, porque van muy viciosos y oscuros de la verdad; y porque haya fama memorable de nuestras conquistas, pues hay historias de hechos hazañosos que ha habido en el mundo, justa cosa es que estas nuestras tan ilustres se pongan entre las muy nombradas que han acaecido. Pues a tan excesivos riesgos de muerte y heridas, y mil cuentos de miserias, pusimos y aventuramos nuestras vidas, así por la mar descubriendo tierras que jamás se había tenido noticia de ellas, y de día y de noche batallando con multitud de belicosos guerreros; y tan apartados de Castilla, sin tener socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran misericordia de Dios Nuestro Señor, que es el socorro verdadero, que fue servido que ganásemos la Nueva España y la muy nombrada y gran ciudad de Tenuztitlán<sup>7</sup> México, que así se nombra, y otras muchas ciudades y provincias, que por ser tantas aquí no declaro sus nombres (...) digo que haré esta relación, quien fue el primero descubridor de la provincia de Yucatán y como fuimos descubriendo la Nueva España, y quienes fueron los capitanes y soldados que lo conquistamos y poblamos, y otras muchas cosas que las tales conquistas pasamos, que son dignas de saber y no poner en olvido, lo cual diré lo más breve que pueda, y sobre todo con muy cierta verdad, como testigo de vista (...), yo lo escribiré con ayuda de Dios con recta verdad, allegándome al parecer de los sabios varones, que dicen que la buena retórica y pulidez en lo que escribieren es decir verdad, y no sublimar y decir lisonjas a unos capitanes abajar a otros, en especial en una relación como ésta que siempre ha de haber memoria de ella. Y porque yo no soy latino, ni sé del arte de marear ni de sus grados y alturas, no trataré de ello; porque, como digo, no lo sé, salvo en las guerras y batallas y pacificaciones como en ellas me hallé, porque yo soy el que vine desde la isla de Cuba de los primeros, en compañía de un capitán que se decía Francisco Hernández de Córdoba. Trujimos de aquel viaje ciento y diez soldados; descubrimos lo de Yucatán y nos mataron, en la primera tierra que saltamos, que se dice la punta de Cotoche, y en un pueblo más adelante que se llama Champotón, más de la mitad de nuestros compañeros; y el capitán salió con diez flechazos y todos los más soldados a dos y a tres heridas. Y viéndonos de aquel arte, hubimos de volver con mucho trabajo a la isla de Cuba, a donde habíamos salido con la armada. Y el capitán murió luego en llegando a tierra, por manera que de los ciento y diez soldados que veníamos

---

<sup>7</sup> Clavijero difiere en la fonética de esta ciudad, que este historiador nombra como grave y sin acento; véase Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*. México: Editorial Porrúa, 1991. Referencias a esta obra con la abreviación *Clavijero*, seguida de las páginas. Por observar la importancia de ambos historiadores, seguiré utilizando sendas transcripciones fonéticas en estos dos trabajos fundamentales, como he decidido hacer para las *Cartas de relación* de Cortés.

quedaron muertos los cincuenta y siete. Después de estas guerras volví segunda vez, desde la misma isla de Cuba, con otro capitán que se decía Juan de Grijalva; y tuvimos otros grandes reencuentros de guerra con los mismos indios del pueblo de Champotón, y en estas segundas batallas nos mataron muchos soldados; y desde aquel pueblo fuimos descubriendo la costa adelante hasta llegar a la Nueva España, y pasamos hasta la provincia de Pánuco. Y otra vez hubimos de volver a la isla de Cuba muy destrozados y trabajosos, así de hambre como de sed, y por otras causas que adelante diré en el capítulo que de ello se tratare. Y volviendo a mi cuento, vine la tercera vez con el venturoso y esforzado capitán don Hernando Cortés, que después, el tiempo andando, fue marqués del Valle y tuvo otros dictados. Digo que ningún capitán ni soldado pasó a esta Nueva España tres veces arreo, una tras otra, como yo: por manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España, puesto que muchos soldados pasaron dos veces a descubrir, la una con Juan de Grijalva, ya por mí memorado, y otra con el valeroso Hernando Cortés; mas no todas tres veces arreo (...) Siempre fue adelante y no me quedé rezagado en los muchos vicios que había en la isla de Cuba, según más claro verán en esta relación, desde el año de quinientos catorce que vine de Castilla [a los veinte y cuatro años en la isla de Cuba] y comencé a militar en lo de Tierra Firme y a descubrir lo de Yucatán y Nueva España. Y como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos; y en aquel tiempo, que fue año de mil quinientos catorce, como declarado tengo, vino por gobernador de Tierra Firme un caballero que se decía Pedrarias Dávila (...) había diferencias entre el mismo gobernador [Dávila] con un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia, el cual se decía Vasco Núñez de Balboa, hombre rico, con quien Pedrarias Dávila casó una su hija, que se decía doña fulana Arias de Peñalosa, y después que la hubo desposado, según pareció y sobre sospechas que tuvo del yerno se le quería alzar con copia de soldados, para irse por la Mar del Sur, y por sentencia le mandó degollar, y hacer justicias de ciertos soldados. Y desde que vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre sus capitanes, y alcanzamos a saber que era nuevamente poblada y ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decía Diego Velázquez, natural de Cuéllar, ya otra vez por mí memorado, acordamos ciertos caballeros y personas de calidad, de los que habíamos venido con Pedrarias Dávila, de demandarle licencia para irnos a la isla de Cuba y él nos la dio de buena voluntad (...). Y como se habían ya pasado tres años así [desde 1514 a 1517], en lo que estuvimos en Tierra Firme e isla de Cuba, y no habíamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de juntarnos ciento y diez compañeros de los que habíamos venido a Tierra Firme y de los que en la isla de Cuba no tenían indios, y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, que ya le he nombrado otra vez y era hombre rico y tenía pueblo de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, porque era suficiente para ello, para ir a nuestra ventura a buscar y descubrir tierras nuevas para en ellas emplear nuestras personas. Y para aquel efecto compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo gobernador Diego Velázquez, fiado, con condición que primero que nos lo diese

nos habíamos de obligar que habíamos de ir con aquellos tres navíos a unas isletas que estaban entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanaxes, y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas, para pagar con indios el barco, para servirse de ellos por esclavos. Y desde que vimos los soldados que aquello que nos pedía el Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo manda Dios ni el rey, ¡que hiciésemos a los libres esclavos! (*HV*, 9-19).

En estos párrafos introductorios de su obra, Bernal nos informa de muchas cosas que serán constantes y determinantes en su vida de conquistador e historiador. En primer lugar establece su origen castellano, de sus antepasados que sirvieron en la Reconquista durante el reinado de los Reyes Católicos. Partiendo de estos datos autobiográficos, vemos que Bernal se considera un soldado fiel a los ideales de honor y lealtad a la monarquía que había, primero, unificado a España y completado la reconquista del territorio patrio, luego, la había proyectado en una conquista allende el océano, en el nuevo mundo, el nuevo occidente, donde hombres de honor podían ser dignos de sus antepasados “reconquistadores”. Muy importante es, en este sentido, su renuncia a ir a hacer “a los libres esclavos”, frase lapidaria y que deberemos recordar, pues en Bernal hay una conciencia histórica que le dicta lo que es justo de lo injusto, en la mejor tradición de la herencia de la reconquista, informada y condicionada por la antropología cristiana que ya hemos mencionado. Es una frase que el Libertador Bolívar hará suya en su meditación histórica consignada en la famosa *Carta de Jamaica*.<sup>8</sup> Bernal se niega a capturar esclavos y Diego Velázquez se da cuenta de su error:

Y desde [Velázquez] supo nuestro intento, dijo que era mejor que no el suyo, en ir a descubrir tierras nuevas, que no lo que él decía, y entonces nos ayudó con cosas para la armada. Hanme preguntado ciertos caballeros curiosos que para qué escribo estas palabras que dijo Diego Velázquez sobre vendernos su navío, porque parecen feas y no habían de ir en esta historia. Digo que las pongo porque así conviene por los pleitos que nos puso Diego Velázquez y el obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, que se decía don Juan Rodríguez de Fonseca (*HV*, 19).

No deja lugar a dudas este juicio de Bernal sobre la injustificada conducta del gobernador de Cuba, avalada por el obispo y en esto Bernal coincide con su admirado capitán con lo que se refiere a la caza de esclavos. Cortés se refiere también a las

---

<sup>8</sup> El 6 de septiembre de 1815, en Kingston, donde se hallaba refugiado, Simón Bolívar le escribe a Henry Cullen la famosa “Carta de Jamaica”, donde analiza la situación política, social y moral de Venezuela y elabora el futuro de América. Es un texto profético que, en cierta medida, ya se percibe en la impecable postura ética de Bernal.

mismas islas Guanaxes y a su decisión de oponerse con todos los medios a su alcance a la deleznable actividad de la cacería de esclavos:

Ya, muy católico señor, hice a vuestra majestad relación de ciertas isletas que están fronteras de aquel puerto de Honduras, que llaman los Guanajos, que algunas dellas están despobladas a causa de las armadas que han hecho de las islas, y llevado muchos naturales dellas por esclavos, y en alguna dellas había quedado alguna gente, y supe que de la isla de Cuba y de la de Jamaica nuevamente habían armado para ellas, para las acabar, solar y destruir, y para remedio envié una carabela que buscarse por las dichas islas el armada y los requiriese de parte de vuestra majestad que no entrasen en ellas ni hiciesen daño a los naturales, porque no pensaban apaciguarlos y atraerlos al servicio de vuestra majestad (*Carta V*, 147).

### EL EXPERIMENTO DE LAS CASAS Y DE SU PLAN PARA LA VERA PAZ EN TIERRA FIRME, EN 1520

Sobre las actividades políticas del obispo Fonseca y los abusos del gobernador de Cuba Velázquez hay dos antecedentes en la *Historia de las Indias* del padre Bartolomé de Las Casas que aclara, en relación al episodio referido por Bernal, que desde España se resentía en ciertas esferas la independencia de ciertos conquistadores que no acataban la autoridad, o el arbitrio de políticos acomodados con el poder, o que, como Pedrarias Dávila en Tierra Firme y el Darién, de donde el mismo Bernal se había alejado para evitar males mayores, eran un deleznable ejemplo de gobierno tiránico y perverso. Como remedio a los abusos de algunos encomenderos, el padre Las Casas concibe un plan que en las crónicas se designa como una gobernación en Tierra Firme a la que se ha dado como título Vera Paz, en cuya argumentación Las Casas incluye, como precedente para obtener ciertas ventajas del rey, la misma consideración que se le dio a Diego Velázquez [gobernador de Cuba], que se menciona en Las Casas como descubridor de Yucatán:

Proveyó, pues, el clérigo al provecho del rey que el obispo [Juan Rodríguez de Fonseca] celaba, y al interese de los que le habían de ayudar, según su parecer, con lo siguiente: Primero, con lo que ofreció que haría en provecho y servicio del rey, y lo segundo, con las mercedes que pidió que se hiciesen a los cincuenta que habían de ayudarle. Cuanto a lo que tocaba al servicio y utilidad temporal del rey, ofreció, lo primero, que con el ayuda de Dios aseguraría y allanaría todos los indios y gentes de toda la tierra [firme], dentro de los límites que pedía, y en espacio de dos años apaciguaría y aseguraría diez mil indios que estuviesen en amistad con los cristianos. Lo 2º, que dentro de mil leguas que señaló, conviene a saber, desde cien leguas arriba de Paria, del río que llamaban el río Dulce, que agora llamamos

el río y la tierra de los Aruacas,<sup>9</sup> la costa abajo, hasta donde las mil leguas llegase, dentro de tres años después que él con su compañía en la primera tierra entrase, haría que tuviese el rey quince mil ducados de renta, que los indios naturales de ella le tributasen, y también de pueblos de españoles si se poblasen, y el cuarto año otros quince mil ducados y el quinto año otros quince mil ducados y el sexto otros quince mil ducados, por manera, que en el sexto año habían de ser por todos treinta mil ducados de renta, y el séptimo año había de tener el rey de renta otros treinta mil ducados y el octavo año otros treinta mil ducados y el noveno año otros treinta mil ducados y el deceno año otros treinta mil ducados; de manera, que habían de ser por todos en el décimo año sesenta mil ducados, y en cada un año dende adelante sesenta mil ducados. Lo 3º, se ofreció a poblar tres pueblos de a cincuenta vecinos españoles, dentro de cinco años después que en la tierra entrase, y en cada uno una fortaleza en que se defendiesen de los indios si viniesen a infestellos (...). Pidió el clérigo mil leguas, principal y finalmente por echar del Darién y de toda aquella tierra firme a Pedrarias y aquellos que con él estaban<sup>10</sup> (...) que si durante el tiempo de los diez años acaeciese que descubriesen de nuevo algunas islas o tierras firmes en la mar del Sur o del Norte, que no estuviesen descubiertas, que les hacía las mercedes y cosas que se hicieron a Diego Velázquez, porque descubrió la tierra de Yucatán (*HI*, II, 494) (...). Manda el Rey juntar los Consejos que habían determinado que se concediese la tierra, como dicho es, al clérigo; quedan espantados todos ellos de las mañas y perseverancia, o, por mejor decir, la obstinación del obispo [Juan Rodríguez de Fonseca], porque bien vían que dél todo aquello principalmente procedía (*HI*, II, 514).

Es interesante que en esta dinámica en que se verifica una nueva ola de esclavización, al tráfico de esclavos se opongan, más o menos en los mismos años, el padre dominico Bartolomé de Las Casas y dos ilustres conquistadores como Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo. Se observará la diferencia, pues para Las Casas no puede justificarse forma alguna de esclavitud, mientras que para Cortés y Bernal, en caso de guerra, se admite la toma de indios hostiles y su utilización como esclavo.

---

<sup>9</sup> Según Williard Z. Park, arhuaco sería una denominación genérica aplicada a varias tribus de indios, de habla chibcha, habitantes de la Sierra Nevada, entre Santa Marta y Río del Hacha en Colombia; véase el artículo en *Handbook of South American Indians*, II, Washington: Smithsonian Institution, 1946, pp. 868-870; otra familia de indios, distintos de los arawak, pobló con los caribes las costas y regiones nor-orientales de Sudamérica, desde la actual Guayana Británica hasta el Brasil y entre los ríos Negro y Jamundá. A estos últimos indios se los designa también con los nombres de aruac y aravacos; véase el artículo de John Gillies, *Handbook of South American Indians*, III, Washington: Smithsonian Institution, 1948, pp. 799-802; Julio C. Salas los llama aruacas como Las Casas y afirma que habitaban la orilla sur del Orinoco en Venezuela; véase de este antropólogo *Etnología e historia de Tierra Firme (Venezuela y Colombia)*, Madrid, 1908, pp. 217-218.

<sup>10</sup> Véase Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, editor Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, BAE, 1961, II, pp. 491-492. Referencias con la abreviación *HI*, seguida del volumen y las páginas.

## LOS VIAJES DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO COMO MIEMBRO DE LA ARMADA DE FRANCISCO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y COMO ALFÉREZ DE LA ARMADA DE JUAN DE GRIJALVA, ENTRE 1517 Y 1518

Aparte del *Diario* del Almirante que no vio la luz hasta que se publicaron las ediciones de Navarrete y de la *Historia de las Indias* del padre Las Casas, ambas obras publicadas en el siglo XIX, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas, Bernardino de Sahagún y Juan de Torquemada, escriben una obra americana, es decir, concebida y escrita en América, a diferencia de otros historiadores del descubrimiento y conquista que escribieron en España, algunos de ellos sin pisar nunca suelo americano. Hernán Cortés fue el primer historiador que escribió desde el nuevo mundo a los monarcas españoles. No se trata de una diferencia simplemente logística, sino de una perspectiva vital. Se trata en realidad del nacimiento de una literatura hispanoamericana que tiene en Cortés y Bernal su obra épica—en que se reconoce el heroísmo de los indios en defender su tierra de los invasores europeos—y en las Casas su obra apologética—también en defensa de los indios americanos—, y, además, en Cortés y Bernal, la continuación de la reconquista castellana en el nuevo mundo y, en Las Casas, la incorporación del otro, del indio, en el nuevo occidente descubierto y civilizado por España. En estos autores se percibe un afán de justicia, un concepto clásico de “historia magistra vitae” que los acompaña en su selección de datos y recuerdos autobiográficos. La diferencia entre Cortés y su ilustre y fiel compañero de armas, Bernal Díaz del Castillo, es en la mayor carga polémica y apologética del primero, conquistador genial, independiente de la autoridad metropolitana y a menudo en conflicto con sus representantes, y la serenidad del segundo que, ya en su vejez, recuenta su participación en la gran empresa de la conquista de la Nueva España. Otra diferencia se percibe en la actitud de los dos historiadores: Cortés, que necesita convencer al emperador de la necesidad de pacificar y colonizar los territorios conquistados y Bernal que, ya aposentado en la villa de Santiago de los Caballeros, en Guatemala, representa el dechado del conquistador convertido en colonizador.

### 1517: DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN

En los párrafos de la obra del padre Las Casas que se acaban de citar y que se refieren a su gestión en la corte para obtener la tierra y el apoyo de la corona a su plan de la Vera Paz, de manera más explícita se percibe el antagonismo de personas influyentes en la corte y en el nuevo mundo, como el obispo de Burgos, Juan Ro-

dríguez de Fonseca, y la percepción negativa con respecto al gobernador de Tierra Firme, Pedrarias Dávila y la referencia al gobernador de Cuba, Diego Velázquez, como descubridor de Yucatán, todos mencionados en términos negativos por Bernal en su obra. En efecto Bernal en el Capítulo II de su *Historia verdadera* no deja lugar a dudas de cómo se descubrió Yucatán. La armada de tres navíos salió de La Habana el 8 de febrero de 1517, al mando del capitán Francisco Hernández de Córdoba; como piloto iba Antón de Alaminos y al doblar la punta de San Antón, en el extremo noroeste de la isla de Cuba, se adentró por una ruta desconocida hasta entonces:

...puestos en alta mar, navegamos a nuestra ventura hacia donde se pone el sol, sin saber bajos ni corrientes ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con gran riesgo de nuestras personas, porque en aquella nos vino una tormenta que duró dos días con sus noches, y fue tal que estuvimos para perdersos; y desde que abonzó, siguiendo nuestra navegación, pasados veintiún días que habíamos salido del puerto, vimos tierra, de que nos alegramos y dimos muchas gracias a Dios por ello. La cual tierra jamás se había descubierto, ni se había tenido noticia de ella hasta entonces, y desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaría de la costa dos leguas, y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo (*HV*, 21).

En una anotación aclaratoria el editor Serés supone que Bernal o alguien en la expedición se hubiese familiarizado con la *Legatio babylonica* de Pedro Mártir de Anglería;<sup>11</sup> era ésta una de las cuatro obras de este cronista, publicada en un libro que el humanista Antonio de Nebrija, amigo de Pedro Mártir, había entregado al editor Jacobo Cromberger en Sevilla para su publicación en 1511.<sup>12</sup> En la *Legatio babylonica* Pedro Mártir relataba su misión diplomática de 1498-1500, por cuenta de los Reyes Católicos, ante el Sultán Alguri en El Cairo, Egipto. En su relación, además de referirse a la buena recepción que este sultán le había hecho en El Cairo, Pedro Mártir describía los palacios de esta ciudad y las pirámides que él había visitado con gran interés. Si la suposición de Serés es acertada, como yo personalmente creo, el interés de Bernal pudo incluir parte de la *Oceani decas*, o sea, la primera década sobre el Nuevo Mundo, que incluye detalles sobre los primeros tres viajes del Almirante,<sup>13</sup> y

<sup>11</sup> En una nota de aclaración dice el editor Serés: “Era la primera vez que los españoles veían edificios de piedra levantados por los aborígenes. Si llamaron así a ese enclave cerca de la actual ciudad de Porvenir fue porque las pirámides de los mayas les recordarían, aunque fuese de oídas, a las de la capital de Egipto. Con todo, alguien de la expedición pudo haber leído la *Legatio Babylonica*, el relato que Mártir de Anglería escribió a la vuelta de su misión en El Cairo, en 1498, publicado luego por Cromberger (Sevilla, 1511)” (*HV*, 21, n. 1).

<sup>12</sup> Véase *P. Martyris angli mediolanensis opera Legatio babylonica Oceani decas Poemata Epigrammata*, Cum prouilegio, Sevilla, Cromberger, 1511.

<sup>13</sup> La obra completa, finalizada por Pedro Mártir antes de 1526, año de su muerte, comprendía

que era parte del mismo libro que contenía la *Legatio babylonica*. Bernal indica con precisión el momento en que los españoles descubrieron la península de Yucatán: la mañana del 4 de marzo de 1517, como podemos leer en el texto:

y una mañana, que fueron cuatro de marzo, vimos venir diez canoas muy grandes, que se dicen piraguas, llenas de indios naturales de aquella poblazón, y venían a remo y vela. Son canoas hechas a manera de artesas, y son grandes y de maderos gruesos y cavados de arte que están huecos; y todas son de un madero, y hay muchas de ellas en que caben cuarenta indios. Quiero volver a mi materia. Llegados los indios con las diez canoas cerca de nuestros navíos, con señas de paz que les hicimos, y llamándoles con las manos y capeando para que nos viniesen a hablar, porque entonces no teníamos lenguas que entendiesen la de Yucatán y mexicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta de ellos, y les dimos a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando por un buen rato los navíos. Y el más principal de ellos, que era cacique, dijo por señas que se querían tornar en sus canoas e irse a su pueblo; que para otro día volverían y traerían más canoas en que saltásemos en tierra. Y venían estos indios vestidos con camisetas de algodón como jaquetas, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman *masteles*;<sup>14</sup> y tuvimoslos por hombres de más razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con las vergüenzas de fuera, excepto las mujeres, que traían hasta los muslos unas ropas de algodón que llaman naguas. Volvamos a nuestro cuento. Otro día por la mañana volvió el mismo cacique a nuestros navíos y trajo doce canoas grandes, ya he dicho que se dicen piraguas, con indios remeros, y dijo por señas, con muy alegre cara y muestras de paz, que fuésemos a su pueblo y que nos darían comida y lo que hubiésemos menester, y que en aquellas sus canoas podíamos saltar en tierra; y entonces estaba diciendo en su lengua: Cones cotoche, cones cotoche, que quiere decir: Anda acá, a mis casas, y por esta causa pusimos por nombre aquella tierra Punta de Cotoche,<sup>15</sup> y así está en las cartas de marear. Pues viendo nuestro capitán y todos los demás soldados los muchos halagos que nos hacía aquel cacique, fue acordado que sacásemos nuestros bateles de los navíos y en el uno de los pequeños y en las doce canoas saltásemos en tierra, todos de una vez, porque vimos la costa toda llena de indios que se habían juntado de aquella población; y así salimos todos de la primera barcada. Y cuando el cacique nos vio en tierra y que no íbamos a su pueblo, dijo otra vez por señas al capitán que fuésemos con él a sus casas, y tantas muestras de paz hacía que, tomando el capitán consejo para ello, acordóse por todos los demás soldados que con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar fuésemos. Y llevamos quince ballestas y diez escopetas, y comenzamos a caminar por donde el cacique iba con

---

ocho décadas: *De Orbe Novo Petri Martiris ab Angleria. Mediolanensis protonotarii. Cesaris Senatoris Decades*. Es la edición de 1530, primera edición completa de la obra, de ocho Décadas, impresa por Miguel Eguía en Alcalá de Henares. Para los detalles de esta obra y de la controversia sobre sus plagios, véase Stelio Cro, “La ‘Princeps’ y la cuestión del plagio del *De Orbe Novo*”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid, FUE, n. 28, 2003, pp. 15-240. En mis referencias a la *Oceani decas* utilizo el texto de mi edición incluida en “La ‘Princeps’ y la cuestión del plagio del *De Orbe Novo*”, ya citada, con la abreviación *Anglería*, seguida de la página.

<sup>14</sup> *Maxtlati* sería la fonética original maya.

<sup>15</sup> Cabo Catoche, representa la punta extrema al noreste de la península de Yucatán.

otros muchos indios que le acompañaban. Y yendo de esta manera, cerca de unos montes breñosos comenzó a dar voces el cacique para que saliesen a nosotros unos escuadrones de indios de guerra que tenía en celada para matarnos; y a las voces que dio, los escuadrones vinieron con gran furia y presteza y nos comenzaron a flechar, de arte que de la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados; y traían armas de algodón que les daba a las rodillas, y lanzas y rodelas, y arcos y flechas, y hondas y mucha piedra, y con sus penachos; y luego, tras las flechas, se vinieron a juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas a manteniendo nos hacían mucho mal. Mas quiso Dios que luego les hicimos huir, como conocieron el buen cortar de nuestras espadas y de las ballestas y escopetas; por manera que quedaron muertos quince de ellos. Y un poco más adelante donde nos dieron aquella refriega estaba una placeta y tres casas de cal y canto, que eran cues y adoratorios donde tenían muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mujeres, y otros de otras malas figuras, de manera que al parecer estaban haciendo sodomías los unos indios con los otros; y dentro, en las casas, tenían unas arquillas chicas de madera y en ellas otros ídolos, y unas patenillas de medio oro y lo más cobre, y unos pinjantes y tres diademas y otras piecuelas de pescadillos y ánades de la tierra; porque en aquel tiempo ni era descubierto el Perú ni aun se descubrió de allí a veinte años. Y cuando estábamos batallando contra los indios, el clérigo González, que iba con nosotros, se cargó de las arquillas e ídolos de oro, y lo llevó al navío. Y en aquellas escaramuzas prendimos dos indios, que después que se bautizaron se llamó el uno Julián y el otro Melchor, y entrambos eran trastabados de los ojos. Y acabado aquel rebato nos volvimos a los navíos y seguimos la costa adelante descubriendo hacia donde se pone el sol, y después de curados los heridos dimos vela (*HV*, 21-26).

El descubrimiento de Yucatán se ha logrado a sangre y fuego, por una flota de tres navíos comprados por un grupo de soldados que miran a descubrir nuevas tierras para lograr riquezas y fama. En su expedición mueren, como veremos, más de cincuenta hombres, además de dos prisioneros de los indios y el capitán Francisco Hernández de Córdoba, muerto por las heridas recibidas y al poco tiempo de volver a Cuba hacia el 6 o 7 de abril de 1517, después de una exploración de dos meses que había incluido el descubrimiento de Campeche hacia el 20 de marzo y, hacia fines de marzo, la villa de Champotón,<sup>16</sup> un poco más al sur de Campeche, sobre la costa occidental de Yucatán. Allí tomaron agua, pero debieron enfrentarse con los indios del lugar en otra refriega muy sangrienta:

Tomando nuestra agua, vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchan, que así se dice, con sus armas de algodón que les daba a la rodilla, y arcos y flechas, y lanzas, y rodelas, y espadas que parecen de a dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos, de los que ellos suelen usar; las caras pintadas de blanco y prieto y enalmagrado; y venían callando. Y se vienen derechos a

---

<sup>16</sup> Bernal llama este pueblo a veces Champotón y otras Potonchan.

nosotros, como que nos venían a ver de paz, y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos (...). Pues estando velando toda la noche oímos venir gran escuadrón de indios de las estancias y del pueblo, y todos de guerra; y desde que aquello sentimos, bien entendido teníamos que no se juntaban para hacernos ningún bien, y entramos en acuerdo para ver lo que haríamos; y unos soldados daban por consejo que nos fuésemos luego a embarcar. Y como en tales casos suele acaecer, unos dicen uno y otros dicen otro, hubo parecer de todos los más compañeros que si nos íbamos a embarcar, como eran muchos indios, darían en nosotros y habría riesgo en nuestras vidas, y otros éramos de acuerdo que diésemos esa noche en ellos, que, como dice el refrán, que quien acomete vence; y también nos pareció que para cada uno de nosotros había sobre doscientos indios. Y estando en estos conciertos amaneció, y dijimos unos soldados a otros que estuviésemos con corazones muy fuertes para pelear y encomendándolo a Dios y procurar de salvar nuestras vidas. Ya de día claro vimos venir por la costa muchos más indios guerreros, con sus banderas tendidas, y penachos y atambores, y se juntaron con los primeros que habían venido la noche antes; y luego hicieron sus escuadrones y nos cercaron por todas partes, y nos dan tales rociadas de flechas y varas y piedras tiradas con hondas, que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntaron con nosotros pie con pie, unos con lanzas y otros flechando, y con espadas de navajas, que parece que son de hechura de dos manos, de arte que nos traían a mal andar, puesto que les dábamos muy buena prisa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas y ballestas que no paraban, unas tirando y otras armando. Ya que se apartaron algo de nosotros, desde que sentían las grandes cuchilladas y estocadas que les dábamos, no era lejos, y esto era por flecharnos y tirar a terrero a su salvo. Y cuando estábamos en esta batalla y los indios se apellidaban, decían : *Al calachuni, calachuni*, que en su lengua quiere decir que arremetiesen al capitán y le matasen; y le dieron diez flechazos, y a mí me dieron tres, y uno de ellos fue bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó lo hueco, y a todos nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y a dos llevaron vivos, que se decía el uno Alonso Boto y otro era un portugués viejo. Y viendo nuestro capitán que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban tantos escuadrones, y que venían muchos más de refresco del pueblo y les traían de comer y beber y mucha flecha, y nosotros todos heridos a dos y a tres flechazos, y tres soldados atravesados los gznates de lanzadas, y el capitán corriendo sangre de muchas partes, ya nos habían muerto sobre cincuenta soldados, y viendo que no teníamos fuerzas para sustentarnos ni pelear contra ellos, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio sus batallones y acogernos a los bateles que teníamos en la costa, que estaban muy a mano, el cual fue buen socorro. Y hechos todos nosotros un escuadrón, rompimos por ellos; pues oír la grita y silbos y vocería y prisa que nos daban de flechazos y a manteniendo con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros (...); y al embarcar hirieron muchos de nuestros soldados, en especial a los que iban asidos a las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y aun entraban en la mar con las lanzas y daban a manteniendo, y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas del poder de aquellas gentes. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban sobre cincuenta soldados, con los dos que llevaron vivos, y cinco echamos en la mar de ahí a pocos días, que se murieron de las heridas y de gran sed que pasábamos. Y estuvimos peleando en aquellas batallas obra de una hora. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas de marear le pusieron por nom-

bre los pilotos y marineros Costa de Mala Pelea (...). Después que nos vimos en los navíos, de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias a Dios, y curados los heridos, que no quedó hombre de cuantos allí nos hallamos que no tuviesen a dos y a tres y a cuatro heridas, y el capitán con diez, sólo un soldado quedó sin herir, acordamos de volvernos a Cuba. Y como estaban heridos todos los más de los marineros, no teníamos quien marease las velas; dejamos un navío de menos porte en la mar, puesto fuego después de haber sacado las velas, anclas y cables y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte. Pues otro mayor daño teníamos, que era la gran falta de agua, porque las pipas y barriles que teníamos llenos en Champotón, con la gran guerra que nos dieron y prisa de acogernos a los bateles, no se pudieron llevar, que allí se quedaron, que no sacamos ninguna agua (...). Y el piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos pilotos que desde aquel paraje adonde estábamos atravesásemos a la Florida, porque hallaba por sus cartas y grados y altura que estaría de allí obra de setenta leguas, y después de puestos en la Florida dijo que era mejor viaje y más cercana navegación para ir a La Habana que no la derrota por donde habíamos venido. Y así fue como lo dijo, porque según yo entendí, había venido con un Juan Ponce de León a descubrir la Florida, habría ya catorce o quince años,<sup>17</sup> y allí en aquella misma tierra le desbarataron y mataron al Juan Ponce. Y en cuatro días que navegamos vimos la tierra de la misma Florida (...). Llegados a la Florida [hacia el 3 o 4 de abril 1517], acordamos que saliesen en tierra veinte soldados, los que teníamos más sanos de las heridas, y yo fui con ellos y también el piloto Antón de Alaminos, y sacamos las vasijas que había, y azadones, y nuestras ballestas y escopetas. Y como el capitán estaba muy mal herido y con la gran sed que pasaba estaba muy debilitado, y nos rogó que en todo caso le trajésemos agua dulce, que se secaba y moría de sed, porque el agua que había era salada y no se podía beber, como otra vez he dicho, llegados que fuimos a tierra, cerca de un estero que estaba en la mar, el piloto Alaminos reconoció la costa y dijo que había estado en aquel paraje, que vino con un Juan Ponce de León, cuando vino a descubrir aquella costa, y que allí les habían dado guerra los indios de aquella tierra y que les habían muerto muchos soldados, y que estuviésemos muy sobre aviso apercebidos. Y luego pusimos por espías dos soldados y en una playa que se hacía muy ancha hicimos pozos bien hondados, donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazón era menguante la marea. Y quiso Dios que topásemos buena agua, y con la alegría y por hartarnos de ella y lavar paños para curar los heridos, estuvimos espacio de una hora. Y ya que nos queríamos venir a embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir a un soldado de los dos que habíamos puesto en vela, dando muchas voces, diciendo: "Al arma, al arma, que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoa por el estero." Y el soldado dando voces y los indios llegaron casi que a la par con él contra nosotros. Y traían arcos muy grandes y buenas flechas y lanzas y unas a manera de espadas, y cueros de venados vestidos, y eran de grandes cueros; y se vinieron derecho a flecharnos e hirieron luego a seis de nosotros, y a mí

---

<sup>17</sup> Como piloto de Juan Ponce de León, Antón de Alaminos fue miembro de la expedición que descubrió las costas de Florida el 27 de marzo de 1513. Originario de Palos, donde había nacido en 1475, anteriormente había sido piloto en el segundo viaje de Colón, en 1493. Bernal, que en 1517 hace remontar en este pasaje el descubrimiento de Florida a catorce o quince años antes, parece confundir las fechas del viaje de Ponce de León, o sigue otra tradición.

me dieron un flechazo de poca herida. Y dímosles tanta prisa de cuchilladas y estocadas y con las escopetas y ballestas, que nos dejan a nosotros y van a la mar, al estero, a ayudar a sus compañeros los que venían en las canoas, donde estaban con los marineros, que también andaban peleando pie con pie con los indios de las canoas, y aun les tenían ya tomado el batel y lo llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habían herido cuatro marineros y al piloto Alaminos en la garganta; y arremetimos a ellos el agua a más de la cintura, y a estocadas les hicimos soltar el batel, y quedaron tendidos en la costa y en el agua veinte y dos de ellos y tres prendimos que estaban heridos poca cosa, que se murieron en los navíos. Después de esta refriega pasada, preguntamos al soldado que pusimos por vela que qué se hizo su compañero Berrio, que así se llamaba. Dijo que lo vio apartar con un hacha en las manos para cortar un palmito, que fue hacia el estero por donde habían venido los indios de guerra, y desde que oyó las voces, que eran de español, que por aquellas voces vino a dar mandado, y que entonces le debieron de matar. El cual soldado, solamente él había quedado sin darle ninguna herida en lo de Potonchan [Champotón], y quiso su ventura que vino allí a fenecer. Y luego fuimos en busca de nuestro soldado por el rastro que habían traído aquellos indios que nos dieron guerra, y hallamos una palma que había comenzado a cortar, y cerca de ella mucha huella, más que en otras partes, por donde tuvimos por cierto que lo llevaron vivo, porque no había rastro de sangre, y anduvimosle buscando a una parte y a otra más de una hora, y dimos voces, y sin más saber de él nos volvimos a embarcar en los bateles y llevamos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados como si entonces les diéramos las vidas. Y un soldado se arrojó desde el navío en el batel, con la gran sed que tenía tomó una botija a pechos y bebió tanta agua que se hinchó y murió dende a dos días (HV, 30-37).

La armada del capitán Hernández de Córdoba había salido de La Habana el 8 de febrero de 1517 y, después de dos meses, en que había navegado desde Cuba hasta Yucatán, y a la vuelta, antes de llegar a La Habana, pasó por Florida para tomar agua, con la evidencia del descubrimiento y de su importancia para el futuro del imperio español y del nuevo occidente. Al cumplir su empresa, esta armada ha pagado un precio muy alto, habiendo perdido la mitad de su tripulación en varios encuentros con los mayas de Yucatán y con los seminolas de Florida,<sup>18</sup> y con su capitán que se murió a los pocos días de volver por sus heridas. Todo lo cual ha contribuido a establecer de manera irreversible la realidad de un nuevo occidente, fundado por la audacia de unos soldados españoles que nunca se olvidaron de su lealtad a la madre patria, a la corona y a la fe católica. El episodio muestra la continuidad entre las armadas, como es el caso de Antón de Alaminos, piloto de Juan Ponce de León, descubridor de la Florida y piloto de la armada de Hernández de Córdoba, como lo será de Juan de Grijalva y de Hernán Cortés. Se percibe una tradición, ya establecida durante los veinte años que transcurren desde el descubrimiento del Almirante. Pilotos que conocen las rutas ma-

---

<sup>18</sup> “de los ciento y diez soldados que veníamos quedaron muertos los cincuenta y siete”, dice Bernal en el capítulo primero de su *Historia verdadera* (p. 14).

rítmicas, las corrientes, los vientos, las islas y los ríos que desembocan en el Golfo de México. Se trata de verdaderos próceres de una cofradía de sabios del Nuevo Mundo. Son resortes en que la ambición de gloria y de riquezas se mezclan en Bernal con un sentido histórico heredado por la reconquista, con una nueva caballería villana, de la que Bernal se siente justamente orgulloso, y que contribuye con esquemas similares: pocos valientes arriesgan sus vidas en una lucha para sobrevivir contra enemigos que en número les superan en varios centenares por cada soldado español. Y este heroísmo es lo que Bernal quiere transmitir a las generaciones futuras. Es este heroísmo lo que ha fundado el nuevo occidente del que la *Historia verdadera* es el documento más fiel y elocuente. El conquistador/historiador es consciente de su valor—*Digo que ningún capitán ni soldado pasó a esta Nueva España tres veces arreo, una tras otra, como yo; por manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España*, como dice en el capítulo introductorio de su obra—. El epílogo de este viaje tan decisivo, razón de su inclusión al comienzo de la *Historia verdadera*, nos consigna, junto con la entidad del sacrificio y del heroísmo de estos caballeros villanos en el nuevo mundo, la denuncia de los que tratan de malograr el valor ejemplar y el espíritu auténtico de la continuación de la reconquista en el nuevo mundo, denuncia que se enriquece por los nombres de los responsables de la orquestación de la falsificación de la historia, vicio tan difundido hoy en día:

Volvamos a decir de nuestra llegada a La Habana, que luego tomó el agua de la capitana un buzo portugués que estaba en aquel puerto.<sup>19</sup> Y escribimos a Diego Velázquez, gobernador, muy en posta, haciéndole saber que habíamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales de ella traían vestidos de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas y tenían oro y labranzas de maizales, y otras cosas que no me acuerdo. Y nuestro capitán, Francisco Hernández, se fue desde allí por tierra a una villa que se decía Santispíritus, donde era vecino, donde tenía sus indios. Y como iba mal herido, murió dende a diez días, y todos los más soldados nos fuimos cada uno por su parte por la isla adelante. Y en La Habana se murieron tres soldados de las heridas, y nuestros navíos fueron al puerto de Santiago, donde estaba el gobernador. Y después que hubieron desembarcado los dos indios que hobimos en la Punta de Cotoche, que se decían Melchorejo y Julianillo, y sacaron el arquilla con las diademas y anadejos y pescadillos y otras pecezuelas de oro, y también muchos ídolos; sublimábanlo de arte que en todas las islas, ansí de Santo Domingo y en Jamaica y aun en Castilla hobo gran fama dello y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores. Y como vieron los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran de los gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Je-

---

<sup>19</sup> La capitana ya hacía agua durante la navegación desde la costa de Florida hasta La Habana, donde debió zozobrar si para descargar el agua que con tanto sacrificio habían recogido en Florida se necesitó la presencia e intervención de un buzo.

rusalén, y que los echó por la mar adelante en ciertos navíos que habían aportado en aquella tierra. Y como en aquel tiempo no era descubierta el Pirú ni se descubrió de ahí a veinte años, tenfáanse en mucho. Pues otra cosa preguntaba Diego Velázquez a aquellos indios [Melchorejo y Julianillo]: que si había minas de oro en su tierra; y por señas a todo le dan a entender que sí. Y les mostraron oro en polvo, y decían que había mucho en su tierra; y no le dijeron verdad, porque claro está que en la Punta de Cotoche, ni en todo Yucatán, no hay minas de oro ni de plata. Y ansimismo les mostraban los montones donde ponen las plantas de cuyas raíces se hace el pan cazabe y llámase en la isla de Cuba *yuca*; y los indios decían que las había en su tierra, y decían *tlati* por la tierra en que la plantaban; por manera que yuca con *tlati* quiere decir Yucatán. Y para decir esto decíanles los españoles que estaban con el Velázquez, hablando juntamente con los indios: “Señor, dicen estos indios que su tierra se dice Yucatán.” Y así se quedó con este nombre, que en su lengua no se dice así.<sup>20</sup> Dejemos esta plática y diré que todos los soldados que fuimos en aquel viaje a descubrir gastamos la pobreza de hacienda que teníamos, y heridos y empeñados volvimos a Cuba; y cada soldado se fue por su parte, y el capitán luego murió. Estuvimos muchos días curando las heridas, y por nuestra cuenta hallamos que murieron cincuenta y siete. Y esta ganancia trujimos de aquella entrada y descubrimiento. Y el Diego Velázquez escribió a Castilla, a los señores oidores que mandaban en el Real Consejo de Indias, que él lo había descubierta y gastado en lo descubrir mucha cantidad de pesos de oro. Y así lo decía y publicaba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, porque así se nombraba, porque era presidente del Consejo de Indias. Y lo escribió a Su Majestad a Flandes, dando mucho favor en sus cartas a Diego Velázquez, y no hizo memoria de nosotros que lo descubrimos (*HV*, 37-40).

Se contraponen, en este relato escueto del epílogo del descubrimiento de Yucatán, los que hacen historia y arriesgan sus personas y haberes en la empresa y los que, aprovechándose de su posición de autoridad y de sus conexiones con el poder, como Diego Velázquez, o el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, que ya hemos encontrado como personaje intrigante y ambicioso,<sup>21</sup> se las ingenian para confundir al prójimo y quitarles a unos y darles a otros como se le antoje, respondiendo a sus obscuras y no tan honradas maquinaciones. Después de reponerse de las heridas, con otros dos soldados Bernal se embarca en una canoa de un mercader—Pedro de Avila—que se iba a la villa de la Trinidad. Durante la navegación la canoa zozobró de noche y los cuatro tripulantes lograron salvarse desnudos y llegaron andando a un pueblo de

<sup>20</sup> Bernal muestra la codicia del gobernador Velázquez y la facilidad con la que los indios capturados Melchorejo y Julianillo le engañan, haciéndole creer que haya minas de oro en Yucatán y cuyo nombre difunden asociando dos palabras, *yuca*, que en Cuba era la planta del pan cazabe, y *tlati*, que en maya, o náhuatl quería decir *tierra*.

<sup>21</sup> Véase en Stelio Cro, “Textos Fundacionales de América, III: el Nuevo Occidente”, *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, Madrid, Fundación Universitaria Española, n. 36, 2011, pp. 114-123.

indios de nombre Yaguarama, donde Bernal debió conocer al padre Bartolomé de las Casas. Es una coincidencia notable que dos de los autores responsables de la fundación de la literatura hispanoamericana fueran, no ya contemporáneos, sino vecinos:

...llegamos a un pueblo de indios que se decía Yaguarama, el cual en aquella sazón era del padre fray Bartolomé de las Casas, clérigo presbítero, y después le conocí licenciado y fraile dominico, y llegó a ser obispo de Chiapa (*HV*, 41).

De allí, proveído de vestidos, Bernal llegó a Santiago de Cuba,

...donde estaba el gobernador, y me recibió de buena gracia (...) porque éramos deudos, se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dijo que si estaba bueno para volver a Yucatán. Y riéndome le respondí que quién le puso nombre Yucatán, que allá no le llaman así. Y dijo que los indios que trujimos lo decían. Yo respondí que mejor nombre sería la tierra donde nos mataron más de la mitad de los soldados que a aquella tierra fuimos, y todos los más salimos heridos. Y respondió: “Bien sé que pasastes muchos trabajos, y así es lo descubrir tierras nuevas para ganar honra. Su Majestad os lo gratificará, y yo así lo escribiré; y agora, hijo, volvé otra vez en la armada que hago, que yo mandaré al capitán Juan de Grijalva que os haga mucha honra” (*HV*, 41-42).

## 1518: LA EXPLORACIÓN DE GRIJALVA, DESDE COZUMEL AL RÍO PÁNUCO; PRIMERA MENCIÓN DE MOCTEZUMA Y DE LA PROFECÍA SOBRE EL RETORNO DE QUETZALCOATL<sup>22</sup>

En esa breve entrevista con el gobernador Velázquez, Bernal se entera que irá por segunda vez al Yucatán y tiene ocasión de oír las vanas promesas de su enjundioso pariente que, como ya vimos, no tiene ninguna intención de reconocerle el mérito de

---

<sup>22</sup> En el *Testamento de los Xpantzay*, que es un documento bilingüe en quiché y español, conservado por el padre don Juan de Torres, hay un encabezamiento que indica el origen del mito del Quetzalcóatl: “Este es el testamento de nuestros padres y abuelos de nosotros los principales llamados Xpantzay, de nuestro nacimiento y generación, cómo vinimos de noche y en la oscuridad de Tulan Zuyva”. En nota, el editor aclara: “Tulán (Tolán o Tulán): ciudad a la que los quichés calquiqueles y tzutujiles consideran su patria de origen. Algunos etnohistoriadores lo identifican con Tula, capital de los Toltecas, en Hidalgo, México. Esta ciudad fue abandonada durante el postclásico temprano, y sus gobernantes y élites guerreras migraron hacia distintas regiones de Mesoamérica, difundiendo el culto a Quetzalcóatl o serpiente emplumada.” Es un documento editado por Matilde Ivic de Monterroso que lo halló como parte de un expediente de un litigio de tierras sucedido de 1659 a 1663 entre los señores calquiqueles de Tecpán, Guatemala y el terrateniente español Francisco de Argueta. Véase *Crónicas mesoamericanas*, Tomo I, editor Horacio Cabezas Corcache. Guatemala, Universidad Mesoamericana, 2008, p. 132, n. 3.

descubridor de Yucatán. En el segundo viaje a Yucatán, con Bernal fueron Francisco de Montejo, futuro adelantado de Yucatán y gobernador de Honduras y Pedro de Alvarado, futuro adelantado y gobernador de Guatemala, con la armada de cuatro navíos al mando de Juan de Grijalva, que zarpó el 8 de abril de 1518, con el piloto Antón de Alaminos. El 18 la flota dobló el Cabo San Antón y el 28 de abril llegó a vista de la isla de Cozumel:

En el año de mil e quinientos y diez y ocho, viendo el gobernador de Cuba la buena relación de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatán, acordó de enviar una armada, y para ello se buscaron cuatro navíos: los dos fueron de los tres que llevamos con Francisco Hernández, y los otros dos navíos compró el Diego Velázquez nuevamente de sus dineros. Y en aquella sazón que ordenaba la armada, halláronse presentes en Santiago de Cuba, donde residía el Velázquez, un Juan de Grijalva y un Alonso de Dávila y Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, que habían ido a ciertos negocios con el gobernador, porque todos tenían encomiendas de indios en la misma isla y eran hombres principales. Concertóse que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velázquez, viniese por capitán general, y que Alonso Dávila viniese por capitán de un navío, y Pedro de Alvarado de otro, y Montejo de otro, por manera que cada uno destes capitanes puso bastimentos y matalotaje de pan cazabe y tocinos, y el Diego Velázquez puso los cuatro navíos y cierto rescate de cuentas y cosas de poca valía, y otras menudencias de legumbres. Y entonces me mandó Diego Velázquez que viniese con aquellos capitanes por alférez. Y como había fama de las tierras que eran ricas y había en ellas casas de cal y canto, y el indio Julianillo que llevamos de la Punta de Cotoche decía que había oro, tomaron mucha voluntad y codicia los vecinos y soldados que no tenían indios en la isla de venir a estas tierras, por manera que de presto nos juntamos docientos y cuarenta compañeros, y pusimos cada uno de la hacienda que teníamos para matalotaje y armas y cosas que convenían. Y en este viaje volví yo con estos capitanes por alférez, como dicho tengo, y pareció ser que la instrucción que para ello dio el gobernador fue, según entendí, que rescatase todo el oro y plata que pudiese. Y si viese que convenía poblar o se atrevía a ello, poblase; y si no, que se volviese a Cuba. Y vino por veedor de la armada uno que se decía Peñalosa, natural de Segovia, y trujimos un clérigo que se decía Juan Díaz, natural de Sevilla, y los dos pilotos que antes habíamos traído, que se decían Antón de Alaminos, de Palos, y Camacho, de Triana, y Juan Álvarez el Manquillo, de Huelva, y otro que se decía Sopena, natural de Moguer. Pues antes que meta la pluma en lo de los capitanes, porque nombraré algunas veces a estos hidalgos que he dicho que venían en el armada, y parecerá cosa descomedida nombralles secamente sus nombres, sepan que después fueron personas que tuvieron dictados,<sup>23</sup> porque Pedro de Alvarado fue adelantado y gobernador de Guatemala y comendador del Señor Santiago, y el Montejo fue adelantado de Yucatán y gobernador de Honduras. El Alonso Dávila no tuvo tanta ventura como los demás, porque le prendieron franceses, como adelante diré en el capítulo que adelante trataré. Y a esta causa no les nombraré sino

---

<sup>23</sup> Títulos de nobleza.

sus propios nombres, hasta que tuvieron por Su Majestad los ditados por mí nombrados. Y quiero que volvamos a nuestra relación. Y diré cómo fuimos con los cuatro navíos por la banda del norte a un puerto que se dice de Matanzas, que está cerca de La Habana vieja, que en aquella sazón no estaba poblada la villa donde agora está; y en aquel puerto tenían todos los más vecinos de La Habana sus estancias. Y desde allí se proveyeron nuestros navíos del cazabe y carne de puercos, que ya he memorado, que no había vacas ni carneros, porque era nuevamente ganada aquella isla; y nos juntamos, así capitanes como soldados, para hacer nuestro viaje. Antes que más pase adelante, y aunque vaya fuera de nuestra historia, quiero decir por qué causa llamaban aquel puerto Matanzas. Y esto traigo aquí a la memoria porque me lo ha preguntado un coronista que habla su corónica cosas acaecidas en Castilla. Aquel nombre se le puso por esto que diré: que antes que aquella isla de Cuba se conquistase, dio al través un navío en aquella costa, cerca del río y puerto que he dicho que se dice de Matanzas; y venían en el navío sobre treinta personas españolas y dos mujeres. Y para pasallos de la otra parte del río, porque es muy grande y caudaloso, vinieron muchos indios de La Habana y de otros pueblos con intención de matallos; y de que no se atrevieron a dalles guerra en tierra, con buenas palabras y halagos les dijeron que los querían pasar en canoas y llevarlos a sus pueblos para dalles de comer. Ya iban con ellos a medio del río en las canoas, las trastornaron y los mataron, que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, y la llevó un cacique de los que hicieron aquella traición, y los tres españoles repartieron entre sí. Y a esta causa se puso aquel nombre Puerto de Matanzas. Yo conocí a la mujer, que, después de ganada la isla de Cuba, se quitó al cacique de poder de quien estaba, y la vi casada en la misma isla de Cuba, en una villa que se dice La Trinidad, con un vecino della que se decía Pedro Sánchez Farfin. Y también conocí a los tres españoles, que se decía el uno Gonzalo Mejía, y era hombre anciano, natural de Jerez; y el otro se llamaba Juan de Santisteban, y era mancebo, natural de Madrigal; y el otro se decía Cascorro, hombre de la mar, natural de Moguer. Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y dirán que por decir una antigüedad dejé de seguir mi relación. Volvamos a ello. Ya que estábamos recogidos todos nuestros soldados, y dadas las instrucciones que los pilotos habían de llevar y las señas de los faroles para la noche, y después de haber oído misa, en ocho días del mes de abril del año de quinientos y diez y ocho años, dimos vela; y en diez días doblamos la Punta de Guaniguanico, que por otro nombre se llama de Santo Antón, y dentro de diez días que navegamos vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos, porque descayeron<sup>24</sup> los navíos con las corrientes más bajo que cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba. Yendo que íbamos bojando la isla por la banda del sur, vimos un pueblo de pocas casas, y allí cerca buen surgidero y limpio de arrecifes. Saltamos en tierra con el capitán buena copia de soldados. Y los naturales de aquel pueblo se habían ido huyendo desde vieron venir el navío a la vela, porque jamás habían visto tal: y los

---

<sup>24</sup> “Descaer” en lenguaje náutico significa ser arrastrado, en general por la corriente, o por la acción de la marea. Como puede ocurrir a quien explora, Bernal parece sugerir que el descubrimiento de la isla de Cozumel fue accidental. Lo que Bernal dice con claridad es que el descubrimiento de la isla de Cozumel ocurrió durante la navegación de la armada de Juan de Grijalva, alrededor del veinte y ocho de abril de 1518.

soldados que saltamos a tierra hallamos en unos maizales dos viejos que no podían andar, y los trujimos al capitán; y con los indios Julianillo y Melchorejo, que trujimos cuando lo de Francisco Hernández, que entendían muy bien aquella lengua, les habló, porque su tierra dellos y aquella isla de Cozumel no hay travesía de lo uno a lo otro sino obra de cuatro leguas, y todo es una lengua.<sup>25</sup> Y el capitán halagó a los dos viejos y les dio unas contezuelas, y les envió a llamar a los caciques de aquel pueblo; y fueron y nunca volvieron. Pues estándoles aguardando, vino una india moza, de buen parecer, y comenzó de hablar en la lengua de la de Jamaica, y dijo que todos los indios e indias de aquel pueblo se habían ido huyendo a los montes de miedo. Y como muchos de nuestros soldados e yo entendíamos muy bien aquella lengua, que es como la propia de Cuba, nos admiramos de vella y le preguntamos que cómo estaba allí; y dijo que habría dos años que dio al través con una canoa grande, en que iban a pescar desde la isla de Jamaica a unas isletas diez indios jamaicanos, y que las corrientes les echó en aquella tierra, y mataron a su marido y a todos los más indios jamaicanos, sus compañeros, y que luego los sacrificaron a los ídolos. Y el capitán, como vio que la india sería buena mensajera, envió con ella a llamar los indios y caciques de aquel pueblo, y diola de plazo dos días para que volviese, porque los indios Julianillo y Melchorejo tuvimos temor que si se apartaban de nosotros que se irían a su tierra, que está cerca; y a esta causa no osábamos enviarlos a llamar con ellos. Pues volvamos a la india de Jamaica, que la respuesta que trujo, que no quería venir ningún indio por más palabras que les decía. Pusimos nombre a este pueblo Santa Cruz, porque fue día de Santa Cruz cuando en él entramos. Había en él muy buenos colmenares de miel y buenas patatas y muchos puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo. Había en él tres pueblos: aqueste en que desembarcamos era el mayor, y los otros pueblezuelos más chicos estaban en cada punta de la isla el suyo. Y esto yo lo vi y anduve cuando volví tercera vez con Cortés; y terná de bojo esta isla dos leguas. Y volvamos a decir que como el capitán Juan de Grijalva vio que era perder tiempo estar allí esperando, mandó que nos embarcásemos. Y la india de Jamaica se fue con nosotros, y seguimos nuestro viaje (*HV*, 42-46).

Bernal documenta aquí otro descubrimiento importante, el de la isla Cozumel. El detalle de los dos ancianos que no pueden andar es un aspecto que da qué pensar, pues si van a llamar al cacique del pueblo parece que pueden caminar. El detalle que los dos ancianos no vuelven es también de relieve, pues hace pensar en dos voluntarios que, con apariencia enfermiza, en realidad se enteran de quiénes son los recién llegados, sobre todo si se tiene en cuenta que los dos indios que hacen de intérpretes hablan su lengua y que los españoles no saben qué es lo que realmente comunican entre sí. Otro personaje de relieve es la joven india jamaicana que, apareciendo casi como parte del paisaje, sin ningún temor aparente, da a la escena una dimensión más dramática e inesperada. Al encontrar a este personaje, después de leer las Cartas de

---

<sup>25</sup> Es decir, que en Cozumel hablan la misma lengua, el quiche, de los mayas de Yucatán, Guatemala y Honduras.

Cortés, donde encontramos a Doña Marina, no podemos evitar hacer la comparación entre las dos mujeres, que, a parte de ser ambas víctimas de una cultura en que las mujeres son parte del botín de los vencedores, se prestan a interpretar las preguntas de los recién llegados y llevar sus mensajes a los naturales de la tierra y darles informaciones esenciales para su seguridad y planes de colonización. Hay un detalle notable en este relato y es el que Bernal entiende la lengua de la india de Jamaica porque es la misma lengua de los indios de Cuba, es decir que en el año 1518 los taínos poblaban, además de las islas de Cuba, de Santo Domingo y de Puerto Rico, también la isla de Jamaica. Eran los indios encontrados por Colón en sus primeros dos viajes de 1492 y 1493 y, por lo tanto, ya eran más de 25 años que la lengua taina se utilizaba en las colonias españolas donde ya se registra, gracias a este dato de Bernal, un bilingüismo incipiente y fundamental, utilizado por los que, como Bernal, estaban acostumbrados a tratar a los indios sin prejuicios. Gracias a estos relatos de Bernal sobre las dos expediciones de Francisco Hernández de Córdoba a Yucatán y de Juan de Grijalva a Cozumel, nos vamos enterando de las tres lenguas—taíno, quiche y nahuatl—que los españoles deben aprender para comunicar con los indios del nuevo occidente. Grijalva, que exploró la costa al suroeste de México, encuentra por primera vez a indios que hablan nahuatl. Zarpando de Cozumel, la flota llega en ocho días a Champotón,<sup>26</sup> en la costa occidental de Yucatán,

que fue donde nos desbarataron los indios de aquella provincia, como ya dicho tengo en el capítulo que dello habla. Y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, anclamos los navíos una legua de tierra y, con todos los bateles, desembarcamos la mitad de los soldados que allí íbamos junto a las casas del pueblo. Y los indios naturales dél y de otros sus comarcas se juntaron todos, como otra vez, cuando nos mataron sobre cincuenta y seis soldados, y todos los más salimos heridos, según memorado tengo. Y a esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados a su usanza, que son arcos, flechas, lanzas tan largas como las nuestras y otras menores, y rodela y *macanas*, y espadas como de a dos manos, y piedras y hondas y armas de algodón, y trompetillas y atambores. Y los más dellos, pintadas las caras de negro y otros de colorado y de blanco; y puestos en concierto, esperando en la costa para, en llegando que llegásemos a tierra, dar en nosotros. Y como teníamos inspiriencia de la otra vez, llevábamos en los bateles unos falconetes, e íbamos apercebidos de ballestas y escopetas. Pues llegados que llegamos a tierra nos comenzaron a flechar, y con las lanzas a dar a manteniente, aunque con los falconetes les hacíamos mucho mal. Y tales rociadas de flechas nos dieron, que, antes que tomásemos tierra, hirieron a más de la mitad de nuestros soldados. Y desde que hubieron saltado en tierra todos nuestros soldados, les hicimos perder la furia a buenas estocadas y cuchilladas y con las ballestas, porque aunque nos flechaban a

---

<sup>26</sup> Es decir, en la primera semana de mayo de 1518.

terrero,<sup>27</sup> todos nosotros llevábamos armas de algodón. Y todavía estuvieron buen rato peleando, y les hicimos retraer a unas ciénagas junto al pueblo. En esta guerra mataron a siete soldados, y entre ellos a un Juan de Quiteria, persona principal, y al capitán Juan de Grijalva le dieron entonces tres flechazos y le quebraron dos dientes, y hirieron sobre sesenta de los nuestros (...). En aquellas escaramuzas prendimos tres indios; el uno dellos era principal. Mandóles el capitán que fuesen a llamar al cacique de aquel pueblo, y se les dio muy bien a entender con las lenguas, Julianillo y Melchorejo, y que les perdonaban lo hecho: y les dio cuentas verdes para que les diesen en señal de paz. Y fueron y nunca volvieron, y creímos que los indios Julianillo y Melchorejo no les debieron de decir lo que les mandaron, sino al revés.<sup>28</sup> Estuvimos en aquel pueblo tres días. Acuérdome que cuando estábamos peleando en aquellas escaramuzas por mí memoradas, que había allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara; y como eran muchos indios flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, nos parecía que eran algunas dellas langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que eran flechas, y eran langostas que venían volando; fue harto estorbo para nuestro pelear (*HV*, 47-49).

La segunda batalla de Champotón fue victoriosa para los españoles, seguramente aconsejados por Bernal que hallándose en la primera, tan sangrienta, debió informar detalladamente a su capitán Grijalva. De allí, el armamento que incluye la artillería ligera y las armaduras acolchadas de algodón, para protegerse de las flechas. Dos elementos nuevos se destacan en este relato. En primer lugar, el talento artístico con el que Bernal describe las flechas que se confunden con las langostas y, en segundo lugar, las dudas que se asoman con respecto a los dos indios intérpretes que no comunican lo que el capitán español les pide. Pero Yucatán ha sido conquistado por las armadas de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva y los españoles se quedan varios días en el pueblo de Champotón para curarse de las heridas y recobrar fuerzas, antes de seguir con la exploración de la tierra firme, hacia el fin de la primera semana de mayo y, siempre navegando al poniente, llegan al cabo de unos días al río de Tabasco, al que ponen el nombre de río de Grijalva. La población de la región probablemente pertenece al grupo de Mayas Chontales de Acatlán, donde logran

---

<sup>27</sup> Disparando la flecha al blanco certero.

<sup>28</sup> Dato esencial, el de la comunicación con los indios, que no se logrará enteramente en la Nueva España hasta la llegada de Cortés que rescata al clérigo cautivo español Aguilar y obtendrá, entre otras jóvenes indias, a doña Marina. Entre los dos, estos intérpretes conocían el quiche, la lengua de los mayas, y el náhuatl, la lengua de los aztecas y comunicaban las instrucciones que recibían de Cortés y le traducían las respuestas de los jefes indios, lo que permitía al conquistador una capacidad de comunicación que hasta ese momento nadie había logrado utilizar. A pesar de Julianillo y Melgarejo, los dos intérpretes indios, Grijalva no logra entablar un nivel de comunicación que sea suficiente para pacificar a los indios mayas de la región.

comunicar con un cacique y un sacerdote que les advierten a los españoles que no pueden imponerles la autoridad de su emperador. Le comunican por intermedio de los dos intérpretes Julianillo y Melchorejo que hay allí más de veinte mil guerreros. Se hacen las paces por lo cual los españoles dan cuentas verdes y otras baratijas y los caciques entregan comida e indican que hay oro en una región que llaman México:

Navegando costa a costa la vía del poniente, y nuestra navegación era de día, porque de noche no osábamos por temor de bajos y arrecifes. A cabo de tres días vimos una boca de río muy ancha y llegamos cerca de tierra con los navíos; y parecía un buen puerto. Y como nos fuimos acercando cerca de la boca, vimos reventar los bajos antes de entrar en el río, y allí sacamos los bateles y con la sonda en la mano hallamos que no podían entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte.<sup>29</sup> Fue acordado que anclasen fuera, en la mar; y con los otros dos navíos, que demandaban menos agua, que con ellos y con los bateles fuésemos todos los soldados el río arriba, por causa que vimos muchos indios estar en canoas en las riberas; y tenían arcos y flechas y todas sus armas, según de la manera de Champotón. Por donde entendimos que había por allí algún pueblo grande, y también porque viniendo como veníamos navegando costa a costa, habíamos visto echadas nasas con que pescaban en la mar, y aun a dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traíamos a jorro de la capitana.<sup>30</sup> Aqueste río se llama de Tabasco, porque el cacique de aquel pueblo se decía Tabasco; e como lo descubrimos deste viaje, y el Juan de Grijalva fue el descubridor, se nombra río de Grijalva, y así está en las cartas de marear. Tornemos a nuestra relación; que ya que llegábamos obra de media legua del pueblo, bien oímos el gran remor de cortar madera de que hacían grandes mamparos y fuerzas y palizadas, y aderezarse para nos dar guerra, por muy cierta. Y desde aquello sentimos, desembarcamos en una punta de aquella tierra, adonde había unos palmares que eran del pueblo media legua; y desde nos vieron entrar, vinieron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traían arcos, flechas y armas de algodón, rodela y lanzas, y sus atambores y penachos. Y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuvieron algo apartados de nosotros, que no osaron llegar como los primeros. Y desde los vimos de aquel arte, estábamos para tiralles con los tiros y con las escopetas y ballestas. Y quiso Nuestro Señor que acordamos de los llamar; y con Julianillo y Melchorejo, que sabían muy bien aquella lengua, se les dijo que no hobiesen miedo, que les queríamos hablar cosas que desde las entendiesen habrían por buena nuestra llegada allí e a sus casas; e que les quiere dar de las cosas que traíamos. Y como entendieron la plática, vinieron cerca de nosotros cuatro canoas, y en ellas obra de treinta indios; y luego se les mostró sartalejos de cuentas verdes y espejuelos y diamantes azules.

---

<sup>29</sup> Como la imagen anterior de las flechas que, en medio de la batalla, se confunden con las langostas, también ésta de la orilla en que las olas golpean reventando y levantando oleadas de espuma a cuyos bordes los pilotos tantean la entrada en la boca del río de Grijalva y luego lanzan los bateles escoltados por los dos barcos pequeños, mientras los dos navíos de mayor porte fondean mar afuera, para que los españoles desembarquen en la tierra firme de lo que será la Nueva España, dan una medida del talento poético de Bernal, que hace de su obra un clásico entre los libros de aventuras de todos los tiempos.

<sup>30</sup> “A jorro”, a remolque de la capitana.

Y desde lo vieron, parecía que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchivis, que ellos tienen en mucho.<sup>31</sup> Entonces el capitán les dijo, por las lenguas Julianillo y Melchorejo, que veníamos de lejas tierras y éramos vasallos de un gran emperador que se dice don Carlos, el cual tiene por vasallos a muchos grandes señores y caciques, y que ellos le deben tener por señor, y que les iría muy bien en ello; y que a trueque de aquellas cuentas nos den comida y gallinas. Y respondieron dos dellos, que el uno era principal y el otro papa (que son como sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva España), y dijeron que darían el bastimento que decíamos y trocarían de sus cosas a las nuestras. Y en lo demás, que señor tienen, y que ahora veníamos y sin conocerlos ya les queríamos dar señor; e que mirásemos no les diésemos guerra, como en Potonchán, porque tenían aparejados sobre tres jiquipiles de gente de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros; son cada jiquipil ocho mil hombres.<sup>32</sup> Y dijeron que bien sabían que pocos días había que habíamos muerto y herido más de docientos hombres en Potonchán, y que ellos no son de tan pocas fuerzas como fueron los otros; y por esta causa habían venido a hablar para saber nuestra voluntad, y aquellas palabras que les decíamos, que se lo irían a decir a los caciques de muchos pueblos que están juntos para tratar guerra o paces. Y luego el capitán les abrazó en señal de paz y les dio unos sartalejos de cuentas y les mandó que volvieran con la respuesta con brevedad; e que si no venían, que por fuerza habíamos de ir a su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensajeros que enviamos hablaron con los caciques y papas, que también tienen voto entre ellos. Y dijeron que eran buenas las paces y traer comida; y que entre todos ellos y los más pueblos comarcanos se buscaría luego un presente de oro para nos dar y hacer amistades, no les acaesca como a los de Potonchán. Y lo que yo vi y entendí después, el tiempo andando, en aquellas provincias e otras tierras de la Nueva España se usaba enviar presentes cuando se tratan paces, como adelante verán. Y en aquella punta de los palmares donde estábamos vinieron otro día sobre treinta indios, y entre ellos el cacique, y trujeron pescado asado y gallinas y frutas de zapotes<sup>33</sup> y pan de maíz, y unos braseros con ascuas y con sahumeros, y nos sahumaron a todos. Y luego pusieron en el suelo unas esteras, que en esta tierra llaman petates,<sup>34</sup> y encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro, que fueron unas como diademas, y ciertas joyas como lagartijas y tres collares de cuentas vaciadizas<sup>35</sup> y otras cosas de oro de poco valor, que no valían docientos pesos. Y más trujeron: unas mantas y camisetitas de las que ellos usan, y dijeron que recibamos aquello de buena voluntad, y que no tienen más oro que nos dar; que adelante, hacia donde se pone el sol, hay mucho. Y decían “Colúa, Colúa” y “México, México”; y nosotros no sabíamos qué cosa era Culúa ni aún México. Y puesto que no valía mucho aquel presente que trujeron, tuvimoslo por bueno por saber cierto que tenían oro. Y desde lo hubieron presentado, dijeron que nos fuésemos luego adelante. Y el capitán Juan de Grijalva

<sup>31</sup> La palabra náhuatl es *chalchihuites*, *chalchuis* que los mexicanos apreciaban más que el oro y con esa palabra, o su variante singular, *chalchuy*, designaban una cosa hermosa.

<sup>32</sup> La palabra náhuatl es *cenxiquipilli*, que designaba un batallón de ese número de hombres; el número ocho mil se representaba por una bolsa que contenía ocho mil granos de cacao.

<sup>33</sup> La palabra quiche *zapote* viene del náhuatl *tzápotl*, fruta de color rojizo.

<sup>34</sup> Del náhuatl *pétlatl*.

<sup>35</sup> Hechas utilizando un molde, y, por lo tanto, vacías.

les dio gracias por ello, y cuentas verdes. Y fue acordado de irnos luego a embarcar, porque estaban a mucho peligro los dos navíos, por temor del Norte, que es travesía, y también por acercarnos adonde decían que había oro (*HV*, 51-54).

La armada sigue navegando hacia poniente hasta alcanzar un lugar donde hay sierras junto al mar a las que pusieron por nombre San Martín por el nombre del soldado que primero las vio (*HV*, 55). Más adentro se veían sierras altas y cubiertas de nieve que, por ser en mayo o junio,<sup>36</sup> Bernal cree que están nevadas todo el año (*HV*, 20). El navío de Pedro de Alvarado llega primero al río Papaloava, que por este motivo le llamaron río de Alvarado, donde este capitán se adentra sin esperar los otros navíos, con gran enojo del capitán Grijalva, por el peligro de ser atacado sin la posibilidad de tener ayuda de los otros navíos. Luego los cuatro navíos siguen explorando la costa hasta llegar a un río al que ponen nombre río de Banderas por los muchos escuadrones de indios con banderas desplegadas sobre grandes lanzas (*HV*, 55). En este punto del relato Bernal explica la razón de las banderas:

Ya habrán oído decir en España algunos curiosos lectores y otras personas que han estado en la Nueva España cómo México es tan gran cibdad y poblada en el agua como Venecia. Y había en ella un gran señor que era rey en estas partes de muchas provincias y señoreaba todas aquellas tierras de la Nueva España, que son mayores que dos veces nuestra Castilla. El cual señor se decía Montezuma,<sup>37</sup> y como era tan poderoso, quería saber y señorear hasta más de lo que no podía.<sup>38</sup> Y tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Fernández de Córdoba, lo que nos acaesció en la batalla de Cotoche y en la de Champotón, y agora este viaje con los mismos de Champotón. Y supo que siendo nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo y otros muchos confederados que se juntaron con ellos, les desbaratamos, y cómo entramos en el río de Tabasco y lo que en él pasamos con los caciques de aquel pueblo, y, en fin, entendió que nuestra demanda era buscar oro, a trueque del rescate que traíamos; y todo se lo habían llevado pintado en unos paños que hacen de henequén, que es como de lino.<sup>39</sup> Y como supo que íbamos

---

<sup>36</sup> Véase más adelante, al llegar a la isleta de San Juan de Ulúa, Bernal explica que era el mes de junio.

<sup>37</sup> En Clavijero sería Moctezuma II, Xocoyotzin, “el Menor”, para distinguirlo de su abuelo, que tenía el mismo nombre, Moctezuma I. Fue elegido en 1502, a la muerte de un tío suyo, Ahuítzol, como noveno rey de los aztecas, *uey tlatoani*, “la voz elegida”. Sigo la fonética de Clavijero en mis comentarios y notas, pero respetando en las citas la fonética de Bernal. El imperio azteca a la llegada de los españoles, era de formación reciente. Los aztecas aparecieron en México central hacia 1150 y no se establecieron definitivamente en el valle de México donde, desde 1325 a 1370 erigieron su capital—Tenochtitlan— en el lago Texcoco.

<sup>38</sup> Moctezuma se extendió hasta Guatemala y Chiapas, logrando el control de ambas orillas de los dos océanos, el Golfo de México y el Pacífico, pero no logró derrotar a los Tlaxcaltecas, ni a algunas poblaciones Mayas del interior de esas provincias, lo que facilitó la conquista de Cortés.

<sup>39</sup> En su nota a esta referencia de Bernal, el editor Serés escribe muy atinadamente: “El henequen

costa a costa hacia sus provincias, mandó a sus gobernadores que, si por allí aportásemos con los navíos, que procurasen de trocar oro a nuestras cuentas, especial a las verdes, que parecían algo a sus chalchuvís, que las tienen en mucho como esmeraldas; y también lo mandó para saber e inquirir más por entero de nuestras personas y qué era nuestro intento. Y lo más cierto era, según entendimos, que les habían dicho sus antepasados que habían de venir gentes de hacia donde sale el sol, con barbas, que los habían de señorear (*HV*, 56-57).

Bernal es el primer cronista que describe Tenochtitlan, capital del imperio azteca, comparándola a Venecia y a su emperador Moctezuma, atribuyéndole la creencia en la antigua profecía sobre la llegada de unos hombres barbudos que, desde oriente, los conquistarían. Es ésta una referencia muy clara y ha hallado confirmación en varios historiadores de la conquista de México. Moctezuma era un hombre muy religioso y creía en las profecías que había heredado de sus antepasados. La llegada de los españoles, especialmente de Cortés, le convenció de la verdad de la antigua profecía. El dios Quetzalcoatl constituyó en Teotihuacán el símbolo de la sabiduría, heredado por aztecas y mayas que asimilaron el esplendor de esa civilización. Entre las leyendas de este dios, la más importante para Moctezuma es la que subraya el momento de la llegada de los españoles de Cortés en 1519, o sea, coincidente con el año del calendario azteca “I-Caña”, año del nacimiento del dios Quetzalcoatl que había muerto exactamente un siglo de cincuenta y dos años después, o sea en “I-Caña”. Lo que para un español como Cortés sería el azar, o, quizás con mayor exactitud, obra de la providencia divina, para este emperador azteca, y para su cultura, no era azar, porque creía que nada sucedía por azar. Pronto, en el alma de Moctezuma se imprimió de manera indeleble la convicción que la llegada de Cortés era ni más ni menos que la vuelta de Quetzalcoatl, el dios bondadoso y sabio, contrario a los sacrificios humanos, carácter que correspondía a lo que Moctezuma en los primeros tiempos aprendía de Cortés que castigaba esa costumbre cruel y liberaba a los cautivos que los indios tenían encerrados en jaulas, cebándolos hasta que fueran lo bastante gordos para sacrificarlos y comerlos en sus deleznables festines. Otro detalle de Cortés y sus hombres, que Moctezuma pudo apreciar en los dibujos que sus artistas le llevaban, era el ver que el conquistador y sus hombres vestían de negro, el color de Quetzalcoatl.<sup>40</sup>

---

es una planta textil (agave americana). Apunta Alvarado Tezozomoc que Moctezuma dijo: ‘Hacedme traer luego al afamado pintor llamado Tocual, para que saque y dibuje de manera que visteis estas gentes de los dioses, navíos, armas, artillería, caballos, lebreles y la manera de su asiento, comida, mesa, policía... muy al natural, sin exceder punto, y mirad que no lo digáis a personas del mundo, so pena de muerte’ (*Crónica Mexicana*, pp. 691-692)”.

<sup>40</sup> He adelantado la explicación de lo que Cortés representó para Moctezuma, pues desde la llegada de Juan de Grijalva ya se podía percibir la inquietud de Moctezuma para preparar la acogida a la llegada del dios Quetzalcoatl, como veremos en el siguiente capítulo que se refiere a la llegada de Grijalva.

Esto explica, según Bernal, la presencia de muchos mensajeros de Moctezuma enviados a la orilla del río de Banderas, que más tarde se llamará de Grijalva:

Agora sea por lo uno o por lo otro,<sup>41</sup> estaban en posta y vela muchos indios del gran Montezuma en aquel río, con unas varas muy largas, y en cada vara una bandera de manta de algodón blanca, enarbolándolas y llamádonos, como que parecían eran señas de paz, que fuésemos adonde estaban. Y desde vimos desde los navíos cosas tan nuevas, nos admiramos; y para saber qué podía ser, fue acordado por el general con todos los más capitanes que echásemos dos bateles en el agua, y que saltasen en ellos todos los ballesteros y escopeteros y veinte soldados de los más sueltos y prestos, y que Francisco de Montejo fuese con nosotros; y que si viésemos que era gente de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciéramos saber, u otra cualquier cosa que fuese. Y en aquella sazón quiso Dios que hacía bonanza en aquella costa, lo cual pocas veces suele acaecer. Y como llegamos en tierra, hallamos tres caciques, que el uno dellos era gobernador de Montezuma, y con muchos indios de su servicio. Y tenían allí gallinas de la tierra y pan de maíz, de lo que ellos suelen comer, y frutas que eran piñas y zapotes, que en otras partes llaman a los zapotes mameys. Y estaban debajo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo; y allí, por señas, nos mandaron asentar, porque Julianillo, el de la punta de Cotoche, no entendía aquella lengua, que es mexicana;<sup>42</sup> y luego trujeron braseros de barro con ascuas y nos sahúman con una como resina. El capitán Montejo lo hizo saber todo lo aquí memorado al general; y como lo supo, acordó de surgir allí con todos los navíos. Y saltó en tierra con los capitanes y soldados. Y desde aquellos caciques y gobernadores le vieron en tierra y entendieron que era el capitán general de todos, a su usanza le hicieron gran acato; y él les hizo muchas querencias y les mandó dar diamantes azules y cuentas verdes, y por señas les dijo que trujesen oro a trocar a nuestros rescates. Lo cual luego el indio gobernador mandó a sus indios que de todos los pueblos comarcanos trujesen de las joyas de oro que tenían a rescatar, y en seis días que allí estuvimos trujeron más de diez y seis mil pesos en joyezuelas de oro bajo y de mucha diversidad de hechuras. Y aquesto debe ser lo que dicen los coronistas Gómara y Illescas y Jovio que dieron en Tabasco, y ansí lo escriben, como si fuera verdad,<sup>43</sup> porque vista cosa es que en la provincia del río de Grijalva ni todos sus rededores no hay oro, sino muy pocas joyas de sus antepasados. Dejemos esto y pasemos adelante. Y es que tomamos posesión en aquella tierra por Su Majestad. Y después de esto hecho, habló el general a los indios diciendo que se querían embarcar, y les dio camisas de Castilla. Y de allí tomamos un indio, que llevamos en los navíos, el cual después que entendió nuestra lengua se volvió cristiano y se llamó Francisco; y después le vi casado con una india. Volvamos a nuestra plática. Pues como vio el general que no traían más oro que rescatar y había seis días que estábamos allí, y los navíos corrían riesgo, por ser travesía el Norte y Nordeste, nos mandó embarcar. Y co-

<sup>41</sup> O sea, las razones pueden ser varias y, entre ellas, debe incluirse también la creencia en el retorno de Quetzalcoatl con sus hombres barbudos.

<sup>42</sup> Es decir, Julianillo habla quiche y no entiende náhuatl, la lengua de los aztecas.

<sup>43</sup> Más adelante trataré este tema importante de la discrepancia de Bernal con Gómara.

rriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenía la arena blanca y estará al parescer obra de tres leguas de tierra; y posímosle nombre isla Blanca, y así está en las cartas de marear. Y no muy lejos desta isleta blanca vimos otra isla que tenía muchos árboles verdes, y estará de tierra obra de legua y media; y allí enfrente della había buen surgidero. Y mandó el general que surgiésemos. Y echados los bateles en el agua, fue el Juan de Grijalva, con muchos de nosotros los soldados, a ver la isleta, porque había humos en ella; y hallamos dos casas hechas de cal y canto bien labradas, y en cada casa unas gradas, por donde subían a unos como altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses. Y allí hallamos sacrificados, de aquella noche, cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes de las casas llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos en gran manera, y pusimos nombre a esta isleta isla de Sacrificios, y así está en las cartas de marear. Y allí enfrente de aquella isla saltamos todos en tierra y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hecimos ranchos y chozas con rama y con las velas de los navíos. Habían venido y allegándose en aquella costa muchos indios que traían a rescate oro hecho pecezuelos, como en el río de Banderas. Y según después supimos, lo mandó el gran Montezuma que viniesen con ello, y los indios que lo traían estaban temerosos. Y era muy poco, por manera que el capitán mandó que los navíos alzasen anclas y diesen velas y fuésemos a surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de media legua de tierra. Y esta isla es donde agora es el puerto de la Veracruz, obra de media legua de tierra (*HV*, 57-60).

Bernal cuenta aquí el primer encuentro entre Juan de Grijalva y un cacique azteca que reconoce la autoridad de Moctezuma y, más aún, mantiene contacto con el emperador. Los españoles ven la llegada de muchos indios con baratijas de oro de poco valor a la isla de Sacrificios, y descubren los sacrificios humanos de los aztecas, contemplando horrorizados los cuerpos desmembrados de las cinco víctimas. Casi inmediatamente el capitán ordena que levanten las anclas y se muden a una isla cercana, a media legua de la costa, donde surgirá el puerto de Veracruz, fundado por Cortés.

## LA MENCIÓN DEL MITO DEL RETORNO DE QUETZALCÓATL EN LA ARMADA DE GRIJALVA

Es posible que, debido al tiempo transcurrido, Bernal no se haya detenido en un acontecimiento de gran importancia, o sea, la llegada de embajadores de Moctezuma que piden hablar con Grijalva y le entregan presentes, como leemos en Sahagún:

1.- La primera vez que parecieron navíos en la costa de esta Nueva España, los capitanes de Mochtecuizoma que se llamaban Calpixques que estaban cerca

de la costa, luego fueron a ver qué era aquello que venía, que nunca habían visto navíos, uno de los cuales fue el Calpixque de Cuextécatl que se llamaba Pínotl llevaba consigo otros culpixques, uno que se llamaba Yaotzin, que residía en el pueblo de Mictlanquauhtla, y otro que se llamaba Teozinzócatl, que residía en el pueblo de Teociniocan, y otro que se llamaba Cuitlalpitoc, éste no era calpixque sino criado de uno de estos calpixques, y principalejo, y otro principalejo que se llamaba Téntlil. 2.—Éstos se fueron a ver qué cosa era aquella, y llevaban algunas cosas para venderlas, so color de ver qué cosa era aquella: llevaronlos (sic) algunas mantas ricas que sólo Mochteuczoma y ninguno otro las usaba, ni tenía licencia para usarlas: entraron en unas canoas y fueron a los navíos, dijeron entre sí, estamos aquí en guarda de esta costa, conviene que sepamos de cierto qué es esto, para que llevemos la nueva cierta a Mochteuczoma: entraron luego en las canoas y comenzaron a remar hacia los navíos, y como llegaron junto a los navíos, y vieron los españoles, besaron todos las proas de las naos en señal de adoración, pensaron que era el dios Quetzalcóatl que volvía, al cual estaban ya esperando según parece en la Historia de este dios. 3.—Luego los españoles los hablaron, y dijeron: ¿Quién sois vosotros?, ¿de dónde venís?, ¿de dónde sois? Respondieron los que iban en las canoas: hemos venido de México; dijéronles los españoles, si es verdad que sois mexicanos, decidnos, ¿cómo se llama el señor de México? 4.—Ellos respondieron: señores nuestros, llámase Mochteuczoma, y luego le presentaron todo lo que llevaban de aquellas mantas ricas, al que iba por general en aquellos navíos que según dicen era Grijalva, y los españoles dieron a los indios cuentas de vidrio, unas verdes y otras amarillas, y los indios como las vieron maravilláronse mucho, y tuvieronlas en mucho, y luego se despidieron de los indios diciendo, ya nos volvemos a Castilla, y presto volveremos, e iremos a México. 5.—Los indios se volvieron a tierra, y luego se partieron para México donde llegaron en un día y en una noche, a dar la nueva a Mochteuczoma de lo que habían visto, y trajéronle las cuentas que les habían dado los españoles y dijéronle de esta manera: señor nuestro, dignos somos de muerte, oye lo que hemos visto y lo que hemos hecho. 6.—Tú nos pusiste en guarda de la orilla de la mar, hemos visto unos dioses dentro en la mar y fuimos a recibirlos, y dímosles varias mantas ricas, y veis aquí estas cuentas que nos dieron, y dijéronnos, si es verdad que sois mexicanos, veis aquí estas cuentas, dadlas a Mochteuczoma para que nos conozca, y dijéronle todo lo que había pasado cuando estuvieron con ellos en la mar en los navíos. 7.—Respondióles Mochteuczoma y díjoles: venís cansados y fatigados, idos a descansar, yo he recibido esto en secreto, y os mando que no digáis nada de lo que ha pasado.<sup>44</sup>

---

44 Véase Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de Nueva España* (México, Porrúa, 1999), pp. 724-725. El nombre Tendile debería ser Téntlil y Pitalpitoque debería ser Cuitlalpitoc; por lo que se refiere a las referencias topográficas, el mismo autor habla de los administradores o gobernadores de los pueblos de Cuextlaxtan o Cotaxtla, de Mictlanquauhtla y de Teocinocan. De ahora en adelante señalaremos la fuente de Sahagún con la abreviación *Sahagún*, seguida de la página de la edición aquí señalada.

## BERNAL RELATA LOS SACRIFICIOS HUMANOS

En los cronistas de la conquista de la Nueva España se dan amplias noticias de los sacrificios humanos que naturalmente producían horror en los conquistadores y eran otra motivación para llevar a cabo la conversión de gente adepta a una religión cruel y sangrienta. Era bastante común que en los templos se llevaban a cabo sacrificios humanos en masa y cuyo momento climático era la extracción del corazón de las víctimas, elevado hacia el sol, lo cual determinaba que el altar, muy elevado para no encontrar obstáculos a la luz del astro, siempre fuese orientado hacia el oriente. Esta ceremonia de la elevación tenía como finalidad evitar durante un día más que el mundo se sumiese en la oscuridad. Hecha la elevación, el cuerpo de la víctima se arrojaba desde el altar y rodaba por la escalinata, muy empinada, para que la sangre de la víctima, a la que se consideraba como agua bendita, manchara el altar y las paredes del templo. Bernal describe la ceremonia con su acostumbrado realismo:

...cuando sacrificaban algún triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos y, bulliendo, le sacaban el corazón y sangre y lo presentaban a sus ídolos, en cuyo nombre hacían aquel sacrificio y luego les cortaban los muslos y brazos y cabeza. Y aquello comían en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas; y el cuerpo del sacrificado no llegaban a él para le comer, sino dábanlo a aquellos bravos animales [algunos de los cuales mantenían en el zoológico]. Pues más tenían en aquella maldita casa: muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en la cola uno que suena como cascabeles; éstas son las peores víboras de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cántaros grandes, y en ellas mucha pluma, y allí ponían sus huevos y criaban sus viboreznos; y les daban a comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solían criar. Y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de México y nos mataron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados, que de los muertos mantuvieron muchos días aquellas fieras alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y aquestas culebras y alimañas tenían ofrecidos aquellos sus ídolos bravos, para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales: cuando bramaban los tigres<sup>45</sup> y leones<sup>46</sup> y aullaban los adives<sup>47</sup> y zorros, y silbaban las sierpes; era grima oílo y parecía un infierno” (*HV*, 326-327).

En Tenochtitlan, como en Tlaxcala, los aztecas mantenían en la plaza del templo mayor, unos adoratorios donde exponían las calaveras y los huesos de sus enemigos que, según Bernal, llegaban a cien mil calaveras:

---

<sup>45</sup> Jaguares

<sup>46</sup> Pumas

<sup>47</sup> Lobos

Acuérdome que tenían en una plaza, adonde estaban unos adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían contar, según el concierto como estaban puestas, que al parecer que serían más de cien mil; y digo otra vez sobre cien mil. Y en otra parte de la plaza estaban otros tantos remeros de zancarrones,<sup>48</sup> huesos de muertos, que no se podían contar; y tenían en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte a otra. Y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres papas, que, según entendimos, tenían cargo dellos. De lo cual tuvimos que mirar más después que entramos bien la tierra adentro: en todos los pueblos estaban de aquella manera, e también en lo de Tascala (*HV*, 215).

### LA ISLA DE SAN JUAN DE ULÚA, DESCUBIERTA POR GRIJALVA

Contra la opinión de Gómara, en su relato Bernal defiende la obra de Juan de Grijalva, pues le considera capitán valeroso y esforzado, mientras incluye una crítica algo velada de Pedro de Alvarado, que se muestra rebelde e incapaz de seguir las órdenes de su capitán, como en parte ya hemos visto en las *Cartas de relación* de Cortés, con respecto a la matanza en la fiesta de Huitzipolochtlí que desencadena la guerra de Tenochtitlan<sup>49</sup> y, durante la guerra de reconquista de la misma, con su avance descabellado que provoca gran número de muertos entre españoles y aliados y pone en peligro la vida del mismo Cortés (*Carta III*, 78-81), en la que hemos referido como la derrota en el mercado. El descubrimiento de la isla por Grijalva permite que la armada pueda fondear protegida del peligro del viento Norte:

Desembarcados en unos arenales, hecimos chozas encima de los más altos médanos de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que había muchos. Y con los bateles sondaron muy bien el puerto y hallaron que con el abrigo de aquella isleta estarían seguros los navíos del Norte, y había buen fondo. Y hecho esto, fueron a la isleta con el general treinta soldados bien apercebidos en dos bateles, y hallamos una casa de adoratorios, donde estaba un ídolo muy grande y feo, el cual le llamaban Tescatepuca [Texcatlipoca] y, acompañándole, cuatro indios con mantas prietas y muy largas, con capillas que quieren parecer a las que traen los dominicos o los canónigos. Y aquellos eran sacerdotes de aquel ídolo, que comúnmente en la Nueva España llamaban papas, como ya lo he memorado otra vez. Y tenían sacrificados de aquel día dos mochachos, y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrescidos a aquel maldito ídolo. Y aquellos sacerdotes nos venían a sahumar con lo que sahumaban aquel su Tescatepuca, porque en que llegamos lo estaban sahumando con uno que huele a ensencio, y no consentimos que tal sahumario nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima de ver muertos aque-

<sup>48</sup> Huesos descarnados de pies y piernas

<sup>49</sup> Véase Hernán Cortés, *Cartas de relación*, editor don Enrique de Vedia, en *Historiadores primitivos de Indias*, Tomo I, Madrid, BAE, 1946; *Carta III*, 52-54. Desde ahora cito la carta con la página entre paréntesis.

llos dos mochachos, y ver tan grandísima crueldad. Y el general preguntó al indio Francisco, por mí memorado y que trujimos del río de Banderas, que parecía algo entendido, por qué hacían aquello. Y esto se lo decía medio por señas, porque entonces no teníamos lengua ninguna, como ya otra vez he dicho, porque Julianillo y Melchorejo no entendían la mexicana. Y respondió el indio Francisco que los de Culúa los mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decía: *Ulúa, Ulúa*, y como nuestro capitán estaba presente y se llamaba Juan y era [la época del año] por San Juan de junio,<sup>50</sup> pusimos por nombre a aquella isleta San Juan de Ulúa; y este puerto es ahora muy nombrado y están hechos en él grandes mamparos para que estén seguros los navíos para mar del Norte, y allí vienen a desembarcar las mercaderías de Castilla, para México y Nueva España.<sup>51</sup> Volvamos a nuestro cuento. Que como estábamos en aquellos arenales, vinieron indios de pueblos comarcanos a trocar su oro de joyas a nuestros rescates; mas era tan poco lo que traían y de poca valía, que no hacíamos cuenta dello. Y estuvimos siete días de la manera que he dicho, y con los muchos mosquitos que había, no nos podíamos valer. Y viendo que el tiempo se nos pasaba en balde y teniendo ya por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme, y que había grandes pueblos y mucha multitud de indios, y el pan cazabe que traíamos muy mohoso y sucio de fatulas<sup>52</sup> y amargaba. Y los soldados que allí veníamos no éramos bastantes para poblar, cuanto más que faltaban ya trece soldados que se habían muerto de las heridas y estaban otros cuatro dolientes. Y viendo todo esto por mí ya dicho, fue acordado que lo enviásemos a hacer saber al Diego Velázquez para que nos enviase socorro, porque Juan de Grijalva muy gran voluntad tenía de poblar con aquellos pocos soldados que con él estábamos, y siempre mostró ánimo de muy valeroso y esforzado capitán, y no como lo escribe el coronista Gómara. Pues para hacer aquella embajada acordamos que fuese el capitán Pedro de Alvarado en un navío muy bueno que se decía *San Sebastián*. Y fue así acordado por dos cosas: lo uno, porque el Juan de Grijalva ni los demás capitanes no estaban bien con él, por la entrada que hizo con su navío en el río de Papalote, que entonces le pusimos por nombre río de Alvarado; y lo otro porque había venido a aquel viaje de mala gana y medio doliente. Y también se concertó que llevase todo el oro que se había rescatado, y ropa de mantas, y los dolientes. Y los capitanes escribieron al Diego Velázquez cada uno lo que les pareció. Y luego se hizo a la vela, y fue la vuelta de la isla de Cuba (*HV*, 60-63).

Después de una semana, y por no obtener oro a suficiencia y con la cantidad de mosquitos que había en esos parajes, y el pan cazabe yéndose a perder, por no tener hombres suficientes para poblar aquella tierra, habiéndose muerto ya trece soldados de las heridas y con otros cuatro muy enfermos se decidió enviar a los enfermos de vuelta a Cuba y pedir ayuda al gobernador Velázquez para poder poblar y se envió al capitán Pedro de Alvarado en el mejor navío, el *San Sebastián*, y que llevase el oro rescatado con algunas mantas (*HV*, 63). Por su parte el gobernador Velázquez, ansio-

<sup>50</sup> La fiesta de San Juan es el 24 de junio.

<sup>51</sup> Se trata del Puerto de Veracruz, fundado por Cortés en la Pascua de 1519.

<sup>52</sup> Cucarachas

so de tener noticias de la armada de Grijalva, envía a Cristóbal de Olid en un barco que siguiese la ruta de Francisco Hernández de Córdoba hasta dar con la expedición de Grijalva. Pero en proximidad de Yucatán, una tormenta había amenazado con hacer zozobrar el barco de Olid que había logrado volver a Cuba, pero sin noticias de Grijalva (*HV*, 63-64). Casi al mismo tiempo había llegado Pedro de Alvarado con el *San Sebastián* y su llegada alegró mucho al gobernador que se propuso ampliar la exploración y conquista de la tierra firme (*HV*, 64). Costeando siempre en dirección noroeste, Grijalva llegó en la provincia de Pánuco, a unos trescientos kilómetros al noroeste de la ensenada de San Juan de Ulúa [Veracruz], donde, al encontrar a indios hostiles y falta de provisiones, se tomó, a pesar de las objeciones de Grijalva, que quería poblar, la decisión de volver a Cuba:

Después que de nosotros se partió el capitán Pedro de Alvarado para ir a la isla de Cuba, como memorado tengo, acordó nuestro general, con los demás capitanes y soldados y parecer de los pilotos, que fuésemos costeando y descubriendo todo lo que pudiésemos por la costa. Y yendo por nuestra navegación, vimos las sierras que se dicen de Tuztla, y, más adelante, de ahí a otros dos días, vimos otras sierras muy más altas, que agora se llaman las sierras de Tuzpa, porque se nombra un pueblo que está junto aquellas sierras Tuzpa. Y yendo nuestra derrota, vimos muchas poblaciones, y estarían la tierra adentro, al parescer, dos o tres leguas, y esto es en la provincia de Pánuco. E yendo por nuestra navegación llegamos a un río grande y muy corriente que le pusimos nombre río de Canoas; y enfrente de la boca dél surgimos. Y estando surtos todos tres navíos, estábamos algo descuidados, vinieron de repente por el río abajo obra de veinte canoas muy grandes, llenas de indios de guerra, con arcos y flechas y lanzas. Y vanse derechos al navío que les pareció el más chico, del cual era capitán Francisco de Montejo, y estaba más llegado a tierra, y danle una rociada de flechas que le hirieron cinco soldados, y echaban sogas al navío, pensando de lo llevar, y aun cortaron una amarra con sus hachas de cobre. Y puesto que el capitán y los soldados peleaban bien y les trastornaron tres canoas, nosotros, con gran presteza, les ayudamos con nuestros bateles y escopetas y ballestas, y herimos más de la tercera parte de aquella gente, por manera que volvieron con sus canoas, con la malaventura, por donde habían venido. Y luego alzamos anclas y dimos velas; y seguimos costa a costa hasta que llegamos a una punta muy grande, y era tan mala de doblar y las corrientes muchas, que no podíamos ir adelante. Y el piloto Antonio de Alaminos dijo al general que no era bien navegar más aquella derrota, y para ello dio muchas causas. Y luego se tomó consejo sobre lo que había de hacer, y fue acordado que diésemos la vuelta a la isla de Cuba; lo uno porque ya entraba el invierno y no había bastimentos, y el un navío hacía mucha agua, y los capitanes desconformes, porque el Juan de Grijalva decía que quería poblar, y el Alonso Dávila y el Francisco de Montejo decían que no, que no se podrían sustentar por causa de los muchos guerreros que en la tierra había; y también todos nosotros, los soldados, estábamos muy trabajados de andar por la mar. Y por estas causas dimos vuelta a dos velas; las corrientes que nos ayu-

daban, en pocos días llegamos al paraje del gran río de Guazacalco;<sup>53</sup> y no pudimos entrar en él por ser el tiempo contrario. Y muy abrazados con tierra, entramos en el río Tonalá, que se puso nombre entonces de San Antón. Y allí dimos carena al un navío que hacía mucha agua, puesto que tocó al entrar en la barra, que es muy baja. Y estando aderezando nuestro navío vinieron muchos indios del pueblo de Tonalá, que está una legua de allí, y muy de paz y trujeron pan de maíz y pescado y fruta, y con buena voluntad nos lo dieron. Y el capitán les hizo muchos halagos y les mandó dar cuentas verdes y diamantes; y les dijo por señas que trujesen oro a rescatar, y que les daría de nuestro rescate. Y traían joyas de oro bajo y les daban cuentas por ello. Y también vinieron los de Guazacalco y de otros pueblos comarcanos y trajeron sus joyezuelas, que todo era nonada. Pues además de aqueste rescate traían comúnmente todos los más indios de aquellas provincias unas hachas de cobre muy lucias, como por gentileza y a manera de galanía, con unos cabos de palo pintados; y nosotros creíamos que eran de oro bajo, y comenzamos a rescatar dellas. Digo que en tres días se hubieron más de seiscientas, y estábamos muy contentos creyendo que eran de oro bajo, y los indios mucho más con las cuentas. Y todo salió vano, que las hachas eran de cobre puro y las cuentas un poco de nada. Y un marinero había rescatado siete hachas y estaba alegre con ellas. También me acuerdo que un soldado que se decía Bartolomé Pardo fue a una casa de ídolos que estaba en un cerro, que ya he dicho que se dice *cúes*, que es como quien dice casa de sus dioses, y en aquella casa halló muchos ídolos y copal, que es como resina con que sahúman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban y retajaban, y en un arca de madera halló muchas piezas de oro, que eran diademas y collares, y dos ídolos, y otras como cuentas vaciadizas. Y el oro tomó el soldado para sí, y los ídolos y sacrificios trajo al capitán. Y no faltó quien lo vio y lo dijo a Grijalva, y quería serlo tomar. Y rogamos que se lo dejase, y como era de buena condición, mandó que, sacado el real quinto, lo demás fuere para el pobre soldado; y valdría obra de ciento y cincuenta pesos. También quiero decir [cómo yo sembré unas pepitas de naranja junto a otra casa de ídolos, y fue de esta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuimos diez soldados a dormir en una casa alta de ídolos y junto a aquella casa las sembré, que había traído de Cuba, porque era fama que veníamos a poblar, y nacieron muy bien: parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no la comiesen hormigas, e las regaban y limpiaban desde que vieron que eran plantas diferentes de las suyas; de allí se hicieron de naranjos toda aquella provincia].<sup>54</sup> [También quiero decir] cómo quedaron los indios de aquella provincia muy contentos. Y luego nos embarcamos y vamos la vuelta de Cuba, y en cuarenta y cinco días, unas veces con buen tiempo y otras con contrario, llegamos a Santiago de Cuba, donde estaba el Diego Velázquez; y él nos hizo buen recibimiento. Y desde que vio el oro que traíamos, que serían cuatro mil pesos, y lo

<sup>53</sup> Coatzacoalco en Clavijero; cerca de este río se encuentra La Venta, uno de los centros más importantes de la civilización de los Olmecas.

<sup>54</sup> Este relato sobre las pepitas de naranja se ha suprimido del manuscrito original, pero me parece oportuno reintegrarlo, con la nota 10 de la *HV*, p. 67, en que el editor Guillermo Serés cita la parte suprimida. No hay que dudar de la importancia en la economía actual de Yucatán que en el día de hoy se destaca a nivel nacional en México con el cultivo de diversos cítricos, como es el caso de la naranja dulce y agria. Al presente, Yucatán exporta más de tres mil toneladas de jugo concentrado de naranja, toronja, limón persa y mandarina a países como Alemania y Estados Unidos, así como a otros estados del país.

que trujo primero Pedro de Alvarado, sería por todo veinte mil; otros decían que eran más. Y los oficiales de Su Majestad sacaron el real quinto. Y también trajeron las seiscientas hachas que creímos que eran de oro bajo, y cuando las vieron ¡estaban tan mohosas! y, en fin, como cobre que era. Y allí hobo bien qué reír y decir de la burla y del rescate. Y el gobernador estaba muy alegre, puesto que pareció que no estaba bien con el pariente Grijalva; y no tenía razón, sino que el Francisco de Montejo y el Pedro de Alvarado no estaban bien con el Grijalva, y también el Alonso Dávila ayudó de mala.<sup>55</sup> Y cuando esto pasó ya había otras pláticas para enviar otra armada y sobre quién elegirían por capitán (*HV*, 65-68).

## LA LUCHA POR LA POSESIÓN DEL NUEVO OCCIDENTE

La exploración de la costa por parte de Grijalva ha obtenido como primer resultado la toma de contacto con el imperio azteca, cuyo emperador, Moctezuma, ya se ha enterado de la venida de los hombres barbudos. Bernal hace referencia al mito del Quetzalcoatl, el dios que en Mesoamérica había prohibido los sacrificios sangrientos. Otro aspecto novedoso de este relato es la siembra de las pepitas de naranja por Bernal, que muestra indudablemente su preocupación y vocación a poblar las nuevas tierras que acaban de incorporarse al imperio español. No se menciona en el relato el encuentro de Grijalva con los embajadores de Moctezuma, como en el texto de Sahagún.<sup>56</sup> El mismo Bernal admite en varias ocasiones que el tiempo transcurrido podría haber influido en la claridad de sus recuerdos:

Y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y decendientes salvo esta mi verdadera y notable relación, como adelante en ella verán (*HV*, 4).

Y en otro pasaje, al tratar de describir los presentes que Moctezuma había enviado a Cortés, se muestra algo frustrado por el tiempo transcurrido desde ese tiempo: “Y fueron tantas cosas que, como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo” (*HV*, 143). En el manuscrito de la *Historia verdadera* que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, se conserva un pasaje sobre la siembra de las semillas de naranja que el editor pone en nota: “He traído aquí esto a la memoria para que se sepa que éstos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España, porque después de ganado México e pacíficos los pueblos de Guazacualco, túvose

---

<sup>55</sup> Sin lealtad.

<sup>56</sup> Véase *Sahagún*, 724-725.

por la mejor provincia, por causa de estar en la mejor comodación de toda la Nueva España, así por las minas, que las había, como por el buen puerto y la tierra, de suyo rica de oro y de pastos para ganados. A este efecto se pobló con los más principales conquistadores de México, e yo fui uno. E fui por mis naranjos y traspúselos, e salieron muy buenos” (*HV*, 67, n. 10). Finalmente se vislumbra una tercera expedición, la que estará a cargo de Hernán Cortés. Pero antes de proceder con la historia de la tercera y decisiva expedición, la que estará a cargo de Cortés, Bernal se enfrenta con las intrigas que el viaje de Grijalva ha desatado en Cuba y, por ende en Castilla, hacia donde el gobernador Velázquez ha enviado su capellán Benito Martín para obtener del emperador Carlos V las provisiones y títulos que le dieran la autoridad y exclusiva facultad para ampliar la exploración de la tierra firme descubierta por las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva y para poblarla. Para ello requería del emperador la autorización a repartir tierras y poblar. Instruido por Velázquez, Martín llevó las instrucciones del gobernador al obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, junto con el licenciado Luis Zapata y el secretario Lope de Conchillos. Junto con las instrucciones, Martín llevaba para estas persona algunas joyas de oro de las obtenidas en la expedición de Grijalva, obsequios que tenían por objeto persuadir a esos poderosos integrantes del Consejo de Indias a favorecer los deseos de Velázquez, “gran servidor, en especial del mismo obispo. Y les dio pueblos de indios en la misma isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas; y hacían mucho por las cosas del Diego Velázquez. Y en aquella sazón estaba Su Majestad en Flandes, y aun les envió a aquellos caballeros por mí memorados joyas de oro de las que habíamos rescatado; y no se hacía otra cosa en el Real Consejo de Indias sino lo que aquellos señores mandaban” (*HV*, 69). Según Bernal, los tejes y manejes del gobernador de Cuba con sus amigos en España deben incluirse en un relato verdadero de lo ocurrido, pues su inclusión ayudará a comprender el desarrollo de los acontecimientos, sobre todo de la situación en que se encontró Cortés en vísperas de su salida con la tercera exploración de Mesoamérica y, además, los relatos que alrededor de estos acontecimientos, ya circulaban por el mundo y que tergiversaban la verdad. Ya a fines del capítulo XVI, Bernal les recuerda a sus lectores que se ha desviado de la narración de los hechos que interesan a la verdadera historia de la conquista de la Nueva España, para explicar la rivalidad que ya se percibe entre Velázquez y sus capitanes. La fórmula empleada en esa instancia había sido “Y dejemos esto aparte y diré cómo Diego Velázquez envió a España para que Su Majestad le diese licencia para rescatar y conquistar y poblar y repartir las tierras que hobiese descubierto” (*HV*, 68). El capítulo siguiente, el XVII, ya en el título indica la petición del gobernador: “Cómo Diego Velázquez envió a España para que Su Majestad le diese licencia para rescatar y conquistar y poblar y repartir la tierra desde estuviese en paz,” pues

sólo el almirante Diego Colón tenía título para poblar y el mismo Cortés no lo logrará hasta 1522. Para explicar la actividad del gobernador, Bernal necesita otro aparte, antes de introducir el episodio de mayor peso, o sea la designación de Hernán Cortés para hacerse cargo de una nueva armada. La fórmula, con la concesiva al comienzo del párrafo—“Aunque les parezca a los lectores que va fuera de nuestra relación esto que yo traigo aquí a la memoria, antes que entre en lo del valeroso y esforzado capitán Cortés” (*HV*, 68)—, es otra manera de llamar la atención del lector sobre sucesos simultáneos, con fórmulas ya experimentadas en las crónicas medievales y en los libros de caballerías. Con estos expedientes estilísticos Bernal, al mismo tiempo, organiza de forma ordenada los acontecimientos, manteniendo su orden cronológico y la naturaleza verdadera de lo que se recuenta y explica los resortes emotivos de los individuos que protagonizan esos sucesos. El resultado es que Bernal recoge detalles importantes para esclarecer el desenvolvimiento de los sucesos narrados y confirman una de las dificultades encontradas por Cortés, que ya hemos aprendido de las *Cartas de relación*, o sea, la enemistad y ambición del gobernador de Cuba:

Aunque les parezca a los lectores que va fuera de nuestra relación esto que yo traigo aquí a la memoria, antes que entre en lo del valeroso y esforzado capitán Cortés, conviene que se diga, por las causas que adelante verán, y también porque en un tiempo acaecen dos y tres cosas, y por fuerza hemos de hablar en la que más viene al propósito. Y el caso es que, como ya he declarado, cuando llegó el capitán Pedro de Alvarado a Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y Diego Velázquez temió que primero que él hiciese relación de ello a Su Majestad que algún caballero privado en corte le hurtaría la bendición y lo pedirían a Su Majestad. Y a esta causa, envió un su capellán, que se decía Benito Martín, hombre de negocios, a Castilla, con probanzas y cartas para don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano (...). Y el Benito Martín que envió fue a Castilla y negoció todo lo que pidió, y aún más, cumplidamente, porque trajo provisión para que Diego Velázquez fuese adelantado<sup>57</sup> de Cuba. Pues ya negociado lo aquí por mí ya dicho, no vinieron tan presto los despachos que no saliese primero el valeroso Cortés con otra armada (...). Y diré cómo estando escribiendo esta relación vi las corónicas de los cronistas Francisco López de Gómara y las del doctor Illescas y las de Jovio, que hablan en las conquistas de la Nueva España. Y lo que sobre ello me pareciere declarar, adonde hobiere contradicción y lo proporné clara y verdaderamente, y va muy diferente de lo que han escrito los coronistas ya por mí nombrados (*HV*, 68-70).

---

<sup>57</sup> “Adelantado” era un gobernador de un territorio fronterizo o recientemente conquistado, término que tiene su origen en las *Siete Partidas* de Alfonso X, donde se le equipara al prefecto romano. Su función y atributos fueron modificados y adaptados a las necesidades administrativas de los territorios descubiertos desde 1492 y legislados por las Leyes de Indias de 1512 y las Nuevas Leyes de Indias de 1542.

## EL AMERICANISMO DE BERNAL

La extraordinaria hazaña de España en el Nuevo Mundo, la rapidez de la exploración y de la conquista, han dejado su sello en muchos autores de la edad de oro, comenzando por el mismo Ercilla e incluyendo a Cervantes y terminando con Lope de Vega, para limitarnos a tres de los autores de ese período excepcional de las letras hispánicas. Casi al mismo tiempo de estas hazañas que se imprimieron en la memoria colectiva hispánica, cronistas e historiadores, aun los que nunca pisaron tierras americanas, como el mismo Pedro Mártir, o López de Gómara, se erigieron en personajes protagónicos, no tanto por su experiencia personal, cuanto por el trato familiar y cortesano que las circunstancias de su empleo les proporcionaban. Todo este acervo de hazañas, noticias y memorias compartidas que desde círculos restringidos se iba difundiendo hasta las esferas más populares, llegando a manifestarse hasta en el teatro del siglo de oro, puede definirse como un incipiente americanismo del que Bernal Díaz del Castillo es sin duda el iniciador. Es éste el conquistador e historiador que representa en su doble función de actor y relator, la complejidad del americanismo. Bernal se da cuenta que debe haber una distinción entre el que hace historia con su acción y a menudo a riesgo de su incolumidad física, y el que la cuenta basándose en noticias más o menos fidedignas. No debemos tomar sus opiniones al respecto como reglas generales para escribir historia, pero debemos comprender su convicción de saber la verdad y de contarla sin la retórica tan difundida en los letrados del siglo XVI:

...y desde el principio y medio ni cabo no hablan lo que pasó en la Nueva España. Y desde entraron a decir de las grandes cibdades y tantos números que dicen que había de vecinos en ellas, que tanto se les da poner ochenta mil como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dicen que hacíamos, siendo nosotros cuatrocientos y cincuenta soldados los que andábamos en la guerra, harto teníamos que defendernos no nos matasen o nos llevasen de vencida, que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes; en especial que tenían sus armas de algodón, que les cubrían el cuerpo, y arcos, saetas, rodelas, lanzas grandes, espadas de navajas como de a dos manos, que cortan más que nuestras espadas, y muy denodados guerreros (...). Pues otra cosa peor dicen: que Cortés mandó secretamente barrenar los navíos. No es ansí, porque por consejo de todos los más soldados y mío mandó dar con ellos al través, a ojos vistas, para que nos ayudasen la gente de la mar que en ellos estaban, a velar y a guerrear. Y en todo escriben muy vicioso. Y ¿para qué yo meto tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Yo lo maldigo, puesto que lleve buen estilo.<sup>58</sup> Dejemos esta plática y volveré a mi materia, que, después de bien mirado todo lo que aquí he dicho, que es todo burla lo que escriben acerca de lo acaescido en la Nueva España, torné a proseguir

---

<sup>58</sup> El sentido sería: “a pesar de que sea bien escrito.”

mi relación, porque la verdadera pulicía e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito. Y mirando esto, acordé de seguir mi intento, con el ornato y pláticas que verán, para que salga a luz. Y hallarán las conquistas de la Nueva España claramente como se han de ver. Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto que lleva la sonda, descubriendo bajos por la mar adelante, cuando siente que los hay: así haré yo en decir los borriones de los coronistas. Mas no será todo, porque si parte por parte se hobiesen de escribir, sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias.<sup>59</sup> Digo que sobre esta mi relación pueden los coronistas sublimar y dar loa al valeroso y esforzado capitán Cortés y a los fuertes conquistadores, pues tan grande empresa salió de nuestras manos. Y lo que sobre ello escribieron diremos los que en aquellos tiempos nos hallamos como testigos de vista ser verdad, como agora decimos las contrariedades; que ¿cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escribir tan vicioso y sin verdad, pues que sabemos que la verdad es cosa bendita y sagrada, y que todo lo que contra ello dijeren va maldito? Mas bien se parece que el Gómara fue aficionado a hablar tan loablemente del valeroso Cortés. Y tenemos por cierto que le untaron las manos, pues que a su hijo, el marqués que agora es, le eligió su corónica, teniendo a nuestro rey y señor, que con derecho se le había de elegir y encomendar. Y habían de mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borriones que en sus libros van escriptos (*HV*, 70-74).

La referencia concreta de Bernal a López de Gómara, del que critica la versión de los hechos en el que Bernal se halló como testigo de vista, da a su americanismo una característica peculiar, o sea, que al conocimiento de primera mano se pone en un segundo plano la noticia recibida de oídas, o de segunda mano, aunque sea documentada. Esta doble perspectiva, constituida por la experiencia de primera mano, en que se da valor al vitalismo existencial, contrapuesto a la tradición de los letrados, es la fórmula original del americanismo de Bernal que por su modernidad debe considerarse como un hito fundamental en el desarrollo de la ciencia histórica. Hay que agregar que el americanismo comenzado por Bernal y muy difundido en los siglos de oro, ha experimentado un resurgimiento a fines del siglo XIX, con miembros de la así llamada Generación del '98, especialmente Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Valle Inclán, entre otros.

## 1519: HERNÁN CORTÉS Y LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

Aclarada con firmeza la necesidad, en el relato histórico, de atenerse a los hechos, Bernal emprende la narración del tercer viaje de exploración a cargo de la tercera

---

<sup>59</sup> No puede Bernal buscar todos los errores de Gómara, pues sería buscar las migajas y olvidarse de la vendimia.

armada bajo las órdenes de Cortés. Se refiere al éxito del viaje de Grijalva que había confirmado la riqueza y el potencial de las tierras exploradas y la necesidad de poblar, con el gobernador Velázquez que decidió enviar una expedición más numerosa y mejor equipada:

Después que llegó a Cuba el capitán Juan de Grijalva, ya por mí memorado, y visto el gobernador Diego Velázquez que eran las tierras ricas, ordenó de enviar una buena armada, muy mayor que las de antes; y para ello tenía ya a punto diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba, donde Diego Velázquez residía: los cuatro dellos eran en los que volvimos con el Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena; y los otros seis recogieron de toda la isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan cazabe y tocinos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, porque era nuevamente poblada. Y este bastimento no era más que para hasta llegar a La Habana, porque allí habíamos de hacer todo el matalotaje, como lo hicimos. Y dejemos de hablar en esto, y diré las diferencias que se hubo para elegir capitán. Para ir aquel viaje hubo muchos debates y contrariedades, porque ciertos hidalgos decían que viniese por capitán un Vasco Porcallo, pariente del conde de Feria, y temióse el Diego Velázquez que se le alzaría con la armada, porque era atrevido; otros decían que viniese un Agustín Bermúdez o un Antonio Velázquez Borrego, o un Bernardino Velázquez, parientes del gobernador. Y todos los más soldados, que allí nos hallamos decíamos que volviese el mismo Juan de Grijalva, pues era buen capitán y no había falta en su persona y su saber mandar. Andando las cosas y conciertos desta manera que aquí he dicho, dos grandes privados de Diego Velázquez, que se decían Andrés de Duero, secretario del mismo gobernador, e un Amador de Lares, contador de Su Majestad, hicieron secretamente compañía con un hidalgo que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, que tenía indios de encomienda en aquella isla e poco tiempo había que se había casado con una señora que se decía doña Catalina Suárez, la Marcaida. Esta señora fue hermana de un Juan Suárez que después que se ganó la Nueva España fue vecino de México e a lo que yo entendí y otras personas decían, se casó con ella por amores. Y esto deste casamiento muy largo lo decían otras personas que lo vieron (...) y volveré a decir acerca de la compañía [expedición]. Y fue desta manera: que concertasen estos privados del Diego Velázquez que le hiciesen dar a Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada, y que partirían entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés, porque secretamente Diego Velázquez enviaba a rescatar y no a poblar (...) y luego [Cortés] se eligió por capitán general (...). Ya publicada su elección, a unas personas les placía y a otras les pesaba (...). Y verdaderamente fue elegido Hernando Cortés para ensalzar nuestra santa fe y servir a Su Majestad, como adelante diré (.). Pues como ya fue elegido Hernando Cortés por general, de la manera que dicho tengo, comenzó a buscar todo género de armas, así escopetas, pólvora y ballestas, y todos cuantos pertrechos de armas pudo haber y buscar de rescate, y también otras cosas pertenecientes a aquel viaje. Y demás desto, se comenzó de pulir y ataviar su persona mucho más que de antes, y se puso su penacho de plumas, con su medalla y una cadena de oro, y una ropa de terciopelo, sembradas por ella unas lazadas de oro, y como un bravoso y esforzado capitán. Pues para hacer estos gas-

tos que he dicho no tenía de qué, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda y sacaba oro de las minas. Mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban, porque era de buena conversación y apacible, y había sido dos veces alcalde en la villa de San Juan de Baracoa, donde era vecino, porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra a quien hacen alcalde. Y como unos mercaderes amigos suyos, que se decían Jaime Tría y Jerónimo Tría e un Pedro de Jérez, le vieron con aquel cargo de capitán general, le prestaron cuatro mil pesos de oro y le dieron fiados otros cuatro mil en mercaderías sobre sus indios y hacienda y fianzas. Y luego mandó hacer dos estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales y una cruz de cada parte con un letrero que decía: “Hermanos y compañeros: sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos.”<sup>60</sup> Y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores en nombre de Su Majestad y en su real nombre, Diego Velázquez, y él por su capitán general, para que cualesquiera personas que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas, a las conquistar y poblar, les darían sus partes del oro y plata y riquezas que hubiere y encomiendas de indios después de pacificados, y que para ello tenía licencia Diego Velázquez de Su Majestad (...). Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, y también Cortés escribió a todas las villas a sus amigos que se aparejasen para ir con él aquel viaje, unos vendían sus haciendas para buscar armas y caballos, otros a hacer pan cazabe y tocinos para matalotaje, y colchaban armas de algodón, y se apercebían de lo que habían menester lo mejor que podían. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con la armada, más de treientos y cincuenta soldados. Y de la casa del mismo Diego Velázquez salió un su mayordomo, que se decía Diego de Ordás, y éste, el mismo Diego Velázquez le envió para que mirase y entendiese en el armada, no hubiese alguna mala traza de Cortés, porque siempre temió dél que se alzaría aunque no lo daba a entender. Y vino un Francisco de Morla y un Escobar, que llamaban el Paje, y un Heredia y Juan Ruano y Pedro Escudero y un Martín Ramos de Lares y otros muchos, que eran amigos y paniaguados del Diego Velázquez. E yo me quiero poner aquí a la postre, que también salí de la misma casa del Diego Velázquez, porque era mi deudo. Y aquestos soldados pongo aquí agora por memoria, porque después, en su tiempo y lugar, escribiré de todos los que venimos en la armada, y de los que se me acordaren sus nombres, y de qué tierra eran de Castilla naturales. Y como Cortés andaba muy solícito en enviar su armada y en todo se daba mucha priesa, como la malicia y envidia reinaba en los deudos del Velázquez, estaban afrentados, como no se fiaba el pariente ni hacía cuenta dellos y dio aquel cargo de capitán a Cortés, sabiendo que había sido su gran enemigo, pocos días había, sobre el casamiento de Cortés, ya por mí declarado. Y a esta causa andaban murmurando del pariente Diego Velázquez y aun de Cortés, y por todas las vías que podían le revolvían con el Diego Velázquez, para que en todas maneras le revocasen el poder. De lo cual tenía aviso el Cortés, y no se quitaba de estar siempre en compañía del gobernador, y mostrándose muy gran su servi-

---

<sup>60</sup> Cortés imita el episodio en que, antes de la batalla del puente Milvio contra el emperador Magencio el 28 de octubre de 312 A. D., Constantino vio en el cielo una cruz y la frase “In hoc signo vinces” [Ganarás siguiendo esta señal].

dor. Y le decía que le había de hacer merced, mediante Dios, y muy ilustre señor e rico en poco tiempo. Y demás desto, el Andrés de Duero avisaba siempre a Cortés que se diese prisa en se embarcar él y sus soldados, porque ya le tenían trastocado al Diego Velázquez con inoportunidades de aquellos sus parientes los Velázquez. Y desde aquello vio Cortés, mandó a su mujer que todo lo que hobiese de llevar de bastimentos y regalos, que suelen hacer para tan largo viaje para sus maridos, se los enviase luego a embarcar a los navíos. E ya tenía mandado pregonar e apercebido a los maestros y pilotos y a todos los soldados que entre aquel día y la noche se fuesen a embarcar, que no quedase ninguno en tierra. Y desde los vio todos embarcados, se fue a despedir del Diego Velázquez, acompañado de aquellos sus grandes amigos y de otros muchos hidalgos; y todos los más nobles vecinos de aquella villa. Y después de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al gobernador y del gobernador a él, se despidió. Y otro día muy de mañana, después de haber oído misa, nos fuimos a los navíos, y el mismo Diego Velázquez fue allí con nosotros; e se tornaron a abrazar, y con muchos cumplimientos de uno al otro. Y nos hicimos a la vela, y con próspero tiempo llegamos al puerto de Trinidad. Y tomando puerto y saltados en tierra, nos salieron a recibir todos los vecinos de aquella villa, y nos festejaron mucho. E aquí en esta relación verán las contrariedades que tuvo Cortés, y las palabras que dice Gómara en su historia cómo son todas contrarias de lo que pasó (HV, 75-82).

Bernal rehusa la narración de Gómara por ser la de un cronista que no fue testigo ocular, sino que recibió las noticias de segunda mano. Como principio teórico, que sólo los testigos oculares, o mejor aún, los protagonistas de los hechos estén autorizados a escribir la historia, no se puede aceptar, con toda mi admiración por Bernal, como soldado y como historiador. ¿Qué serían las historias de Roma escritas por Polibio, Tito Livio, o Mommsen, si aplicáramos el criterio de Bernal? Debemos, por otra parte agradecerle a Bernal su honestidad y dedición. Se percibe claramente que entre los parientes y deudos del gobernador Velázquez hay personas que no aprueban el nombramiento de Cortés. Éste, por otra parte, sigue adelante con sus preparativos y da pruebas ya de decisión y de saber organizar la expedición, hasta dándole una bandera que simboliza la misión de conquistar en nombre de la fe cristiana, continuando con la estructura mental de la reconquista, un ancla mental que ya hemos visto en el mismo Bernal. Con los pregones hechos por Cortés en Trinidad y cartas a la villa de Santispiritus, distante unas dieciocho leguas de la Trinidad, Cortés logró convencer a muchos hidalgos de estas ciudades a unirse a su expedición. Y Juan Sedeño, vecino de Santispiritus, y otro Juan Sedeño, vecino de La Habana, vino con su navío cargado de pan cazabe y tocinos “que iba a vender a unas minas de oro que estaban cerca de Santiago de Cuba. Y como saltó en tierra, Juan Sedeño fue a hacer acato a Cortés, y después de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navío y tocino y cazabe, fiado, y se fue con nosotros. Ya teníamos once navíos, y todo se

nos hacía prósperamente. Gracias a Dios por ello. Y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velázquez cartas y mandamientos para que le detengan el armada a Cortés y le envíen preso” (*HV*, 83-84). De acuerdo a Bernal, la causa del cambio de actitud del gobernador y su abierta hostilidad contra Cortés, al punto de ordenar su arresto y el bloqueo de la armada en el puerto de la Trinidad, fue el influjo de sus parientes y, en especial, un anciano entre ellos que tenía fama de astrólogo y que iba repitiéndole al gobernador:

“Mirá, señor, que Cortés se vengará agora de vos de cuando lo tuvistes preso; y como es mañoso y atrevido, os ha de echar a perder si no lo remediáis presto.” A estas palabras y otras muchas que le decían dio oídos a ellas; y él, que siempre estaba con aquella sospecha, con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el alcalde mayor de La Trinidad, que se decía Francisco Verdugo, el cual era cuñado del mismo gobernador, y escribió cartas a otros sus amigos y parientes, para que en todo caso no dejasen pasar la armada, porque decía en los mandamientos que le detuviesen o que le llevasen preso, porque ya no era capitán, y le habían revocado el poder y dado a Vasco Percallo. Y también envió otras cartas para Diego de Ordás y Francisco de Morla y otros sus criados, rogándoles mucho que no pasase el armada. Y como Cortés lo supo, habló al Ordás y al Francisco Verdugo y a todos los soldados y vecinos de La Trinidad que le pareció que le serían contrarios y en favorecer las provisiones; y tales palabras y ofrecimientos les dijo, que les trajo a su servicio. Y aun el mismo Diego de Ordás; convocó luego a Francisco Verdugo, que era alcalde mayor, que no se hablase más en el negocio, sino que lo disimulase. Y púsole por delante que hasta allí no habían visto ninguna novedad en Cortés, antes se mostraba muy servidor del gobernador; y ya que en algo se quisiesen poner para quitarle la armada, que Cortés tenía muchos caballeros por amigos y estaban mal con el Diego Velázquez, porque no les dio buenos indios; y demás desto, tiene gran copia de soldados y estaba muy pujante; y que sería meter cizaña en la villa, o que, por ventura, los soldados les darían sacomano, y la robarían y harían otros peores desconciertos; y así se quedó sin hacer bullicio. Y el un mozo de espuelas de los que traían las cartas se fue con nosotros, que se decía Pedro Laso de la Vega; y con el otro mensajero escribió Cortés muy amorosamente a Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir a Dios y a Su Majestad y a él en su real nombre; y que le suplica que no oyese más a aquellos señores sus deudos, ni por un viejo loco como era Juan Millán se hiciese mudanza. Y también escribió a todos sus amigos, y a Duero, y al contador, sus compañeros. Y luego mandó entender a todos los soldados en aderezar armas y a dos herreros que estaban en aquella villa que hiciesen casquillos,<sup>61</sup> y a los ballesteros que desbastasen almacén e hiciesen saetas, y atrajo y convocó a los dos herreros que se fuesen con nosotros, y así lo hicieron. Y estuvimos en aquella villa diez días, donde lo dejaré y diré cómo nos embarcamos para ir a La Habana (*HV*, 85-86).

---

<sup>61</sup> Casquillo, es la punta de hierro de la saeta.

Bernal explica claramente que el motivo de la orden del gobernador de apresar a Cortés es fútil y motivado por rivalidades de deudos de Velázquez a los que, como nos recuerda Bernal, les pesaba el nombramiento de Cortés a capitán de la expedición. El jefe designado confirma sus dotes innatas de liderazgo con la rapidez con la que actúa para neutralizar las intrigas entretejidas por sus enemigos. La salida de la armada de once navíos del puerto de la Trinidad, para reunirse en La Habana con otros hidalgos y soldados que quieren unirse a la expedición, se verifica de manera aparentemente curiosa, pero se entiende que el propósito de Cortés es el de evitar sorpresas por parte del gobernador. En efecto Cortés sale con el navío de mayor tonelaje en dirección oeste; uno, capitaneado por Juan de Escalante, siguió la ruta en dirección este hasta doblar el extremo oriental de la isla de Cuba y seguir una ruta noroeste hasta llegar a La Habana; los restantes nueve navíos siguieron la misma ruta de la capitana, donde iba Cortés. Los caballos debían ir a La Habana por tierra; Pedro de Alvarado debía ir por tierra hasta La Habana, acompañado por Bernal, “para que recogiese unos soldados que estaban en unas estancias” (*HV*, 87). Todos llegan a La Habana, menos el barco en que iba Cortés, que había tocado unos bajos cerca de la isla de Pinos y se había quedado estancado y fue necesario descargar el cargamento con el batel en la playa, alejar el barco en aguas profundas, volver a cargarlo y en esta operación pasaron unos días durante los cuales algunos individuos mostraban deseo de ser jefes: “Y quien más en ello metió la mano fue Diego de Ordás, como mayordomo mayor de Velázquez a quien enviaba para entender solamente en lo de la armada, no se alzase con ella” (*HV*, 88). Bernal emplea un capítulo, el XXIV, para relatar la determinación del gobernador en adueñarse de la flota y apresar a Cortés y como ese intento falló por la lealtad hacia Cortés de los oficiales encargados de ejecutar la orden del gobernador:

Hay necesidad que algunas cosas de esta relación vuelvan atrás a se recitar para que se entienda bien lo que se escribe. Y esto digo: que parece ser que Diego Velázquez vio y supo de cierto que Francisco Verdugo, su teniente y cuñado, que estaba en la villa de La Trinidad, no quiso apremiar a Cortés que dejase la armada, antes le favoreció, juntamente con Diego de Ordás, para que saliese. Dizque estaba tan enojado el Diego Velázquez, que hacía bramuras, y decía al secretario Andrés de Duero y al contador Amador de Lares que ellos le habían engañado por el trato que hicieron, y que Cortés iba alzado. Y acordó de enviar a un su criado con cartas y mandamientos para La Habana, a su teniente, que se decía Pedro Barba, y escribió a todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella villa, y al Diego de Ordás y a Juan Velázquez de León, que eran sus deudos y amigos, rogándoles muy afectuosamente que, en bueno ni en malo, no dejen pasar aquella armada, y que luego prendiesen a Cortés y se le enviasen preso a buen recaudo a Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica, que así se decía el que envió con las cartas y mandamien-

tos a La Habana, se supo lo que traía, y deste mismo mensajero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba Velázquez. Y fue de esta manera: que un fraile de la Merced, que se daba por servidor de Velázquez, que estaba en su compañía del mismo gobernador, escribía a otro fraile de su Orden que se decía fray Bartolomé de Olmedo, que iba con nosotros; y en aquella carta del fraile le avisaban a Cortés sus dos compañeros, Andrés de Duero y el contador, de lo que pasaba. Volvamos a nuestro cuento. Pues como al Ordás le había enviado Cortés a lo de los bastimentos, con el navío, como dicho tengo, no tenía en él contradictor, sino en el Juan Velázquez de León. Luego que le habló le atrajo a su mandado, y especialmente que el Juan Velázquez no estaba bien con el pariente, porque no le había dado buenos indios. Pues a todos los más que había escrito el Diego Velázquez, ninguno le acudía a su propósito, antes, todos a una se mostraron por Cortés, y el teniente Pedro Barba muy mejor. Y demás deso, los Alvarados y el Alonso Hernández Puerto Carrero, y Francisco de Montejo, y Cristóbal de Olid, y Juan de Escalante, e Andrés de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de La Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron entonces. Y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba a Diego Velázquez, que no osó prender a Cortés porque estaba muy pujante de soldados, y que hubo temor que no metiesen a sacomano la villa y la robasen, y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo. E que, a lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, y que no se atrevió hacer otra cosa. Y Cortés le escribió a Velázquez con palabras tan buenas y de ofrescimientos, que lo sabía muy bien decir, e que otro día se hacía a la vela y que le sería servidor (HV, 92-94).

En este capítulo XXIV de la *Historia verdadera*, Bernal se detiene en un aparte esencial, que tenemos que entender, como lo escribe el cronista, para la comprensión cabal de su obra. Consiste este aparte en explicar, por un lado, el estado psicológico del gobernador, ya persuadido que debe oponerse al plan de Cortés, y, por el otro lado, el logro obtenido por Cortés de hacer de su reducido ejército un organismo cohesivo y que responde a sus órdenes. No es difícil entender al gobernador, que ya hemos visto poco leal con sus mismos deudos, que se han quejado varias veces por haber recibido “indios no buenos,” dentro del sistema tan en boga y moralmente deleznable de la encomienda, y que ahora debería contar con una lealtad por parte de sus allegados que él mismo desconoce. Más complejo y difícil es entender la lealtad de tantos hidalgos para el jefe de la expedición que, sin duda, estaba al tanto de los varios niveles de oposición contra su mando que no se limitaban al gobernador y a sus parientes en Cuba, sino que, como hemos visto, llegaban a España, al Consejo de Indias, en la persona de uno de sus miembros más influyentes, el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, arzobispo de Rosano. Creo que, para comprender cabalmente este aspecto tan aparentemente contradictorio, se debe pensar en la relación entre la conquista de América y la reconquista peninsular que, como sabemos, ocupó y forjó la identidad hispánica a lo largo de casi ocho siglos. Esta teoría, ya esgrimida

por Palacios Rubios a principios del siglo XVI, ha encontrado defensores en historiadores contemporáneos, como Leslie Bethell.<sup>62</sup> Si aceptamos esta teoría, que yo suscribo, debemos recordar otro elemento fundamental de la reconquista, que es la relación estrecha, en España, entre la iglesia y la acción política y militar que eran, respectivamente, la energía espiritual y el motor de la reconquista. Pero no siempre el clero, como hemos visto en el caso del ya citado obispo de Burgos, se encontró a la cabeza de la conquista como hemos visto por lo que se refiere a la reconquista. Además, y por razones éticas que personalmente admiro, miembros importantes del clero se opusieron activamente a la acción conquistadora cuando ésta determinaba derramamientos de sangre y matanzas que se asimilaron en algunos representantes, como el padre Bartolomé de las Casas, a un verdadero genocidio. Entonces surge la pregunta de dónde podemos identificar el espíritu que animó a los conquistadores. William Prescott, en trazar la semblanza de Cortés, y siguiendo el relato que de él hace Bernal, pone de relieve su liderazgo mental sobre sus soldados como un resultado natural de la confianza que ellos tenían en su habilidad y en su manera de ser informal y de mostrar cierta camaradería, una feliz síntesis de autoridad y de amistad que lo hacía eminentemente capaz para encabezar un grupo de aventureros.<sup>63</sup> La devoción de Cortés hacia la Virgen y su escrupulosa observancia del ceremonial católico reforzaron esos lazos de camaradería con sus soldados. Se le ha comparado a un cruzado,<sup>64</sup> un rasgo que indirectamente se asocia a la reconquista, una componente común entre los castellanos que luchaban por la fe cristiana contra los musulmanes en la península y que en Cortés se transfiere casi sin solución de continuidad a la conquista, como hemos visto en sus *Cartas de relación*, donde equipara los templos mexicanos, construidos para llevar a cabo los crueles sacrificios humanos sangrientos, con las mezquitas. Estos rasgos y cualidades personales enaltecen su valor y constancia en la conducción de la guerra de conquista. El mismo Prescott, en la conclusión de la semblanza de Cortés, recuerda las palabras de Bernal, que le equipara a los más grandes capitanes, a Alejandro Magno, a Escipión y a Aníbal, “porque tan temido y acatado fue en tanta estima el nombre de solamente Cortés, así en todas las

---

<sup>62</sup> Véase Juan López de Palacios Rubios, *De las Islas del mar Océano [De insulis]*, trad. del latín de Agustín Millares Carlo, Intr. y edición de Silvio Zavala. México: Fondo de Cultura Económica, 1954, cap. III, pp. 39-45; véase también “The Spanish Conquest and Settlement of America,” en *The Cambridge History of Latin America*, Vol. I, Editor Leslie Bethell. Cambridge: Cambridge University Press, 1985, pp. 149-206.

<sup>63</sup> Véase, William, H. Prescott, *History of the Conquest of Perú*. 4 tomos. Filadelfia y Londres: Lippincott Company, 1904. La referencia es al tomo IV, p. 234.

<sup>64</sup> Prescott: “We should throw ourselves back (it cannot be too often repeated) into the age,—the age of the Crusades. For every Spanish cavalier (...) felt himself to be the soldier of the Cross” [Debemos volver atrás (nunca es demasiado repetirlo) a la época,—la época de las cruzadas. Porque cada caballero español (...) se sentía como soldado de la cruz] ob. cit., 260.

Indias como en España, como fue nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia, y entre los romanos Julio César y Pompeyo y Escipión, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla a Gonzalo Hernández, el Gran Capitán” (HV, 78).

## LA PRIMERA ETAPA DE LA GRAN AVENTURA: COZUMEL

Como ordenado por el gobernador Velázquez, la primera etapa de la armada mandada por Cortés debía ser la isla de Cozumel,<sup>65</sup> hacia donde zarparon el 10 de febrero de 1519. Nueve de los once navíos, al mando de Cortés navegaron por la banda del sur desde el puerto de La Habana, en dirección oeste y, doblado el cabo San Antón, en dirección suroeste, mientras los otros dos navíos, al mando de Pedro de Alvarado, siguieron la ruta del norte, mucho más larga, en dirección este-sureste, hasta doblar el cabo Baracoa y seguir en dirección oeste.

Los dos barcos de Alvarado, con el piloto Camacho, llegaron a Cozumel antes de Cortés, porque uno de los barcos de la armada de nueve navíos se averió y la flota se demoró hasta continuar su viaje. El piloto Camacho, probablemente siguió las instrucciones de su capitán Alvarado y desobedeció la orden de Cortés de esperar el resto de la flota. Alvarado dio orden a sus soldados de desembarcar y, al hallar el pueblo desolado porque los indios habían huido al avistar a los dos barcos, marchó a otro pueblo a una legua, de donde los indios también habían huido, pero se llevó unas cuarenta gallinas y varios objetos de valor que encontró en un templo, además de dos indios y una india que capturó. Cuando Cortés llegó con el resto de la flota reprendió al piloto Camacho y lo puso en grillos y reprochó a Alvarado el no haber respetado las órdenes, luego dispuso que se remediase a los desmanes causados por Alvarado:

Y luego mandó traer los dos indios y la india que habíamos tomado, y con el indio Melchorejo, que llevamos de la punta de Cotoche, que entendía bien aquella lengua, les habló (...): que fuesen a llamar los caciques e indios de aquel pueblo, e que no hobiesen miedo. Y les mandó volver el oro, y paramentos y todo lo demás, y por las gallinas, que ya se habían comido, les mandó dar cuentas y cascabeles; y más: dio a cada indio una camisa de Castilla. Por manera que fueron a llamar al señor de aquel pueblo; y otro día vino el cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado, y mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta

---

<sup>65</sup> Véase el “Appendix” de William Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, ob. cit., IV: “Apercibiréis á los capitanes y Maestros de los otros navíos que jamas se aparten de vuestra conserva, y haréis quanto convenga para llegar todos juntos á la isla de Cozumel Santa Cruz, donde será vuestra derecha derrota” (p. 287).

isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y Nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes (*HV*, 95-96).

Cortés establece una nueva modalidad del encuentro con el “otro,” el indio americano. No se puede esperar una relación pacífica si se empieza con cazar indios y robarles el oro y los objetos sagrados de sus templos, además de la comida. Sus órdenes son perentorias y justas y los indios las entienden, al punto que se sienten a sus anchas entre los españoles “como si toda su vida los hubiesen tratado.” Al desembarcar y después de haber pacificado a los indios de la isla Cozumel, Cortés pasa revista a su armada:

Y halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestros y pilotos y marineros, que serían ciento, y diez y seis caballos y yeguas; las yeguas todas eran de juego y de carrera; e once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantín, que traía a cargo un Ginés Nortes; y eran treinta y dos ballesteros, y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, y diez tiros<sup>66</sup> de bronce, y cuatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas (...). Y puso por capitán de la artillería a un Francisco de Orozco, que había sido soldado en Italia (...) No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercebimiento de armas, y de lo demás, porque Cortés verdaderamente tenía gran vigilancia en todo (*HV*, 96-97).

## UN ANTECEDENTE ESPAÑOL DE ROBINSON CRUSOE: JERÓNIMO DE AGUILAR

Al poco de llegar, Cortés se entera que ya en la época del viaje de Francisco Hernández de Córdoba en 1517, los indios decían “castilan” para indicar a españoles que se hallaban en Campeche. Decide preguntarles a los caciques de Cozumel si saben algo de ello y todos respondieron que sí, que en la tierra firme había unos españoles esclavos y Cortés pidió a unos indios mercaderes de Cozumel que llevasen unas cartas para los españoles, y les entregó rescates para darles a los caciques. Puso a disposición de la partida dos navíos de menor porte, uno mayor, al mando de Diego de Ordás con veinte ballesteros y escopeteros que aguardase la vuelta de los indios mensajeros no menos de ocho días y el bergantín más pequeño que volviese con las nuevas sobre los españoles cautivos. La carta de Cortés decía:

---

<sup>66</sup> Lombardas, o bombardas.

Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiésedes menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de mi seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchán (*HV*, 98-99).

Los dos navíos atravesaron en tres horas el estrecho de Cozumel y llegaron a tierra firme donde los dos indios mercaderes con la carta y los rescate desembarcaron y en dos días encontraron a un español de nombre Jerónimo de Aguilar a quien dieron la carta y los rescates:

Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y rescates<sup>67</sup> [para los caciques]; y en dos días les dieron a un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba. Y de aquí adelante así le nombraré. Y después que las hubo leído y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia, la cual luego se la dio para que se fuese adonde quisiese. Y caminó Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo, cinco leguas de allí. Y como le leyó las cartas, el Gonzalo Guerrero le respondió: “Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéneme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir desta manera? Y ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra, que me deis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.” Y asimismo la india, mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: “Mirá con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; íos vos y no curéis de más pláticas.” Y el Aguilar tornó a hablar a Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no la quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desde que el Jerónimo de Aguilar vido que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole. Y desde que llegó no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días y aun uno más que llevó de plazo el Ordás para que aguardase; porque desde que Aguilar no venía, se volvió a Cozumel sin llevar recaudo a lo que había venido. Y desde que Aguilar vio que no estaba allí el navío, quedó muy triste y se volvió a su amo, al pueblo donde antes solía vivir. Y dejaré esto y diré que cuando Cortés vio volver a Ordás sin recaudo ni nueva de

---

<sup>67</sup> Cortés ya está enterado que, como muestra de paz, a los indios se le deben dar rescates, o sea, herramientas, prendas de vestir, sombreros, espejos, cuentas y otras baratijas con las que disponer a los indios a tratar negocios en paz.

los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado y dijo con palabras soberbias al Ordás que había creído que otro mejor recaudo trujera que no venirse así, sin los españoles ni nuevas dellos, porque ciertamente estaban en aquella tierra (...). Y diré cómo venían muchos indios en romería a aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatán, porque según pareció había allí en Cozumel unos ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio en que ellos tenían por costumbre en aquella tierra, por aquel tiempo, de sacrificar. Y una mañana estaba lleno un patio, donde estaban los ídolos, de muchos indios e indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos a mirar en ello con atención. Y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo, con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos, que ya he dicho otras veces que *papas* los llaman en la Nueva España, y comenzó a predicarles un rato; y Cortés y todos nosotros mirándolo en qué paraba aquel negro sermón. Y Cortés preguntó a Melchorejo, que entendía muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decía aquel indio viejo, y supo que les predicaba cosas malas. Y luego mandó llamar al cacique y a todos los principales, y al mismo *papa*; y como mejor se pudo dárselo a entender con aquella nuestra lengua, les dijo que si habían de ser nuestros hermanos que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos y les hacían errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarían al infierno sus ánimas. Y se les dio a entender otras cosas santas y buenas; y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dio, y una cruz, y que siempre serían ayudados y ternían buenas sementeras, y se salvarían sus ánimas. Y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe, bien dichas. Y el *papa* con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, y que no se atreverían ellos a hacer otra cosa, y que se los quitásemos nosotros, y veríamos cuánto mal nos iba de ello, porque nos iríamos a perder en la mar. Y luego Cortés mandó que los despedazásemos y echásemos a rodar unas gradas abajo, y así se hizo. Y luego mandó traer mucha cal, que había harto en aquel pueblo, e indios albañiles; y se hizo un altar muy limpio donde pusimos la imagen de Nuestra Señora; y mandó a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez y Alvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban, la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar. Y dijo misa el Padre que se decía Juan Díaz, y el *papa* y el cacique y todos los indios estaban mirando con atención. Llamen en esta isla de Cozumel a los caciques *calachionis* (HV, 99-103).

## CONQUISTA Y EVANGELIZACIÓN

Como hemos visto, Bernal quiere llamar la atención del lector sobre la actitud de Cortés que, además de jefe militar, se muestra jefe espiritual, siempre celoso de dar el buen ejemplo a sus hombres y no dejar pasar ocasión para declararle a los indios, especialmente a los caciques y a los jefes religiosos, que él ha venido como repre-

sentante del emperador a difundir el evangelio y la fe católica. En toda ocasión, a lo largo de la conquista de México, Cortés desempeña sin titubear ese doble papel de jefe militar y de jefe espiritual, representante de una teocracia católica que ha encontrado en él el representante más importante y de mayor relieve para llevar a cabo la expansión del cristianismo en el nuevo occidente americano. Salió Cortés de Cozumel con su armada en pos de la tierra firme. Mandaba la capitana de la flota y venían con ella diez navíos más, uno de ellos un bergantín. Al salir, Cortés les recomendó a los caciques y al sacerdote que veneraran la imagen de Nuestra Señora y la cruz “que la reverenciasen y tuviesen limpio y enramado” (*HV*, 104), luego “en ciertos días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años dimos velas y con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota” (*HV*, 104), pero ocurrió que el barco en que iba de capitán Juan de Escalante, y que era el que llevaba las provisiones de cazabe, hacía agua y por ello Cortés dio orden a la flota de volver a Cozumel para eliminar la falla. Al desembarcar pudieron descargar el cazabe y en cuatro días se arregló el barco de Escalante. Además de esta conclusión, lo que dio mucha alegría a Cortés y a sus hombres fue que, al volver a Cozumel, vieron “la imagen de Nuestra Señora y la cruz muy limpia y puesto incienso” (*HV*, 104). Al enterarse Jerónimo de Aguilar que los españoles habían vuelto, en seguida se preparó a encontrarlos:

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habían vuelto a Cozumel con los navíos, se alegró en gran manera y dio gracias a Dios, y mucha prisa en se venir él y los indios que le llevaron las cartas y rescate, a se embarcar en una canoa; y como la pagó bien, en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal prisa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra a la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar. Y llegados a la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron a Cortés unos soldados que iban a cazar, porque había en aquella isla puercos de la tierra, que había venido una canoa grande allí, junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche. Y mandó Cortés a Andrés de Tapia y a otros dos soldados que fuesen a ver qué cosa nueva era venir allí junto a nosotros indios, sin temor ninguno, con canoas grandes. Y luego fueron; y desde que los indios que venían en la canoa que traían a Aguilar vieron los españoles, tuvieron temores y queríanse tomar a embarcar e hacer a lo largo con la canoa; y Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos. Y Andrés de Tapia, como los vio que eran indios, porque Aguilar ni más ni menos era que indio, luego envió a decir a Cortés con un español que siete indios de Cozumel son los que allí llegaron en la canoa. Y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: “Dios y Santa María e Sevilla.” Y luego le fue abrazar el Tapia; y otro soldado, de los que habían ido con Tapia a ver qué cosa era, fue a mucha prisa a demandar albricias a Cortés cómo era español el que venía en la canoa, de que todos nos alegramos. Y luego se vino Tapia con el español adonde estaba Cortés. Y antes que llegasen ciertos soldados

preguntaban al Tapia: “¿Qué es del español?”, y aunque iba junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquilado a manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada en la cinta, y una manta vieja muy ruin, y un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, y traía atada en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas. Pues desde Cortés los vio de aquella manera también picó, como los demás soldados, que preguntó a Tapia que qué era del español. Y el español, como le entendió, se puso en cuclillas, como hacen los indios e dijo: “Yo soy.” Y luego le mandó dar de vestir, camisa y jubón y zaragüelles, y caperuza y alpargates, que otros vestidos no había. Y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino a aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciando, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia. Y dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dio en los Alacranes, que no pudo navegar; y que con el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba o Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echó en aquella tierra; y que los *calachionis*<sup>68</sup> de aquella comarca los repartieron entre sí, y que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habían muerto de dolencia, y las mujeres, que poco tiempo pasado había, que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler. Y que a él que tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fue a aquel cacique con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre, que allí le nombró), y que no habían quedado de todos sino él y un Gonzalo Guerrero. Y dijo que le fue a llamar y no quiso venir, y dio muchas gracias a Dios por todo. Y le dijo Cortés que de él sería bien mirado y gratificado, y le preguntó por la tierra y pueblos. Y el Aguilar dijo que, como le tenían esclavo, que no sabía sino servir de traer leña y agua y en cavar los maizales, que no había salido sino hasta cuatro leguas, que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar e cayó malo de ello; e que ha entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero. Y dijo que estaba casado y tenía tres hijos, y que tenía labrada la cara, y horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, de Palos, y que los indios le tienen por esforzado; e que había poco más de un año que cuando vinieron a la punta de Cotoche un capitán con tres navíos (parece ser fueron cuando venimos los de Francisco Hernández de Córdoba) que él fue inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí juntamente con un cacique de un gran pueblo, según he ya dicho en lo de Francisco Hernández de Córdoba. Y después que Cortés lo oyó, dijo: “En verdad que le querría haber a las manos, porque jamás será bueno.” Y dejallo he, y diré cómo los caciques de Cozumel, desde vieron a Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y el Aguilar les aconsejaba que siempre tuviesen acato y reverencia a la santa imagen de Nuestra Señora y a la cruz, y que conoscerían que por ello les venía mucho bien. Y los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor a Cortés para que si viniesen a aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados y no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dio.

---

<sup>68</sup> Caciques

Y después de despedidos, con muchos halagos y ofrecimientos, nos hicimos a la vela para el río de Grijalva. Y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gómara, y no me maravillo, pues dizque es por nuevas (HV, 105-108).

La historia de Aguilar es contada con esmero y por rasgos esenciales. Se representa a un hombre que, a pesar de haber pasado unos ocho años como esclavo entre indios idólatras, que siendo clérigo mantuvo su fe leyendo el libro de las Horas, único bien que le había quedado del naufragio, que escapó a ser sacrificado horriblemente, como lo habían sido sus compañeros, a los ídolos de indios dominados por una secta de sacerdotes crueles y sanguinarios y que, apenas liberado de su cautiverio, lo primero que hace es arriesgar su propia libertad en una misión hacia un compañero español al que quiere rescatar de la condición abyecta en que se encuentra, ese Guerrero que pelea contra sus hermanos españoles porque se ha casado con una india y tiene tres hijos pequeños, o sea que ha hecho una elección entre civilización y barbarie a favor de esta última. El relato concluye con una breve referencia a Gómara, autor de una famosa historia—*Hispania Victrix, Historia General de las Indias*—obra fundamental, pero que Bernal considera de segunda mano, “por nuevas,” y no producto de la propia experiencia del historiador, como es el caso de Bernal Díaz del Castillo.

### DOÑA MARINA Y LA CONQUISTA DE TABASCO POR CORTÉS, DESPUÉS DE LA BATALLA DE CINTLA<sup>69</sup>

La historia de Doña Marina, nombre que adquiere con el bautismo, es también extraordinaria. Como Aguilar, se convierte en la intérprete de Cortés, pues sabía náhuatl, la lengua de los aztecas, maya, o tabasco como Aguilar y en poco tiempo había aprendido bastante el castellano para hacerse entender. Bernal la describe como una india de alcurnia, que ya se destacaba entre las otras indias por su hidalguía y belleza y estas virtudes se asocian a un talento para la diplomacia que la convirtieron en sagaz embajadora entre los cholulas en un momento crítico del avance de Cortés hacia Tenochitlan. Doña Marina conocerá a Cortés después que el conquistador haya derrotado a su gente de Tabasco en la primera batalla ganada por Cortés en tierra

---

<sup>69</sup> Gómara llama este pueblo Cintla; véase Francisco López de Gómara, *Conquista de México*, en *Historia de las Indias*, en *Historiadores primitivos de Indias*, editor Don Enrique de Vedia. Madrid, BAE, Tomo I, p.309. Referencias con la abreviación *Gómara*, seguida de las páginas. Clavijero también la llama Cintla (*Clavijero*, 299).

firme. La narración de este episodio comienza con la llegada de la flota a Tabasco el 12 de marzo de 1519. Entrada la flota en el río, Cortés se da cuenta que le esperan miles de guerreros que ya habían derrotado a Grijalva (*HV*, 112). Ante ese despliegue de fuerza, Cortés trata de entablar una relación amistosa y le ordena a Aguilar que les explique “a unos indios que parecían principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados, que no les veníamos a hacer ningún mal, sino decilles que les queremos dar de lo que traemos como a hermanos, e que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaría dello; y les dijo muchas otras cosas acerca de la paz. Y mientras más lo decía Aguilar, más bravos se mostraban, y decían que nos matarían a todos si entrábamos en su pueblo, porque lo tenían muy fortalecido todo a la redonda” (*HV*, 113). Por segunda vez les habló Aguilar de paz y los tabascos respondieron con las mismas amenazas de muerte. Ante su determinación, Cortés preparó el combate, empleando todo un día en explorar el que debía ser el teatro de la batalla y tomando todas las medidas necesarias hasta el encuentro violento con los tabascos que defienden su tierra con valentía:

Y otro día por la mañana, después de haber oído misa y todas nuestras armas muy a punto, mandó Cortés a Alonso de Ávila que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo dicho que iba al pueblo; y que desde que oyese los tiros [de las lombardas puestas sobre los bateles], él por una parte y nosotros por otra, diésemos en el pueblo. Y Cortés y todos los más soldados y capitanes fuimos en los bateles y navíos de menor porte por el río arriba. Y desde los indios guerreros que estaban en la costa y entre los mambrales vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habíamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que toda la costa no había sino indios de guerra, con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles y atabalejos. Y desde que así vio la cosa, mandó Cortés que nos detuviésemos un poco y que no saltasen ballesta ni escopeta ni tiros. Y como todas las cosas quería llevar muy justificadas, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy, y por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra y tomar agua y hablarles cosas de Dios y de Su Majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese, u otros cualquier daños, fuesen a su culpa y cargo y no a la nuestra. Y ellos todavía haciendo muchos fieros, y que no saltásemos en tierra, si no que nos matarían. Y luego comenzaron muy valientemente a flechar y hacer sus señas con sus tambores, y como esforzados se vienen todos contra nosotros y nos cercan con las canoas, con tan gran rociada de flechas, que nos hicieron detener en el agua hasta la cinta, y otras partes no tanto; y como había allí mucha lama y ciénaga no podíamos tan presto salir de ella. Y cargan sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas a manteniendo y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, y también porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno, que no le pudo sacar, y descalzo de

un pie saltó a tierra; y luego le sacaron el alpargate y se calzó. Y entretanto que Cortés estaba en esto, todos nosotros, así capitanes como soldados, fuimos sobre ellos nombrando a señor Santiago, y los hicimos retraer, y aunque no muy lejos, por amor de las albarradas y cercas que tenían hechas de maderas gruesas, adonde se mamparaban, hasta que las deshicimos y tovimos lugar, por un portillo, de entrarles y pelear en ellos; y les llevamos por una calle adelante, adonde tenían hechas otras fuerzas, y allí tornaron a reparar y hacer cara, y peleaban muy valientemente y con gran esfuerzo, y dando voces y silbos, y decían: “Al *calacheoni*, al *calacheoni*”, que en su lengua mandaban que matasen o prendiesen nuestro capitán. Estando de esta manera envueltos en ellos, vino Alonso de Ávila con sus soldados, que había ido por tierra desde los palmares, como dicho tengo, y parece ser no acertó a venir más presto por amor de unas ciénagas y esteros; y su tardanza fue bien menester, según habíamos estado detenidos en los requerimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; así que todos juntos los tornamos a echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo, y ciertamente que como buenos guerreros nos iban tirando rociadas de flechas y varas tostadas. Y nunca volvieron de hecho las espaldas, hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenían tres casas de ídolos, y ya habían llevado todo cuanto hato había. En los cúes de aquel patio mandó Cortés que reparásemos, y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues iban huyendo. Y allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por Su Majestad y él en su real nombre, y fue de esta manera: que, desenvainada su espada, dio tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio. Y dijo que si había alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía embrazada. Y todos los soldados que nos hallamos presentes cuando aquello pasó respondimos que era bien tomar aquella posesión en nombre de Su Majestad, y que nosotros seríamos en ayudarle si alguna persona alguna cosa contradijere. Y por ante un escribano del rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesión la parte de Diego Velázquez tuvo que remurmurar de ella. Acuérdome que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron a catorce soldados y a mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios, en el agua donde desembarcamos. Y allí dormimos aquella noche, con grandes velas y escuchas (*HV*, 113-116).

Bernal cuenta hechos en los que él mismo fue actor y parte. Demuestra nobleza al reconocer la valentía de los mexicanos y los mayas que al fin y al cabo defendían su tierra contra el invasor y, al mismo tiempo, pone de relieve la capacidad militar de Cortés que ha preparado la batalla con gran sentido estratégico y da el ejemplo al ponerse al frente de sus soldados. No deja de referirse Bernal al gobernador de Cuba, que movido por envidia no vio de buen ojo la victoria de las armas españolas. Ganada la batalla, Cortés ordena a dos capitanes, Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo, ir con cien soldados cada uno a explorar la tierra dos leguas del real donde Cortés ha pernoctado y está cuidando los heridos de la batalla. A la legua, el capitán Lugo se halla rodeado de muchos indios que le atacan. Se defiende con sus hombres,

pero envía un indio corredor a pedir ayuda a Cortés. Mientras el capitán Alvarado, habiendo encontrado en su exploración un terreno difícil de atravesar, decide desviarse y de casualidad llega al lugar donde el capitán Lugo está luchando y ataca a los escuadrones indios que, sorprendidos retroceden, permitiendo a los dos capitanes retirarse al real, siempre perseguidos hasta llegar a media legua del campamento español, donde se enfrentaron a las fuerzas de Cortés y se alejaron, dejando unos indios muertos y heridos. Entre los españoles hubo dos muertos y once heridos. Los españoles tomaron tres indios presos y Aguilar les interrogó, enterándose que el lengua Melchorejo, que había huido durante la batalla, había instigado los tabascos a preparar esa emboscada (*HV*, 118-119). Después de desbaratar la emboscada, Cortés prepara su ofensiva, pues está convencido que los de Tabasco atacarán con todas sus fuerzas para exterminar de una vez por todas a los invasores, convencidos de la importancia de la superioridad numérica de los escuadrones indios. Para llevar a cabo esta ofensiva Cortés empleará por primera vez los caballos que aún están en los navíos. Será ésta la gran sorpresa que Cortés prepara para los indios, una estrategia decisiva en cualquier guerra. En efecto, después de comenzada la batalla, en la misma llanura donde los indios habían preparado la emboscada contra Francisco de Lugo, durante casi una hora los españoles combatieron contra más de 12.000 indios,<sup>70</sup> causando muchas bajas entre ellos por la superioridad de su armamento. El combate se decidió con la llegada de los caballos, bajo el mando del mismo Cortés:<sup>71</sup>

Estando en esto [o sea peleando con los indios], vimos asomar los de a caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto en ellos como venían por las espaldas, y como el campo era llano y los caballeros buenos, y los caballos algunos dellos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano y alancean a su placer. Pues los que estábamos peleando, desde que los vimos, nos dimos tanta prisa, que los de a caballo por una parte y nosotros por otra, de presto volvieron las espaldas (...) dimos muchas gracias a Dios por habernos dado aquella victoria tan cumplida (...). Aquesta fue la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España (...) y fuimos a ver los muertos que había por el campo y eran más de ochocientos, y todos los más

---

<sup>70</sup> Se entresaca la cantidad del mismo Bernal, pues, durante la batalla, en la que unos 500 españoles se enfrentaban a un ejército de miles de indios, al decirle Bernal Díaz del Castillo al capitán Diego de Ordaz que bastaban las estocadas para vencerlos, el capitán le contesta “que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros trescientos indios” (*HV*, 121).

<sup>71</sup> Bernal da relieve a la caballería, que en apariencia es modesta, pues cuenta con solo una docena de jinetes, pero, como veremos, la sorpresa de los indios es tal que su aparición resuelve la batalla en favor de los españoles. Bernal cita los nombres de los jinetes elegidos por Cortés: el mismo Cortés como capitán de la caballería, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Puerto Carrero, Juan de Escalante, Francisco de Montejo, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de León, Francisco de Morla y Lares, Gonzalo Domínguez, Morón el del Bayamo y Pedro González de Trujillo, en total doce caballeros (*HV*, 120).

de estocadas, y otros de los tiros [de lombardas] y escopetas y ballestas, y muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de a caballo había buen recaudo de ellos muertos, y otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros hasta que vinieron los de a caballo (*HV*, 122-123).

Bernal no aprueba la versión de la batalla que da Gómara, pues este historiador dice al respecto: “[los españoles que combatían] creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: ‘Adelante, compañeros; que Dios está con nosotros y el glorioso sant Pedro’” (*Gómara*, 309). Y sobre esto Bernal comenta “hasta que leí su corónica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí” (*HV*, 124). En esta batalla los españoles tomaron cinco indios, dos de ellos caciques. Aconsejado por Aguilar, que les había hablado en su lengua, Cortés les libera, después de entregarles cuentas verdes y diamantes azules para los otros caciques y a condición que lleven un mensaje de paz para todos los caciques de Tabasco, para que se establezcan las paces y que los caciques entiendan que deberán dar obediencia a Su Majestad el emperador Carlos V. Cuando recibieron los dos mensajeros, los caciques enviaron quince esclavos, con la cara pintada de negro y con ropa raída que trajeron comida. Cortés no apreció el envío de esclavos, e instruyó a Aguilar para que dijese que esperaba recibir el homenaje de los caciques y no de los esclavos y los despidió entregándoles más cuentas verdes y diamantes azules. Al otro día vinieron unos treinta caciques de varias regiones de Tabasco y trajeron comida, mantas, gallinas y pan de maíz. Estos caciques ordenaron a sus hombres enterrar los cuerpos de los indios caídos, ocasión en que Aguilar les recordó cuántas veces el jefe español les había rogado que entablaran relaciones pacíficas y que por su agresividad tantos habían muerto. Cortés aprovechó el temor que los indios tenían a los caballos y las lombardas para sorprenderlos durante la próxima visita que harían al campamento español. Hizo preparar la lombarda más poderosa y cargada de pólvora con una gran bola que se debía disparar a una señal que él haría durante su discurso a los caciques. Luego hizo traer la yegua de Juan Sedeño y la ató en la sala donde vendrían los caciques. Antes que llegaran unos cuarenta caciques para establecer las paces con Cortés, éste ordenó sacar la yegua y, a una señal, que trajeran el Músico, el caballo de Ortiz, después que éste hubiese sentido el olor de la yegua. Comenzada la reunión, Aguilar, instruido por Cortés les habló del gran emperador Carlos en cuyo nombre venían y a quien debían obediencia los de Tabasco y que, si no obedecían, que los *tepuzques*<sup>72</sup> los matarían. Al decir esto dio la señal:

---

<sup>72</sup> *Tepuzque* quiere decir hierro y era el nombre que los indios daban a las lombardas.

Entonces secretamente mandó poner fuego a la lombarda que estaba cebada, y dio tan buen trueno como era menester. Iba la pelota zumbando por los montes, que como era mediodía y hacía calma llevaba gran ruido, y los cacique se espantaron de oírlo; como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo. Y Cortés les dijo, con Aguilar, que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciesen daño. Y en aquel instante trajeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy lejos de donde estaba Cortés hablando con los caciques. Y como la yegua la habían tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando a los indios y al aposento adonde había tomado olor de yegua. Y desde que Cortés los vio de aquel arte se levantó de la silla y se fue para el caballo, y mandó a dos mozos de espuelas que luego le llevasen de allí lejos, y dijo a los indios que ya mandó al caballo que no estuviese enojado, pues ellos venían de paz y eran buenos (*HV*, 126-127).

El 15 de marzo de 1519 vinieron muchos caciques de la región de Cintla y trajeron presentes:

Y trujeron mantas de las que ellos hacían, que son muy bastas, porque ya habrán oído decir los que tienen noticias de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poca valía. Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana (...) Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos. Y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo; y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre a aquel pueblo Santa María de la Victoria, y así se llama ahora a la villa de Tabasco. Y el mismo fraile, con nuestra lengua, Aguilar, predicó a las veinte indias que nos presentaron muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que eran malos y no eran dioses, ni más les sacrificasen, que las traían engañadas, y adorasen en Nuestro Señor Jesucristo. Y luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina a aquella india y señora que allí nos dieron,<sup>73</sup> y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona (...) y [Cortés] a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puerto Carrero, que ya he dicho otra vez que era muy buen caballero primo del conde de Medellín, y después que fue a Castilla Puerto Carrero estuvo la doña Marina con Cortés, y hubo en ella un hijo que se dijo don Martín Cortés (*HV*, 128-131).

---

<sup>73</sup> Torquemada difiere en el lugar y la fecha del encuentro de Cortés con doña Marina, que este historiador ubica en la región del puerto de San Juan de Ulúa; véase *Monarquía indiana*, Libro IV, Cap. XVI.

Bernal hace un alto en el relato épico de la batalla en la llanura de Cintla y, antes de seguir con la conquista de México y el encuentro de Cortés con el emperador Moctezuma, se detiene en contar la historia de Doña Marina, de su venida a Xicalango y luego a Tabasco, donde conoció a Cortés. Se entiende este aparte por la importancia que Bernal siempre le reconoció a Doña Marina en la hazañosa conquista:

Antes que más meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran señora y cacica de pueblos y vasallos (...); y murió el padre, quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hubieron un hijo, y según pareció, queríanlo bien al hijo que había habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cacicazgo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. Y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés. Y conocí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido (...) y esto sólo muy bien, porque en el año de mil quinientos y veinte y tres años, después de conquistado México y otras provincias, y se había alzado Cristóbal de Olid en las Higüeras, fue Cortés allá y pasó por Guazacualco.<sup>74</sup> Fuimos con él aquel viaje todos los vecinos de aquella villa (...). Y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tascala y México fue tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo. Y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizaba, delante ciertos testigos, que uno de ellos se decía Aranda, vecino que fue de Tabasco (...). Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos; y bien lo sabía el capitán Cortés y Aguilar, la lengua. Por manera que vino la madre e su hijo, el hermano, y se conocieron, que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo de ella, que creyeron que los enviaba a llamar para matarlos, y lloraban. Y como así los vido llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hobiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que hacían, y se los perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo; y que Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido e a Cortés que cuanto en el mundo hay. Y todo esto que digo sólo yo muy certificadamente; y esto me parece que quiere remedar lo que

---

<sup>74</sup> Coatzacualco en *Clavijero*, 597.

le acaesció con sus hermanos en Egipto a José, que vinieron en su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relación que dieron a Gómara (...); doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo de Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés;<sup>75</sup> fue gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían todas las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto porque sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México (*HV*, 134-136).

Con su honestidad y escrúpulo habituales, Bernal nos ha dejado cuadros inolvidables en los que están enmarcados los protagonistas de la épica mexicana. Sin quitarle nada al heroísmo y sagacidad de Cortés, a su genio estratégico, a su talento para coger la ocasión al vuelo, Bernal, el conquistador/ historiador, consagra otro personaje fundamental—doña Marina— y explica su importancia en su prosa sencilla y sin adornos. En el relato de Bernal, doña Marina se nos aparece como persona noble y sencilla, de mente alerta y capaz de adaptarse a nuevas situaciones que requieren gran comprensión y fuerza de carácter. De joven esclava y de creencias idolátricas se halla elevada a intérprete cristiana y, según Bernal, autora de esa transición fundamental que transforma el Nuevo Mundo en un Nuevo Occidente. Se abre ahora otra etapa, la que, con la llegada de la armada al puerto de San Juan de Ulúa, le permite a Cortés entrar en contacto con el emperador Moctezuma:

En Jueves Santo de la Cena de mil e quinientos y diez y nueve años llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa;<sup>76</sup> y como el piloto Alaminos lo sabía muy bien desde cuando vinimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estuviesen seguros del norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas. Y dende, obra de media hora que hubimos surgido, vinieron dos canoas muy grandes, que en aquellas partes a las canoas grandes llaman piraguas, y en ellas vinieron muchos indios mexicanos, y como vieron los estandartes y el navío grande, conocieron que allí habían de ir a hablar al capitán. Y fuéronse derechos al navío, y entran dentro y preguntan cuál era el tatúan, que en su lengua dicen el señor, y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabía muy bien la lengua, se le mostró a Cortés, y los indios hicieron mucho acato a Cortés a su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, y que un criado del gran Montezuma,<sup>77</sup> su señor, les enviaba a saber qué hombre éramos y qué buscábamos, y que si algo hubiésemos menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que

---

<sup>75</sup> Doña Marina le comunica a Jerónimo de Aguilar, del náhuatl, la lengua de México, al quiché, la lengua de los mayas de Yucatán y Tabasco y Aguilar traduce al castellano para Cortés.

<sup>76</sup> Como hemos visto en el capítulo sobre el viaje de Bernal con Grijalva, este puerto está cerca de donde surgirá el Puerto de Veracruz, es decir, en el meollo comercial y político del imperio azteca.

<sup>77</sup> Bernal deletrea el nombre de Moctezuma de forma diferente. En mis comentarios, sigo la fonética de Clavijero para deletrear el nombre del emperador azteca; véase *Clavijero*, 603.

traerán recaudo para ello. Y Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenía en merced y luego les mandó dar de comer y beber vino, y unas cuentas azules; y dende que hubieron bebido les dijo que veníamos para verlos y contratar, y que no se les haría enojo ninguno, y que hubiesen por buena nuestra llegada a aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos. Y otro día, que fue Viernes Santo de la Cruz, desembarcamos ansí caballos como artillería en unos montones y médanos de arena que allí hay, altos, que no había tierra llana, sino todos arenales y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decía Mesa, e hicimos un altar, adonde se dijo luego misa; e hicieron chozas y ramadas para Cortés y para los capitanes, y entre trescientos soldados acarreamos madera, e hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros, y en esto se pasó aquel Viernes Santo. Y otro día, sábado, víspera de Pascua de la Santa Resurrección, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decía Pitalpitoque,<sup>78</sup> que después lo llamamos Obandillo, y trajeron hachas y adobaron las chozas del capitán Cortés y los ranchos que más cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima por amor del sol, que era Cuaresma y hacía muy gran calor, y trajeron gallinas y pan de maíz, y ciruelas, que era tiempo de ellas, y pareceme que entonces trajeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron a Cortés y dijeron que otro día había de venir un gobernador a traer más bastimento. Cortés se lo agradeció mucho, y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro día, Pascua Santa de Resurrección, vino el gobernador que habían dicho, que se decía Tendile<sup>79</sup> hombre de negocios, y trajo con él a Pitalpitoque, que también era persona entre ellos principal, y traían detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y otras legumbres; y a éstos que lo traían mandó Tendile que se apartasen un poco a un cabo, y con mucha humildad hizo tres reverencias a Cortés a su usanza, y después a todos los soldados que más cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con las lenguas que fuesen bien venidos, y les abrazó y les dijo que esperasen, y que luego les hablaría. Y entre tanto mandó hacer un altar, lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, que era gran cantor, y la beneficiaba el padre Juan Díaz, y estuvieron a la misa los dos gobernadores y otros principales de los que traían en su compañía, y oído misa comió Cortés y ciertos capitanes y los dos indios criados del gran Montezuma, y alzadas las mesas se apartaron Cortés con las dos lenguas y con aquellos caciques, y les dijo cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, y que tiene por vasallos y criados a muchos grandes señores, y que por su mandado venimos a estas tierras, porque ha muchos años que tiene noticias de ellos y del gran señor que les manda, y que le quiere tener por amigo y decirle muchas cosas en su real nombre; y después que las sepa y haya entendido, se holgará; y también para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad; y que quería saber dónde manda su merced que se vean. Y el Tendile respondió algo soberbio, y dijo: “Aún ahora has llegado y ya le quieres hablar; recibe ahora este presente que te damos en nombre de nuestro señor, y después me dirás lo que te cumpliere.” Y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas la-

<sup>78</sup> El nombre correcto es Cuitlalpitoc, según *Clavijero*, 599.

<sup>79</sup> Teutlile, según *Clavijero*, 607.

bores y ricas, y mandó traer diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y otras cosas que ya no me acuerdo, y mucha comida, que eran gallinas, fruta y pescado asado. Cortés lo recibió riendo y con buena gracia, y les dio cuentas torcidas y otras cuentezuelas de las de Castilla, y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen a contratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas a trocar por oro; y dijeron que así lo mandarían. Y según después supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotustan y Tustepeque y Guazpaltepeque y Tatalteco y de otros pueblos que nuevamente<sup>80</sup> tenían sojuzgados. Y luego Cortés mandó traer una silla de caderas con entalladuras de taracea y unas piedras margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcidos, y una gorra de carmesí con una medalla de oro de San Jorge como que estaba a caballo con su lanza, que mata un dragón, dijo a Tendile que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma, que ya sabíamos que así se llamaba, para cuando le vaya a ver y hablar, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza, y que aquella piedra y todo lo demás le manda dar el rey nuestro señor en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, y que mande señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya a ver. Y el Tendile lo recibió y dijo que su señor Montezuma es tan gran señor que holgara de conocer a nuestro gran rey, y que le llevará presto aquel presente y traerá respuesta. Y parece ser Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural la cara y rostro y cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas, y caballos, y a doña Marina y Aguilar, y hasta dos lebrelles, y tiros y pelotas, y todo el ejército que traíamos, y lo llevó a su señor. Y luego mandó Cortés a los artilleros que tuviesen muy bien cebadas las lombardas, con buen golpe de pólvora, para que, hiciese gran trueno cuando lo soltasen. Y mandó a Pedro de Alvarado que él y todos los de a caballo se aparejasen para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevase pretales de cascabeles, y también Cortés cabalgó y dijo: “Si en estos médanos de arena pudiéramos correr bueno fuera; mas ya verán que a pie atollamos en el arena; salgamos a la playa después que sea menguante y correremos de dos en dos.” Y al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana de gran carrera y revuelta, le dio el cargo de todos los de a caballo; todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores, y para que viesen salir los tiros hizo Cortés que los quería tornar a hablar con otros muchos principales, y ponen fuego a las lombardas. Y en aquella sazón hacía calma, y van las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y todo lo mandaron pintar a sus pintores para que su señor Montezuma lo viese. Y parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, y aunque mohoso; y vio el Tendile, que era más entremetido indio que el otro, y dijo que le quería ver, que parecía a uno que ellos tenían que les habían dejado sus antepasados y linaje de donde venían, lo cual tenían puesto a sus dioses Huychilobos<sup>81</sup> y que su señor Montezuma se holgaría de

---

<sup>80</sup> “Nuevamente” quiere decir aquí “recientemente”; Bernal se refiere a la coincidencia de la llegada de Cortés en el momento de mayor expansión del imperio azteca que, como hemos visto, se remonta a principios del siglo XVI.

<sup>81</sup> Huitzilopochtli, que los aztecas adoraban como dios de la guerra, según *Clavijero*, 601.

verlo. Y luego se lo dieron, y les dijo Cortés que porque querían saber si el oro de esta tierra es como lo que sacan en la nuestra de los ríos, que le envíen aquel casco lleno de granos de oro para enviarlo a nuestro gran emperador. Y después de todo esto el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros, y después de muchos ofrecimientos que le hizo Cortés se despidió de él y dijo que él volvería con la respuesta con toda brevedad. Y ya ido Tendile, alcanzamos a saber que, después de ser indio de grandes negocios, fue el más suelto peón que su amo tenía. El cual fue en posta y dio relación de todo a su señor, y le mostró todo el dibujo que llevó pintado y el presente que le envió Cortés; y dizque el gran Montezuma, desde que lo vio, quedó admirado y recibió por otra parte mucho contento, y desde que vio el casco y el que tenía su Huychilobos tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que vendrían a señorear aquella tierra (*HV*, 136-141).

En este relato de Bernal se perciben varios elementos fundamentales de la conquista de México:

1). Moctezuma ya ha tenido noticia de la llegada de los españoles en su tierra. Como hemos visto, es muy probable que Moctezuma se haya enterado del viaje de Grijalva y que sus embajadores hayan canjeado presentes con los españoles.

2). Cortés ha desembarcado en una región recientemente conquistada por los aztecas, probablemente unos 15-20 años antes de la llegada del conquistador español.

3). Además de obtener dibujos de la apariencia física de Cortés y de sus capitanes y de doña Marina, Teutlile ha sido testigo del poder del armamento de los invasores: tiros de las lombardas y caballería, en la que el mismo Cortés hace alarde de su habilidad de jinete.

4). Cortés mezcla dones y medios de saber si hay riquezas en oro en la región, al donarle el casco de un soldado español que le recuerda a Teutlile el casco de Huitzilopochtli, el dios azteca de la guerra, adorado por Moctezuma. Al pedirle que rellene el casco de pepitas de oro para compararlas a las de España, se asegura el medio más eficaz de saber si en la región hay el codiciado oro.

5). Teutlile, conocedor de la leyenda del retorno de Quetzalcóatl, cree haber hallado la prueba de la verdad de la profecía del retorno del dios que quería proscribir los sacrificios humanos.

6). Como nadie antes de él, Cortés ha utilizado la creencia azteca en el retorno de Quetzalcóatl, como arma de propaganda psicológica y medio para debilitar la resistencia de los jefes aztecas.

7). Cortés rehusa esclavizar a indios que tan valientemente han defendido su tierra y los devuelve, ganándose la amistad de los caciques.

En el relato siguiente Bernal nos describe el efecto de esta guerra psicológica. Teutlile vuelve con un cacique de nombre Quintalbor, que se parece tanto a Cortés que los españoles dan en llamarle Cortés. Teutlile trae muchos presentes para Cortés y sus hombres:

Y después de haber dado el parabién venido<sup>82</sup> a aquella tierra y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían, y encima de unas esteras y tendidas otras mantas de algodón encima de las esteras. Y lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron que la habían pesado, sobre diez mil pesos; y otra mayor rueda de plata, figurada la luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella, y ésta era de gran peso, que valía mucho. Y trujo el casco lleno de oro en granos chicos, como le sacan de las minas, que valía tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran veinte mil pesos. Más trajo: veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, e unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, e otros pinjantes, y doce flechas y un arco con su cuerda y dos varas como de justicia, de largor de cinco palmos; y todo esto que he dicho de oro muy fino y de obra vaciadiza. Y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo; pues venados de oro, sacados de vaciadizos. E fueron tantas cosas que, como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo. Y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón, tan prima, y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantas, no quiero en ello meter más la pluma, porque no lo sabré escribir (*HV*, 142-143).

El lector habrá observado que el relato de Bernal sobre los presentes que Moctezuma ha enviado a Cortés es casi idéntico al de Sahagún que ya hemos comentado en el capítulo titulado “La mención del mito del retorno de Quetzalcoatl en la armada de Grijalva.” Al final de la descripción sobre el presente a Cortés, Bernal admite que no se acuerda bien de este episodio, por el tiempo transcurrido desde que acaeció hasta el momento en que se decidió a escribir sobre ello: “E fueron tantas cosas que como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo” (*HV*, 143).

Después de entregarles estos presentes, los dos embajadores alaban la llegada de los extranjeros de tierras tan lejanas y su admiración y deseo de conocer al emperador Carlos, pero no satisfacen el deseo de Cortés de conocer a Moctezuma, “poniendo muchos inconvenientes,” como dice Bernal (*HV*, 143). Ante la insistencia de Cortés en querer ver a Moctezuma los dos embajadores prometen comunicarle su deseo a

---

<sup>82</sup> Bernal separa la palabra “bienvenido”, incluyendo el prefijo “para”, lo cual resulta en una fórmula algo compleja, pero perfectamente comprensible.

su emperador, pero, antes de irse con algunos presentes de Cortés para Moctezuma, entre los que el conquistador le ofrece una copa de cristal de Florencia finamente labrada, los dos embajadores aztecas anticipan la negativa. En el campamento español queda Cuitlalpitoc, que parece estar encargado de llevar comida a los españoles (*HV*, 144). Debido al sitio arenoso y la presencia de mosquitos donde había asentado su campamento, Cortés despachó dos navíos al mando del capitán Montejo, con el piloto Alaminos que explorase la costa hasta el río Pánuco, ya explorado por Grijalva. Sin poder ir más al norte por las corrientes, Montejo dio la vuelta y en esa exploración descubrió un pueblo, Quiahuiztlan, al lado de un puerto que ofrecía protección a los navíos. En ese tiempo, Cuitlalpitoc redujo la comida a tal punto que los españoles tuvieron que valerse del pescado, traído por los marineros y pagándolo con el rescate que obtenían canjeando cuentas por oro con los indios del lugar. A su vuelta Teutlile trajo, además de otros presentes de oro, cuatro *chalchuiuis*, piedras preciosas de color verde, —“que son unas piedras unas verdes muy de gran valor, y tenidas entre ellos más que nosotros las esmeraldas” (*HV*, 145)— que Sahagún corrige en *chalchuitl* y que su editor, el padre Angel María Garibay, explica como “Piedra verde, de varias clases. Esmeralda, jade, jadeíta, cristal verde, etc. Signo de todo lo precioso, rico y bello” (*Sahagún*, 927). Después de entregar los presentes, Teutlile renueva las expresiones de admiración y agradecimiento de Moctezuma para el emperador Carlos y repite su negativa a recibir a Cortés: en eso llega la hora del Ave María:

...en aquella sazón era la hora del Ave María, y en el real tañíamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, y delante de aquella cruz decíamos la oración del Ave María. Y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillados, como eran muy entendidos, preguntaron que a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó, y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo al fraile: “Bien es agora, padre, que hay buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra fe.” Y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo que unos buenos teólogos no lo dijieran mejor, y después de declarado cómo somos cristianos y todas las cosas tocantes a nuestra santa fe que se convenían decir, y les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos, que huyen donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padesció muerte y pasión el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es en el que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano y que resucitó a tercer día y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados de Él (...). Y también se les declaró que una de las cosas por qué nos envió a estas partes nuestro gran Emperador; fue para quitar que no sacrificasen ningunos indios, ni otra manera de sacrificios malos que hacen ni se robasen unos a otros ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por

dioses, una cruz como aquélla, y pongan una imagen de Nuestra Señora, que allí verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos y yo no lo sabré escribir, lo dejaré. Y traeré a la memoria que como vinieron con Tendile muchos indios, esta postrera vez a rescatar piezas de oro y no de mucha valía, todos los soldados los rescatábamos, y aquel oro que rescatábamos dábamos a los hombres que traíamos de la mar, que iban a pescar, a trueco de su pescado, para tener de comer, porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre (*HV*, 146-147).

Al enterarse Moctezuma de la nueva religión que los recién llegados propagan entre los indios, y por su fuerte acatamiento hacia sus ídolos tradicionales, sobre todo por Huitzilopochtli, Cuitlalpítoc se aleja con los indios del campamento. Por otra parte los allegados al gobernador Velázquez objetan por el rescate que Cortés permite a los soldados, protestando que no pagan el quinto a la corona. Por ello Cortés prohíbe el rescate. Un destacamento de indios viene para hablar en nombre de su cacique y le dicen a Cortés que habían esperado que se fueran los aztecas pues eran sus enemigos. Cortés así se entera que Moctezuma tiene enemigos en su imperio; además el hambre y la continua presencia de mosquitos insta a Cortés a salir para Quiahuiztlan y fondear los navíos en el puerto descubierta por Montejo y Alaminos, donde los españoles podrán gozar de la cercanía de un poblado de indios que son enemigos de los aztecas y podrán tener suficiente comida. Esto lo hizo Cortés contra los deseos de los allegados a Velázquez que querían que la expedición volviese a Cuba (*HV*, 149-150). Para resolver esta coyuntura que amenazaba con el éxito de la expedición, un grupo de oficiales, incluyendo a Bernal Díaz de Castillo, se organiza para proclamar a Cortés Capitán General y Justicia Mayor, hasta que el emperador provea, pues sin esa autoridad Cortés no podría poblar. Para lograr su propósito este grupo, que incluye a Alonso Hernández Puertocarrero, Juan Escalante y Francisco de Lugo, una noche fue a ver a Bernal a su choza y con el pretexto de acompañar a Cortés que iba de ronda en el campamento, le confiaron el plan. Se difundió la iniciativa entre los soldados y se enteraron los partidarios del gobernador Velázquez que se opusieron y protestaron que Cortés quería quedarse en la tierra recién explorada contra la voluntad del gobernador. Cortés se mostró de acuerdo y ordenó que al día siguiente todos se embarcaran, cada uno en el navío en que había venido, con dirección a Cuba. Pero esta vez se opusieron los que querían que Cortés fuese nombrado capitán general y justicia mayor para poblar:

...le requerimos de parte de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad que luego poblase y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de Su Majestad. Y se le dijo (...) que los naturales no nos dejarían desembarcar otra

vez como agora, y que en estar poblada aquesta tierra, siempre acudirían de todas las islas soldados para nos ayudar; y que Diego Velázquez nos ha echado a perder con publicar que tenía provisiones de Su Majestad para poblar, siendo al contrario; y que nosotros queríamos poblar y que se fuese quien quisiese a Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó (...). Y luego le dimos poderes muy bastantísimos, delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar e poblar una villa que se nombró la Villa Rica de la Veracruz, porque llegamos Jueves de la Cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz (...). E fundada la villa, hecimos alcaldes y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo (...). Y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca. Y señalamos por capitán para las entradas a Pedro de Alvarado, y maestre de campo a Cristóbal de Olid, y alguacil mayor a Juan de Escalante, y tesorero, Gonzalo Mejía, y contador Alonso de Ávila (...) y alguacil del real a Ochoa, vizcaíno, y a un Alonso Romero (*HV*, 153-156).

A pesar de haber sido elegido capitán general y justicia mayor ante el escribano real, y de que se había fundado un pueblo que ya tenía nombradas sus autoridades, desde el alcalde hasta el alguacil mayor, la parcialidad del gobernador Velázquez seguía protestando hasta que Cortés decidió prender a tres cabecillas y los puso en la cárcel (*HV*, 158). Pero los liberó al poco tiempo dándoles presentes de oro, según el adagio que Bernal cita, “y todo con el oro, que lo amansa” (*HV*, 158).

El relato de Bernal sobre la elección de Cortés a capitán general y justicia mayor corresponde al pasaje de la *Carta I* de Cortés. Éste sabía que si hubiese seguido las instrucciones de Velázquez, hubiera puesto en peligro la conquista de la nueva tierra. El contenido de las Capitulaciones de Santa Fe entre Cristóbal Colón y los Reyes Católicos no le hubiera permitido poblar. Como dice Serés, la elección de Cortés a capitán general por sus soldados, “inauguraba un modelo legal que contravenía no sólo los derechos de los descendientes de Colón y la legalidad vigente en materia de conquista, sino también la autoridad y el capital invertido por Diego Velázquez, de quien dependía jerárquicamente” (*HV*, 152, n. 4). Es éste el primer paso que Cortés da en su desafío de la autoridad constituida y, presumiblemente, la raíz de la continua enemistad y oposición del gobernador de Cuba. Este ejemplo, en que el texto de Bernal coincide con el de Cortés, se repite a lo largo del relato de la conquista. Como veremos, desde la venida de Pánfilo de Narváez, se pueden ver diferencias notables entre el relato de Cortés y el de Bernal, en primer lugar en relación a la matanza ordenada por Alvarado en ocasión de la fiesta del dios Tezcatlipoca, cuyo examen se hará en su debido tiempo, en el capítulo conclusivo de este estudio, titulado “El legado de Bernal Díaz del Castillo,” en particular sobre su relato de la matanza ordenada por Pedro de Alvarado, según podemos leer en el capítulo CCXIII de la *Historia verda-*

dera. Es en este capítulo que Bernal anticipa la versión de Bernardino de Sahagún, consignada en los capítulos XX-XXIV del Libro XII de su *Historia general de las cosas de Nueva España* (pp. 777-786).<sup>83</sup> Por la falta de vituallas, se decidió enviar al capitán Pedro de Alvarado con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros, a unos pueblos vecinos para obtener comida. Llegado a los pueblos, controlados por otro pueblo de nombre Cotaxtla, que hablaba náhuatl, Alvarado los encontró desiertos, pero en los templos halló varios hombres y jóvenes sacrificados, los corazones arrancados y los cuchillos de pedernal ensangrentados y que todos esos cuerpos no tenían ni brazos ni piernas: “E que dijeron otros indios que los habían llevado para comer, de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades (...) y [Alvarado] en aquellos pueblos los halló muy bastecidos de comida y despoblados de aquel día de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz; y así hobo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres. Y volvióse al real sin le hacer más daño, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés” (*HV*, 159). Como ya hemos visto en otras ocasiones, al acercarse los españoles, los indios huyen. En parte se explica esto con el breve comentario de Bernal, al encontrar desierto el pueblo cercano, sujeto de Cempoala: “Y no hallamos indios ningunos porque se habían ya huido, que como no habían visto hombres como nosotros, ni caballos, tuvieron temor” (*HV*, 161). No podemos excluir el miedo a ser esclavizados. Es la triste historia de la conquista. Cortés ha impartido instrucciones estrictas para no hacer violencia a los indios, pero éstos, quizás por las informaciones sobre la diferencia religiosa que podrían haber captado de sus sacerdotes y las advertencias repetidas por Cortés contra los sacrificios humanos y contra los ídolos, o simplemente por el temor de padecer el mismo destino de los taínos de las islas, huyen y abandonan sus pueblos. Después de la vuelta de Alvarado al campamento y de comer, Cortés decide salir para Quiaviztlán. En todos los pueblos los españoles vieron señales de sacrificios humanos. Bernal, hastiado del espectáculo, decide no hablar más de ello: “Y porque estarán [los lectores] hartos de oír de tantos indios e indias que hallábamos sacrificados, en todos los pueblos y caminos que topábamos, pasaré adelante sin decir de qué manera y qué cosas tenían. Y diré cómo nos dieron en aquel poblezuelo de cenar, y supimos que era por Cempoal el camino para ir a Quiaviztlán, que ya he dicho que estaba en una fuerza [fortaleza]” (*HV*, 161).

---

<sup>83</sup> Se comentarán en detalle en un próximo estudio “Textos Fundacionales VIII: el Nuevo Occidente visto por el Otro,” que se publicará en un próximo número de *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*.

## LLEGADA A CEMPOALA

Después de descansar en el pueblo más próximo a Cempoala pidieron a seis de los doce indios de anunciar su llegada a Cempoala y a los otros seis de guiarlos hasta ahí. Al llegar cerca de Cempoala les recibió un comité de personajes en nombre del cacique:

...e ya que estábamos cerca dél [pueblo de Cempoala] salieron veinte indios principales a nos rescebir de parte del cacique, y trujeron unas piñas de rosas de la tierra, muy olorosas, y dieron a Cortés y a los de a caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podía venir a nos rescebir. Y Cortés les dio las gracias y se fueron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desde vimos tan grande pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello. Y como estaba tan vicioso [opulento] y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas, que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios que tales tierras habíamos descubierto. Y nuestros corredores del campo, que iban a caballo, parece ser llegaron a la gran plaza y patios donde estaban los aposentos; y de pocos días, según pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de caballo que era aquello blanco que relucía plata, y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés cómo tienen las paredes de plata. Y doña Marina e Aguilar dijeron que sería yeso y cal, y tuvimos bien que reír de su plata e frenesia, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parecía plata. Dejemos de la burla y digamos cómo llegamos a los aposentos, y el Cacique Gordo nos salió a rescebir junto al patio, que, porque era muy gordo así lo nombraré. El hizo muy gran reverencia a Cortés y le sahumó, que así lo tenían de costumbre, y Cortés le abrazó. Y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabíamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de ciruelas, que había muchas, porque era tiempo dellas, y pan de su maíz. Y cómo veníamos hambrientos y no habíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nombre aquel pueblo Villaviciosa, e otros le nombraron Sevilla. Mandó Cortés que ningún soldado les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza. Y desde el Cacique Gordo supo que habíamos comido, le envió a decir a Cortés que le quería ir a ver, e vino con buena copia de indios principales, y todos traían grandes bezotes de oro y ricas mantas. Y Cortés también le salió al encuentro del aposento, y con grandes quiricias y halagos le tornó abrazar (*HV*, 162-163).

Precedido por el prestigio de sus victorias, en Cempoala reciben a Cortés como corresponde a un vencedor y, posible aliado contra Moctezuma. El emperador azteca, a pesar de su familiaridad con los presagios, de los que hablaremos a continuación, sigue aferrado al culto de Huitzilopochtli,<sup>84</sup> de cuya fiesta Sahagún nos da una

---

<sup>84</sup> En la religión azteca era el dios de la guerra, del sol, de los sacrificios humanos y el dios protector

descripción completa, redactada en náhuatl por sus asistentes mexicanos y traducida al castellano por este misionero franciscano, entre 1540 y 1570:

### RELACIÓN DE LOS MEXICANOS ACERCA DE LAS FIESTAS DE HUITZILOPOCHTLI<sup>85</sup>

1. Tres fiestas se hacían cada año a *Huitzilopochtli* entre los mexicanos. La una de ella se hacía en el mes que se llama panquetzaliztli. En esta fiesta a él y a otro que se llamaba Tlacauepan Cuexcolzin, los subían a lo alto del *cu*,<sup>86</sup> y es que hacían sus imágenes de *tzoalli*,<sup>87</sup> grandes como una persona. Después de hechas subíanlas todos los mancebos del *telpochcalli*,<sup>88</sup> en palmas, a lo alto de sus *cúes*.
2. Hacían la estatua de Huitzilopochtli en el barrio que se llama Itepéyoc; la estatua de Tlacauepan Cuexcolzin hacían en su barrio, que se llama Huitznáhuac; cocían primero la masa y después formaban de ella las estatuas, en toda una noche.
3. Habiendo hecho las imágenes de aquella masa, luego en amaneciendo las adornaban y ofrecían delante de ellas gran parte del día, y hacia la tarde comenzaban a hacer areito y danzas con que las llevaban al *cu*, y a la puesta del sol las subían a lo alto del *cu*.
4. En poniéndolas en sus lugares luego se bajaban todos, salvo los guardas, que les habían de guardar toda una noche; llamaban a estos guardas *yiópoch*; luego en amaneciendo, el dios llamado Páinal que era vicario de Huitzilopochtli descendía de lo alto del *cu*.
5. Traía a este dios en las manos, como en procesión, uno de los sacerdotes vestido de los ornamentos de Quetzalcóatl: eran estos ornamentos ricos, y también la imagen de Páinal la cual era labrada de madera, iba ricamente adornada como ya se dijo, en esta misma fiesta.

---

de Tenochtitlan. .

<sup>85</sup> Véase Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ob. cit., pp. 156-157.

<sup>86</sup> *Cu* se refería al templo y, en especial, al altar, puesto en la parte alta del mismo.

<sup>87</sup> Tzohualli, o Tzohuatl: "Masa de bledos apelmazada para comerse, a veces elaborada con figuras. Solía mezclarse con masa de maíz. También significaba comida ritual" (*Sahagún, Vocabulario*, p. 957). Todas las aclaraciones sobre palabras náhuatl se encuentran en el *Vocabulario* incluido en la *Historia General de Sahagún*.

<sup>88</sup> Casa de jóvenes (*Vocabulario*, 946).

6. Iba delante de éste un macero que llevaba en el hombro un cetro, hecho como culebra, todo cubierto de turquesas de obra de mosaico y muy monstruosa; y cuando llegaba este sátrapa<sup>89</sup> con la imagen a un lugar que se llama *teotlahco*, que es un juego de pelota que estaba dentro del patio, allí delante de él mataban dos esclavos que eran imágenes de dos dioses que llamaban *Amapantzintzin*,<sup>90</sup> y muchos cautivos.
7. De allí comenzaba la procesión; iban derechos al Tlatelolco,<sup>91</sup> [donde] salíanle a recibir mucha gente y sátrapas, y incensábanles, y descabezaban muchas codornices delante de él; de allí iban derechos a un lugar que se llama Popotlan, que está cerca de la iglesia de Tlacuba, donde está ahora la iglesia de San Esteban, y hacíanle otro recibimiento como el de arriba dicho.
8. Llevaban todo este camino delante de sí en esta procesión una bandera hecha de papel, como muscadero, y toda agujereada y en los agujeros unas pellas de pluma, bien así como cuando se hace la procesión, que va la Cruz delante; de allí venían derechos al cu de Hitziplopochtli, y con el pendón hacían una ceremonia como está arriba dicha en esta fiesta.
9. Lo demás de esta fiesta está escrito en el mes de *panquetzaliztli*. *Relación de la fiesta que se hace de ocho en ocho años*
10. Hacían estos naturales una fiesta de ocho en ocho años, a la cual llamaban *atamalqualiztli*, que quiere decir ayuno de pan y agua, [pues] ninguna otra cosa comían en ocho días sino unos tamales hechos sin sal, ni bebían otra cosa sino agua clara (*Sahagún*, 156-157).

## JUSTIFICACIÓN MORAL Y VERDAD HISTÓRICA EN EL ESTILO DE BERNAL

Ya se puede percibir la diferencia entre una obra histórica, la de Bernal, y una obra apologética, la de Cortés. Leyendo la *Carta Segunda* de Cortés ya nos hemos

---

<sup>89</sup> El uso de este término para indicar el sacerdote azteca en Sahagún puede indicar un deseo de distinguirlo del sacerdote católico.

<sup>90</sup> *Amapantzín*, “Vestido de papel” (*Vocabulario*, p. 916). Puede haber cierta variación entre la palabra que aparece en la *Historia* y el vocabulario; en este caso se repite la terminación *-tzin*, que indica honorífico diminutivo.

<sup>91</sup> Tlatelolco era originalmente una ciudad fundada por un grupo disidente de Mexicas alrededor de 1337. A unos kilómetros de Tenochtitlan, y sobre las mismas islas en medio del lago Texcoco, Tlatelolco prosperó comercialmente hasta que el emperador azteca Axayacatl, celoso de la riqueza y poder comercial de Tlatelolco, la incorporó a Tenochtitlan. Tlatelolco siguió siendo un importante emporio comercial y allí se fundó el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde Sahagún fue uno de los primeros profesores de latín en México.

enterado de la llegada imprevista e imprevista, primero de las naves del adelantado Francisco de Garay y, más tarde, de la armada de Narváez con cartas del gobernador de Cuba, con la orden que Cortés se rindiese a Narváez, lugarteniente del gobernador. En Cortés, el relato se concentra en la actividad de Cortés para remediar estas emergencias. Se pasa rápidamente, en el primer episodio, de la partida de Cortés de Cempoala a Veracruz después que Cortés designa a Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval como lugartenientes hasta el retorno de Cortés, y la marcha forzada que precede la batalla en que Narváez es sorprendido por la rapidez y audacia de Cortés y tomado preso. De hecho, Narváez parece desaparecer de los acontecimientos que, con la rebelión azteca en Tenochtitlan y la muerte de Moctezuma, se suceden vertiginosamente hasta la derrota y la huída de Cortés y los sobrevivientes que se refugian en Tlaxcalla. En Bernal, cuyo método histórico se basa en la observación directa del testigo ocular y en la creencia que la finalidad del historiador es la de decir la verdad, el relato es algo más pausado y observa varias etapas, cuya característica principal es la capacidad para contar acciones simultáneas, como en un buen drama o una buena película. Veamos un breve resumen:

Según Bernal, Moctezuma se enteró antes de Cortés de la llegada de la armada de Narváez. En el cap. CX Bernal relata la huída de tres soldados de Cortés al real de Narváez, quejándose de Cortés (*HV*, 401, ss). Acto seguido, Moctezuma, enterado de la llegada de Narváez, envía un presente con embajadores a Narváez (*HV*, 402, ss). Gonzalo de Sandoval, capitán del presidio de Veracruz, recibe a los embajadores de Narváez, preparándose a defender la ciudad (*HV*, 404, ss). Ante la orden de rendición enviada por Narváez y presentada por el clérigo Guevara, Sandoval la rechaza, tratándolo de traidor y entregándolo a los indios que lo lleven, a él, al escribano Vergara y a los tres testigos que venían con él, a Cortés para que disponga (*HV*, 405-406). Cortés libera al clérigo y a sus acompañantes y los honra con oro y ellos al punto se dan a Cortés, confiándole que muchos capitanes del ejército de Narváez protestan contra su jefe. Le aconsejan a Cortés que les envíe oro por ellos, “porque dádivas quiebran peñas” (*HV*, 408). Se despiden con abrazos y Cortés decide anticipar su retorno, enviando una carta a Narváez y dándole otra al padre de la Merced, con mucho oro y joyas para el secretario de Narváez, Andrés de Duero y el oidor Lucas Vázquez de Ayllón, además de muchos presentes de oro para los capitanes de Narváez (*HV*, 408). Cuando llega el padre de la Merced con la segunda carta, Narváez ya ha recibido las nuevas de Guevara y Vergara. En la segunda carta Cortés le advierte a Narváez que es mejor no provocar divisiones entre los españoles. Pero Narváez no quiere oír razones y reacciona en modo violento, mientras sus capitanes y soldados se enteran por los recién llegados de las riquezas

que los esperan en México (*HV*, 409-410). Con Narváez había llegado el oidor de la corona, Lucas Vázquez de Ayllón que los frailes jerónimos de Santo Domingo<sup>92</sup> habían enviado en la armada, pues no confiaban en Narváez y eran contrarios a su actitud belicosa contra Cortés, pues sabían la obra a favor de la conversión y a favor de la corona que Cortés venía realizando, además de haber visto el rico presente que Cortés había enviado al emperador. Ayllón había defendido a Cortés ante Narváez (*HV*, 410). Narváez había reaccionado de manera violenta y había metido en prisión a Ayllón y luego lo había embarcado en un navío para Castilla, pero Ayllón convence al piloto dándole dinero para que lo lleve a la Española. Algunos soldados de Narváez avisan a Sandoval del plan de su jefe de apoderarse de Veracruz. Se unen a Sandoval con otros cinco soldados que desertan las filas de Narváez y Sandoval se retira en la sierra (*HV*, 413-414). Decidido a enfrentarse a Narváez, Cortés deja a Alvarado como su lugarteniente en Tenochtitlan con 80 hombres, algunos escopeteros y ballesteros. Al ver que se prepara a salir, Moctezuma le advierte que Narváez tiene muchas más fuerzas y que no conviene enfrentarse con él, pero Cortés le contesta que él estaba de la parte de la justicia y confiaba en la ayuda de Dios, recomendándole a Alvarado la protección de la ciudad (*HV*, 415-417). Cortés logra unirse a las fuerzas de Sandoval y, para confundir el real de Narváez, envía dos españoles vestidos de indios que se enteran de los planes de Narváez y le quitan el caballo de Salvatierra, creando alarma y confusión, además de atraer a la causa de Cortés al artillero de Narváez y a su secretario, Andrés de Duero (*HV*, 418-421). Cortés y los suyos hacen su real en Panpenaguita, pueblo cerca de Cempoal, donde tiene su real Narváez. Con el soldado Bartolomé de Usagre, hermano del artillero de Narváez, el padre de la Merced lleva un ultimátum de Cortés a Narváez que si dentro de tres días no entrega los originales de las provisiones reales le castigará como a traidor (*HV*, 421-423).

Como un buen editor para el montaje del film, Bernal opta por la técnica de las acciones simultáneas. Para comprender la magnitud de su concepción de agrupar y relacionar los acontecimientos por él vividos como testigo ocular, he elegido episodios que, referidos en las *Cartas de relación* de Cortés, en Bernal adquieren un dramatismo que es la cristalización ejemplar del artista genuino ante la materia que se apresta a plasmar para sus lectores.

---

<sup>92</sup> Desde 1517 los frailes jerónimos eran los que gobernaban la isla Española.

## SALIDA DE CEMPOALA Y DESVIACIÓN DEL ITINERARIO A TENOCHTITLAN PARA IR A VERACRUZ<sup>93</sup>

El primer episodio consiste en la sucesión de algunos hechos desde el momento en que Cortés, después de derrotar a los indios en Cintla y en Tabasco, hace amistad con el cacique totonaque de Cempoala, al que Bernal llama el Cacique Gordo. Así, llegado el momento en que hay que salir de Cempoala para ir a Tenochtitlan, Cortés reúne su hueste y les recuerda su condición de ser una patrulla de soldados a los que, no teniendo ningún medio para volver a su base en Cuba por tener los barcos inutilizados en el puerto de Veracruz, no les será permitido perder ni una batalla, pues un número tan reducido de gente, en un medio hostil, poblado por miles de enemigos, no podrá escapar con vida:

Después de haber dado con los navíos al través a ojos vistas, y no como lo dice el coronista Gómara, una mañana, después de haber oído misa, estando que estábamos todos los capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosas de lo militar, dijo que nos pedía por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera: que ya habíamos entendido la jornada que íbamos y que, mediante Nuestro Señor Jesucristo, habíamos de vencer todas las batallas y reencuentros; y que habíamos de estar prestos para ello como convenía. Porque en cualquier parte donde fuésemos desbaratados, lo cual Dios no permitiese, no podríamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los romanos. Y todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a Su Majestad. Y después deste razonamiento, que fue muy bueno (cierto con otras palabras más melosas y elocuencia que no yo aquí las digo), y luego mandó llamar al Cacique Gordo, que ansí le decían, y le tornó a traer a la memoria que tuviesen muy reverenciada y limpia la iglesia e cruz. Y demás desto, le dijo que él se quería partir luego para México a mandar a Montezuma que no robe ni sacrifique, e que ha de menester docientos indios tamemes para llevar el artillería, que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas a cuestas e andan con ellas cinco leguas: y también le demandó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen con nosotros (*HV*, 206).

---

<sup>93</sup> Comparar, para este episodio, el texto con el subtítulo “Llegada de la armada de Narváez”, en “Textos Fundacionales de América V; Primera Parte, Primera Sección: el Nuevo Occidente visto por el conquistador: Hernán Cortés”, publicado en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2014.

Acabado el discurso de Cortés y cuando el ejército ya está por ponerse en marcha, llega un mensajero con una carta de Juan Escalante, alguacil mayor de Veracruz, en que le comunica a Cortés la llegada de un barco que ha fondeado cerca del puerto:

Estando desta manera para partir, vino de la Villa Rica un soldado con una carta del Juan de Escalante, que ya le había mandado Cortés que fuese a la villa para que le enviase otros soldados. Y lo que en la carta decía el Escalante era que andaba un navío por la costa, y que le había hecho ahumadas y otras grandes señas; y había puesto unas mantas blancas por banderas, y que cabalgó a caballo con una capa de grana colocada, porque le viesen los del navío, y que le pareció a él que bien vieron las señas e banderas y caballo y capa, y no quisieron venir al puerto. Y que luego envió españoles a ver en qué paraje iba el navío, y que le trujeron respuesta que tres leguas de allí estaba surto, cerca de un río, y que se lo hace saber para ver lo que manda. Y como Cortés vio la carta, mandó luego a Pedro de Alvarado que tuviese cargo de todo el ejército que estaba allí en Cempoal, y juntamente con él, a Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varón muy esforzado, como siempre lo fue (...). Y éste fue el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun por le haber dado aquel cargo, y se le dejó de dar Alonso de Ávila, tuvieron ciertas cosquillas el Alonso de Ávila y el Sandoval. Y luego Cortés cabalgó con cuatro de caballo que le acompañaron y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los más sueltos, que Cortés allí nos nombró los que habíamos de ir con él, y aquella noche llegamos a la Villa Rica (*HV*, 206-207).

Cortés llega al puerto de Veracruz para cerciorarse de la situación. Debe hacer frente a esta novedad y eliminar cualquier amenaza que pueda significar un ataque contra su única base de comunicación con la metrópolis:

Así como llegamos a la Villa Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante a hablar a Cortés y le dijo que sería bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas e se fuese; y que reposase el Cortés, que él iría con veinte soldados. Y Cortés dijo que no podía reposar, “que cabra coja no tenga siesta;”<sup>94</sup> que él quería ir en persona con los soldados que consigo traía. Y antes que bocado comiésemos, comenzamos a caminar la costa adelante, y topamos en el camino a cuatro españoles, que venían a tomar posesión en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica,<sup>95</sup> los cuales enviaba un capitán que estaba poblado en el río de Pánuco, que se llamaba Alonso Álvarez Pineda o Pinedo. Y los cuatro españoles que tomamos se decían Guillén de la Loa, éste venía por escribano; y los

<sup>94</sup> El refrán completo dice: “que cabra coja no tenga siesta que si la tiene, caro le cuesta.” Se refiere a lo que se considera necesario e impostergable y que de no hacerse, podría tener serias consecuencias.

<sup>95</sup> Garay había ido a las Indias en el Segundo viaje del Almirante que le nombró alguacil mayor de Santo Domingo. Gobernó Jamaica como lugarteniente de Diego Colón. Obtenido el título de adelantado en 1518, organizó esta expedición recorriendo la costa de Florida en busca de un estrecho hacia la tierra firme descubierta por Ponce de León.

testigos que traía para tomar la posesión se decía Andrés Núñez, y era carpintero de ribera;<sup>96</sup> y el otro se decía maestre Pedro el de la Arpa, y era valenciano; el otro no me acuerdo el nombre. Y desde Cortés hobo bien entendido cómo venían a tomar posesión en nombre del Francisco de Garay y supo que quedaba en Jamaica y enviaba capitanes, preguntoles Cortés que por qué título o por qué vía venían aquellos capitanes. Y respondieron los cuatro hombres que en el año de mil e quinientos y diez y ocho, como había fama en todas las islas de las tierras que descubrimos cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba e Juan de Grijalva, y llevamos a Cuba los veinte mil pesos de oro a Diego Velázquez, que entonces tuvo relación el Garay del piloto Antón de Alaminos y de otro piloto que habíamos traído con nosotros, que podía pedir a Su Majestad desde el río de San Pedro y San Pablo, por la banda del Norte, todo lo que descubriese. Y como el Garay tenía en la corte quien le favorecía, que era el obispo de Burgos y el licenciado Zapata y el secretario Conchillos, con el favor que esperaba, envió un su mayordomo que se decía Torralba a lo negociar; y trujo provisiones para que fuese adelantado y gobernador desde el río de San Pedro y San Pablo, y de todo lo que descubriese. Y por aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta docientos y setenta soldados con bastimentos y caballos, con el capitán por mí memorado que se decía Alonso Álvarez Pineda o Pinedo, y que estaba poblado en un río que se dice Pánuco, obra de setenta leguas de allí; y que ellos hicieron lo que su capitán les mandó, e que no tienen culpa. Y desde lo hobo entendido Cortés, con palabras amorosas les halagó y dijo que si podríamos tomar aquel navío. Y el Guillén de la Loa, que era el más principal de los cuatro hombres, dijo que capearían<sup>97</sup> y harían lo que pudiesen; y por bien que los llamaron y capearon, ni por señas que les hicieron, no quisieron venir, porque, según dijeron aquellos hombres, su capitán les mandó que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos, porque tenían noticia que estábamos en aquella tierra. Y desde vimos que no venía el batel, bien entendimos que desde el navío nos habían visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña, no volverían con el batel aquella tierra. Y rogóles Cortés que se desnudasen aquellos cuatro hombres sus vestidos, para que se vistiesen otros cuatro de los nuestros, e así lo hicieron. Y luego nos volvimos por la costa delante, por donde habíamos venido, para que nos viesen volver y creyesen los del navío que de hecho nos volvimos. Y quedábamos los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro. Y estuvimos con Cortés en el monte escondidos hasta más de medianoche, que se puso la luna e hizo oscuro para volvernos enfrente del riachuelo, como nos volvimos, y muy escondidos, que no parecimos otros, sino los cuatro soldados de los nuestros que he dicho. Y desde amaneció, comenzaron a capear los cuatro soldados; y luego vinieron en el batel seis marineros y los dos saltaron en tierra a henchar dos botijas de agua, y entonces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demás, y no quisieron saltar en tierra; y los cuatro de los nuestros que tenían vestidos las ropas de los otros de Garay hacían que se estaban lavando las manos y escondiendo las caras e rostros. Y decían los del batel: “Venfós a embarcar. ¿Qué hacéis? ¿Por qué no venís?” Y entonces respondió uno de los nuestros: “Saltá en tierra e veréis aquí un poco.” Y como desconocieron en

<sup>96</sup> Es decir, armador, construía barcos.

<sup>97</sup> Significa “enviar mensajes o señales,” una capa—*capear*—o una tela.

la voz, se vuelven con su batel; y por más que les llamaron, no quisieron responder. Y queríamos les tirar con las escopetas y ballestas, y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios a dar mandado a su capitán. Por manera que se hobieron de aquel navío seis soldados: los cuatro que hobimos primero y dos marineros que saltaron en tierra, y así nos volvimos a la Villa Rica; y todo esto sin comer cosa ninguna. Y esto es lo que se hizo, y no como lo escribe el coronista Gómara, porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y no fue así, que, primero que viniese, envió tres capitanes con navíos, lo cual diré adelante en qué tiempo vinieron e qué se hizo dellos, e también en el tiempo en que vino Garay. Y pasemos adelante, y diré cómo acordamos de ir a México (HV, 207-209).

En el momento de salir con el ejército de Cempoala, para comenzar la campaña victoriosa que en un par de años, a pesar de la derrota sufrida en la que hemos referido como la guerra de Tenochtitlan y la retirada del ejército de Cortés, diezmado por los ataques de los aztecas rebeldes, concluirá con la conquista de México, el mensaje de Escalante le obliga a Cortés a hacer un alto y desviar su atención a Veracruz, villa fundada por Cortés y a la que Bernal se refiere con la abreviación — Villa Rica— del nombre original — Villa Rica de la Vera Cruz— que por entonces se ha convertido en la base y puerto de la Nueva España y tiene un presidio permanente bajo el mando de Juan de Escalante, alguacil mayor. La narración del episodio, hecha por Bernal, con la marcha forzada encabezada por Cortés, que obliga a sus hombres a renunciar a comer y a dormir durante dos días, muestra la mano del artista, siempre presente en el gran historiador. Cortés declina el ofrecimiento de Escalante, que le sugiere que aproveche para descansar en Cempoala, porque quiere sorprender a los intrusos de Garay y desbaratar los planes de sus enemigos, referidos con sus nombres y funciones por los cuatro soldados capturados, que confirman las sospechas de Cortés que se trata de otra intentona del gobernador de Cuba de acuerdo con el obispo de Burgos y presidente del Consejo de Indias, que han ampliado el círculo de conspiradores contra Cortés con la adhesión del adelantado y gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. Ya nos hemos enterado de las quejas de Cortés al emperador Carlos V sobre esta oposición y sus promotores. Cortés se refiere repetidamente a ello en sus cartas. Pero el relato de Bernal es más eficaz, porque el que lo cuenta, no sólo fue testigo ocular, con las referencias a su presencia a lo largo de todo el episodio, sino que, con su participación y la narración escueta que incluye detalles que sólo un participante directo de la aventura podría recordar, da al episodio una carga dramática de gran eficacia y persuasión —“Y luego Cortés cabalgó con cuatro de caballo que le acompañaron y mandó que le *siguiésemos* cincuenta soldados de los más sueltos”— es la primera referencia con la que Bernal confirma su participación, y las otras también están consignadas al uso de la primera persona de los verbos: —*llegamos*, antes

que bocado *comiésemos*, *comenzamos* a caminar, *topamos* en el camino, los cuatro españoles que *tomamos*, el otro *no me acuerdo* el nombre, si *podríamos tomar* aquel navío, porque tenían noticia que *estábamos* en aquella tierra, desde *vimos* que no venía el batel, bien *entendimos* que desde el navío nos habían visto, luego *nos volvimos* por la costa delante, por donde *habíamos venido*, para que *nos vieses* volver y creyesen los del navío que de hecho *nos volvimos*, *quedábamos* los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro, *estuvimos* con Cortés, que se puso la luna e hizo oscuro *para volvernos* enfrente del riachuelo, como *nos volvimos*, que no *parecimos* otros, y entonces *aguardamos* los que *estábamos* con Cortés escondidos, *queríamos* les tirar con las escopetas y ballestas, los cuatro que *hobimos* primero, y así *nos volvimos* a la Villa Rica—. Hasta el detalle del disfraz, con los soldados de Cortés que asumen la identidad de los cuatro soldados de Garay, da al episodio un dejo teatral que aumenta su dramatismo y no desdice de su naturalidad y verdad.

El segundo episodio que nos ofrece la oportunidad de hacer una comparación entre la obra de Cortés y la de Bernal, se refiere a la que podríamos definir la conspiración de Moctezuma con Narváez. Cortés, en la *Carta Segunda*, había denunciado el plan de Narváez para soliviantar las poblaciones indias ya pacificadas (*Carta II*, 38-39). Los capítulos de la *HV* sobre la conspiración preceden los que Bernal dedica al ataque de Cortés al campamento de Narváez en Cempoala y la consiguiente derrota de Narváez y su prisión en Veracruz. Con este episodio el mismo emperador azteca se suma a la serie de conspiradores contra Cortés, en una telaraña diplomático-militar en que Bernal incluye la prisión decretada por Narváez contra el oidor real de la Audiencia de Santo Domingo, licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y que, en su variedad de situaciones interconectadas nos revela una sofisticación sorprendente.

## LA CAMPAÑA INTERRUMPIDA POR NARVÁEZ Y LA DIPLOMACIA DE CORTÉS

Cortés debía superar muchos obstáculos. Enfrentado por la valerosa y obstinada resistencia de los aztecas por un lado y por la actividad de sus enemigos españoles que miraban a subvertir su obra de conquista y pacificación, por el otro, debió alternar su superior liderazgo militar con una excepcional vocación diplomática, virtudes que fueron necesarias para enfrentar la más seria amenaza representada por la llegada de la armada de Narváez:

Como Cortés en todo tenía gran cuidado e advertencia y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio y, como muchas veces he dicho antes de agora, tenía tan acertados y buenos capitanes y soldados, que, demás de ser muy esforzados, le dábamos buenos consejos, acordose por todos que se escribiese en posta, con indios que llevasen las cartas al Narváez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchas quiricias y ofrescimientos, que todos a una le hiciésemos, que haríamos lo que su merced mandase y que le pedíamos por merced que no alborotase la tierra ni los indios viesen entre nosotros divisiones. Y esto deste ofrescimiento fue por causa que, como éramos los de Cortés pocos soldados en comparación de los que el Narváez traía, porque nos tuviese buena voluntad e para ver lo que sucedía y nos ofreciésemos por sus servidores. Y también, debajo destas buenas palabras, no dejásemos de buscar amigos entre los capitanes del Narváez, porque el padre Guevara y el escribano Vergara dijeron a Cortés que Narváez no venía bienquisto<sup>98</sup> con sus capitanes, y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas.<sup>99</sup> Y Cortés les escribió que se había holgado en gran manera, él y todos nosotros, sus compañeros, con su llegada aquel puerto. Y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced que no dé causa a que el Montezuma, que está preso, se suelte y la cibdad se levante, porque será para perderse él e su gente, y todos nosotros, las vidas, por los grandes poderes que tiene. Y esto que lo dice porque el Montezuma está muy alterado y toda la cibdad revuelta con las palabras que de allí le han enviado a decir; e que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varón como él es, no habían de salir de su boca cosas de tal arte dichas ni en tal tiempo, sino que el Cervantes el Chocarrero y los soldados que llevaba consigo lo dirían. Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haría lo que mandase. Y también escribió Cortés al secretario Andrés de Duero y al oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos. Y después que hubo enviado esta carta, secretamente mandó dar al oidor cadenas y tejuelos y rogó al padre de la Merced que luego, tras las cartas, fuese al real de Narváez, y le dio otras cadenas de oro y tejuelos y joyas muy estimadas que diese allí a sus amigos. Y así como llegó la primera carta que dicho habemos que escribió Cortés con los indios antes que llegase el padre Guevara, que fue el que Narváez nos envió, andábala amostrando el Narváez a sus capitanes, haciendo burla della y aun de nosotros. Y un capitán de los que traía el Narváez, que venía por veedor, que se decía Salvatierra, dice que hacía bramuras desde que la oyó.<sup>100</sup> Y decía al Narváez, reprendiéndole, que para qué leía la carta de un traidor como Cortés e los que con él estaban, e que luego fuese contra nosotros, e que no quedase ninguno a vida; y juró que las orejas de Cortés que las había de asar y comer la una dellas, y decía otras liviandades. Por manera que no quiso responder a la carta ni nos tenía en una castañeta. Y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros, y hablan al Narváez que Cortés era muy buen caballero e gran servidor del rey, y le dice del gran poder que vio de México y de las muchas ciudades

<sup>98</sup> Quiere decir que sus capitanes no lo respetaban.

<sup>99</sup> Pocos ejemplos tenemos, con la excepción del *Quijote* de Cervantes, del habla popular, salpicada de dichos y proverbios populares, como la *HV* de Bernal.

<sup>100</sup> Salvatierra, al enterarse de la carta de Cortés, se envalentona, pero, como veremos, en el combate no vale mucho.

que vieron por donde pasaron. E que entendieron que Cortés que le será servidor y hará cuanto mandase, e que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros desconcierto. E que mire el señor Narváez a qué parte quiere ir de toda la Nueva España con la gente que trae, que allí vaya, y deje a Cortés en otras provincias, pues hay tierras hartas donde se puede estender. E como esto oyó el Narváez, dice que se enojó de tal manera con el padre Guevara e con el Amaya, que no los quería después más ver ni escuchar. Y desque los del real de Narváez les vieron ir tan ricos al padre Guevara e al escribano Vergara e a los demás, y decían secretamente a todos los de Narváez tanto bien de Cortés e de todos nosotros, e que habían visto tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego de los naipes, muchos de los de Narváez deseaban estar ya en nuestro real. Y en este instante llegó nuestro padre de la Merced, como dicho tengo, al real de Narváez con los tejuelos que Cortés le dio y con cartas secretas, y fue a besar las manos de Narváez y a decille cómo Cortés hará todo lo que le mandare, e que tengan paz y amor. Y el Narváez, como era cabezudo y venía muy pujante, no le quiso oír, antes dijo delante del mismo padre que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores, e porque el fraile respondía que antes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra. Y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro a quien Cortés le mandó, y convocaba y atraía a sí los más principales del real de Narváez (HV, 407-410).

Cortés gana tiempo y envía como emisarios y espías al fraile de la Merced y al escribano Guevara, para que se enteren de la actitud del ejército de Narváez, de cómo responderían sus capitanes y soldados a un enfrentamiento con Cortés. Le ha autorizado al fraile a darle oro a algunos capitanes, después de haberlos identificado entre los que no se muestran hostiles a Cortés. Los emisarios le comunicarán a Cortés que Narváez no ha logrado la adhesión de su gente y que entre sus capitanes hay matones como Salvatierra.

## NARVÁEZ DESAFÍA EL PODER JUDICIAL COLONIAL

Como confirmación de la situación averiguada por los emisarios de Cortés, Narváez decide ponerle grillos al oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo porque no se avenía a sus deseos de dominio tiránico. El oidor, que también ha recibido los tejuelos de oro de Cortés, persuade al piloto de dejarle en Santo Domingo, donde hará llegar al emperador Carlos V su relación sobre la deslealtad de Narváez. Lo curioso de la condición de éste conquistador es que, no obstante las pruebas de deslealtad contra él, la corona le nombró, en 1527, adelantado y gobernador de Florida. Es probable que las amistades de Narváez en la corte le protegieran y le permitieran seguir su carrera de conquistador. Este relato del capítulo CXIII muestra la falta de escrúpulos de Narváez:

Parece ser que como el oidor Lucas Vázquez de Ayllón venía a favorecer las cosas de Cortés y de todos nosotros, porque así se lo había mandado la Real Abdiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores,<sup>101</sup> como sabían los muchos y buenos y leales servicios que hacíamos a Dios, primeramente, y a nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos a Castilla con nuestros procuradores. E demás de lo que la Abdiencia Real le mandó, como el oidor vio las cartas de Cortés e con ellas tejuelos de oro, si de antes decía que aquella armada que enviaban era injusta contra toda justicia, que a tan buenos servidores del rey como éramos que era mal hecho venir, de allí adelante lo decía muy más claro y abiertamente. Y decía tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narváez no se hablaba de otra cosa. Y demás desto, como vían y conocían en el Narváez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Montezuma le enviaba todo se lo guardaba y no daba cosa dello ningún capitán ni soldado, antes decía, con voz que hablaba muy entonado, medio de bóveda, a su mayordomo: “Mirá que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memorias.” Y como aquello conocían dél e oían lo que dicho tengo del Cortés y los que con él estábamos de muy francos, todo su real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narváez que el oidor entendía en ello e poner cizaña.<sup>102</sup> Y demás desto, cuando Montezuma les enviaba bastimento, que repartía el despensero o mayordomo de Narváez, no tenía cuenta con el oidor ni con sus criados, como era razón, y sobre ello hobo ciertas cosquillas y ruido en el real. Y también por consejo que daban a Narváez el Salvatierra, que dicho tengo que venía por veedor, y un Juan Bono de Quejo, vizcaíno, y sobre todo los grandes favores que tenía el Narváez de Castilla, de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, tuvo el atrevimiento el Narváez, que prendió al oidor del rey y envióle preso a él y a ciertos sus criados y a su escribano. Y los hizo embarcar en un navío y los envió a Castilla, o a la isla de Cuba; y aun a un hidalgo que se decía Fulano de Oblanca,<sup>103</sup> y era letrado, porque decía que Cortés era muy servidor del rey, y todos nosotros los que estábamos con él, y que éramos dinos de muchas mercedes y que parecía mal llamarnos traidores y que era mal hecho prender a un oidor de Su Majestad. Y por esto que le dijo le mandó echar preso y como el Gonzalo de Oblanca era muy noble, del enojo murió dentro de cuatro días. Y también mandó echar presos a otros dos soldados que traía en su navío que sabía que hablaban bien de Cortés, y entre ellos fue a un Sancho de Barahona, vecino que fue de Guatemala. Tornemos a decir del oidor que llevaban preso a Castilla, que con palabras buenas y con temores que puso al capitán y al piloto y maestre que le llevaban a cargo en el navío, que, llegados a Castilla, que su Majestad, en lugar de paga de lo que hacen, les mandaría ahorcar. Y desde aquellas palabras oyeron, le dijeron que les pagase su trabajo y lo llevarían a Santo Domingo, y así mudaron la derrota que les había mandado el Narváez. Y llegados a la isla de Santo Domingo y desembar-

---

<sup>101</sup> La Española, desde el descubrimiento por el Almirante en 1492 hasta 1521, en que se va realizando la conquista de la Nueva España, fue el centro político y económico del Nuevo Occidente y, entre 1517 y 1520, fue gobernada por los frailes jerónimos.

<sup>102</sup> Quiere decir que Narváez sospechaba que el oidor estaba en contacto con Cortés y hacía propaganda en el campamento contra Narváez. Bernal, sensible a la lengua hablada y recordando las charlas entre sus compañeros, en parte las reproduce, sin corregir la sintaxis de la frase en la que al infinitivo “poner” le falta el verbo principal.

<sup>103</sup> Más adelante le llama Gonzalo de Oblanca.

cado, desde la Abdiencia Real, que allí residía, y los frailes jerónimos, que estaban por gobernadores, oyeron al licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y vieron tan gran desacato y atrevimiento, sintieronlo mucho y con tanto enojo, que luego lo escribieron a Castilla, al Real Consejo de Su Majestad. Y como el obispo de Burgos era presidente y lo mandaba todo, y Su Majestad no había venido de Flandes, no hobo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor, antes el don Juan Rodríguez de Fonseca dizque se holgó mucho creyendo que el Narváez nos había ya desbaratado. Y cuando Su Majestad, que estaba en Flandes, oyó a nuestros procuradores y lo que el Diego Velázquez y Narváez habían hecho en enviar la armada sin su real licencia y haber prendido a su oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que, después que acusaron a Cortés, le pusieron, y a todos nosotros, como adelante diré, por más que decían que tenían licencia del obispo de Burgos, que era presidente, para hacer la armada que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados, debdos e amigos del oidor Lucas Vázquez de Ayllón, vieron que el Narváez había hecho aquel gran desacato y desatino contra el oidor de Su Majestad en envialle preso, temieronse del Narváez que les traía ya sobre los ojos y estaba mal con ellos,<sup>104</sup> acordaron de se huir de los arenales, donde Narváez estaba, e irse a la Villa, donde les habían dicho que estaba el capitán Sandoval con los dolientes. Y desde llegaron adonde el Sandoval estaba e supo dellos todo lo acaecido e cómo querían enviar a la Villa soldados a le prender, e de la Villa se fue a unos pueblos e fuerzas (*HV*, 410-412).

En el capítulo que sigue, el CXIV, Bernal, después de relatar la persecución que por parte de Narváez se hizo del oidor de la Audiencia de Santo Domingo, con su técnica de contar hechos simultáneos, nos informa de la ayuda que Moctezuma ofrece a Narváez, que de esta manera se puede juzgar como traidor. En los capítulos seleccionados que siguen, Bernal nos muestra el progreso de Narváez que, apoyado por Moctezuma, se transfiere a Cempoala, donde es derrotado por Cortés. El agresor termina su aventura en grillos. El estilo de Bernal sigue la técnica de la narración simultánea, pues los acontecimientos convergen de diferentes teatros y conciernen distintos momentos que, a veces, es necesario anticipar, como la referencia a los soldados de Narváez, parientes del oidor Ayllón, que deciden pasarse a Cortés. Como veremos, en Tenochtitlan los acontecimientos precipitan y culminan con la muerte de Moctezuma y la guerra abierta contra los españoles.

## NARVÁEZ EN CEMPOALA: EL CONQUISTADOR-TIRANO

Como Narváez hobo enviado preso al oidor de la Abdiencia Real de Santo Domingo, procuró de se ir con todo su fardaje e municiones e pertrechos de Guerra a asentar real en un pueblo que en aquella sazón era muy poblado, que se dice

---

<sup>104</sup> Quiere decir que Narváez sospechaba de ellos y los tenía vigilados.

Cempoal. Y la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al Cacique Gordo, que así se llama, todas las mantas y ropa e oro que Cortés le dio a guardar antes que partiésemos para Tascala, y también le tomó las indias que habían dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres, porque eran hijas de señores e para ir a la guerra muy delicadas. Y hecho esto, el Cacique Gordo dijo muchas veces a Narváez que no le tomase cosa alguna de lo que Cortés le dejó en poder, porque si lo sabía que se lo tomaban, que mataría por ello, y aun se le quejó al mismo Narváez de muchos males e robos que sus gentes le hacían en aquel pueblo. Y le dijeron que cuando estaba allí Malinche, que así llamaban a Cortés, y su gente, que no les tomaban cosa ninguna, e que era muy bueno y justificado, así él como todos los teules<sup>105</sup> que traía, y que le diese luego sus indias e oro e mantas; si no, que se enviaría a quejarse a Malinche. E como aquello le oían, hacían burla de lo que decía, y el veedor Salvatierra, otras veces por mí nombrado, que era el que más bravezas hablaba, dijo a otros sus amigos e al mismo Narváez: “¿No oís qué miedo que tienen todos estos caciques de este nonada de Cortesillo?”. Digo yo miren cuánto vale no decir mal de lo bueno, que digo de verdad que cuando dimos sobre el Narváez, uno de los más cobardes fue el Salvatierra, como adelante diré; e no porque no tenía membrudo cuerpo e fuerzas, mas era mal engalibado, y no de la lengua.<sup>106</sup> Decían que era natural de un pueblo delante de Burgos. Dejemos de hablar dél. Y digamos cómo el Narváez envió a requerir a nuestro capitán e a todos nosotros con unas provisiones, que decían eran traslados de los originales que traía, para ser capitán por el gobernador Diego Velázquez. Las cuales enviaba, para que nos las notificasen, a un escribano que se decía Hulano de Mata, el cual después fue balletero y, el tiempo andando, fue vecino de la Puebla; y enviaba con él a cuatro soldados, personas muy de calidad, para ser testigos. E dejarlo he aquí, así al Narváez e al escribano que enviaba, hasta su tiempo. E volvamos a Cortés, que, como cada día tenía cartas e avisos, así de los del real de Narváez como del capitán Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa Rica, e le hizo saber que tenía allí consigo los cinco soldados, personas muy principales, parientes e amigos del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que envió preso el Narváez, que se le pasaron del real de Narváez. E la causa que daban porque se vinieron fue que, pues el Narváez no tuvo respeto a un oidor del rey, que menos se lo ternía a ellos, que eran sus deudos. De los cuales soldados supo muy por extenso el Sandoval todo lo que pasaba y había hecho Narváez, y que decía que había de ir en nuestra busca a México para castigarnos. Pasemos adelante y digamos que Cortés tomó parecer e acuerdo con todos nosotros, los que solíamos ser sus amigos, y fue acordado que era conviniente sin más aguardar fuésemos sobre el Narváez e que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda de Montezuma con todos los soldados que no tuviesen disposición de ir aquella jornada. También para que quedasen allí las personas sospechosas que sentíamos ser amigos de Diego Velázquez. Y en aquella sazón, antes que el Narváez viniese, había enviado Cortés a Tascala por mucho maíz, porque había malas sementeras en tierra de México por falta de aguas, e hobo necesidad dello; e como teníamos muchos indios naborías de Tascala, habíamoslo menester. El cual maíz

<sup>105</sup> “teul”, en la Nueva España, español, del náhuatl “teotl” o “teutl”, dios.

<sup>106</sup> El editor Serés en la nota dice: “mal engalibado es un participio no documentado que, por el contexto y en la jerga de los marineros, significa mal cortado, irregular, contrahecho” (HV, 414, n. 4).

trujeron, e gallinas e otros bastimentos, que dejamos a Pedro de Alvarado, e aun le hecimos unos mamparos e fortaleza con ciertos pertrechos e tiros de brosné<sup>107</sup> e toda la pólvora que había e catorce escopeteros y ocho ballesteros e cinco caballos, e quedaron con él ochenta soldados por todos. Pues desde que el gran Montezuma vio que queríamos ir sobre Narváez, y como Cortés le iba a ver cada día e a tenelle palacio, jamás Cortés le quiso dar a entender que el Montezuma ayudaba a Narváez,<sup>108</sup> e le enviaba oro e mantas e le mandaba dar bastimentos.<sup>109</sup> E de plática en plática, le preguntó Montezuma a Cortés que adónde quería ir e para qué había hecho aquellos pertrechos e fortaleza, e que cómo andábamos todos rebotados.<sup>110</sup> Y lo que Cortés le respondió y en lo que se resumió la plática diré adelante<sup>111</sup> (*HV*, 413-415).

## CONSPIRACIÓN Y DIPLOMACIA EN LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

Bernal ejemplifica de manera magistral en este capítulo CXIV su técnica de la narración de acciones simultáneas, procedimiento narrativo que le distingue y que da a su obra una dimensión artística. En el capítulo CXV Bernal completa su relato de la conspiración presentando a un Moctezuma preocupado por Cortés, y que, enterado que éste quiere enfrentarse con Narváez, muestra estar bien al corriente de la propaganda de Narváez y de sus amigos, los “Teules,” que en la mente confusa de Moctezuma han asumido, con el “Tonatio,”<sup>112</sup> la dimensión de semidioses que en el caso de Pedro de Alvarado podríamos percibir una dimensión satánica, como se podría entresacar de la lectura del capítulo CCXIII de la *HV*, ya mencionado. El relato de Bernal incluye también el remedio concebido por Cortés contra la conspiración, es decir, una contra-conspiración suya en la que entran un fraile de la Merced y unos españoles disfrazados de indios:

---

<sup>107</sup> O sea, de bronce.

<sup>108</sup> O sea, Cortés, enterado de la conspiración, pretende no darse cuenta, pues no se fía del monarca azteca.

<sup>109</sup> Angel Gómez Delgado ve una contradicción en esta observación de Bernal y comenta: “esto se contradice no solo con la verdad del caso, sino con lo que Bernal narra en el capítulo siguiente, es decir, que Montezuma tuvo en efecto tratos secretos con Narváez mediante sus embajadores, y que logró que Cortés no se enterara de ellos hasta que, ya salido de la ciudad, le informa de ello el padre Olmedo cuando ambos se encontraron cerca de Cholula”; véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid: Homolegens, 2009, p. 392.

<sup>110</sup> Alterados, tensos, nerviosos.

<sup>111</sup> Unas líneas anteriores, Bernal, al concluir su relato sobre la tiranía de Narváez en Cempoala, ha advertido “Dejemos de hablar dél”; al final del mismo capítulo, para aumentar la expectativa sobre la intriga de Moctezuma con Narváez contra Cortés, advierte: “Y lo que Cortés le respondió y en lo que se resumió la plática dire adelante.” Es, como ya hemos visto, una técnica muy hábil, por la cual el narrador evita de cansar al lector, anticipándole otra novedad en su relato.

<sup>112</sup> Quiere decir “El Sol”, o sea, a Pedro de Alvarado, así llamado por los indios por su cabellera y barba rubias.

Como estaban platicando Cortés y el gran Montezuma, como lo tenían de costumbre, dijo el Montezuma a Cortés: “Señor Malinche, a todos vuestros capitanes e soldados os veo andar desasosegados e también he visto que no me visitáis sino de cuando en cuando, e Ortegulla el paje que me dice que queréis ir sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos e queréis dejar aquí en mi guarda el Tonatio. Haceme merced que me lo declaréis, para que si en algo os pudiese ayudar, que lo haré de buena voluntad. E también, señor Malinche, no querría que os viniere algún desmán, porque vos tenéis muy pocos teules y esos que vienen son cinco veces más, y ellos dicen que son cristianos como vosotros, e vasallos e criados dese vuestro Emperador, e tienen imágenes e ponen cruces e les dicen misa, e dicen e publican que sois gente que venistes huyendo de vuestro rey, e que os vienen a prender e matar. Yo no os entiendo; por eso mirá lo que hacéis”. Cortés le respondió con un semblante de alegría e le dijo, con doña Marina, que siempre estaba con él en todos los razonamientos, e aun Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, que le dijese que si no le había venido a dar relación dello, que como le quiere mucho e por no dalle pesar con nuestra partida, e que por esta causa lo ha dejado, porque así tiene por cierto que el Montezuma les tiene buena voluntad. E que cuanto a lo que dice que todos somos criados e vasallos de nuestro gran Emperador, que es verdad, e que son cristianos como nosotros. Y que en lo que dicen que venimos huyendo de nuestro rey, que no es así, porque el rey nuestro señor nos envió para velle e hablalle todo lo que han platicado en su real nombre. E a lo que dice que trae muchos soldados e noventa de a caballo e muchos tiros de pólvora, e que nosotros somos pocos e que nos vienen a prender, nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos, e Nuestra Señora Santa María, su bendita madre, nos dará fuerza y esfuerzo más que no a ellos, pues son malos e vienen de aquella manera (...) También Cortés escribió a Sandoval que se juntase con sus soldados muy presto con nosotros, que íbamos a unos pueblos, obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tampaniquita e Mitlanguita (...), e que mirase muy bien Narváez no le prendiese ni hobiese a las manos a él ni a ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que dicho, con mucho concierto para pelear si encontrásemos gente de guerra de Narváez o al mismo Narváez, e nuestros corredores del campo descubriendo e, siempre una jornada adelante, dos de nuestros soldados, grandes peones, personas de mucha confianza. Y éstos no iban por camino derecho, sino por partes que no podían ir a caballo, para saber e inquirir de indios de la gente de Narváez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir el Alonso de Mata, el que decían que era escribano, que venía a notificar los papeles o traslados de las provisiones, según dije atrás, en el capítulo que dello habla, e a los cuatro españoles que con él venían por testigos (...). E como el Alonso de Mata quería notificar los despachos que traía, Cortés le dijo que si era escribano del rey, e dijo que sí; e mandole que luego exhibiese el título, e que si lo traía, que leyese los recaudos, e que haría lo que viese que era servicio de Dios e de su Majestad, e si no lo traía, que no leyese aquellos papeles, e que también había de ver los originales de Su Majestad. Por manera que el Mata, medio corrido, porque no era escribano de Su Majestad, e los que con él venían no sabían qué se decir. E Cortés mandó que se le diesen de comer, porque reparamos allí; e les dijo Cortés que íbamos a unos pueblos cerca del real del Narváez, que se decían Tampanequita, y que allí podía enviar a notificar lo que su capitán mandase. Tenía Cortés tanto

sufrimiento,<sup>113</sup> que nunca dijo mala palabra del Narváez, e apartadamente habló con ellos e les tomó las manos e les dio cierto oro. Y luego se volvieron a su Narváez diciéndole bien de Cortés e de todos nosotros. E como muchos de nuestros soldados, por gentileza, en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, e cadenas e collares al pescuezo, e aquellos que venían a notificar los papeles las vieron, dicen en Cempoal maravillas de nosotros; e muchos había en el real de Narváez, personas principales, que querían venir a tratar paces y tratarlas con Cortés, y desde que todos los vían ir ricos. Por manera que llegamos a Panganequita. E otro día llegó el capitán Sandoval con los soldados que tenía, que serían hasta sesenta, porque los demás, viejos y dolientes, los dejó en unos pueblos de indios de nuestros amigos que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer; e también vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que se habían venido huyendo del real de Narváez y vinieron a besar las manos de Cortés, a los cuales con mucha alegría recibió muy bien. E allí estuvo contando el Sandoval a Cortés de lo que le acaeció con el clérigo furioso Guevara e con el Vergara e con los demás, e cómo los mandó llevar presos a México, según e de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y también dijo cómo desde la Villa envió dos soldados hechos indios, puestos masteles e mantas como indios propios, al real de Narváez; e como eran morenos de suyo, dijo que no parecían españoles, sino propios indios, e cada uno llevó una carguilla de ciruelas a cuestras, que en aquella sazón era tiempo dellas, cuando estaba Narváez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal, e que fuesen al rancho del bravo Salviatierra, e que les dio por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas<sup>114</sup> (*HV*, 415-420).

Este capítulo concluye con el relato de los dos españoles disfrazados de indios que, aprovechándose de la obscuridad de la noche, salen del campamento de Narváez en Cempoala con el caballo de Salviatierra y con su llegada al campamento de Cortés provocan la risa de todos, de Cortés y los otros soldados, con su cuento, pues han burlado al matón de Salviatierra que ya todos conocen por sus desplantes. El capítulo siguiente —el CXVI— es el que contiene el relato de otro importante personaje de la contra-conspiración de Cortés, el padre de la Merced, emisario extraordinario de Cortés, que, después de entregarle una carta de Cortés en que le pide a Narváez sus credenciales, debe pretender lealtad a Narváez, pero cuya función es la de identificar y persuadir esos oficiales del ejército de Narváez que no están conformes con su mando y que esperan la oportunidad para abandonarlo y pasarse al bando de Cortés:

Pues como ya estábamos en aquel pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced que se escribiese otra carta al Narváez, que decía en ella así, o

---

<sup>113</sup> Era paciente, comedido.

<sup>114</sup> Las espías de Cortés— los dos soldados españoles disfrazados de indios— se confunden con los otros indios de Cempoala. En su relato, Bernal continúa incluyendo escenas que no desdirían en un buen trabajo de ficción: teatro o novela.

otras palabras formales como éstas, después de puesto su acato con gran cortesía: que nos habíamos holgado de su venida, e creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio a Dios e a su Majestad, e que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del rey, e ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió a decir a Montezuma. E que le envió Cortés a pedir que escogiese la provincia, que en cualquier parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, o fuese adelante, e que nosotros iríamos a otras tierras e haríamos lo que buenos servidores de Su Majestad, que envíe los originales, para ver y entender si vienen con la real firma e verlo, e qué es lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra,<sup>115</sup> obedescerla. E que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra e revolver la tierra, que le pedimos e requerimos de parte de Dios y del rey nuestro señor que dentro en tres días envíe a notificar los despachos que trae con escribano de Su Majestad, e que lo cumpliremos, como mando de su rey e señor, todo lo que en las reales provisiones mandare, que para aquel efecto nos hemos venido a aquel pueblo de Panguenequita, por estar más cerca de su real. E que si no trae las provisiones y se quisiese volver a Cuba, que se vuelva e no alborote más la tierra, con protestación que, si otra cosa hace, que iremos contra él a le prender y enviallo preso a nuestro rey e señor, pues sin su real licencia nos viene a dar guerra e desosegar todas las cibdades. E que todos los males e muertes e fuegos y menoscabos que sobre esto acaescieren que sea a su cargo, e no al nuestro. Y esto se escribe agora por carta mensiva, porque no osa ningún escribano de Su Majestad írsele a notificar, por temor no les acaesca el gran desacato como el que se tuvo con un oidor de Su Majestad; y que ¿dónde se vio tal atrevimiento de le enviar preso? E que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado a la honra e justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato e delito. Como capitán general e justicia mayor que es de esta Nueva España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando la justicia, pues es crimen lege magestatis [*laesae maiestatis*] en lo que ha tratado, e que hace a Dios testigo de lo que agora dice. Y también le envió a decir que luego volviese al Cacique Gordo las mantas e ropa e joyas de oro que le habían tomado por fuerza, e ansimismo las hijas de señores que nos había dado sus padres, e mandase a sus soldados que no robasen a los indios de aquel pueblo ni de otros. E después de puesto su cortesía e firmada de Cortés e de nuestros capitanes e algunos soldados, iba allí mi firma<sup>116</sup> (HV, 421-422).

La importancia de este capítulo es la de presentarnos un Cortés diplomático consumado, que, como hemos visto ya en varias ocasiones, sabe dosificar como pocos personajes históricos, la claridad de su posición con la convicción de su fuerza y su decisión en utilizarla cuando sea necesaria. El otro aspecto importante de este capítulo es la prueba de la presencia activa de Bernal Díaz del Castillo, no sólo en la conquista de la Nueva España, sino en la afirmación de los derechos de los conquistadores contra toda usurpación, como es claramente la de Narváez.

<sup>115</sup> Con sumisión ante Su Majestad.

<sup>116</sup> Bernal es justamente orgulloso y conciente de la importancia de su participación en sufragar con su firma esta carta.

## DERROTA DE NARVÁEZ, PRISIONERO DE BERNAL

Y desde Cortés y el Juan Velázquez y el Ordás tuvieron presos al Salvatierra y al Diego Velázquez el Mozo e a Gamarra e a Juan Yuste e a Juan Bono, vizcaíno, e a otras personas principales, se vino Cortés, desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adonde teníamos a Narváez. E con el calor que hacía grande, y como estaba cargado con las armas e andaba de una parte a otra apellidando nuestros soldados y haciendo dar pregones, venía muy sudando e cansado, y tal que no le alcanzaba un huelgo a otro. E dijo a Sandoval dos veces, que no lo acertaba a decir del trabajo que traía, y dio huelgo: “Ea, César! ¿Qué es de Narváez?”. Dijo Sandoval: “Aquí está, aquí está, e a muy buen recaudo”. Y tornó Cortés a decir muy sin huelgo: “Mirá, hijo Sandoval, que nos quitéis dél vos y nuestros compañeros, que no se os suelte mientras yo voy a entender en otras cosas; e mirá esos capitanes que con él tenéis presos, que en todo haya recaudo.” Y luego se fue, y mandó dar otros pregones que, so pena de muerte, que todos los de Narváez luego en aquel punto se vengán a someter debajo de la bandera de Su Majestad, y en su real nombre, Hernando Cortés, su capitán general y justicia mayor, e que ninguno trajese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen a nuestros alguaciles. Y todo esto era de noche, que no amanecía, y aun llovía de rato en rato. Y entonces salía la luna, que cuando allí llegamos hacía muy oscuro y llovía, y también la escuridad ayudó, que como hacía tan oscuro, había muchos cucuyos,<sup>117</sup> que así los llaman en Cuba, que relumbran de noche e los de Narváez creyeron que eran mechas de escopetas. Dejemos desto y pasemos adelante. Que como el Narváez estaba muy mal herido y quebrado el ojo, demandó licencia a Sandoval para que un su zurujano que traía en su armada, que se decía maestro Juan, le curase el ojo a él y otros capitanes que estaban heridos y se la dio. Y estándole curando, llegó allí cerca Cortés, disimulando, que no le conociesen, a le ver. Dijéronle al oído al Narváez que estaba allí Cortés, e como se lo dijeron, dijo el Narváez: “Señor capitán Cortés, tené en mucho esta vitoria que de mí habéis habido y en tener presa mi persona”. Y Cortés le respondió que daba muchas gracias a Dios que se la dio, y por los esforzados caballeros y compañeros que tiene, que fueron parte para ello, e que una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho es prendelle y desbaratalle; que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender a un oidor de Su Majestad. Y desde hobo dicho esto, se fue de allí, que no le habló más, y mandó a Sandoval que le pusiese buenas guardas y que él no se quitase dél con personas de recaudo. Ya le teníamos echado dos pares de grillos y le llevamos a un aposento, y puestos soldados que le habíamos de guardar. E a mí me señaló Sandoval por uno de ellos,<sup>118</sup> y secretamente me mandó que no dejase hablar con él a ninguno de los de Narváez hasta que amaneciese e Cortés le pusiese más en cobro. Dejemos desto. Y digamos cómo Narváez había enviado cuarenta de a caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso

---

<sup>117</sup> Luciérnagas.

<sup>118</sup> Bernal fue uno de los encargados de hacer guarda a Narváez. El cronista anticipa esta aclaración de su participación en la frase anterior en que utiliza, forzando la sintaxis, el verbo de la subordinada relativa, en primera persona—*que le habíamos de guardar*— y no en la tercera—*que le habían de guardar*—que sintácticamente se refiere al sustantivo “soldados”. Esta anticipación obtenida por una excepción sintáctica anticipa la frase siguiente donde Bernal declara su participación.

cuando viniésemos a su real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Y supimos que andaban todavía en el campo; tuvimos temor no nos viniesen acometer para nos quitar sus capitanes e al mismo Narváez que teníamos presos, y estábamos muy apercebidos. Y acordó Cortés de les enviar a pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrescimientos que a todos prometió. E para los traer envió a Cristóbal de Olí, que era nuestro maestre de campo, e a Diego de Ordás. Y fueron en unos caballos que tomaron de los de Narváez, que todos los nuestros de caballo no trujeron ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto a Cempoal, que no trujimos caballos, sino picas y espadas y rodelas y puñales. Y fueron al campo con un soldado de los Narváez que les mostró el rastro por donde habían ido, y se toparon con ellos y, en fin, tantas palabras de ofertas y prometimientos les dijeron por parte de Cortés, que los trujeron. Y ciertos caballeros dellos le tenían voluntad. Y antes que llegasen a nuestro real, ya era de día claro, y sin decir cosa ninguna a Cortés ni ninguno de nosotros a los atabaleros que el Narváez traía, comenzaron a tocar los atabales e a tañer sus pífaros y tamborines, y decían: “¡Viva, viva la gala de los romanos,<sup>119</sup> que, siendo tan pocos, han vencido a Narváez y a sus soldados!”. E un negro que se decía Guidela, que fue muy gracioso truhán, que traía el Narváez, daba voces y decía: “Mirá que los romanos no han hecho tal hazaña”. Y por más que les decíamos que callasen y no tocasen sus atabales, no querían, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco y se decía Tapia. Y en este instante vino Cristóbal de Olí y Diego de Ordás y trujeron los de caballo que dicho tengo, y entre ellos venía Andrés de Duero e Agustín Bermúdez y muchos amigos de nuestro capitán. Y ansí como venían, iban a besar las manos a Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía, era cosa de ver, e qué alegre estaba, y tenía mucha razón de verse en aquel punto tan señor y pujante (*HV*, 448-450).

Tenemos en este relato una versión algo distinta de la victoria de Cortés sobre Narváez. Lo primero que debemos destacar es el cuidado de detalles que faltan en el relato de Cortés, primero y ante de todos, el rol que el alguacil mayor le asigna a Bernal de cuidar el preso. En segundo lugar, la mención de la suerte que los enemigos confundiesen, en la obscuridad, a las luciérnagas por las mechas encendidas de las escopetas. En tercer lugar, el reconocimiento del liderazgo de Cortés y, al mismo tiempo, de la contribución de los otros capitanes, como Cristóbal de Olid, Diego de Ordás, Gonzalo de Sandoval y del propio Bernal. Además debemos subrayar la habilidad y el coraje con el que los dos capitanes, Olid y Ordás, se adentraron en territorio hostil para ir a reunir a los cuarenta jinetes de Narváez y traerlos al real. Finalmente, como hemos visto en Cortés, también en Bernal se conserva la tradición de las gestas romanas, como modelo de heroísmo, en la referencia al atabalero que

---

<sup>119</sup> Un hecho de romanos significaba algo memorable.

celebra la vuelta de Cristóbal de Olid y Diego de Ordás, con los cuarenta de caballo, haciendo sonar los atabales. Vencido Narváez, a Cortés le llegan noticias de parte de Alvarado que los aztecas se han rebelado. La versión que nos da Bernal, en el capítulo CXXIV, es la siguiente:

Y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que a grandes bonanzas y placeres da tristeza. Y es que en este instante vienen nuevas que México está alzado y que Pedro de Alvarado está cercado en su fortaleza y aposento y que le ponían fuego por dos partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados y que estaba otros muchos heridos, y enviaba a demandar socorro con mucha instancia y priesa. Y esta nueva trajeron dos tascaltecas sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros tascaltecas que envió el Pedro de Alvarado, en que decía lo mismo. Y desde aquella tan mala nueva oímos, sabe Dios cuánto nos pesó, y a grandes jornadas comenzamos a marchar para México. Y quedó preso en la Villa Rica el Narváez e el Salvatierra, y por teniente y capitán parésceme que quedó a Rodrigo Rangel, que tuviese cargo de guardar al Narváez y de recoger muchos de los de Narváez que estaban dolientes. Y también en este instante, ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma ante Cortés a quejarse del Pedro de Alvarado. Y lo que dijeron, llorando muchas lágrimas de sus ojos, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés y sin causa ninguna dio en sus principales y caciques que estaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca,<sup>120</sup> con licencia que para ello les dio el Alvarado, e que mató e herió muchos dellos, y que, por se defender, le mataron seis de sus soldados; por manera que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado. Y Cortés les respondió a los mensajeros algo desabrido e que él iría a México y pornía remedio en todo. Y así fueron con aquella respuesta a su gran Montezuma; y dizque la sintió por muy mala y hobo enojo della. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, en que le envió a decir que mirase que el Montezuma no se soltase, e que íbamos a grandes jornadas, y le hizo saber de la vitoria que habíamos habido contra Narváez, lo cual ya sabía el gran Montezuma (HV, 457-458).

En su relato escueto Bernal no da su interpretación, pues su método es el de relatar sólo los acontecimientos en que ha sido testigo ocular, o que ha aprendido de persona fiable. Ya hemos visto el silencio de Cortés sobre la causa de la guerra en Tenochtitlan, elocuentemente descrita por Bernal cuando nos dice que los mensajeros de Moctezuma lloraban, pues bien sabían que una terrible tragedia se estaba desencadenando sobre su hermosa ciudad y pueblo. Es uno de los episodios en los que podemos apreciar la diferente percepción de los dos historiadores. Deberemos

---

<sup>120</sup> Huitzilopochtli y Tezcatlipoca en Clavijero; el primero dios de la guerra, el segundo, cuyo nombre significa espejo resplandeciente, era el dios de la providencia, el alma del mundo, el creador del cielo y de la tierra, el señor de todas las cosas.

esperar al final de la obra, en el penúltimo capítulo, el CCXIII, para leer la interpretación de Bernal, la primera que adhiera a la verdad de los hechos y de la que resulta clara la responsabilidad de Pedro de Alvarado.

## MUERTE DE MOCTEZUMA, DERROTA DE CORTÉS Y RECONQUISTA DE TENOCHTITLAN

Como hemos tenido ocasión de leer en la *Carta segunda* de Cortés, durante su ausencia de Tenochtitlan, para remediar a la llegada de Narváez y a las revueltas que había ocasionado, los aztecas se habían rebelado a los españoles que tenían a Moctezuma prisionero en su palacio. Llega Cortés y ve la destrucción de la ciudad y acude al palacio que se ha convertido en fortaleza. Los ataques incesantes de los aztecas no dejan lugar a descansar. El cansancio, el hambre y la sed amenazan a los sobrevivientes. Ante esta situación, Cortés le pide a Moctezuma que persuada a su gente a permitir a los españoles salir del país, pero Moctezuma no parece convencido por la idea:

Y desde que amanesció, vienen muchos más escuadrones de guerreros, e vienen muy de hecho e nos cercan por todas partes los aposentos, y si mucha piedra y flechas tiraban de antes, muchas más espesas y con mayores alaridos e silbos vinieron este día. E otros escuadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros ni escopetas, y aunque les hacían harto mal. E viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azotea y les dijese que cesasen las guerras, e que nos queríamos ir de su cibdad. Y cuando al gran Montezuma se lo fueron a decir de parte de Cortés, dice que dijo con gran dolor: “¿Qué quiere ya de mí Malinche? Que yo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.” Y no quiso venir, y aun dicen que dijo que ya no le quería ver ni oír a él ni a sus falsas palabras ni promesas e mentiras. E fue el padre de la Merced e Cristóbal de Olí y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. E dijo el Montezuma: “Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor e han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida, e, así, creo que todos vosotros habéis de morir.”<sup>121</sup> Y volvamos a los grandes combates que nos daban. Que Montezuma se puso a un petril de una azotea con muchos de nuestros soldados que le guardaban

---

<sup>121</sup> En la nota el editor Serés explica: “Los mexicas ya habían nombrado a Cuitláhuac (en Bernal Coadlavaca) como señor de la Guerra o *cihuacoatl* (‘mujer serpiente’) al que obedecían ciegamente, más que a Moctezuma, cuyas funciones eran meramente las de *tlatoani* (‘la voz elegida’), pero sin mando en plaza. Recuérdese que, aunque estaba un escalón por debajo del emperador, el *cihuacoatl* era una mezcla de sumo sacerdote y primer ministro, con muchísimo poder, tanto, que algunos estudiosos se refieren al estado mexica como una diarquía” (HV. 472, n. 25).

y les comenzó a hablar con palabras muy amorosas que dejasen la guerra e que nos iríamos de México. Y muchos principales y capitanes mexicanos bien le conocieron y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas, y cuatro dellos se llegaron en parte que el Montezuma les podía hablar, y ellos a él, y llorando le dijeron: “¡Oh, señor nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño y de vuestros hijos y parientes! Hacemos os saber que ya hemos levantado a un vuestro pariente por señor. E allí le nombró cómo se llamaba, que se decía Coadlavaca, señor de Iztapalapa, que no fue Guatémuz,<sup>122</sup> el que luego fue señor. Y más dijeron: que la guerra que la habían de acabar y que tenían prometido a sus ídolos de no la dejar hasta que todos nosotros muriésemos, y que rogaban cada día a su Huichilobos y a Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder.<sup>123</sup> E como saliese, como deseaban, que no le dejarían de tener muy mejor que de antes por señor, y que le perdonasen. Y no hobieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazón tiran tanta piedra y vara, que los nuestros que le arrodaban, desque vieron que entre tanto que hablaba con ellos no daban guerra, se descuidaron un momento de le rodolar de presto, y le dieron tres pedradas, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna, y puesto que le rogaban se curase y comiese, y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso, antes, cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto.<sup>124</sup> Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hobo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar dello, viendo que tan bueno era. Y decían que había diez y siete años que reinaba e que fue el mejor rey que en México había habido, e que por su persona había vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó (HV, 472-473).

Bernal cuenta la muerte de Moctezuma con fluidez y sin buscar explicaciones. Es una escena que hace honor al realismo del cronista: Moctezuma se ha asomado a hablar a algunos de sus súbditos, sin pensar en defenderse de las piedras y flechas que zumban a su alrededor. Por un momento el combate parece haber menguado, casi en honor al ilustre soberano. Luego, y de improviso, se enciende de nueva violencia y una piedra hiere a Moctezuma en la cabeza, seguramente la herida mortal, además de dos otras pedradas, una en un brazo y otra en una pierna, antes que los rodeleros

---

<sup>122</sup> Cuauhtemoc en Sahagún y Clavijero. Sahagún lo traduce “Sol en el ocaso”; el último tlatoani, sobrino de Moctezuma, emperador de Méjico a la muerte de Cuitlahuac, sucesor de Moctezuma.

<sup>123</sup> Huichilobos es la transcripción de Huiztilopochtli, dios de la Guerra, a veces referido como el Sol; Tezcarepuca es la transcripción de Tezcatlipoca y es el dios del infierno, entre otros atributos.

<sup>124</sup> El editor Serés dice en nota: “lo más probable, en efecto, es que lo matasen los mexicanos, pues para los españoles era muy valioso mientras conservase la vida. En su segunda carta de relación, también afirma Cortés que murió de una pedrada lanzada por uno de ‘los suyos’. Los testimonios mexicanos apuntan, en la mayoría de los casos, que Moctezuma ya estaba muerto cuando lo sacaron a la azotea. Fray Francisco Aguilar, que suele ser digno de crédito y fue testigo de los hechos, afirma, sin embargo, que la pedrada fue la causa de la muerte, apostillando a continuación que los otros mandatarios aztecas fueron asesinados por orden de Cortés (HV, 473).

españoles, distraídos de sus deberes, lleguen a protegerle. Ya hemos leído en la *Carta segunda* de Cortés la derrota sufrida en Tenochtitlan, la salida de la ciudad y la llegada a Tlaxcala, donde los heridos fueron curados. Allí concibió Cortés la reconquista de Tenochtitlan, con la construcción de los bergantines que, en partes separadas, fueron transportados por tierra hasta la laguna de Texcoco donde fueron lanzados y participaron victoriosamente al asedio contra Tenochtitlan. Con la reconquista de Tenochtitlan se cierra lo que podríamos definir como la épica colectiva de la Nueva España que Bernal relata en los capítulos I a CLVII, en que se hace una reseña de la distribución del botín y de las tierras conquistadas. En esta parte de la épica colectiva no faltan episodios en los que Bernal quiere representar el peligro constante en que se vio Cortés, como el que Bernal relata en el capítulo CXLVI, en el que nos enteramos que un soldado leal al gobernador Velázquez conspiró con otros para asesinar a Cortés. A este soldado desleal, cuyo nombre era Antonio Villafaña, lo delató otro soldado y Cortés lo prendió y como prueba de su conspiración le halló escondido en su persona un memorial con los nombres de todos los conspiradores:

Y desde que tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto. Y desde que lo hobo leído y vio que eran muchas personas en ello y de calidad, y por no infamarlos, echó fama que comió el memorial Villafaña y que no lo había visto ni leído. Y luego hizo proceso contra él y, tomada la confesión, dijo la verdad, y con muchos testigos que había de fe y de creer, que tomaron sobre el caso por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestre de campo Cristóbal de Olí. Y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña (*HV*, 600-601).

Bernal nos da la oportunidad aquí, y en otras partes de su obra, de ver que Cortés era temido, pero no necesariamente admirado o amado, y ciertamente no por todos.

## LA CONSPIRACIÓN DE VILLAFAÑA

Según Bernal, Cortés, antes de sitiar a Tenochtitlán por tierra y por la laguna de Texcoco con los bergantines, quiso ocupar la ciudad de Suchimilco<sup>125</sup> por su posición estratégica. Clavijero nos ha dejado una descripción de Xochimilco que nos da una idea del tamaño y riqueza de la ciudad lagunar:

---

<sup>125</sup> Xochimilco en Clavijero.

Esta ciudad, la mayor del valle de México después de las cortes, estaba fundada en las riberas del lago dulce, en distancia de poco más de cuatro leguas al sur de la capital. Su vecindario era muy numeroso, sus templos muchos, sus edificios suntuosos y singularmente bellos, sus jardines nadantes, que dieron ocasión a su nombre.<sup>126</sup> Tenía a semejanza de la capital muchos canales, que le servían de fosos, y en esta ocasión por temor del ejército de los españoles habían formado varias trincheras. Luego que avistaron el ejército enemigo levaron<sup>127</sup> los puentes de las canales para dificultarles la entrada. Los españoles dividieron en tres escuadrones su ejército para acometer por otras tantas partes a la ciudad, y en todas hallaron gran resistencia, y tanta que no pudieron ganar el primer foso sino después de un recio combate de más de media hora en que perdieron la vida dos españoles y salieron muchos heridos; pero, superados al cabo estos primeros obstáculos, entraron en la ciudad en alcance de los xochimilcas que desde las canoas adonde se retiraron, continuaron peleando hasta la noche (*Clavijero*, 392).

En esta acción murieron muchos españoles y casi todos los mozos de espuela de Cortés. Al enterarse el rey azteca Cuauhtemotzin,<sup>128</sup> sucedido al muerto Moctezuma, del ataque contra Xochimilco, ordena enviar refuerzos a la ciudad asediada. Después del combate y ya dueños del campo, los españoles y sus aliados tlaxcaltecas se enteran que en Xochimilco hay casas muy ricas que han quedado desiertas, pues sus dueños han huido. Se lanzan españoles y tlaxcaltecas a saquear las casas. Mientras se hallan tan ocupados en el saqueo, llegan centenares de canoas llenas de guerreros aztecas enviados por Cuauhtemotzin. En el combate varios españoles caen prisioneros y son sacrificados y sus piernas, brazos y cabezas enviados a los pueblos de la laguna para que resistan al ataque de Cortés. En el combate el mismo Cortés se halló en peligro, pero le socorrieron sus soldados y los aliados tlaxcaltecas. Es posible que los aztecas perdieron aquí una gran ocasión de matar a Cortés, pues quisieron, como en otras ocasiones, tomarle vivo para sacrificarle a sus ídolos. Es ésta la opinión de Clavijero, que dice:

Murieron este día algunos españoles y salieron casi todos heridos, entre ellos el mismo Cortés y sus principales capitanes Alvarado y Olid. Entre los muertos fueron cuatro prisioneros que llevados a México fueron prontamente sacrificados, cuyos brazos y piernas fueron enviados a varios lugares del reino para alentar los ánimos contra los enemigos del Estado. No hay duda de que así en ésta como en otras muchas ocasiones pudieran fácilmente dar la muerte a Cortés sus enemigos, si hubieran desistido del empeño de tomarle vivo para sacrificarlo a sus dioses. Esta fue sin duda una de las cosas que facilitaron a los españoles la conquista (*Clavijero*, 392).

---

<sup>126</sup> Xochimilli significa sementera de flores o jardín (*Clavijero*, 392, n. 17).

<sup>127</sup> “quitaron”.

<sup>128</sup> Cuauhtémoc en Sahagún (*Sahagún*, 450).

La conquista de Xochimilco fue ardua y sangrienta. A pesar de la victoria, Cortés tuvo que enfrentarse con el malhumor y la rebelión de algunos soldados que habían integrado la expedición de Narváez. Éstos se aprovecharon del malestar y de los sufrimientos ocasionados por la toma y destrucción de Xochimilco, que prepararon la conjuración siguiente contra Cortés:

Ya he dicho cómo veníamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí memorada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba que se decía Antonio de Villafaña, natural de Zamora o de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narváez, que aquí no nombro sus nombres por su honor, que, así como viniese Cortés de aquella entrada, que le matasen a puñaladas. Y había de ser desta manera: que como en aquella sazón había venido un navío de Castilla, que cuando Cortés estuviese sentado a la mesa comiendo con sus capitanes, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venía de Castilla, e que dijese que era de su padre Martín Cortés. Y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como a todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenían concertado quiso Nuestro Señor que dieron parte del negocio a dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habían ido en la entrada con nosotros, y aun a uno dellos, en el concierto que tenían, le habían nombrado por uno de los capitanes generales, después que hobiesen muerto a Cortés, y a otros soldados de los de Narváez hacían alguacil mayor y alférez y alcaldes y regidores y contador y tesorero y veedor y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos. Y este concierto estuvo encubierto dos días después que llegamos a Tezcucó, y Nuestro Señor Dios fue servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva España y todos nosotros, porque luego se levantarían bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió a Cortés que luego pusiese remedio en ello, antes que más fuego sobre aquel caso se encendiese, porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello. Y como Cortés lo supo, después de haber hecho grandes ofrecimientos y dádivas que dio a quien se lo descubrió muy presto, secretamente lo hace saber a todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado e a Francisco de Lugo e a Cristóbal de Olí e Andrés de Tapia y a Gonzalo de Sandoval, e a mí y a dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decían Luis Marín y Pedro de Ircio, y a todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés. Y así como lo supimos, nos apercebimos y sin más tardar fuimos con Cortés a la posada del Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con él estaban. Comenzaron a huir y Cortés los mandó detener y prender (...). Y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazón echaron presos a muchos por poner temores y hacer señal que quería hacer justicia de otros, y como el tiempo no daba lugar a ello, se desimuló. Y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fue su capitán un hidalgo que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con seis soldados, buenos hombres esforzados, y le velaban de día y de

noche; y a nosotros de los que sentía que éramos de su bando nos rogaba que mirásemos por su persona. Y dende en adelante, aunque mostraba gran voluntad a las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba de ellos (HV, 599-601).

Este episodio fue contado por otros historiadores, como Cervantes de Salazar y el oidor Zurita. El editor Serés nos recuerda que Salazar “apunta que García Holguín fue uno de los cabecillas, cuyo plan consistía en matar a Cortés y a sus capitanes más cercanos y entregar el mando a Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez y en su día alcalde de La Trinidad de Cuba, que, sin embargo, era ajeno a la conjura. Sabedor de estos hechos y para mantener ocupados a los sediciosos, Cortés decidió dar comienzo al asedio de Tenochtitlan y, además, se hizo rodear de una guardia personal de media docena de hombres al mando de Antonio de Quiñones” (HV, 600-601, n. 3).

Otro episodio de la difícil relación de Cortés con sus hombres, fuera del campo de batalla, se da durante la distribución del botín, en que, como veremos, Bernal, en el capítulo CLXIX, no esconde su amargura. Pero con este capítulo ya estamos en la que, en este estudio consideramos la segunda parte de la *Historia verdadera*.

## LA SEGUNDA PARTE DE LA **HISTORIA VERDADERA**; LA CRÓNICA DE LA POSCONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

Al relato épico, que domina en la primera parte, sucede la crónica menuda, no menos importante de la primera, pero sí distinta, en la que Bernal relata el período de la posconquista cuando Cortés se transforma en colonizador y administrador, revelando a veces un carácter codicioso y tiránico, como en estas instancias lo describe Bernal. En esta parte se comprenden los episodios de la así llamada pacificación de provincias y territorios rebelados, o que, nunca conquistados, necesitaban la imposición de la ley y el orden, como el Panuco, Honduras, Chiapas, Guatemala, Michoacán y otros. Es en esta sección que se relatan las instancias en que Cortés fue acusado de graves violaciones, abuso de poder y hasta de haber provocado la muerte de su esposa, doña Catalina Suárez la Marcaida. Es la parte que relata las dotes de mando de los capitanes de Cortés, como Alvarado, Sandoval, Marín, el mismo Bernal y el drama de la rebelión del maestro de campo Cristóbal de Olid, junto con la defensa de Cortés contra las muchas acusaciones. Un tema importante por sus consecuencias económicas y políticas en esta segunda parte es la búsqueda de la ruta al océano Pacífico para descubrir la ruta de las especias. Como se puede ver, se trata de una

materia compleja, a veces contradictoria, pero siempre apasionante, por la sencillez con la que Bernal relata acontecimientos y como describe a los personajes, todos históricos, pues no hubiera podido concebir que en la historia se pudiese inventar. Baste pensar en el corsario francés Jean Fleury y en la búsqueda del conquistador Vázquez Coronado, que se había perdido en busca de las míticas Siete Ciudades de Cíbola.

### BERNAL, PIUS ET IUSTUS<sup>129</sup>: EL MEMORIAL DE GUERRA

A modo de conclusión de varias instancias en las que, a lo largo de su *Historia verdadera*, ha apelado al emperador para que reconociera sus méritos, habiendo sido en todas las batallas para que Cortés lograra la reconquista de Tenochtitlan, Bernal medita sobre el temor que le sobrevinía antes de entrar en batalla, ante el recuerdo de los compañeros sometidos, vivos aún, al suplicio de arrancarles el corazón. Es este memorial, que el autor ubica estratégicamente inmediatamente después de la toma de Tenochtitlan, con la rendición de su último tlatoani Cuauhtemoc [que Bernal llama Guatémuz], el 13 de agosto de 1521, el que más claramente evidencia la preocupación de Bernal para que se le reconozcan sus méritos, sobre los que se funda su honor y el honor de sus descendientes:

Agora que estoy fuera de los combates y recias batallas que con los mexicanos teníamos de día y de noche, por lo que le doy muchas gracias a Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa que me acontecía después que vi sacrificar y abrir por los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés y ofrecellos los corazones a los ídolos. Y esto que ahora diré parecerá a algunas personas que es por falta de no tener muy gran ánima para guerrear, y por otra parte, y si bien se considera, es por el demasiado atrevimiento y gran ánimo que en aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado e estaba tenido en aquella reputación. Vista cosa era que había de hacer como los que los más osados soldados eran obligados de hacer; y como cada día vía llevar a sacrificar mis compañeros y había visto cómo les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo y cortarles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, e de antes habían muerto DCCCL [850] de los nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para me llevar a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándoseme de aquellas feísimas muertes y, como dice el refrán que “cantarillo que muchas veces va a la fuente”, etcétera, y a este efecto siempre desde entonces temí la muerte más que nunca. Y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el

---

<sup>129</sup> Es la tradición que viene de Virgilio, *Aeneidos*, I, 544, ss: “quo iustior alter non pietate fuit nec bello maior et armis” [porque nadie le superó ni en la piedad ni en el valor en el saber usar las armas en la guerra].

corazón e orinaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel pavor. También quiero decir qué cosa tan nueva les parecerá agora tener yo aquel emor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchas batallas y reencuentros muy peligrosos de guerra, y había de estar cortido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona, agora a la postre más arraigado que nunca. Porque si bien lo sé contar y traer a la memoria, desde que vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdoba e con Grijalva, e volví con Cortés, me hallé en lo de la punta de Cotoche y en lo de Lázaro, que en otro nombre se dice Campeche, y en Potonchán y en la Florida, según más largamente lo tengo escrito, cuando vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdoba. Dejemos esto, volvamos a hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchán, e agora con Cortés en lo de Tabasco, y en la de Cingapacinga y en todas las batallas y reencuentros de Tascala y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos a Narváez me señalaron. E me hallé cuando les fuemos a tomar el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían cebados, con sus piedras e pelotas, los cuales les tomamos, y este trance fue de mucho peligro; y me hallé en el desbarate primero, cuando los mexicanos nos echaron de México, cuando mataron en obra de ocho días sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula e sus rededores; y en otros encuentros que tuvimos con los mexicanos, cuando estábamos en Tezcucó, sobre coger las milpas de maíz; e me hallé en lo de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar; y me hallé cuando subimos en los peñoles, que agora los llaman “las fuerzas o fortalezas, que ganó Cortés”; y en lo de Suchimilco; cuatro batallas, otros muchos reencuentros; y entré con Pedro de Alvarado con los primeros a poner cerco a México, y les quebramos el agua de Chapultepeque; y en la primera entrada que entramos en las calzadas, con el mismo Alvarado; y después, cuando nos desbarataron por la misma nuestra parte y nos llevaron ocho soldados e a mí me llevaban asido a sacrificar; y en todas las batallas por mí ya memoradas que cada día teníamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos a nuestros compañeros. Ya he dicho que agora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo había de temer tanto como lo temía agora a la postre. Digan aquí los caballeros que desto del militar se les entiende y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin echarán mi temor, si es a flaqueza de ánimo o a mucho esfuerzo, porque, como he dicho, sentía en mi pensamiento que había de poner mi persona batallando en parte tan peligrosa, que por fuerza había de temer entonces la muerte más que otras veces; y por esta causa temblaba el corazón, porque temía la muerte (HV, 683-685).

Bernal ha concluido aquí el resumen de su actuación y confiesa, con humildad el temor que sentía antes de entrar en batalla y la razón de ese temor, lo cual le hace aun más heroico, pues sabía lo que le esperaba en cada encuentro. Este resumen no sería completo sin la conclusión en que se ve que lo que acaba de describir no es sino una parte del servicio prestado en la conquista de México y que por estas razones, las ya expuestas y las que se reserva para más adelante, se merece el reconocimiento de la corona:

Y todas estas batallas que aquí he dicho, donde me he hallado, verán en mi relación en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera. Otras muchas entradas y reencuentros tuve desde allí adelante que aquí no declaro hasta su tiempo e lugar, lo cual verán adelante en esta relación. E también digo que siempre no estaba muy sano, porque muchas veces estaba mal herido, y a este efeto no podía ir a todas las entradas. Pues aún no son nada los trabajos ni riesgos de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta grande y fuerte cibdad de México, pasé otros reencuentros con capitanes con quien salí de México, como adelante verán, cuando venga a coyuntura. Y dejémoslo ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mexicanas, cuando nos mataron a nuestros compañeros, “lleváronlos”, y no digo “matáronlos”. Y la causa es ésta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen y vivos los llevaban a sacrificar a sus ídolos, y aun primero les hacían bailar delante del Huichilobos, que era su ídolo de guerra; y ésta es la causa porque he dicho “llevaronlos” (*HV*, 686).

En esta parte conclusiva del memorial de guerra, insertado al final del capítulo CLVI, el de la rendición de Guatémuz [Cuauhtemoc],<sup>130</sup> Bernal, para aumentar el efecto que su relato tendría, les recuerda a los lectores el tratamiento que los prisioneros españoles recibían de los aztecas.

## LA IDA DE ALVARADO A GUATEMALA

En la Carta V Cortés se había referido al peligro de dejar asoladas tierras cerca de Honduras, sobre todo las islas de ese golfo, por la caza de esclavos indios ordenadas por el gobernador de Cuba:

Ya, muy católico señor, hice a vuestra majestad relación de ciertas isletas que están fronteras de aquel puerto de Honduras, que llaman los Guanajos, que algunas dellas están despobladas a causa de las armadas que han hecho de las islas, y llevado muchos naturales dellas por esclavos, y en alguna dellas había quedado alguna gente, y supe que de la isla de Cuba y de la de Jamaica nuevamente habían armado para ellas, para las acabar, solar y destruir, y para remedio envié una carabela que buscarse por las dichas islas el armada y los requiriese de parte de vuestra majestad que no entrasen en ellas ni hiciesen daño a los naturales, porque no pensaban apaciguarlos y atraerlos al servicio de vuestra majestad (*Carta V*, 147).

---

<sup>130</sup> Cuauhtemoc en *Sahagún, Vocabulario*, p. 925.

La situación se había deteriorado por la rebelión de Cristóbal de Olid, enviado por Cortés a pacificar esa región y librarla de los piratas que la asolaban para cazar indios y esclavizarlos. Ante la nueva situación producida por la rebelión de Olid, maestre de campo a la cabeza de cinco navíos, muchos hombres y pertrechos, Cortés primero envía al capitán Francisco de las Casas para que suprima la rebelión, pero éste naufraga y debe someterse a Olid hasta que, con la ayuda de Gil González de Ávila, toma a Olid y, después de un juicio sumario, lo degüella. Entre tanto, ante la falta de noticias de la expedición de Francisco de Las Casas, Cortés ha salido en su búsqueda, decidido a poner fin a la rebelión de Olid que amenaza la estabilidad de la Nueva España. Seguramente no se imaginaría Cortés que esa salida le detendría más de dos años lejos de Tenochtitlan, entre 1524 y 1526. Bernal se refiere nuevamente a la responsabilidad del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, al que indica como instigador de la rebelión de Olid y, al gobernador ambicioso e incansable tejedor de tramoyas, opone su general, que “siempre tuvo los pensamientos muy altos y en la ambición de mandar y señorear quiso en todo remedar Alejandro Macedonio, y con los buenos capitanes y estremados soldados que siempre tuvo” (*HV*, 753). El editor Serés ve en esta comparación una nota negativa: “No es la primera vez que equipara a Cortés con Alejandro Magno; sin embargo, mientras que arriba (CXXIV) el baremo era la generosidad, aquí es la ambición desmedida; allí la fuente (directa o indirecta) era Plutarco, aquí no es posible precizarla. Pero además de la fuente, importa también tener en cuenta la diferente consideración que progresivamente le va mereciendo Cortés: y no nos devuelve la imagen inicial de héroe-empresario inteligente y audaz; empieza a afearle su excesiva codicia” (*HV*, 753, n. 1). Pero el texto de Bernal comentado por Serés no justifica este juicio tan tajante. Es verdad que Bernal no ahorra flechazos al siempre admirado Cortés, pero no veo en la *Historia verdadera* ese desliz gradual hacia una evaluación negativa de su actuación. Si aceptamos la tesis de las dos partes de la *Historia verdadera*, la primera que consiste en un relato épico y la segunda en una crónica de la posconquista, en ésta se puede colocar una percepción más compleja en que se puede admitir una reflexión de Bernal que ya no se siente limitado por el estado, digamos, de alerta, en que se había visto en los sucesos relatados en la que hemos indicado como la primera parte de la *Historia verdadera*. En efecto, el plan de Cortés que Bernal resume cuidadosamente, nos presenta el conquistador-civilizador, que primero por vías diplomáticas y luego, confiando en su capitán Alvarado, concibe el plan para pacificar una nación maya sumida en la superstición y la perversión:

Y después que se hobo poblado la gran cibdad de México y Guaxaca e a Zacatula e a Colimar e a la Veracruz e a Pánuco e a Guazacualco, y tuvo noticia que en la

provincia de Guatemala había recios pueblos e de mucha gente e que había minas, acordó de enviar a la conquistar y poblar a Pedro de Alvarado; e aun el mismo Cortés había enviado a rogar aquella provincia que viniesen de paz, no quisieron venir (*HV*, 753).

Se percibe en este párrafo inicial una pausa y una reflexión. La pausa se inspira en la visión de conjunto de la inmensa obra de Cortés, admirado por Bernal como conquistador, explorador y colonizador, entre 1519 y 1521, año de la conquista de Tenochtitlan, además de un par de años transcurridos en fundar y poblar otras ciudades, todo lo cual justifica la comparación con Alejandro Magno, además del hecho que, como ese gran conquistador de la antigüedad, Cortés confía parte de su imperio a sus lugartenientes para que completen la labor pacificadora y colonizadora, además de la evangelización que siempre fue un objeto primordial de Cortés, labor en la que Bernal desempeñó un papel relevante.

Y dióle al Alvarado para aquel viaje sobre trecientos soldados, y entre ellos, ciento y veinte escopeteros y ballesteros, e más le dio: ciento e treinta e cinco de a caballo y cuatro tiros y mucha pólvora y un artillero que se decía Hulano de Usagre y sobre doscientos tlascaltecas y cholultecas y cient mexicanos que iban sobresalientes. Y después de dadas las instrucciones, en que le mandaba que con toda vigilancia procurase de los atraer de paz sin dalles guerra e con ciertas lenguas e clérigos que llevaba les predicase las cosas tocantes a nuestra santa fe, e que no les consintiese sacrificios ni sodomías ni robarse unos a otros, e que las cárceles e redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos indios a engordar para comer, que las quebrase, y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraya a que den la obediencia a Su Majestad, y en todo se les haga buenos tratamientos (*HV*, 753).

Las órdenes de Cortés referidas por Bernal nos presentan un pueblo en que, no solamente el canibalismo está difundido, sino que los indios del país cazan a hombres y mujeres como si cazaran animales para comerlos. Los frailes misioneros que acompañan a Alvarado deberán convertir los indios a la religión cristiana y, a través de los intérpretes, persuadirles no sólo a renunciar a sus ritos sanguinarios y a cooperar en la destrucción de sus templos, sino también a dar obediencia a su majestad el emperador Carlos V. Los guatemaltecos les dijeron que eran enemigos de los de Utlatan y le ofrecieron su ayuda. Acto seguido, Alvarado les pidió dos mil guerreros, con los que desbarató a los de Utlatan. Hizo lo mismo con el pueblo de Atitan que quiso resistir, mas Alvarado los venció. Sobre esta expedición de Alvarado Bernal denuncia abusos y crítica al capitán español porque su conducta no fue “conforme a justicia, e fue muy mal hecho e no conforme a lo que mandó Su Majestad” (*HV*, 700). Bernal

recuerda que en el año de 1524 se halló en Guatemala, de paso para Honduras, a las órdenes del capitán Luis Marín y que en esa ocasión tuvieron un encuentro con los guatemaltecos que no le dejaron el recuerdo de ser muy buenos guerreros:

También digo que en esta provincia de Guatemala no eran guerreros los indios, porque no esperaban sino en las barrancas e con sus flechas no hacían nada (*HV*, 761).

Alvarado había partido para Guatemala a fines de 1523:

Pues ya despedido el Pedro de Alvarado de Cortés y de todos los caballeros amigos suyos que en México había, se despidieron los unos de los otros. Partió de aquella cibdad en trece días del mes de noviembre de mil e quinientos y veinte y tres años; y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados, en la provincia de Teguatepeque, los cuales peñoles trujo de paz: llámase el peñol de Güélamo, que era entonces de la encomienda de un soldado que se decía Güélamo. Y desde allí fue a Teguatepeque, pueblo grande, y son zapotecas, y le recibieron muy bien, porque estaban de paz e ya habían ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, a México y dado la obediencia a Su Majestad e a ver a Cortés, y aun le llevaron un buen presente de oro. Y desde Teguatepeque fue a la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada, de más de quince mil vecinos, y también le rescibieron de paz y le dieron un presente de oro, y se dieron por vasallos de Su Majestad (*HV*, 753-754).

Durante su avance hacia la costa del Pacífico de Guatemala Alvarado encuentra mucha resistencia que le obliga a enfrentarse con los naturales en varias batallas:

Y desde Soconusco, llegó cerca de otras poblaciones que se dicen Zapotitán, y en el camino, en una puente de un río, que hay allí un mal paso, halló muchos escuadrones de guerreros que le estaban esperando para no dejalle pasar, y tuvo una batalla con ellos en que le mataron un caballo e hirieron un soldado en la cara y otros muchos soldados en el cuerpo, y dos dellos murieron de las heridas. Y eran tantos indios los que se habían juntado contra Alvarado, no solamente los de Zapotitán, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos dellos que herían no los podían apartar. Y por tres veces tuvieron reencuentros; y quiso Nuestro Señor que los venció e le vinieron de paz. Y desde Zapotitán iba camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y antes de llegar a él tuvo otros reencuentros con los naturales de aquel pueblo, y con otros sus vecinos, que se dicen Utlatán, que era cabecera de ciertos pueblos que están en su retorno a la redonda del Quetzaltenango, y le hirieron ciertos soldados y mataron tres caballos, puesto que el Pedro de Alvarado y su gente mataron e hirieron muchos indios (*HV*, 754).

El avance de Alvarado se hace muy difícil por el terreno que lleva a Quetzaltenango y a causa de que por el camino escarpado debe pelear a menudo sin el auxilio de los caballos, que no pueden arremeter al enemigo sobre ese terreno. Éste, por otra parte, buen conocedor del terreno, se aprovecha para tenderle una celada muy peligrosa:

Y luego estaba una mala subida de un puerto, que dura legua y media, y con los ballesteros y escopeteros y todos sus soldados puestos en gran concierto lo comenzó a subir, y en la cumbre del puerto hallaron un india gorda que era hechicera e un perro de los que ellos crían, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados. Y más adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, que le comenzaron a cercar. Y como eran los pasos malos e en sierra, los de caballo no podían correr ni revolver ni aprovecharse dellos, mas los ballesteros y escopeteros y soldados de espada y rodela tuvieron reciamente con ellos pie con pie, y fueron peleando la cuesta y puerto abajo hasta llegar a unas barrancas, donde tuvo otra muy recia escaramuza con otros escuadrones de guerreros que allí en aquellas barrancas les esperaban. Y era con un ardid que entre ellos tenían acordado que fue desta manera: que como fuese el Pedro de Alvarado peleando, hacían que se iban retirando, y como los fuese siguiendo hasta donde lo estaban esperando sobre seis mil indios guerreros, y estos eran de Utlatán y de otros pueblos sus sujetos, que allí los pensaban matar (*HV*, 755).

Los mayas de Guatemala urden una estrategia para destruir el ejército de Alvarado:

Y Pedro de Alvarado y todos sus soldados pelearon con ellos con grande ánimo, y hirieron seis soldados y dos caballos, mas todavía les venció y puso en huida, y no fueron muy lejos, que luego se tornaron a rehacer con otros escuadrones y tornaron a pelear, creyendo desbaratar al Pedro de Alvarado. E fue cabe una fuente donde les aguardaron, de arte que se venían ya pie con pie, y muchos indios hobo dellos que aguardaron dos o tres juntos a un caballo y se les ponían a fuerza para derrocalles, e otros los tomaban de las colas. Y aquí se vio el Pedro de Alvarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contrarios, no podían sustentar a tantas partes de los escuadrones que les daban guerra. Y él y todos los suyos, desde que vieron que habían de vencer o morir sobre ello, y temiendo no los desbaratase, porque se vio en gran aprieto, dan de tal suerte en ellos una mano con las escopetas y ballestas y a buenas cochilladas, que les hicieron que se apartaran algo. Pues los de a caballo no estaban despacio, sino alancear y tropellar e pasar adelante, hasta que los hobieron desbaratado, que no se juntaron en aquellos tres días. E como vio que ya no tenía contrarios con quien pelear, se estuvo en el campo sin ir a poblado dos días, rancheando y buscando de comer; y luego se fue con todo su ejército al pueblo de Quetzaltenango, y allí supo que en las batallas pasadas les había muerto dos capitanes, señores de Utlatán. Y estando reposando y curando los heridos, tuvo aviso que venían otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habían juntado muchos, e que venían con determinación de morir todos o vencer (*HV*, 755-756).

Ante este nuevo peligro, Pedro de Alvarado cambia estrategia. Marcha rápidamente con su ejército a un altiplano, para darle a los caballos espacio para correr y maniobrar, decisión que le permite desbaratar la nueva amenaza:

Y como el Pedro de Alvarado lo supo, se salió con su ejército en un llano, y como venían tan determinados los contrarios, comenzaron a cercar al ejército y tirar vara y flecha y piedra y con lanzas; y como era llano y podían correr muy bien a todas partes los caballos, da en los escuadrones contrarios, de manera que de presto los hizo volver las espaldas. Aquí le hirieron muchos soldados e también un caballo, y según pareció, murieron ciertos indios principales, ansí de aquel pueblo como de toda aquella tierra. Por manera que de aquella vitoria ya temían aquellos pueblos mucho a Alvarado. Y concertaron toda aquella comarca de le enviar a demandar paces, e le enviaron un presente de oro de poca valía porque aceptase las paces. Y fue buen acuerdo de todos los caciques de los pueblos de aquella provincia, porque otra vez se tornaron a juntar muchos más guerreros que de antes, y les mandaron a sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo de Utlatan, y que si enviaban a demandar paz era porque (...) desque le tuviesen dentro y en parte que ellos creían aprovecharse de sus soldados, dar en ellos con sus guerreros, que ya estaban aparejados y escondidos para ello (*HV*, 756).

Alvarado, convencido de haber pacificado la región, después de la obediencia de los caciques a Su Majestad, comienza a entablar relaciones comerciales y administrativas, pero se da cuenta que los naturales están urdiendo otra engañifa para destruirle a él y a sus españoles:

Volvamos a decir que como fueron con el presente delante de Pedro de Alvarado muchos principales, y después de hecha su cortesía a su usanza, le damandan perdón por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de Su Majestad, y le ruegan que, porque su pueblo es grande y está en parte más apacible donde le puedan servir e junto a otras poblaciones, que se vaya con ellos a él; y el Pedro de Alvarado los recibió con mucho amor y no entendió las cautelas que traían. Y después de les haber reprehendido lo mal que habían hecho de salir de guerra, acetó sus paces. E otro día por la mañana se fue con su ejército con ellos a Utlatán, que ansí se dice el pueblo, e desque hobo entrado dentro, e vieron una cosa tan fuerte, porque tenía dos puertas, y la una dellas tenía veinte y cinco escalones antes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala y deshecha por dos partes, y las casas muy juntas y las calles angostas, y en todo el pueblo no había mujeres ni gente menuda, cercado de barrancas, y de comer no le proveían sino mal y tarde, y los caciques muy demudados en los parlamentos. Y avisaron al Pedro de Alvarado unos indios de Quetzaltenango que aquella noche los querían quemar a todos en aquel pueblo, si allí se quedaba, e que tenían puestos entre las barrancas muchos escuadrones de guerreros para, en viendo arder las casas, juntarse con los de Utlatán y dar en ellos, los unos por una parte y los otros por otra, y con el fuego e humo no se podrían valer, y que entonces los quemarían vivos. Y desque el Pedro de Alvarado entendió

el peligro en que estaban, de presto mandó a sus capitanes e a todo su real sin más tardar se saliesen al campo, y les dixo el peligro que tenían; y como lo entendieron, no tardaron de se ir a lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuvieron más lugar de se salir a tierra llana de en medio de tan recios pasos. E a todo esto el Pedro de Alvarado mostraba buena voluntad a los caciques y principales de aquel pueblo y de otros comarcanos, y les dijo que porque los caballos eran acostumbrados de andar paciendo en el campo un rato del día, que por esta causa se salió del pueblo, porque estaban muy juntas las casas y calles, y los caciques estaban muy tristes porque así lo vieron salir. E ya el Pedro de Alvarado no pudo más disimular la traición que tenían urdida, y sobre los escuadrones que tenía juntos mandó prender al cacique de aquel pueblo y por justicia lo mandó quemar, y dio el señorío a su hijo. Y luego se salió a tierra llana fuera de las barrancas y tuvo guerra con los escuadrones que tenían aparejados para el efeto que he dicho, y después que hobieron provocado sus fuerzas y mala voluntad, fueron desbaratados (*HV*, 756-758).

Alvarado ha derrotado a los de Utlatán, a los que ha castigado por su traición. En Guatemala se difunden las noticias de las victorias de Alvarado y los guatemaltecos, enemigos de los de Utlatán, con los que están en guerra, se ofrecen como aliados de Alvarado para derrotar a los de Utlatán:

En un gran pueblo que se dice Guatimala se supo las batallas que Pedro de Alvarado había habido después que entró en la provincia, y en todas había sido vencedor, e que al presente estaba en tierra de Utlatán y que desde allí hacía entradas y daba guerra a muchos pueblos. Los de Utlatán y sus sujetos eran enemigos de los de Guatimala. Acordaron los de Guatimala de les enviar mensajeros con presentes de oro a Pedro de Alvarado y a darse por vasallos de Su Majestad, y enviaron a decir que si había menester algún servicio de sus personas para aquella guerra, que ellos vernían. Y el Pedro de Alvarado los rescibió de buena voluntad y les envió a dar muchas gracias por ello, y para ver si era como se lo decían y, como no sabía la tierra, para que le encaminasen, les envió a demandar dos mil guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos que estaban cortados porque no pudiesen pasar, y para que si fuese menester los adobasen y llevar el fardaje; y los de Guatimala se los enviaron con sus capitanes. Y Pedro de Alvarado se estuvo en la provincia de Utlatán siete u ocho días haciendo entradas, y eran de los pueblos rebeldes que habían dado la obediencia a Su Majestad y, después de dada, se tornaban a alzar; y herraron muchos esclavos e indias y pagaron el real quinto, los demás repartieron entre los soldados. Y luego se fue a la cibdad de Guatimala, y fue recibido y hospedado (*HV*, 758).

Bernal nos cuenta la campaña de pacificación de Alvarado en la provincia de Utlatán, donde, auxiliado por los guatemaltecos, impone la obediencia hacia Su Majestad. Los caciques guatemaltecos se quejan con Alvarado de los indios de un pueblo que se llama Atitán y que ellos acusan de ser rebeldes:

Y los caciques de aquella cibdad le dijeron que muy cerca de allí había unos pueblos junto a una laguna, e que tenían un peñol muy fuerte y que eran sus enemigos y les daban guerra, y que bien sabían los de aquel pueblo, que no estaba lejos, cómo estaba allí el Pedro de Alvarado, y no venía a dar la obediencia como los demás pueblos y que eran muy malos e de peores condiciones, el cual pueblo se dice Atitán. Y el Pedro de Alvarado les envió a rogar que viniesen de paz y que serían dél muy bien tratados y otras blandas palabras, y la respuesta que enviaron fue que maltrataron los mensajeros. Y viendo que no aprovechaba, tornó a enviar otros embajadores para les traer de paz, porque tres veces les envió a demandar paces, y todas tres les maltrataron de palabra, fue Pedro de Alvarado en persona a ellos y llevó sobre ciento y cuarenta de a caballo, y con dos mil guatemaltecas. Y cuando llegó junto al pueblo, les tornó a requerir con la paz, y no le respondieron sino con arcos y flechas que comenzaron a flechar. Y desde que aquello vio y que no muy lejos de allí estaba dentro en el agua un peñol muy poblado con gente de guerra, fue allá a orilla de la laguna, y sálenle al encuentro dos buenos escuadrones de indios guerreros con grandes lanzas y buenos arcos y flechas, y con otras muchas armas y cosetes, y tañendo sus atabales y con penachos y devisas; y peleó con ellos buen rato y hobo muchos heridos de los soldados. Mas no tardaron mucho en el campo los contrarios, que luego fueron huyendo acogerse al peñol, y el Pedro de Alvarado y sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el peñol, y hobo muchos muertos y heridos. Y más hobiera si no se echaran todos al agua y se pasaran a una isleta; y entonces se saquearon las casas que estaban pobladas, junto a la laguna, y se salieron a un llano adonde había muchos maizales, y durmió allí aquella noche. Otro día de gran mañana fueron al pueblo de Atitán, que ya he dicho que así se dice, y estaba despoblado. Y entonces mandó que corriesen la tierra e las huertas de cacahuetales, que tenían muchos, y trujeron presos dos principales de aquel pueblo, y Pedro de Alvarado les envió luego aquellos principales con los que estaban presos del día antes a rogar a los demás caciques que vengan de paz, y que les dará todos los prisioneros y serán dél muy bien mirados y honrados. E que si no vienen, que les dará guerra como a los de Quetzaltenango e Utlatán y les cortará sus árboles de cacahuetales y hará todo el daño que pudiere. En fin de más razones, con estas palabras y amenazas luego vinieron de paz y trujeron un presente de oro y se dieron por vasallos de Su Majestad, y luego el Pedro de Alvarado y su ejército se volvió a Guatemala (HV, 759-760).

A esta versión de Bernal, el editor Serés relaciona una crónica maya en quiché —*Memorial de Sololá*— sobre la entrada de Alvarado en el pueblo de Atitán: “La versión de los indígenas quichés es muy distinta: <<Luego Tonatiuh [Tonatío, Alvarado] les pidió dinero a los reyes; quería que le dieran montones de metal, sus vasijas y coronas. Y como no se las trajesen inmediatamente, Tunatiuh se enojó con los reyes y les dijo: ‘¿Por qué no me habéis traído el metal? Si no traéis con vosotros todo el dinero de las tribus, os quemaré y os ahorcaré’, les dijo a los Señores>>” (HV, 760, n.9). Se trata de un caso, bastante común en las crónicas, en que la versión

del conquistador choca con la del nativo, como veremos más adelante.<sup>131</sup> El mismo Bernal no aprueba la entrada de Alvarado en el pueblo de Izquintepeque, en el territorio de los indios Pipeles<sup>132</sup>:

Vinieron de paz todos los pueblos de la comarca y otros de la costa del sur que se llaman los pipeles. Y muchos de aquellos pueblos que vinieron a darse de paz se quejaron que en el camino por donde venían estaba una poblazón que se dice Izquintepeque, y que eran malos y que no los dejaban pasar por su tierra y les iban a saquear sus pueblos, y dieron otras muchas quejas dellos; e no fueron verdaderas, porque personas dinas de fe e de creer dijeron que se le levantaron, e que fue achaque por le robar muy hermosas indias, e que no los llamó de paz. Y el Pedro de Alvarado acordó de ir a ellos con todos los más soldados que tenía, y de a caballo y escopeteros y ballesteros y muchos amigos de Guatemala. Y sin ser sentidos, da una mañana en ellos, en que se hizo mucho daño y presa, que valiera más que no lo hiciera, sino conforme a justicia, e fue muy mal hecho e no conforme a lo que mandó Su Majestad (*HV*, 760).

No eran exentos los conquistadores de hacer violencia a los naturales, quitándoles el oro y las mujeres entre otras cosas, lo que ocasionaba a menudo reyertas sanguinarias entre los mismos españoles. Este relato de la pacificación de Guatemala por parte de Alvarado se cierra con la referencia a la expedición a Honduras del mismo Cortés, a la que Bernal participó y de la que nos da un relato detallado y fascinante.

## CORTÉS EN HONDURAS

El capítulo siguiente al que acabamos de referir sobre Alvarado en Guatemala, o sea el CLXV, es el que introduce la que podríamos definir la saga de Honduras, con el primer acto de esta saga, o sea la expedición “para pacificar y conquistar las provincias de Higueras y Honduras,” como reza el epígrafe al comienzo (*HV*, 761), al mando de Cristóbal de Olid, maestro de campo, es decir, brazo derecho de Cortés. Al comienzo de este capítulo, Bernal nos explica que el propósito de la expedición

---

<sup>131</sup> En “Textos Fundacionales de América VII”, se analizan las relaciones de Fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia General de la cosas de Nueva España* y de Fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía Indiana*, estudio que se publicará en un próximo número de *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispanoamericana*.

<sup>132</sup> El editor Serés explica que era ésta una “tribu centroamericana que descendía de un grupo de mexicas enviados a Guatemala por Ahuizotl, cuya presencia se extendía por el actual San Salvador y parte de Guatemala” (*HV*, 760, n. 10).

a cargo de Olid era el de encontrar posibles minas de oro y, sobre todo, teniendo en cuenta las disposiciones del emperador Carlos V, la ruta a las islas de las especias:

Como Cortés tuvo nueva que había ricas tierras y buenas minas en lo de Higüeras e Honduras, y aun le hicieron en creyente unos pilotos que habían estado en aquel paraje o bien cerca dél, que habían hallado unos indios pescando en la mar y que les tomaron las redes e que las plomadas que en ellas traían para pescar que eran de oro revuelto con cobre. Y le dijeron que creían que había por aquel paraje, estrecho, y que pasaban por él de la banda del norte a la del sur. Y también, según entendimos, Su Majestad le encargó y mandó a Cortés que en todo lo que descubriese mirase y adquiriese con gran diligencia y solicitud de buscar el estrecho o puerto o pasaje para la Especería (*HV*, 761).

La búsqueda de las islas de las especias fue, como es notorio, la razón principal del proyecto de Cristóbal Colón. Cortés, quizás uno de los conquistadores más ávidos de saber y asiduo lector, se debe haber enterado desde el principio de la carrera a las islas de las especias. Una vez descubierta la ruta al Pacífico, entre 1519 y 1522, gracias a la hazaña de Magallanes y Elcano, los capitalistas de los centros financieros del renacimiento descubrieron que el comercio de las especias rendía ganancias muy grandes. Con la venta del clavo traído por el barco *Victoria*, al mando de Sebastián Elcano, se obtuvo una ganancia de veinticinco mil escudos. Grandes inversores como los Fuggers y los Weslers invirtieron en la importación de especias, actividad que les dio grandes ganancias.<sup>133</sup> Una pregunta legítima sería por qué Cortés confió el mando de una expedición tan importante a su maestro de campo, de quien conocía la antigua amistad con Diego Velázquez, el gobernador de Cuba que, desde la partida de Cortés en 1519, le había hostigado, con la ayuda de aliados poderosos, el primero entre todos, el obispo de Burgos, don Rodrigo de Fonseca. Por otra parte, se podría suponer que Cortés no creyese al estrecho que permitía el paso al mar del Sur que debería hallarse en Honduras y que, creyendo que el estrecho se hallaba mucho más al norte, no quiso arriesgarse en una exploración que él habría considerado destinada al fracaso. Abel Martínez-Loza nos ha informado de las ideas geográficas de Cortés al respecto.<sup>134</sup> Durante los preparativos para buscar bastimentos y caballos para la

---

<sup>133</sup> Véase John H. Elliott, *La España imperial*. Barcelona, Vicens Vives, 1986, pp. 60-75; Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento. I: Colón y su tiempo*. Madrid: Alianza, 1988, pp. 13-42; Antonio Domínguez Ortiz, *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, Crítica, 1985, pp. 234-235; Abel Martínez-Loza, "Ideas geográficas de Hernán Cortés," *Anuario de Estudios Americanos*, XLVII (1990), pp. 3-26; John Headley, "Spain's Asian Presence, 1565-1590: Structure and Aspirations," *The Hispanic American Historical Review*, LXXV (1995), pp. 623-646.

<sup>134</sup> Véase Abel Martínez-Loza, "Ideas geográficas de Hernán Cortés," *Anuario de Estudios Americanos*, XLVII (1990), pp. 3-26.

expedición de Olid, Cortés, sin querer, crea la ocasión para que su maestre de campo lo traicione. Para obtener bastimentos y caballos suficientes, envía un hombre de confianza, Alonso de Contreras, que había sido “soldado viejo de Cortés” (HV, 763), con seis mil pesos de oro, para comprar provisiones y caballos, recomendándole que mantenga secreta su misión para evitar el alza de precios en Cuba. Para cargar las provisiones y los caballos, Olid sale de Veracruz con cinco barcos, rumbo a Cuba. Llegado a la isla, Olid se encuentra con Velázquez y juntos conciben el plan que debería facilitarles, por un lado, a Olid alzarse con la gobernación de Honduras y, por el otro, a Velázquez con la de la Nueva España (HV, 764). Bernal interrumpe el relato, que reanuda más adelante, para referirse a la pacificación de Chiapas, otra provincia que se había rebelado. Bernal organiza su relato sobre la rebelión de Cristóbal de Olid entre dos expediciones, una a Honduras y otra a Chiapas. La primera se vuelve el teatro de la rebelión de Cristóbal de Olid, con consecuencias nefastas para él y sus soldados, casi perdidos en un medio hostil, y amenazados por la hueste de Francisco de Las Casas, enviada por Cortés para prender al rebelde maestre de Campo. La segunda expedición es la de Chiapas, también causada por la rebelión de los naturales, y constituye un episodio central en la vida de Bernal, que es miembro prominente de la expedición, con deberes de mando, pero bajo el liderazgo del capitán Luis Marín, y en la que arriesgó perder la vida al ser herido en la garganta en un encuentro con los indios rebeldes. Este relato está precedido por otra expedición pacificadora enviada por Cortés a Guatemala al mando de Pedro de Alvarado, a la cabeza de una fuerza de más de “treientos soldados, y entre ellos, ciento y veinte escopeteros y ballesteros, e más le dio: ciento e treinta y cinco de a caballo y cuatro tiros y mucha pólvora y un artillero que se decía Hulano de Usagre y sobre doscientos tascaltecas y cholultecas y cient mexicanos que iban sobresalientes” (HV, 753). Alvarado salió con su ejército el 13 de noviembre de 1523, mientras Cristóbal de Olid le había precedido; después de ir de Veracruz a La Habana, había ido a Honduras donde Bernal dice que llegó “a tres de mayo,” pero sin especificar el año que probablemente sería 1522. Francisco de Las Casas salió con cinco naves y cien hombres de Veracruz en junio del mismo año y Cortés, después de esperar noticias de Francisco de Las Casas salió en busca de Olid, sin saber que había sido ajusticiado en Naco, probablemente en el verano de 1522 y, según Bernal, volvió a México a los dos años y tres meses (HV, 844). Es interesante observar que, desde Chiapas a Honduras, e incluyendo a Guatemala, Cortés se enfrenta a una región que no era parte del imperio azteca. Es más, esa región de Mesoamérica, bañada al Norte por el Mar Caribe y al Sur por el Océano Pacífico se consideraba la clave logística para que navíos procedentes del Norte pudiesen atravesar el continente por canales y ancones y desembocar en el mar del Sur, procediendo en su búsqueda de las especierías. España, empeñada desde fines del

siglo XV en las guerras de Italia contra Francia, tenía urgente necesidad de dinero para hacer frente a los gastos siempre más ingentes que se requerían para llevar adelante el esfuerzo bélico. A pesar de la bonanza de oro y plata que había llegado de América, la sed de metales preciosos continuó por el deseo de ampliar operaciones comerciales que permitieran el crecimiento del comercio hispánico, con la llegada de nuevos capitales y ampliaran la capacidad financiera de los bancos prestamistas para los arsenales, que fabricaban los barcos de guerra y producían los armamentos, sobre todo las armas de fuego. El comercio se concentró en la importación de las especias, capaz de fortalecer la economía española y sustentar su expansión, condición necesaria para obrar militarmente como una superpotencia moderna. En este contexto estratégico y financiero hay que enmarcar el episodio de la rebelión de Cristóbal de Olid y el ansia y hasta la frustración con la que Cortés decide ir personalmente a castigar el rebelde maestre de campo que, a su modo de ver, no solamente amenaza la pérdida del control de Honduras, sino de toda esa área que, aún no explorada cabalmente, podía encerrar la clave de la ruta a las especierías. En este sentido debemos entender las motivaciones que están entre líneas en el párrafo inicial con el que Bernal comienza el capítulo CLXV, en el que da la noticia de la armada enviada por Cortés a Honduras:

Su Majestad le encargó y mandó a Cortés que en todo lo que descubriese mirase y adquiriese con gran diligencia y solicitud de buscar el estrecho o puerto o pasaje para la Especiería (HV, 761).

La aclaración de Bernal sobre la prioridad que para el Emperador Carlos V revestía el hallazgo del estrecho y la ruta hacia las especierías, explica una de las razones, y quizás la más importante para el futuro de la economía española, de la decisión de Cortés de pacificar la región que comprendía Chiapas, Guatemala y Honduras. Este pasaje de Bernal nos recuerda que las islas de las especierías habían sido el plan primitivo de Colón, en vista de la presión turca sobre la ruta oriental. La expedición de Magallanes, salida de Sevilla en cinco naves en 1519, después de rodear América por el sur, llegó, con las dos naves al mando de Sebastián Elcano, a las islas Marianas y las Filipinas, exploró las islas Molucas y allí cargó la nao *Victoria* con clavo y pimienta hasta volver a Sevilla el 9 de setiembre de 1522 con dieciocho sobrevivientes de ese viaje extraordinario. El viaje de Magallanes sirvió para mostrar que las Molucas no se encontraban en la mitad del orbe que las bulas de Alejandro VI habían asignado a España, sino en la que había tocado a Portugal. A pesar de ello, el Emperador Carlos V siguió buscando la ruta y decidió que la ruta debía comenzar de la costa occidental de América. A este fin varias expediciones

salieron de esta costa, como la de Ruy López de Villalobos, que encontró el camino de ida hacia las Filipinas y, veintidós años después, la de Legazpi y Urdaneta, que hallaron el camino de regreso, subiendo hasta el paralelo 40° N, y cruzaron el Pacífico hasta la costa californiana y desde allí costearon al sur hasta Acapulco (*HV*, 761-762, nota 2).

Si consideramos el hecho de que el tiempo y medios empleados por Cortés en tratar de pacificar Honduras fueron los mismos que este conquistador necesitó para conquistar a México, la aventura en Honduras puede considerarse una experiencia negativa. Bernal, con su acostumbrada honestidad, nos da los pormenores de las causas y los preparativos para la empresa. En su relato se revelan los errores de Cortés en designar como jefe de la expedición a Cristóbal de Olid, hombre valiente y esforzado, pero imprudente, con un pasado de dependencia de Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, acérrimo enemigo de Cortés. A Olid Cortés dio cinco navíos y un bergantín y una fuerza de más de trescientos y setenta soldados, incluyendo cien ballesteros y escopeteros con veinte y dos caballos bien provistos de pertrechos y armamentos, que incluían lombardas y varios barriles de pólvora. Bernal nos recuerda que Olid eligió entre sus oficiales a “un Briones, natural de Salamanca, y había sido capitán de bergantines y soldado en Italia, y este Briones era muy bullicioso y enemigo de Cortés” (*HV*, 763). Entre los componentes del ejército de Olid había cinco conquistadores “que pasaron con el mismo Cortés la primera vez, habiendo servido a Su Majestad muy bien en todas las conquistas, y tenían ya sus casas y reposo” (*HV*, 762). Nos da a entender Bernal que estos conquistadores hubieran preferido no ir en esta expedición a Honduras. Según este cronista, Briones había enrolado algunos soldados que no estaban conformes con Cortés “porque no les dio buenos repartimientos de indios ni las partes del oro” (*HV*, 763). A todo esto hay que considerar las órdenes dadas a Olid para que se cerciorara de tres cosas que se decían desde hace tiempo sobre Honduras: que allí se encontraba un pasaje al mar del Sur, que era una región rica en metales preciosos y que desde Honduras sería muy probable que, llegando a la mar del Sur, se podría llegar a las islas de la especiería. Este plan ambicioso lo expuso Olid a Velázquez al pasar por La Habana para recoger los caballos y las provisiones. El gobernador le sugirió inmediatamente que si estaba de acuerdo en hacerle partícipe de la expedición, él mismo se encargaría de darle la gobernación de las nuevas tierras. El relato sobre la expedición de Olid se interrumpe porque Bernal quiere contarnos de su participación en la expedición del capitán Luis Marín.

BERNAL EN CHIAPAS<sup>135</sup>

Llegado a este punto de la narración, Bernal la interrumpe para insertar el relato de otra expedición, la del capitán Luis Marín a quien Cortés mandó “que fuese a conquistar e a pacificar la provincia de Chiapa” y le mandó a Bernal que lo acompañase, pero no como simple soldado, sino como oficial, pues el capitán Marín le ordena a Bernal ir a la cabeza de una patrulla con otros tres soldados para llevar un mensaje de paz a los naturales de la región. No bien los mensajeros llegan en proximidad del pueblo, tres escuadrones los atacan. Bernal es herido en la garganta y dos de sus soldados mueren. Malherido, Bernal huye, pero, al verse acorralado, desenvaina su espada y se abre paso a fuerza de estocadas entre los atacantes. Vuelto al campamento, Bernal se recupera y recomienda a los españoles que levanten las lanzas a la altura de la cara de los indios. Los que no hacen caso pagan a veces con la vida, pues los indios han concebido una manera de enfrentarse a los caballos, que consiste en cinco o seis indios abrazados al caballo tratando de derribarlo; además, mientras incapacitan así el caballo, suelen quitarle la lanza al jinete y herirlo (*HV*, 772). Enterados de la codicia de los españoles por el oro, los indios le echan joyas y diademas de oro y otros ornamentos en forma de caracoles, ánades y otros objetos, todos de oro (*HV*, 780). Bernal se entera que Cortés le ha dado por encomienda a Alonso de Grado la mitad del pueblo de Chiapa (*HV*, 783). Ante el comportamiento rebelde y sedicioso del escribano Diego Godoy y de Alonso de Grado, Luis Marín los puso a ambos en grillos (*HV*, 783). El escribano Diego Godoy se pone de acuerdo con Alonso de Grado para difundir por escrito falsedades sobre los soldados y el mando del capitán Luis Marín (*HV*, 784). Marín envía preso a México a Alonso de Grado con promesa que dentro de ochenta días se presente a Cortés para que éste decida sobre su conducta, al considerar que la distancia entre Chiapas y Tenochtitlan es de unas ciento noventa leguas (*HV*, 784). En su marcha, Marín conduce su ejército por varios pueblos: Selosuchiapa, Coyumelapa, Panguaxoya y Tecomayacate que, juntándose con otros pueblos, organizaron un ejército para atacar los españoles mientras éstos atravesaban un río. Los españoles los rechazan y logran hacer prisioneros:

Estuvimos cinco días curando los heridos y haciendo entradas, adonde se tomaron muy buenas indias, y se les envió a llamar de paz y que se les daría la gente que habíamos preso y que se les perdonaba lo de la guerra pasada, y vinieron todos los más indios y poblaron su pueblo y demandaban sus mujeres, como les habíamos prometido (*HV*, 784-785).

---

<sup>135</sup> Esta región que en general se escribe al plural —Chiapas— en la forma singular —Chiapa— se refiere a la que, en la época de Bernal Díaz del Castillo, era su centro principal.

Ante la decisión del capitán Marín de devolver los indios, el escribano Godoy se opone, arguyendo que son esclavos de guerra y por ello deben herrarse. Bernal rechaza la opinión del Godoy y termina peleándose con el escribano:

Y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun, cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos despartieron y nos hicieron amigos. Y el capitán Luis Marín, como era muy bueno e no era malicioso, e vio que no era justo hacer más de lo que le pedí por merced, mandó que diesen todas las mujeres y toda la más gente que estaba presa a los caciques de aquellos pueblos, y los dejamos de sus casas y muy de paz (*HV*, 785).

De manera patente nos da aquí Bernal un buen ejemplo de pacificación. Lo primero que nos dice es que el jefe de la misión, el capitán Luis Marín, es un hombre bueno y que además no es malicioso. Las tropas que Cortés le ha dado para pacificar la provincia de Chiapas forman, en comparación a las dos armadas de Alvarado y de Olid, una tropa mínima. La pacificación de Chiapas se lleva a cabo con éxito, no obstante la acción subversiva de Alonso de Grado y la prepotencia del escribano Diego Godoy. Con respecto al Alonso de Grado, Bernal explica que en efecto llegó a México y que Cortés le reprochó su conducta amenazándole con darle tres mil pesos de oro con los que se podría ir a Cuba, pero que, ante esta amenaza, Alonso de Grado se había humillado “de manera que tornó a estar bien con el Cortés” (*HV*, 786). Hasta el fin del relato en este episodio Bernal hace resaltar la rectitud y don de mando del capitán Marín, y la suya propia, comparadas con la ineptitud y maldad de Alonso de Grado y de Diego Godoy. La impresión que este episodio deja en el lector es de perplejidad ante lo que parece un lapsus inexplicable en Cortés, su falta de impartir claras instrucciones y en seleccionar oficiales dignos de confianza.

## LA DEFENSA DE CORTÉS Y LA CAÍDA DE FONSECA

Después de relatar el episodio de la pacificación de Chiapas y la saga de Honduras, dos expediciones que se contraponen por el éxito de la primera y el dudoso resultado de la segunda, Bernal inserta el episodio de la caída del poderoso obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, del enfrentamiento de este obispo con los procuradores de Cortés, tema del capítulo CLXVII. Ya habíamos visto en varias y repetidas ocasiones la oposición del obispo de Burgos contra Cortés, las más de las veces motivada por la decisión del obispo de proteger a Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, también él enemigo jurado de Cortés. Bernal no escatima críticas

al obispo por su parcialidad y prevención, como podemos leer ya al principio de su *Historia verdadera*:

Ydesque [Velázquez] supo nuestro intento, dijo que era mejor que no el suyo [de cazar esclavos], en ir a descubrir tierras nuevas, que no lo que él decía, y entonces nos ayudó con cosas para la armada. Hanme preguntado ciertos caballeros curiosos que para qué escribo estas palabras que dijo Diego Velázquez sobre vendernos su navío, porque parecen feas y no habían de ir en esta historia. Digo que las pongo porque así conviene por los pleitos que nos puso Diego Velázquez y el obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, que se decía don Juan Rodríguez de Fonseca (HV, 19).

Ángel Delgado había señalado ya a López de Gómara como la fuente de Bernal sobre la oposición de Fonseca contra Cortés.<sup>136</sup> Uno de los episodios que debió persuadir a Bernal a su vigorosa protesta contra el obispo de Burgos fue, entre otros actos hostiles, su decisión, como presidente del Consejo de Indias, de haber ordenado al contador Ysaga y a Juan López de Recalde, contador de la Casa de Contratación de Sevilla, de no enviar armas a Cortés.<sup>137</sup> Otra razón que Bernal pudo tener en su crítica al obispo era su estrecha relación con el gobernador de Cuba, de cuya enemistad hemos visto varios episodios, pues nos recuerda que Diego Velázquez

...dio al obispo un muy buen pueblo en la isla de Cuba y que con los indios del dicho pueblo le sacaban oro de las minas y se lo enviaba a Castilla y que a Su Majestad no le dio ningún pueblo, siendo más obligado a ello que al obispo. Y lo otro, que en el año mil y quinientos y diez y siete años, que nos juntamos ciento y diez soldados con un capitán que se decía Francisco Hernández de Córdoba y que a nuestra costa compramos navíos y matalotaje y todo lo demás y salimos a descubrir la Nueva España, y que el obispo de Burgos hizo relación a Su Majestad que Diego Velázquez la descubrió, y no fue ansí. Y lo otro, que envió al mismo Diego Velázquez a lo que habíamos descubierto a un sobrino suyo que se decía Juan de Grijalva, e que descubrió más adelante, e hobo en aquella jornada sobre veinte mil pesos de oro de rescate e que todo lo más envió el Diego Velázquez al mismo obispo e que no dio parte dello a Su Majestad. Que cuando vino Cortés a conquistar la Nueva España, que le envió un presente a Su Majestad, que fue la luna de oro y el sol de plata, e mucho oro en granos sacado de las minas e gran cantidad de joyas y tejuelos e cosas de oro de diversas maneras, y escribió a Su Majestad el Cortés y todos nosotros, sus soldados, dándole cuenta y razón de lo que pasaba; y envió

<sup>136</sup> La referencia es al cap. CLXV de su *Hispania victrix. Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias*. Zaragoza, 1552; véase "Introducción" de Angel Delgado Gómez en Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, editores Angel Delgado Gómez y Luis A. Arocena. Madrid, Homolegens, 2009, p. 700.

<sup>137</sup> Véase Thomas, Hugh, *La conquista de México*. Barcelona, Planeta, 1994, pp. 623-624.

con ello a Francisco de Montejo e a otro caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, primo del conde de Medellín, que no lo quiso oír y les tomó todo el presente de oro que iba para Su Majestad y les trató mal de palabra, llamándoles de traidores e que venían a procurar por otro traidor, y que las cartas que venían para Su Majestad las encubrió y escribió otras muy al contrario dellas, diciendo que su amigo Diego Velázquez enviaba aquel presente, y que no lo envió todo lo que traían, que el obispo se quedó con la mitad y mayor parte dello. Y porque el Alonso Hernández Puertocarrero, que era uno de los dos procuradores que enviaba Cortés, le suplicó al obispo que le diese licencia para ir a Flandes, adonde estaba Su Majestad, le mandó echar preso e que murió en las cárceles. Y que envió a mandar a la casa de la contratación de Sevilla al contador Pedro de Isásaga y a Juan López de Recalte, que estaban en ella por oficiales de Su Majestad, que no diesen ayuda ninguna para Cortés, así de soldados como de armas ni otra cosa; y que proveía los oficios y cargos sin consultar con Su Majestad, a hombres soeces que no lo merecían ni tenían habilidad ni saber para mandar, como fue al Cristóbal de Tapia; y que por casar a su sobrina doña Petronilla de Fonseca con el Tapia o con el Diego Velázquez, le prometió la gobernación de la Nueva España; que aprobaba por buenas las falsas relaciones e procesos que hacían los procuradores del Diego Velázquez, los cuales eran Andrés de Duero y Manuel de Rojas y el padre Benito Martín; y aquella enviaba a Su Majestad por buenas y las de Cortés y todos los que estábamos sirviendo a Su Majestad, siendo muy verdaderas, encubría y torcía y las condenaba por malas. Y le pusieron otros muchos cargos, y todo muy bien probado, que no se pudo encubrir cosa ninguna por más que alegaban por su parte. Y luego que esto fue hecho y sacado en limpio, fue llevado a Zaragoza, adonde Su Santidad<sup>138</sup> estaba en aquella sazón que se recusó. Y desde que vio los despachos y causas que se dieron en la recusación y que las partes del Diego Velázquez, por más que alegaban que había gastado en navíos y costas, fueron rechazados sus dichos, que pues que no acudió a nuestro rey y señor, sino solamente al obispo de Burgos, su amigo, y Cortés hizo lo que era obligado como leal servidor, mandó Su Santidad, como gobernador que era de Castilla, demás de ser papa, al obispo de Burgos que luego dejase el cargo de entender en las cosas y pleitos de Cortés, ni entendiéndose en cosa ninguna de Indias, y declaró por gobernador desta Nueva España a Hernando Cortés, y que si algo había gastado Diego Velázquez, que se lo pagásemos. Y aun envió a la Nueva España bulas con muchas indulgencias para los hospitales e iglesias, y escribió una carta encomendando a Cortés y a todos nosotros los conquistadores que estábamos en su compañía que siempreuviésemos mucha diligencia en la santa conversión de los naturales e que fuese de manera que no hobiese muertes, ni robos, sino con paz e cuanto mejor se pudiese hacer, e que les vedásemos y quitásemos sacrificios y sodomías y otras torpedades. Y decía en la carta que demás del gran servicio que hacíamos a Dios Nuestro Señor y a Su Majestad, e Su Santidad, como nuestro padre y pastor, ternía cargo de rogar a Dios por nuestras ánimas, pues tanto bien por nuestra mano ha venido a toda la Cristiandad, y aun nos envió otras santas bulas para nuestras absoluciones. Viendo nuestros procuradores lo que mandaba el Santo Padre, así como pontífice y gobernador de Castilla, enviaron luego correos muy en posta adonde su Majestad estaba, que ya había venido de Flandes y estaba en

---

<sup>138</sup> Era el papa Adriano VI, que ya había sido tutor de Carlos V, y que fue papa de 1522 a 1523.

Castilla, y aun llevaron cartas de Su Santidad para nuestro monarca. Y después de muy bien informado de lo atrás por mi dicho, confirmó lo que el sumo pontífice mandó, y declaró por gobernador de la Nueva España a Cortés. Y a lo que el Diego Velázquez gastó de su hacienda en la armada, que le pagase, y aun le mandaba quitar la gobernación de la isla de Cuba, por cuanto había enviado la armada con Pánfilo de Narváez sin licencia de Su Majestad, no embargante que la Real Abdiencia e los frailes jerónimos, que residían en Santo Domingo por gobernadores, se lo habían defendido; y aun sobre se lo quitar enviaron un oidor de la misma Real Abdiencia que se decía Lucas Vázquez de Ayllón, para que no consintiese ir la tal armada, y en lugar de lo obedecer, le echaron preso y le enviaron con prisiones en un navío (...) E digamos que a gran bonanza que a favor de Cortés hobo, se siguió contrariedad, como luego le vino a Cortés otros contrastes de grandes acusaciones que le ponían Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, y por el piloto Cárdenas, que hobe dicho en el capítulo que dello habla, que cayó malo de pensamiento como no le dieron la parte del oro de lo primero que se envió a Castilla (*HV*, 787-791).

En el capítulo CLXVII que acabamos de ver, Bernal resume los hechos fundamentales que persuaden al papa Adriano de Utrecht, que ya había sido tutor de Carlos V, a quitarle todos los cargos al obispo Fonseca y a persuadir al emperador a nombrar a Cortés gobernador de la Nueva España. Al mismo tiempo, el cronista anticipa los reveses de la fortuna que persiguen a Cortés, con el recuerdo de la orden de este último de ahorcar a los rebeldes Carmeño y Pedro Escudero que querían escapar a Cuba en un navío. En el capítulo CLXVIII Bernal recuenta las acusaciones contra Cortés de sus enemigos:

Todos juntos [los enemigos de Cortés] se fueron a Toro e demandar favor al obispo de Burgos para se ir a quejar de Cortés delante de Su Majestad, porque ya Su Majestad había venido de Flandes. Y el obispo no deseaba otra cosa sino que hobiese quejas de Cortés e de nosotros [los soldados y capitanes fieles a Cortés]: tales favores y promesas les dio para ello, que se juntaron los procuradores de Diego Velázquez, que estaban en la corte, que se decían Bernaldino Velázquez, que ya le había enviado desde Cuba para que procurase por él, y Benito Martín y Manuel de Rojas, y fueron todos juntos delante del Emperador nuestro señor y se quejan reciamente de Cortés (*HV*, 792).

De manera prolija y clara, Bernal reproduce todas las acusaciones presentadas por los procuradores de Diego Velázquez y sus amigos contra Cortés. Las acusaciones implican al mismo Bernal y a todos los que acompañaron al gran conquistador en 1519:

— A la pretensión de Diego Velázquez que fue el primero en enviar una armada a descubrir la Nueva España, respondieron que no era verdad, y que el primero había sido el capitán Francisco Hernández de Córdoba. Que a la vuelta de este capitán,

Velázquez envió su pariente Juan de Grijalva y no a poblar, sino a rescatar y que el rescate sumó unos veinte mil pesos, que Velázquez se quedó con la mayor parte y la envió al obispo Fonseca para que le favoreciese, en violación de su deber de enviar el quinto al emperador. Que Velázquez envió a Cortés a rescatar y no a poblar y que Cortés se quedó para poblar a instancia de sus soldados porque era lo justo, como obra digna de Dios y del emperador. Cortés envió todo el oro que se obtuvo al emperador (*HV*, 794-795).

—Se denunciaron ambos, a Velázquez por tergiversar lo que Cortés hacía y al obispo por esconder las cartas enviadas a España por Cortés, substituyéndolas con otras falsas. Al ver cómo el obispo cambiaba todo lo que venía de parte de Cortés, su procurador Alonso Hernández Portocarrero había pedido permiso para ir a ver al emperador en Flandes, pero el obispo lo metió preso y Portocarrero murió en la cárcel. Al mismo tiempo el obispo ordenó a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla que no diesen ayuda alguna a Cortés. También dijeron los procuradores de Cortés<sup>139</sup> que una de las razones de la amistad entre el gobernador Velázquez y el obispo Fonseca era el deseo del obispo de casar una sobrina o hija, que se decía doña Petronilla de Fonseca, con el gobernador Velázquez y que le haría gobernador de México (*HV*, 795).

—Contra la denuncia de los gastos incurridos por Velázquez en enviar de Cuba la armada de Pánfilo de Narváez, “con diez y ocho navíos y mil y cuatrocientos soldados y cien caballos e ochenta escopeteros y otros tantos ballesteros” (*HV*, 796), los procuradores de Cortés respondieron que esa acción de Velázquez era una traición “para poner cizañas en la Nueva España en el tiempo que Cortés y sus compañeros estábamos en las conquistas y conversión de tantos cuentos de los naturales que se convertían a nuestra santa fe católica” (*HV*, 796). Nótese en este recuerdo de Bernal el uso de la primera persona plural del verbo y del posesivo, que revelan una participación emotiva porque el cronista fue partícipe y testigo de esas hazañas que ahora la malicia cortesana quiere convertir en culpas. Además los procuradores de Cortés hicieron hincapié en el hecho que tanto la Real Audiencia de Santo Domingo como los padres jerónimos que gobernaban la Española advirtieron al gobernador Velázquez que no se atreviese a enviar la armada de Narváez sin la autorización del emperador y que, una vez que Velázquez desatendió esas advertencias, para detener la armada enviaron a un oidor de la misma Audiencia, el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón y que, en vez de obedecer y observar las órdenes que el oidor traía de su majestad, le metieron preso en un navío (*HV*, 796).

---

<sup>139</sup> Eran Martín Cortés, padre del conquistador, el licenciado Francisco Núñez y Diego de Ordaz, capitán en el ejército de Cortés que conquistó Tenochtitlan.

—Por lo que se refería a las quejas de Narváez que perdió un ojo en el ataque de Cortés, que éste le tomó prisionero a él y a sus capitanes, respondieron que, al enterarse de la llegada de Narváez y de su pregón que venía con autorización real para asumir el gobierno de la Nueva España, aclararon los mismos procuradores de Cortés que éste escribió una carta pidiendo ver esas disposiciones del emperador que, de ser auténticas, las obedecería. Pero la respuesta de Narváez fue enviar un mensaje a Moctezuma, que Cortés tenía preso, “que le venía a soltar y a matar a todos los que estábamos con Cortés, y que [Narváez] alborotó la tierra de manera que lo que estaba pacífico se volvió en guerra” (*HV*, 797). Inútilmente Cortés trató de asegurar al Narváez dejándole elegir una parte de la Nueva España, pues la respuesta fue pregonar “en su real a fuego y a sangre y ropa franca contra Cortés y sus compañeros” (*HV*, 797).

—Contra la acusación que cuando el gobernador de Jamaica Francisco de Garay llegó con su armada al río Pánuco con “provisiones de Su Majestad en que le hacían gobernador de aquella provincia, y que Cortés tuvo astucias y gran diligencia para que se le amotinassen al Garay sus soldados, y los indios de la misma provincia mataron a muchos dellos, y les tomó ciertos navíos e hizo otras demasías hasta que el Garay se vio perdido y desamparado y sin capitanes ni soldados, y se fue a meter por las puertas de Cortés y le aposentó en sus casas, y de dende en ocho días le dio un almuerzo de que murió de ponzoña que le dieron en él” (*HV*, 797-798); a estas acusaciones, los procuradores de Cortés respondieron que Garay no había sido un jefe capaz, que sus tropas habían desembarcado en un lugar lleno de ciénagas y mosquitos y que cuando sus soldados se enteraron de las riquezas de Méjico se fueron en su búsqueda y pasaban por varios pueblos y tomaban las hijas y mujeres de los indios y éstos se rebelaron y los mataron y Garay y los suyos, sin soldados, ni navíos, pues habían dado al través en la orilla, pidieron ayuda a Cortés que los socorrió y al entrar en México le hizo mucha honra y hasta propuso que se casaran sus hijos para poblar el río de Palmas, pero que Garay cayó enfermo y murió de lo que los médicos declararon dolor de costado (*HV*, 797-798).

—Sobre quejas que al salir de Tenochtitlan no había distribuido el oro entre los soldados, sus procuradores explicaron que casi todo el oro había sido robado por los que participaron en las batallas, sobre todo por los aliados de Tlaxcala y Texcoco (*HV*, 798-799).

—Sobre la acusación que había procurado la muerte de su esposa, Catalina Juárez la Marcaída, los procuradores lo negaron aduciendo que la mujer sufría de asma y que amaneció muerta (*HV*, 799).

—Contra la acusación que Cortés había mandado quemar los pies a Guatémuz y a otros caciques, los procuradores contestaron que “los oficiales de Su Majestad se

los quemaron, contra la voluntad de Cortés, porque descubriese el tesoro de Montezuma” (*HV*, 799).

—Sobre la acusación de que Cortés había edificado grandes palacios y que traía árboles, cipreses y grandes piedras de tierras lejanas, contestaron los procuradores que “los árboles y acipreses, que están junto a su cibdad e que los traían por agua; e que piedra que había tantos de los adoratorios que deshicieron de los ídolos, que no había menester traella de fuera; e que para las labrar, que no había menester más mandar al gran cacique Guatémuz que las labrase con los indios oficiales, que hay muchos, de hacer casas e carpinteros, el cual Guatémuz llamó de todos sus pueblos para ello, e que así se usaba entre los indios hacer las casas y palacios de los señores” (*HV*, 799).

—Sobre las quejas del piloto de Umbría que Cortés le había mutilado los pies, lo justificaron por haber este piloto robado un navío y por abandonar el ejército en medio de la guerra para venirse, él y otros desertores, a Cuba y que a los otros dos desertores Cortés había ordenado ahorcar (*HV*, 799-800).

—Los procuradores agregaron que “en aquella batalla que [Cortés] hobo con Narváez fue Nuestro Señor Dios servido dar vitoria a Cortés, que con docientos y sesenta y seis soldados, sin caballos e sin arcabuces ni ballestas desbarató con buena maña e con dádivas de oro al Narváez, y le quebró el ojo y prendió a él y a sus capitanes, siendo contra Cortés mil y trecientos soldados, y entre ellos, ciento de a caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros. Y que si Narváez quedara por capitán, la Nueva España se perdiera” (*HV*, 800).

La invocación de la intervención divina en ayuda de Cortés para la conquista de la Nueva España se percibe como un elemento de aculturación, según el cual la conquista de América se asimila a la Reconquista y los conquistadores a los cruzados, como ya se ha afirmado en otras ocasiones.

Por lo que se refiere al reclamo de Cristóbal de Tapia que había traído provisiones de Su Majestad para tomar la gobernación de la Nueva España, los procuradores documentaron que si Tapia hubiera ido a Tenochtitlan y mostrado sus documentos, que Cortés habría obedecido, pero que, después de consultar con varios cabildos de muchas ciudades y villas, los procuradores se convencieron que Cortés era el mejor gobernante y así lo suplicaron ante su majestad (*HV*, 800-801).

Los jueces designados por el emperador para decidir sobre las quejas y acusaciones contra Cortés, tardaron cinco días, al cabo de los cuales decidieron “lo primero, dieron por muy bueno y leal servidor de Su Majestad a Cortés e a todos nosotros, los verdaderos conquistadores que con él pasamos (...). Y luego mandaron poner silencio al Diego Velázquez cerca del pleito de la gobernación de la Nueva España (...) e que daban en nombre de Su Majestad por buenos los repartimientos que Cortés había hecho” (*HV*, 801).

Esta sentencia, que dirimía una vez por todas la cuestión de la gobernación de la Nueva España a favor de Cortés, se envió a la Nueva España en un navío en que vino también Francisco de Las Casas, pariente de Cortés, rumbo a Santiago de Cuba. Cuando Diego Velázquez, que residía en esta ciudad, vio las provisiones reales “de pesar cayó malo, y dende a pocos meses murió muy pobre y descontento” (*HV*, 802).

A conclusión de este capítulo que documenta las decisiones de su majestad a favor de Cortés, Bernal se pregunta sobre la validez histórica de su obra, o sea, cómo podrían los lectores creer en la verdad de lo que relata en este capítulo:

¿Cómo pude yo alcanzar o saber lo que pasó en España, así de lo que mandó Su Santidad [Adriano VI] como de las quejas que dieron de Cortés y las respuestas que sobre ello propusieron nuestros procuradores y la sentencia que sobre ello se dio y otras muchas particularidades que aquí digo y declaro, estando yo en aquella sazón conquistando en la Nueva España y otras sus provincias, no lo pudiendo ver ni oír? Yo le respondí que no solamente yo solo lo alcancé a saber, sino que todos los conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro o cinco cartas y relaciones por sus capítulos declarado cómo y cuándo y en qué tiempo acaescieron lo por mí dicho, las cuales cartas y memoriales escribieron de Castilla nuestros procuradores, porque nos conociésemos que entendían con mucho calor en nuestros negocios (*HV*, 804-805).

## LA UTOPIA DE LA NUEVA ESPAÑA, SEGÚN BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

En la parte final de este capítulo CLXVIII Bernal se refiere a lo que queda por hacer, pues Cortés ha obtenido plenos poderes para repartir tierras e indios, según la legislación que regulaba la encomienda. Bernal ruega a Dios que le inspire a Cortés el sentido de justicia en compensar a los que le han sido fieles desde el comienzo de la conquista. Veremos que en el capítulo siguiente, el CLXIX, que trata del repartimiento, Bernal critica las decisiones de Cortés, al punto de contraponer la acción de Cortés con lo que hubiera sido un repartimiento justo:

Pongamos aquí otra manera que fuera hartó buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva España, según dicen muy dotos conquistadores que lo ganamos, de prudente y maduro juicio. Y lo que había de hacer es esto: hacer cinco partes la Nueva España, y la quinta parte de las mejores cibdades y cabeceras de todo lo poblado dalla a Su Majestad de su real quinto, y otra parte dejalla para repartir, para que fuese la renta dellas para iglesias y hospitales y monasterios, y para que, si Su Majestad quisiese hacer algunas mercedes a caballeros que le hayan servido, de allí pudiera haber para todos; y las tres partes que quedaban repartillas en su persona de Cortés y en todos nosotros los verdaderos conquistadores, según y de la calidad que sentía que era cada uno; y dalles perpetuos, porque en aquella

sazón Su Majestad lo tuviera por bien, porque como no había gastado cosa ninguna en estas conquistas ni sabía ni tenía noticia destas tierras, estando como estaba en aquella sazón en Flandes, y viendo una buena parte de las del Nuevo Mundo que le entregamos como muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced dellas (HV, 808).

Es éste del repartimiento de la Nueva España, uno de los resortes principales que han movido a Bernal a su composición, de forma nebulosa antes y gradualmente lograda, primero como memorial de guerra y finalmente como plan utópico, o sea, un repartimiento en el que, como en la reconquista peninsular, se reconozca una aristocracia de méritos que, como la caballería villana en la Castilla de los siglos XI-XIII, que culminó en las Navas, resurja ahora en la Nueva España, bajo la égida espiritual y militar de los verdaderos conquistadores, de quienes Bernal es el dechado. Inevitablemente, Bernal defiende los derechos que chocan con las Leyes Nuevas de 1542, año de la sublevación de los colonos en el Perú que querían la perpetuidad de las encomiendas y se oponían a la limitación de la encomienda a la tercera generación y que defendían la ley de encomiendas de 1503 que prescribía la reducción de los indios en pueblos regidos por un administrador español y un capellán.<sup>140</sup> El lenguaje y el estilo de Bernal no desdeña el adagio popular con el que sazona su prosa realista y sus convicciones de conquistador que se cree injustamente olvidado por su jefe:

Y con ello quedáramos, y no anduviéramos como andamos agora, de mula coja e abatidos y de mal en peor, debajo de gobernadores que hacen lo que quieren, y muchos de los conquistadores no tenemos con qué nos sustentar, ¿qué harán los hijos que dejamos? Quiero decir lo que hizo Cortés y a quién dio los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, a Rodrigo de Paz, al fator y veedor y contador que en aquella sazón vinieron de Castilla, a un Ávalos y Sayavedra, sus deudos, a un Barrios, con quien casó a su cuñada, hermana de su mujer, la Marcaida, porque no le acusasen la muerte de su mujer, y Alonso Lucas, a un Juan de la Torre y Luis de la Torre, a un Villegas y a un Alonso Valiente, a un Ribera el Tuerto; y ¿para qué cuento yo estos pocos? Que a todos cuantos vinieron de Medellín e otros criados de grandes señores que le contaban cuentos de cosas que le agradaban les dio lo mejor de la Nueva España. No digo yo que era mejor dejar de dar a todos, pues que había de qué más, que había de anteponer primero los que Su Majestad le mandaba, y a los soldados, quien le ayudó a tener el ser y valor que tenía, a ayudalles; y pues que ya es hecho, no quiero recitar más. Acuérdomme que se traía una plática entre nosotros, que cuando había alguna cosa de mucha calidad que repartir, que se traía por refrán, cuando había debates sobre ella, que solían decir: “No se lo reparta como Cortés”, que se tomó todo el oro y lo más y mejor de la Nueva España para sí, y no-

---

<sup>140</sup> Véase Lewis Hanke, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Madrid, Aguilar, 1959, p. 147.

sotros quedamos pobres en las villas que poblamos con la miseria que nos cayó en parte. Y para ir a entradas que le convenían, bien se acordaba adónde estábamos y nos enviaba a llamar para las batallas y guerras, como adelante diré (*HV*, 808-809).

Para Bernal, Cortés ha fallado en lo más importante: su deber con los nuevos “caballeros villanos” que le acompañaron en la conquista de la Nueva España que arriesgaron su vida para Dios y su majestad el emperador. La imagen que Bernal nos da del otrora audaz y victorioso conquistador es la de un militar cansado y tiránico, ya no admirado, sino despreciado por sus soldados. Desde este punto de vista se percibe un dualismo en el gran conquistador que se refleja en el más grande historiador de la conquista de la Nueva España:

Y dejaré de contar más lástimas y de cuán avasallados nos traía, pues no se puede ya remediar. Y no dejaré de decir lo que Cortés decía después que le quitaron la gobernación, que fue cuando vino Luis Ponce de León; y desdeque murió el Luis Ponce, dejó por su teniente a Marcos de Aguilar, como adelante diré. Y es que íbamos a Cortés a decille algunos caballeros y capitanes de los antiguos que le ayudaron en las conquistas que les diese de los indios de los muchos que en aquel instante tenía Cortés, pues que Su Majestad mandaba que le quitasen algunos dellos, como se los habían de quitar, y luego se los quitaron, y la respuesta que daba era que se sufriesen como él se sufriría, que si le volvió Su Majestad hacer merced de la gobernación, que en su conciencia, que así juraba, que no lo errase como en lo pasado, y que daría buenos repartimientos a quien Su Majestad le mandó y enmendaría el gran yerro pasado que hizo. Y con aquellos prometimientos y con palabras blandas creía que quedaban contentos, e iban renegando dél, y aun maldiciéndole a él y a toda su generación y a cuanto poseía; ¡hobiese mal gozo dello e de sus hijos! (*HV*, 809-810).

No hay página más dura que la que acabamos de leer en la obra de Bernal, una expresión amargada y resentida contra la injusticia perpetrada por Cortés contra el mismo Bernal y los otros nuevos caballeros villanos en el nuevo occidente en América.

## DEVOCIÓN DE CORTÉS Y LLEGADA DE FRAY TORIBIO DE BENAVENTE — LLAMADO MOTOLINÍA —, PRIMER ETNÓGRAFO DE MÉXICO

Es curioso que en el capítulo CLXXI, en que Bernal, cuenta la llegada de los doce franciscanos reputados santos varones y pronto apodados los doce apóstoles, después de relatar la acogida solemne y devota de Cortés a los santos varones, el cronista concluya el capítulo con el relato del oro enviado a España por Cortés para

mostrarle a su futuro suegro, el duque de Béjar, don Álvaro de Zúñiga, su riqueza. Después de recordar al lector con cuánta diligencia e insistencia Cortés había pedido misioneros franciscanos para la evangelización de la Nueva España, Bernal cuenta la llegada de los padres franciscanos:

Y el general don fray Francisco de los Ángeles nos hizo mercedes, que luego envió los doce religiosos que dicho tengo, y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinea, y pusiéronle este nombre de Motolinea los caciques y señores de México, que quiere decir en su lengua el fraile pobre, porque cuando le daban por Dios, lo daba a los indios y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba descalzo y siempre les predicaba; y los indios le querían mucho porque era una santa persona (...) Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y donde posasen les hiciesen ranchos, si fuese en el campo, y en poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, les saliesen a rescibir y les repicasen las campanas que en aquella sazón había enviado en cada pueblo; y que todos comúnmente, después de les haber rescebido, les hiciesen mucho acato y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas, y con las cruces que hobiese. Y por más humildad y porque los indios lo viesen, para que tornasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarle las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente (*HV*, 823-824).

Se representa aquí en un estilo sobrio y sincero la evangelización de la Nueva España. Es indudable la fe y la firmeza de estos santos varones, destacada por la veneración y el acato que hacia ellos muestra Cortés, puntualmente documentados por Bernal. El editor Serés recuerda el rigor de Motolinía, movido: “por un exacerbado rigor en el cumplimiento de los preceptos cristianos con los indios. Son numerosos los testimonios que nos lo muestran colérico, no sólo con los laicos, sino también con otros frailes” (*HV*, 823, n. 6). Al final de este episodio de edificación evangélica Bernal pone el relato del oro enviado por Cortés a España en preparación de su boda con doña Juana de Zúñiga:

E como [Cortés] tuvo nueva cierta, por cartas que le escribieron su padre Martín Cortés y Diego de Ordás, que le trataban casamiento con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, don Álvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los más pesos de oro que podía allegar, así de sus tributos como de lo que le presentaban los caciques de toda la tierra; lo uno para que conociese el duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heroicos hechos y hazañas; e lo más principal, para que Su Majestad le favoreciese e hiciese mercedes. E entonces le envió treinta mil pesos e con ellos escribió a Su Majestad (*HV*, 825-826).

En el mismo capítulo en que describe el sentido de humildad cristiana de Cortés y su acato a los misioneros franciscanos, Bernal documenta la vanidad del gran conquistador, como si quisiera forjar un medallón en el que, por un lado, nos muestra al guerrero medieval, al cruzado de la reconquista y, por el otro, al conquistador orgulloso, al petimetre de Cuba que gastaba en lujos y ornamentos. Es acaso el momento más alto del historiador y del artista, entregado a su obra y a su vocación de grabar un retrato auténtico, a riesgo de incurrir en contradicciones, quizás por estar convencido que la contradicción es parte ineludible de la naturaleza humana.

## LA CUESTIÓN DE LOS ABUSOS DE CORTÉS

Bernal Díaz del Castillo siempre fue leal a Cortés y siempre le consideró como gran jefe de hombres y capaz de las más señaladas hazañas, comparables a la de los grandes capitanes de la antigüedad y del mismo Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán. Dicho esto, no deja Bernal de confiarnos su frustración con el egoísmo con el que Cortés decidía el repartimiento de indios y del dinero obtenido en la conquista. Cito el texto que muestra esa frustración en Bernal, como antecedente a las acusaciones de sus enemigos, algunas injustificadas, especialmente comparadas con la conquista de la Nueva España lograda por Cortés, pero que explican sin embargo la decisión del emperador de enviar al licenciado Luis Ponce de León, como juez de residencia. Bernal no deja lugar a dudas sobre su resentimiento en lo que concierne la distribución del botín obtenido a precio de la sangre de muchos conquistadores y aliados indios. Sobre todo, su resentimiento es contra la práctica de compensar parientes y amigos por encima de los soldados leales que, como el mismo Bernal, habían arriesgado su vida y que se encontraron a los límites de la pobreza y abandonados por su jefe.

## LAS ACUSACIONES CONTRA CORTÉS Y EL PLEITO DEL ALMIRANTE

En varias ocasiones Bernal se refiere a la correspondencia de Cortés con el emperador. En el capítulo CLXXII da como fuente de su información una relación de Cortés: “le dio relación cómo había enviado un capitán que se decía Cristóbal de Olí” (*HV*, 826). Después de resumir a grandes trazas los hechos salientes de la rebelión de Olid y la conspiración que este capitán había urdido con el gobernador de Cuba Diego Velázquez, Bernal insiste en subrayar que éste conspiraba con el obispo Fonseca y que él mismo había castigado a su maestro de campo. Recuerda Bernal

que en la misma relación Cortés le comunicaba al emperador el envío de treinta mil pesos de oro y que habría podido enviarle más sin las dificultades que le causaban sus enemigos. Se trata de un resumen muy prolijo en que Bernal se refiere a la queja de Cortés que le subraya al emperador las dificultades que encuentra en enviarle el oro al emperador por culpa de sus enemigos, entre los cuales incluye al contador Albornoz, otro protegido del obispo Fonseca:

...que había hecho justicia de uno de los más culpados, y que este favor le daba el obispo de Burgos, que está por presidente de Indias, por ser muy amigo del Diego Velázquez. Y escribió cómo le enviaba e servía con treinta mil pesos de oro, y que si no fuera por los bullicios y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho más oro, y que con el ayuda de Dios y la buena ventura de su Real Majestad, que en todos los navíos que de México fuesen enviaría lo que pudiese. Y asimismo escribió a su padre Martín Cortés e a un su debdo que se decía el licenciado Francisco Núñez, que era relator del Real Consejo de Su Majestad, y también escribió a Diego de Ordás, en que les hacía saber todo lo por mí atrás dicho. Y también dio noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, que estaba por contador,<sup>141</sup> que secretamente andaba murmurando en México de Cortés, porque no le dio indios como él quisiera y también porque le demandó una cacica, hija del señor de Tezcuco, e no se la quiso dar, porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad. Y les dio aviso que había sabido que fue secretario del Estado de Flandes y que era muy servidor de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que era hombre que tenía por costumbre de escribir cosas nuevas, y aun por cifras, que por ventura escribiría al obispo, como era presidente de Indias, cosas contrarias de la verdad, porque en aquel tiempo no sabíamos que le habían quitado el cargo al obispo, que tuviesen aviso de todo. Y estas cartas envió duplicadas, porque siempre se temió que el obispo de Burgos, como era presidente, había mandado a Pedro de Isásaga y a Juan López de Recalte, oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, que todas las cartas y despachos de Cortés se las enviasen en posta para saber lo que en ellas iba, porque en aquella sazón Su Majestad había venido de Flandes y estaba en Castilla, para hacer relación el obispo a Su Majestad y ganar por la mano antes que nuestros procuradores le diesen las cartas de Cortés. Y aún en aquella sazón no sabíamos en la Nueva España que habían quitado el cargo al obispo de ser presidente. Dejemos de las cartas de Cortés y diré que en este navío donde iba el pliego de Cortés envió el contador Albornoz, ya por mi memorado, otras cartas a Su Majestad y al obispo de Burgos y al Real Consejo de Indias. Y lo que en ellas decía, por capítulos, hizo saber todas las causas e cosas que de antes había sido acusado Cortés cuando Su Majestad le mandó poner jueces a los caballeros de su Real Consejo, ya otra vez por mí nombrados en el capítulo que dello habla, cuando por sentencia que sobre ello dieron nos dieron por muy leales servidores de Su Majestad. Y demás de aque-

---

<sup>141</sup> Como anota el editor Serés, Rodrigo de Albornoz, secretario del emperador Carlos V, en 1522 fue nombrado contador de la Nueva España. Acusó a Cortés de ocultar fondos que se debían a la corona y por consiguiente de ladrón y rebelde, negándose a abonarle sesenta mil ducados que había gastado en la pacificación y conquista de la Nueva España.

llos capítulos, agora de nuevo escribió que Cortés demandaba a todos los caciques de la Nueva España muchos tejuelos de oro y les mandaba sacar oro de minas, y que esto decía Cortés que era para enviar a Su Majestad, y se quedaba con ello e no lo enviaba; e que hizo unas casas muy fortalecidas y que ha juntado muchas hjas de grandes señores para las casar con españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres, y que no se las da por tenerlas por amigas. Y dijo que todos los caciques y principales le tenían en tanta estima como si fuese rey, y que en esta tierra no conocen a otro rey ni señor sino a Cortés. E como rey llevaba quinto, y que tiene gran cantidad de barras de oro atesorado y que no ha sentido bien de su persona si está alzado o será leal, y que había necesidad que su Majestad con brevedad mandase venir a estas partes un caballero con gran copia de soldados muy apercebidos para quitar el mando y señorío. Y escribió otras cosas sobre esta materia. Y quiero dejar de más particularizar lo que iba en las cartas y diré que fueron a manos del obispo de Burgos, que residía en Toro. Y como en aquella sazón estaba en la Corte el Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia,<sup>142</sup> ya otras veces por mí memorados, y todos los procuradores del Diego Velázquez, les avisó el obispo para que nuevamente se quejasen ante Su Majestad de Cortés, de todo lo que antes le hobieron dado relación, y dijesen que los jueces que puso Su Majestad que se mostraron por la parte de Cortés por dádivas que dio, y que Su Majestad fuese servido viese agora nuevamente lo que escribe el contador, su oficial, y para testigo dello hicieron presentación de las cartas. Pues viendo Su Majestad las cartas y palabras y quejas que el Narváez decía muy entonado, porque ansí hablaba, demandando justicia, creyó que eran verdaderas. Y el obispo que le ayudó con otras cartas de favor, dijo Su Majestad: “Yo quiero enviar a castigar a Cortés, que tanto mal dicen dél que hace; y aunque más oro envíe, porque más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar.” Y mandó proveer que luego despachasen al almirante de Santo Domingo que viniese a costa de Cortés con DC [seis cientos] soldados; y si le hallase culpado, le cortase la cabeza y castigase a todos los que fuimos en desbaratar al Narváez. Y porque viniese el almirante, le habían prometido el almirantazgo de la Nueva España, que en aquella sazón traía pleito en la Corte sobre el<sup>143</sup> (HV, 827-829).

Los enemigos de Cortés no cejan. Es más, parecen multiplicarse al compás de sus victorias y conquistas y logran ganarle la mano al emperador que, distante y absorto en el conflicto religioso que está destruyendo la unidad de la cristiandad, debe haber temido el prolongarse de las divisiones religiosas en sus reinos, con la revuelta de los campesinos alemanes protestantes entre 1524 y 1526, seguida al edicto de Worms de

<sup>142</sup> El editor Serés, anota: “Cristóbal de Tapia, veedor en Santo Domingo, vino con cartas y provisiones del Obispo Rodríguez de Fonseca, en nombre del emperador, para ser nombrado gobernador de México. Cortés lo soborna con algunos tejuelos de oro y vuelve a Santo Domingo.”

<sup>143</sup> El editor Serés comenta: “El almirante es Diego Colón, hijo de Cristóbal Colón. Al igual que Bernal, Fernández de Oviedo apunta que ‘yo vi en aquella corte de Su Majestad tanta murmuración contra Cortés, que andaba ya público que su oficio de gobernador se había de proveer e que el almirante don Diego Colón había de ir a la Nueva España a le descomponer’” (HV, 829, n. 7).

1521, con el que el novel emperador conminaba a Lutero a decantar de su herejía. El conflicto con Francia, culminado en la batalla de Pavía de 1525, había agravado la situación europea. El emperador, al enterarse de las acusaciones contra Cortés, que debieron llegar a la corte precisamente en medio de estos acontecimientos, escogió un expediente ante lo que parecía un frente hostil a Cortés, en gran parte injusto, pero que la perversión burocrática que parecía amenazar el nuevo occidente presentaba como legítimo, pues Cortés era, después de todo, un rebelde. El recuerdo reciente de la guerra de las Comunidades de Castilla de 1520 a 1522, indudablemente causadas en parte por una insatisfacción castellana ante un emperador extranjero que apenas hablaba castellano, debió influir en su decisión. Lo notable de este largo fragmento de Bernal es la importante referencia al almirante Diego Colón que, heredero del almirantazgo de su padre, ha entablado juicio a la corte para hacer valer sus derechos. Bernal parece indicar que la orden del emperador de enviar a la Nueva España a Diego Colón con una fuerza de seiscientos hombres tiene como finalidad, no solamente hacer que Cortés se enfrente con sus acusadores, sino ofrecerle al almirante un nuevo título para compensar la injusticia padecida por su ilustre padre. Bernal abre con esta referencia, y es el primer historiador en hacerlo, que yo sepa, pues la *Historia de las Indias* del padre Las Casas quedó inédita hasta mediados del siglo XIX, una perspectiva novedosa en la que el emperador Carlos V se muestra árbitro de la añosa cuestión de los derechos del Almirante. La actitud del emperador en esta instancia favorecería a Narváez que se considera víctima de la prepotencia de Cortés. Con estos antecedentes se entiende cómo, a menos de un año después de la vuelta de Cortés desde Honduras, en 1527 el emperador nombró Narváez gobernador de la Florida.<sup>144</sup>

## EL RETORNO DE CORTÉS DESDE HONDURAS Y LA LLEGADA DEL JUEZ DE RESIDENCIA

El caso más relevante de lo que parece ser una percepción de Bernal como una falta de dirección por parte de Cortés es lo que hemos anticipado como la saga de Honduras, un episodio al que Bernal dedica mucho espacio, en los capítulos CLXV y CLXXII. Como se recordará, al enterarse de la sublevación de algunas tribus de esa región y en razón de rumores que en parte se debían a algunos soldados españoles que merodeaban ese territorio robando y matando y haciendo esclavos y, en vista de la disposición del emperador de averiguar si hubiese un estrecho en esa región que

---

<sup>144</sup> Véase Stelio Cro, "Textos Fundacionales de América IV: letrados y caballeros," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid, n. 38, 2013, pp. 205-442.

permitiera a una armada pasar de la mar del norte a la del sur, Cortés había enviado a su maestre de campo Cristóbal de Olid en cinco naves con una fuerza considerable y bien pertrechada. Para obtener caballos y provisiones para la armada a un precio conveniente, Cortés envió a Cuba a un soldado de confianza, Alonso de Contreras, con seis mil pesos de oro para adquirir caballos y pertrechos antes de la llegada de Olid a Cuba, para que los proveedores de la armada no se enteraran y aumentaran los precios. Al poco tiempo de la ida de Contreras, Olid salió con su flota con rumbo a Cuba para cargar los bastimentos y los caballos. Llegado a Cuba, Olid se puso de acuerdo con Velázquez: éste le daría su apoyo para obtener la gobernación de Honduras y en cambio Velázquez, con el apoyo de Olid, podría obtener la gobernación de la Nueva España. A los ocho meses de la salida de Olid le llegaron a Cortés las noticias de su sublevación. Nombró a Francisco de las Casas, un joven capitán llegado recientemente a la Nueva España, como jefe de una armada que debía interceptar a Olid en Honduras. Una tormenta había desbaratado su flota, que acababa de surgir en el golfo de Honduras, y Francisco de Las Casas con los sobrevivientes se habían rendido a Olid que entre tanto había apresado al capitán Gonzalo de Ávila que desde el Darién y a las órdenes de Pedrarias, gobernador de esa región, había llegado a Honduras. Ante la falta de noticias de Francisco de las Casas, Cortés había decidido organizar una expedición a Honduras. En un banquete, Francisco de las Casas había sorprendido a Olid, hiriéndole en la garganta. Olid había logrado escapar, Las Casas había liberado a Gonzalo de Avila y ambos habían logrado capturar a Olid y le habían degollado. Francisco de Las Casas había fundado Trujillo en nombre de Cortés y había poblado la nueva colonia con los soldados sobrevivientes y los de Gonzalo de Ávila y se había vuelto a la Nueva España, sin saber que Cortés había salido en su búsqueda y que ya se encontraba en Puerto Caballos, en el golfo de Honduras. Como miembro de la expedición, Bernal relata las peripecias durante las cuales Cortés pasó más de dos años, primero en busca de los españoles de las dos expediciones de Olid y las Casas y después, habiéndose enterado de la muerte de Olid y de haber encontrado en Naco y en Trujillo los sobrevivientes españoles enfermos y hambrientos, los embarca para Cuba y vuelve a la Nueva España después de más de dos años de ausencia. Muchos habían creído que Cortés había muerto y hubo gran regocijo cuando volvió de su viaje, débil y enfermo. Al indudable valor logístico y exploratorio, como la construcción del primer puente sobre el río Alcán en Honduras y la pacificación de esa región tan alejada de la Nueva España, se contraponen el fracaso de no hallar nuevas minas de oro y, menos aún, la falta del estrecho al mar del sur. Por eso, desde el punto de vista de la corona, la saga de Honduras debe considerarse como el fracaso de Cortés en el nuevo Occidente. Bernal no tiene dudas al respecto, relacionándolo con la crisis de la gobernación, a pesar de su relación al emperador:

Teniendo ya Cortés en sí la gobernación de la Nueva España por mandado de Su Majestad<sup>145</sup>, parecióle sería bien hacerle sabidor como estaba entendiendo en la santa conversión de los naturales y la reedificación de la gran ciudad de Tenuztitlan—Méjico. Y también le dio relación que había enviado un capitán que se decía Cristóbal de Olí a poblar unas provincias que se nombraron Honduras, y que le dio cinco navíos bien bastecidos e gran copia de soldados e bastimentos y muchos caballos y tiros y escopeteros y ballesteros y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada. Y que el Cristóbal de Olí se le alzó con todo ello, y quien le aconsejó que se alzase fue un Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que, si Su Majestad era servido, que tenía determinado de enviar con brevedad otro capitán para que le tome la misma armada y le traiga preso, o ir él en persona por él, porque, si se quedaba sin castigo, se atreverían otros capitanes a se levantar con otras armadas que por fuerza había de enviar a conquistar y poblar otras tierras que están de guerra; e a esta causa suplicaba a Su Majestad le diese licencia para ello. Y también se envió a quejar del Diego Velázquez, no tan solamente por lo del capitán Cristóbal de Olí, sino por sus conjuraciones y escándalos que por sus cartas, que enviaba desde la isla de Cuba para que matasen a Cortés, causa porque, en saliendo de aquella cibdad de México para ir a conquistar algunos pueblos recios que se levantaban, hacían conjuraciones los de la parte del Diego Velázquez para le matar y levantarse con la gobernación (*HV*, 826-827).

Es indicativo que en este párrafo inicial del cap. CLXXII, donde Bernal relata cómo y cuándo Cortés dio relación al emperador de la cuestión de Honduras y de la rebelión de Olid, se da la noticia que, en el mismo navío en que va la carta de Cortés para el emperador, iban cartas el contador Rodrigo de Albornoz con acusaciones contra Cortés:

Y también [Cortés] dio noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, que estaba por contador, que secretamente andaba murmurando en México de Cortés, porque no le dio indios como él quisiera y también porque le demandó una cacica, hija del señor de Tezcuco, e no se la quiso dar, porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad (*HV*, 827).

---

<sup>145</sup> El editor Serés puntualiza la fecha y anota: “En 1522, tras salir victorioso de la junta de enjuiciamiento a la que le somete Diego Velázquez, mediante Narváez y Cristóbal de Tapia” (*HV*, 826, n. 1).

Finalmente, para aclarar estos cargos contra Cortés y hacer justicia de su gobernación el emperador decide enviar un juez de residencia, “un caballero que se decía el licenciado Luis Ponce de León (...), y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase. Y el licenciado dijo que él cumpliría el real mando y se comenzó apercebir para el camino; y no vino con tanta priesa, porque tardó en llegar a la Nueva España más de dos años” (*HV*, 831). Los dos años abundantes que el licenciado Juan Ponce de León tardó en llegar a la Nueva España coinciden con la saga de Honduras. De manera que después de su vuelta a la Nueva España de su expedición en busca de Olid, no pasó mucho tiempo hasta la llegada del juez de residencia. El juez Ponce de León murió misteriosamente, al poco de llegar:

Que luego que se comenzó a tomar la residencia quiso Nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha que cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce. Y fue desta manera: que viniendo del monasterio de señor San Francisco de oír misa, le dio una muy recia calentura y echose en la cama y estuvo cuatro días amodorrado sin tener el sentido que convenía, y todo lo más del día y de la noche era dormir. Y desde aquello vieron los médicos que le curaban, que se decían el licenciado Pero López y el doctor Ojeda y otro médico que él traía de Castilla, todos a una les pareció que era bien que se confesase y rescibiese los Santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad, Y después de rescibidos con humildad y con gran contrición, hizo testamento y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Marcos de Aguilar (*HV*, 925).

Después del enterramiento del juez, cundieron los chismes en Méjico, como lo relata Bernal:

Pues como fue muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, ¡oír el murmurar que en Méjico había de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval! Que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que ansí había hecho al Francisco de Garay. Y quien más lo afirmaba era el fray Tomás Ortiz, ya otras veces por mí memorado, que venía por prior de ciertos frailes que traía, o en su compañía, que también murió de modorra el mismo prior ahí a dos meses, e otros frailes. Y también quiero decir que parece ser que en los navíos en que vino el Luis Ponce que dio pestilencia en ellos, porque de más de cien personas que en ellos venían les dio modorra y dolencia, de que murieron en la mar; y después que desembarcaron en la villa de Medellín, e murieron muchos dellos. Y aun de los frailes quedaron muy pocos, y con ellos murió su prior de ahí a pocos meses; y fue fama que aquella modorra se cundió en México (*HV*, 926).

El mismo Bernal no da mucho crédito a estos rumores maliciosos contra Cortés. Sin embargo, como hemos visto, en varias ocasiones muestra su desaprobación

sobre algunas decisiones de Cortés, como en el caso de la orden dada de ahorcar a Cuhaquemoc, último emperador o tlatoani de los aztecas, sobrino de Moctezuma. El episodio ocurre durante el viaje de vuelta desde Honduras, al pasar por la provincia de Acala, donde Cortés y su gente padecieron mucha hambre. Acusado, con el cacique Tacuba, de conspirar contra Cortés, que los llevaba presos como rehenes, Cuhaquemoc explica que él se había limitado a hablar de la rebelión, pero que no había planeado una rebelión:

El Guatémuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero, que no salió dél aquel concierto y que no sabe si todos fueron en ello [o si] se efetuara, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hobo. Y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatémuz [Cuhaquemoc] habían dicho que valía más morir de una vez que morir cada día en el camino viendo la gran hambre que pasaban sus maceguals y parientes. Y sin haber más probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatémuz y al señor de Tacuba, que era su primo. Y antes que los ahorcasen, los frailes franciscos les fueron esforzando y encomendando a Dios con la lengua doña Marina. Y cuando le ahorcaban, dijo el Guatémuz: “¡Oh, Malinche!, días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar e había conocido tus falsas palabras. ¿Por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande, pues yo no me la di cuando me entregaste tu persona en mi cibdad de México”. El señor de Tacuba dijo que él daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatémuz. Y antes que los ahorcasen los fueron confesando los frailes franciscos con la lengua doña Marina. E verdaderamente yo tuve gran lástima de Guatémuz y de su primo, por habelles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrescían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada y pareció mal a todos los que veníamos en aquella jornada (HV, 858-859).

En este episodio, contado con un estilo sencillo y elegante, se perciben todos los aspectos de la mejor tradición de la épica popular, conservada en el romancero, como el *Romance del Conde Olinos*, en el que el amor de la princesa adolescente se niega por la razón de estado, esgrimida por la reina madre:

Madrugaba el Conde Olinos, // mañanita de San Juan // a dar agua a su caballo  
// a las orillas del mar. // Mientras el caballo bebe // canta un hermoso cantar: // las  
aves que iban volando // se paraban a escuchar; // caminante que camina // detiene  
su caminar; // navegante que navega // la nave vuelve hacia allá. // Desde la torre  
más alta // la reina le oyó cantar: // mira hija como canta // la sirenita del mar; //no  
es la sirenita, madre, // que ésa no tiene cantar; // es la voz del Conde Olinos // que  
por mí penando está; // si por tus amores pena, // yo le mandaré matar, // que para  
casar contigo // le falta sangre real.

En este episodio de la muerte arbitraria de Cuauhtemoc y Tacuba, en el que Bernal no calla su admiración compasiva para los dos reyes aztecas, se percibe el sentido de la justicia popular que Cortés ha negado a sus prisioneros, ya inofensivos y, por ello, inocentes, como el conde Olinos del romance popular.

### LUIS PONCE DE LEÓN LLEGA AL PUERTO DE SAN JUAN DE ULÚA

El relato de Bernal sobre la llegada y la misión de este juez representan una muestra elocuente de la dificultad que la corona tuvo en América para reconciliar con justicia los servicios cumplidos por los conquistadores con a veces el poder creciente de la burocracia que iba prevaleciendo en el nuevo occidente y que los primeros debieron percibir como una interferencia parasitaria. De acuerdo a Bernal, la venida fue precedida por un carteo intenso en que varios rivales y enemigos de Cortés levantaron diversas acusaciones, que permanecieron en el aire, hasta la muerte del juez, al poco tiempo de su llegada. Es necesario recordar que uno de los episodios clave fue la rebelión de Cristóbal de Olid, maestro de campo, en Honduras. Concluida la exploración de Honduras, motivada por las consecuencias de esa rebelión, Cortés volvió a La Habana y de allí a la Nueva España:

Como Cortés hobo descansado en La Habana cinco días, no vía la hora que estaría en México, y luego manda embarcar toda su gente y se hize a la vela; y en doce días con buen tiempo llegó cerca del puerto de Medellín, enfrente de la isla de Sacrificios, y allí mandó anclar los navíos, porque para pasar adelante no hacía buen viento. Y por no dormir en la mar aquella noche, Cortés con veinte soldados, sus amigos, saltaron en tierra y vanse a pie obra de media legua; quiso su ventura que toparon una arria de caballos que venía aquel puerto con ciertos pasajeros para se embarcar para Castilla. Y va a la Veracruz en los caballos e mulas de la arria, que serían cinco leguas de andadura, e mandó que no fuesen a avisar cómo venía por tierra. Y antes que amaneciese, con dos horas llegó a la villa y fuese derecho a la iglesia, que estaba abierta la puerta, y se mete dentro en ella con toda su compañía. Y como era muy de mañana vino el sacristán, que era nuevamente venido de Castilla, y desde vio la iglesia toda llena de gente y no conocía a Cortés ni a los que con él estaban, salió dando voces a la calle llamando a la justicia: “¡Justicia, justicia!”, que estaban en la iglesia muchos hombres forasteros, para que les mandasen salir della. Y a las voces que dio el sacristán vino el alcalde mayor e otros alcaldes ordinarios con tres alguaciles e otros muchos vecinos con armas, pensando que era otra cosa, y entraron de repente y comenzaron a decir con palabras airadas que se saliesen de la iglesia, y como Cortés estaba flaco del camino, no le conocieron hasta que le oyeron hablar. Y desdeque vieron que era Cortés, vanle todos a besar las manos y dalle la buena venida, pues a los conquistadores que vivían en aquella villa

Cortés los abrazaba y los nombraba por sus nombres qué tales estaban y les decía palabras amorosas. Y luego se dijo misa y los llevaron a aposentar, y a Cortés, en las mejores casas que había, de Pedro Moreno Medrano, y estuvo allí ocho días y le hicieron muchas fiestas y regocijos, y luego por posta envían mensajeros a México a decir cómo había llegado. Y Cortés escribió al tesorero y al contador, puesto que supo que no era su amigo, y a todos sus amigos y al monesterio de San Francisco, de las cuales nuevas todos se alegraron. Y desde lo supieron todos los indios de la redonda, tráenle presentes de oro y mantas y cacao y gallinas y frutas. Y luego se partió de Medellín, e yendo por sus jornadas en el camino, le tenían limpio y hechos aposentos con grandes ramadas con mucho bastimento para Cortés e todos los que iban en su compañía. Pues ¡saber yo decir lo que los mexicanos hicieron de alegrías!, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro y ropa y gallinas y todo género de frutas de la tierra que en aquella sazón había. Y le enviaron a decir que les perdone, por ser de repente su llegada, que no le envían más, que de que vaya a su cibdad harán lo que son obligados y le servirán como a su capitán que los conquistó, que les tiene en justicia. Y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron a rescibir con danzas y bailes y regocijos y muchos bastimentos. Y desde llegó obra de tres leguas de la cibdad de Tezcucó, que es casi aquella cibdad tamaña poblaron con sus sujetos como México, de allí salió el contador Alborno, que a aquel efeto había venido para rescibir a Cortés, por estar bien con él, que le tenía en gran manera. Y juntó muchos españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los que estaban en su compañía y los caciques de aquella cibdad, con grandes invenciones de juegos y danzas, fueron a rescibir a Cortés más de dos leguas, con lo cual se holgó. Y desde llegó a Tezcucó le hicieron otro gran recibimiento, y durmió allí aquella noche y otro día de mañana fue camino de México. Y escribióle el cabildo y el tesorero y todos los caballeros conquistadores amigos de Cortés que se detuviese en unos pueblos dos leguas de Tenuxtitán-México, que bien pudiera entrar aquel día y que lo dejase hasta otro día por la mañana, porque gozasen todos del gran recibimiento que le hicieron. Y salido el tesorero con todos los caballeros y conquistadores y cabildo de aquella cibdad, y todos los oficiales en ordenanzas, y llevaron los más ricos vestidos y calzas y jubones que pudieron, con todo género de instrumentos, y con los caciques mexicanos por su parte con muchas maneras de invenciones y devisas y libreas que pudieron haber, y la laguna llena de canoas e indios guerreros en ellas, segund y de la manera que solían pelear con nosotros en el tiempo de Guatémuz; y los que salieron por las calzadas fueron tantos juegos y regocijos, que se quedarían por decir. Pues en todo el día por las calles de México todo era bailes y danzas; y después que anocheció, muchas lumbres a las puertas. Pues aun lo mejor quedaba por decir que los frailes franciscos, otro día después que Cortés hobo llegado, hicieron procesiones dando muchos loores a Dios por las mercedes que les había hecho en haber venido Cortés. Pues volviendo a su entrada en México, se fue luego al monesterio de señor Sant Francisco, adonde hizo decir misas y daba loores a Dios que le sacó de los trabajos pasados de Honduras y le trujo a aquella cibdad. Y luego se pasó a sus casas, que están muy bien labradas con ricos palacios, y allí era servido y tenido de todos como un príncipe, y los indios de todas las provincias le venían a ver y le traían presentes de oro, y aun los

caciques del peñol de Coatlán, que se habían alzado, le vinieron a dar el bienvenido e le trujeron presentes. Y fue su entrada de Cortés en México por el mes de junio, año de mil quinientos y veinte e cuatro o veinte e cinco.<sup>146</sup> Y desde Cortés hobo descansado, luego mandó prender a los bandoleros y comenzó a hacer pesquisas sobre los tratos del fator y veedor, y también prendió a Gonzalo de Campo o Diego de Campo, que no sé bien el nombre de pila, que fue el que hallaron los papeles de los libelos infamatorios, y también se prendió a un Ocaña, escribano, que era muy viejo, que le llamaban cuerpo y alma del fator. Y presos, tenía pensamiento Cortés, viendo la justicia que para ello había, de hacer proceso contra el fator y veedor y por sentencia despachallos. Y si de presto lo hiciera, no hobiera en Castilla quien dijera “¡mal hizo!”, y su Majestad lo tuviera por bien hecho. Y esto lo oí decir a los del Real Consejo de Indias, estando presente el obispo fray Bartolomé de las Casas, en el año de mil e quinientos y cuarenta, cuando allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, e se lo tuvieron a flojedad de descuido (*HV*, 913-916).

Ya hemos visto en las cartas de relación de Cortés su afán de pacificar y explorar la ruta al mar del Sur, además de pacificar las dos costas de la Nueva España, sobre el Golfo de México y sobre el Pacífico, actividad de gran desgaste físico y financiero y que, con la rebelión de Cristóbal de Olid y con su ejecución en la plaza pública de Naco, en Honduras, fue una aventura que terminó mal y duró dos años. Por ello la vuelta de Cortés causa tanta alegría, después de tanto tiempo de estar ausente. En este tiempo sus enemigos no han cesado de acusarle, al punto que el emperador despacha el licenciado Ponce de León, un juez de residencia, para juzgar a Cortés. El relato de su llegada y de su muerte ocurrida al poco tiempo de llegar y de enunciar su dictamen contra Cortés, constituye aun hoy un episodio sobre el que no se han disipado las dudas. El relato de Bernal, además de recordarle al lector la constante oposición desleal y la rivalidad del gobernador Diego Velázquez, trata de explicar las circunstancias en que Cortés se vio al centro de exigencias contrarias que, si satisfacían a unos, dejaban insatisfechos a otros:

Hay necesidad de volver algo atrás para que bien se entienda lo que agora diré. Ya he dicho en los capítulos pasados las grandes quejas que de Cortés dieron ante su Majestad estando la corte en Toledo, y los que dieron las quejas fueron los de la parte de Diego Velázquez con todos los por mí otras muchas veces memorados, y también ayudaron a ellas las cartas del Albornoz (...). Después que hobo presentado las reales provisiones, y con mucho acato de Cortés y el cabildo y los demás conquistadores obedescido, mandó pregonar residencia general<sup>147</sup> contra Cortés y

<sup>146</sup> El editor Serés corrige: “En realidad, entró el 19 de junio de 1526; había salido de México casi dos años antes, como el propio Cortés nos confirma en su quinta carta de relación” (*HV*, 916, n. 4).

<sup>147</sup> El editor Serés aclara: “Si la *residencia* era el ‘control rutinario de los funcionarios,’ la *residencia general* se hacía por la quejas generalizadas contra magistrados y altos cargos y tenía un caracter

contra los que habían tenido cargo de justicia y habían sido capitanes. Y desde muchas personas que no estaban bien con Cortés, e otros tenían justicia sobre lo que pedían, ¡qué prisa se daban de dar quejas de Cortés y de presentar testigos! Que en toda la cibdad andaban pleitos, ¡y las demandas que le ponían! Unos decían que no se dio parte de oro como era obligado; otros le demandaban que no les dio indios conforme lo que Su Majestad mandaba y que los dio a criados de su padre Martín Cortés y a otras personas sin méritos, criados de señores de Castilla; otros le demandaba caballos que les mataron en las guerras, que puesto que había habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no se los satisfizo, por quedarse con el oro; otros demandaban afrentas de sus personas que por mandado de Cortés les habían hecho. Y un Juan Juárez, cuñado suyo, le puso una mala demanda de su mujer de Cortés, doña Catalina Juárez la Marcaida, hermana del Juan Juárez, que la había ahogado una noche el mismo Cortés. Y en aquella sazón había venido de Castilla un Hulano de Barrios, con quien casó Cortés a una hermana de Juan Juárez y cuñada suya; se apaciguó por entonces aquella demanda que le había puesto el Juan Juárez. Este Barrios es con quien tuvo pleitos un Miguel Díaz sobre la mitad del pueblo de Mestitán, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Volvamos a nuestra residencia. Que luego que se comenzó a tomar la residencia quiso Nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha que cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce. Y fue desta manera: que viniendo del monesterio de señor San Francisco de oír misa, le dio una muy recia calentura y echóse en la cama y estuvo cuatro días amodorrado sin tener el sentido que convenía, y todo lo más del día y de la noche era dormir. Y desde aquello vieron los médicos que le curaban, que se decían el licenciado Pero López y el doctor Ojeda y otro médico que él traía de Castilla, todos a una les pareció que era bien que se confesase y rescibiese los Santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad. Y después de rescebidos con humildad y con gran contrición, hizo testamento y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Marcos de Aguilar, que había traído consigo desde la isla Española. A este Marcos de Aguilar otros dijeron que era bachiller e no licenciado, e que no tenía autoridad para mandar. Y dejóle el poder desta manera: que todas las cosas de pleitos y debates y residencias y la prisión del fator y veedor se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que Su Majestad fuese sabidor de lo que pasaba, y que luego le hiciesen mensajeros en un navío a Su Majestad. E ya hecho su testamento y ordenada su ánima, al noveno día desde que cayó malo dio el ánima a Nuestro Señor Jesucristo. Y desde hobo fallecido fueron grandes los lutos y tristezas que todos los conquistadores a una sintieron; como si fuera padre de todos así lo lloraban. Porque ciertamente él venía para remediar a los que hallase que derechamente habían servido a Su Majestad, y antes que muriese así lo publicaba y lo hallaron en los capítulos e instrucciones que de Su Majestad traía; que les diese de los mejores repartimientos de indios a los conquistadores, de manera que conociesen en todo mejoría. Y Cortés, con todos los demás caballeros de aquella cibdad, se pusieron luto y le llevaron a enterrar con gran pompa a señor

---

extraordinario. La *residencia* de Cortés se pregonó el 4 de Julio [de 1526] en la plaza mayor; pero al morir Ponce el 20, el juicio se suspendió, siendo reabierto en 1529; se sucedieron alegatos, solicitudes y protestas durante veinte años y nunca fue oficialmente cerrado con una sentencia definitiva” (HV, 924, n. 1).

San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber; fue su enterramiento muy solene para en aquel tiempo (*HV*, 916-917; 924-926).

Fallecido el juez de residencia, Cortés sigue su plan de asegurar sus posesiones, como Bernal claramente relata, no descuidándose en detalles que hacen de su relato una lectura amena, como el retrato del licenciado Marcos de Aguilar, designado sucesor del fallecido Ponce de León:

Pues como Marcos de Aguilar tomó la gobernación de la Nueva España, segund que lo había dejado en el testamento Luis Ponce, muchas personas de las que estaban mal con Cortés y con todos sus amigos, los más conquistadores, quisieron que la residencia fuera adelante como la había comenzado a tomar el licenciado Luis Ponce de León; y Cortés dijo que no se podía entender en ella, conforme al testamento de Luis Ponce de León; mas que si quería tomársela el Marcos de Aguilar, que fuese mucho en buena hora. Y había otra contradicción por parte del cabildo de México, en que decían que no podía mandar Luis Ponce en su testamento que gobernase el licenciado Aguilar solo: lo uno, porque era muy viejo y caducaba y estaba tullido de bubas y era de poca autoridad, e ansí lo mostraba en su persona; y no sabía las cosas de la tierra ni tenía noticia dellas ni de las personas que tenían méritos; y que demás desto, que no le ternían respeto ni le acatarían; y que sería bien que para que todos temiesen y la justicia de Su Majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por acompañado en la gobernación a Cortés hasta que Su Majestad mandase otra cosa. Y el Marcos de Aguilar dijo que no saldría poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento y que él solo había de gobernar, y que si querían poner otro gobernador por fuerza, que no hacían lo que Su Majestad mandaba. Y demás desto que dijo Marcos de Aguilar, Cortés temió, si otra cosa se hiciese, por más palabras que le decían los procuradores de las cibdades y villas de la Nueva España que procurase de gobernar y que ellos atraerían con buenas palabras al Marcos de Aguilar para ello, pues que estaba claro que estaba muy doliente y era servicio de Dios y de Su Majestad. Y por más que le decían a Cortés, nunca quiso tocar más en aquella tecla, sino que el viejo Aguilar solo gobernase, y aunque estaba tan doliente y hético, que le daba a mamar una mujer de Castilla, y tenía unas cabras que también bebía la leche dellas, y en aquella sazón se le murió un hijo que traía consigo de modorra, segund y de la manera que murió Luis Ponce (*HV*, 927-928).

La descripción de este viejo enfermo que aspira a gobernar el nuevo occidente es una representación elocuente de la incapacidad del gobierno central de enfrentarse con la magnitud de las conquistas de Cortés y de sus soldados, castellanos e indios. Bernal nos ofrece un cuadro admirable de la confusión y del contraste entre las realizaciones de Cortés y la frustración de una administración colonial que desconoce las personas y el territorio que debería administrar. Hasta el detalle de la sencillez

de Cortés sale a luz en un pasaje en que Bernal relata las advertencias que Diego de Ordás le había hecho a Cortés sobre la enemistad que le tenían algunas personas influyentes de Castilla, especialmente con Su Majestad y el Real Consejo de Indias, a pesar de su justificada fama:

Y pues viene agora a coyuntura, quiero decir antes que más pase adelante en esta mi relación por qué tan secamente en todo lo que escribo, cuando viene a pláticas decir de Cortés, no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés ni otros títulos de marqués ni capitán, salvo Cortés a boca llena. La causa dello es porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés, e en aquel tiempo no era marqués, porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses Aníbal, o de aquel valiente, nunca vencido caballero, Diego García de Paredes (*HV*, 934).

## MUERTE DE PEDRO DE ALVARADO

Para completar la crónica de la posconquista, no podía faltar la referencia a la muerte de Alvarado. En un gesto de gran altruismo, Alvarado, que se aprestaba a salir con su armada, marchó en ayuda del capitán Cristóbal de Oñate y fue mortalmente herido. El relato de Bernal comienza con la descripción de la armada que Alvarado había preparado de doce navíos en busca de las islas de las especias. Desde la costa sur de Guatemala, la armada de Pedro de Alvarado hubiera debido salir rumbo a las islas de las especierías:

°[Alvarado] puso en la mar del Sur doce navíos de buen porte, bien bastecidos de pan y carne y pipas de agua y todas las cosas que en aquel tiempo pudieron haber, y bien artillados y con buenos pilotos y marineros. Pues para ser tan pujante armada, y estando tan apartados del puerto de la Veracruz, que son más de ciento y cincuenta leguas hasta donde se labraron los navíos, porque en aquella sazón de la Veracruz se trujo el hierro para la clavazón y anclas y pipas y lo demás necesario para aquella flota, porque en aquel tiempo aún no se trataba puerto de Caballos, gastó en ellos muchos millares de pesos de oro, que en Sevilla se pudieran labrar más de ochenta navíos (...) Y después de oído misa del Espíritu Santo y bendecidas sus banderas de un obispo de aquella provincia, y el mismo adelantado por capitán de la armada dan velas en el año de mil y quinientos y treinta y siete o treinta y ocho años, que esto no se me acuerda bien.<sup>148</sup> (*HV*, 999-1000).

---

<sup>148</sup> En realidad fue el 1539; ver nota 5, p. 1000 del editor Serés.

En el momento de zarpar le llega a Alvarado un mensaje del capitán Cristóbal de Oñate que se encontraba rodeado por los indios en Cochistlan y le pedía socorro y Alvarado suspendió el viaje para ir a socorrer al capitán Oñate con soldados, balles-teros y arcabuceros y halló a los españoles asediados en gran peligro. Ese acto de generosidad le costó la vida:

Y estando una capitania de soldados sobre unos peñoles para que no les entra- sen por allí los guerreros, defendiendo aquel paso, parece ser que a uno de los sol- dados se le derriscó el caballo; y vino rodando por el peñol abajo con tan gran furia e saltos por donde don Pedro de Alvarado estaba, que no se pudo ni tuvo tiempo de se apartar a cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte que le trató mal y le magulló el cuerpo, porque le tomó debajo. Y luego se sintió muy malo, y para guarecelle y curalle, creyendo no fue tanto su mal, le llevaron en andas a curar a una villa, la más cercana del real, que se dice La Purificación, y en el camino se pasmó. Y llegado a la villa, luego se confesó y rescibió los santos sacramentos, mas no hizo testamento, y falleció y allí le enterraron con la mayor pompa que pudieron (*HV*, 1002).

## MUERTE DE HERNÁN CORTÉS

En el capítulo CCIV, que sigue al que relata la muerte de Pedro de Alvarado, Bernal relata la muerte de Hernán Cortés que, vuelto a Castilla, se enroló voluntario en la armada de doscientos navíos con los que el emperador, en 1541, encabezó la campaña de Argel, concebida para eliminar la amenaza turca y berberisca contra las costas de Italia y España. Una tormenta destruyó la flota y el ejército se retiró duramente probado por los elementos y sin encontrar al Barbarroja. Vuelto maltre-cho a Castilla, Cortés quería volver a la Nueva España y, en la espera de obtener el permiso del emperador, hizo venir su hija, doña María Cortés, que era pretendida del hijo del marqués de Astorga, don Álvaro Pérez Osorio que renegó de su promesa, lo cual causó una grave enfermedad en el Marqués del Valle que, para curarse se fue a Castilleja de la Cuesta donde el 2 de diciembre de 1547 murió. Fue enterrado en la capilla de los duques de Medinasidonia, en Sevilla. En su testamento proveyó generosamente a su mujer e hijos, legítimos e ilegítimos. Bernal da un retrato físico y moral de Cortés, al que describe robusto y delgado, de tez cenicienta, ojos negros y mirada dulce, valiente y excelente espadachín, que siempre entraba en la batalla entre los primeros y mostraba coraje y valentía. Era porfiado y en varias ocasiones, según Bernal, su porfía causó la muerte de algunos soldados, por no aceptar consejos de sus oficiales.

En el capítulo CCV Bernal hace una descripción somera de los capitanes y soldados sobresalientes que vinieron de Cuba con Cortés, empezando por los tres señalados por el mismo Cortés al emperador y dando a entender que es este del reconocimiento de los primeros conquistadores que pasaron a la Nueva España con Cortés un tema que para Bernal es central a su obra, o sea, el de reconocer la contribución decisiva de capitanes y soldados a la hazaña de la conquista de la Nueva España:

Primeramente, el marqués don Hernando Cortés, murió junto a Sevilla, en una villa o lugar que se dice Castilleja de la Cuesta. Y pasó don Pedro de Alvarado, que, después de ganado México, fue comendador de Santiago y adelantado y gobernador de Guatemala; murió en lo de Jalisco yendo que fue a socorrer un ejército que estaba sobre los peñoles de Sochitzlán. Y pasó un Gonzalo de Sandoval, que fue capitán muy primiente y alguacil mayor en lo de México y fue gobernador cierto tiempo en la Nueva España en compañía del tesorero Alonso de Estrada; tuvo dél gran noticia Su Majestad, y murió en Castilla, en la villa de Palos, yendo que iba con don Hernando Cortés a besar los pies a Su Majestad. Y pasó un Cristóbal de Olí, esforzado capitán y maestre de campo que fue en las guerras de México, y murió en lo de Naco degollado por justicia, porque se alzó con una armada que le hobo dado Cortés. Destos tres capitanes que dicho tengo fueron muy loados delante de Su Majestad cuando Cortés fue a la corte y dijo al Emperador nuestro señor que tuvo en su ejército, cuando conquistó a México, tres capitanes que podían ser contados entre los muy afamados que hobo en el mundo: el primero, que era don Pedro de Alvarado, demás de ser muy esforzado, tenía gracia así en su persona y parecer y razonamientos para hacer gente de guerra. Y dijo por el Cristóbal de Olí que era un Héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona; y que si, como era esforzado tuviera consejo, fuera muy más temido, mas que había de ser mandado. Y dijo por el Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso, así en esfuerzo como en consejo, que podía ser coronel de ejércitos, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer; y también loó Cortés que tuvo muy buenos y osados soldados. Y a esto dice Bernal Díaz del Castillo, el autor desta relación, que si esto escribiera Cortés la primera vez que le hizo relación de las cosas de la Nueva España, bueno fuera, mas en aquella sazón que escribió a Su Majestad toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba a sí mesmo y no hacía relación de nosotros (*HV*, 1014-1015).

Esta perspectiva que Cortés debería haber incluido sus capitanes y soldados, desde el primer momento en que empezó a escribir sobre la conquista, muestra una de las razones principales que motivaron a Bernal a componer su obra que, en el capítulo que sigue, el CCVI, se detiene en celebrar a aquellos soldados y capitanes que tenían un aspecto imponente y fuerzas fuera de lo común. Se puede ubicar esta crítica a Cortés con la otra que le hace Bernal, o sea de su arbitraria distribución de las tierras, de encomiendas y de indios.

## BERNAL Y LA ENCOMIENDA

En el capítulo CCXI Bernal hace una historia de las cuestiones legales y administrativas relacionadas a la institución de la encomienda, comenzando por el famoso debate en Valladolid en 1550, entre fray Bartolomé de Las Casa y Juan Ginés de Sepúlveda. Bernal se declara en contra de las tesis del padre Las Casas:

En el año de mil e quinientos y cincuenta vino del Pirú el licenciado de la Gasca y fue a la corte, que en aquella sazón estaba en Valladolid, y trujo en su compañía a un fraile dominico que se decía don Martín, el Regente,<sup>149</sup> y en aquel tiempo Su Majestad le mandó hacer merced al mismo Regente del obispado de las Charcas. Y entonces se juntaron en la corte don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y don Vasco de Quiroga, obispo de Michuacán (...). Y desde todos estos prelados y caballeros estuvieron juntos en las casas de Pero González de León, donde residía el Real Consejo de Indias, lo que se dijo y platicó en aquella muy ilustrísima junta: que se diesen los indios perpetuos en la Nueva España y en el Perú (...). Y las causas que se propusieron en aquel negocio fueron santas y buenas. Lo primero que se platicó, que, siendo perpetuos, serían muy mejor tratados e industriados en nuestra santa fe; y que si algunos adolesciesen, los curarían como a hijos e les quitarían parte de sus tributos, y que los encomenderos se perpetuarían mucho más en poner heredades y viñas y sementeras y criarían ganados, y cesarían pleitos y contiendas sobre indios (...). Luego en aquella sazón hobo votos contrarios, y fue el primero el obispo de Chiapa, y lo ayudó su compañero fray Rodrigo, de la orden de Santo Domingo, y ansimismo el licenciado Gasca (...). Y entonces dijimos nosotros y muchos de aquellos señores que allí estaban juntos que se diesen perpetuos en la Nueva España a los verdaderos conquistadores que pasamos con Cortés a los del capitán Pánfilo de Narváez y a los de Garay, pues habíamos quedado muy pocos, porque todos los demás murieron en las batallas peleando en servicio de Su Majestad, y lo habíamos muy bien servido, y que con los demás hobiese otra moderación (HV, 1061-1064).<sup>150</sup>

<sup>149</sup> El nombre era fray Tomás de San Martín, de la orden de Santo Domingo, primer obispo de Charcas.

<sup>150</sup> Véase sobre la cuestión muy debatida de las encomiendas, Ots Capdequi, "El derecho de propiedad en nuestra legislación de Indias", *Anuario de Historia del Derecho Español*, II (1962), pp. 49 y ss.; Arenal, Celestino del, *La teoría de la servidumbre natural en el pensamiento español de los siglos XVI y XVII*. Madrid, CSIC, 1975; Hanke, Lewis, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*. Madrid, Aguilar, 1959; Losada García, Angel, ed. y trad.: Juan Ginés de Sepúlveda y fray Bartolomé de las Casas, *Apología*. Madrid, Editora Nacional, 1975; Losada García, Angel, "Juan Ginés de Sepúlveda," *Cuadernos de Investigación Histórica*, II (1978), pp. 551-590; Alvira, Rafael y Alfredo Cruz Prados, "Naturaleza y cultura en la determinación del derecho. Sepúlveda y Las Casas ante el problema de la justicia de la guerra," *Persona y Derecho*, XXXIII (1975), pp. 53-84; Barbón Rodríguez, José Antonio, ed., Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (manuscrito "Guatemala")*. El Colegio de México-Deutscher Akademischer Austausch Dienst German Academic Exchange Service-Ministerio de Asuntos Exteriores de España, México D. F., 2005.

Según Bernal, en esta reunión no se decidió nada, a pesar de la promesa de enviar desde la Nueva España procuradores que trataran de dar una solución al problema de acuerdo a los intereses de los “conquistadores viejos” que, según Bernal, eran los que habían venido con Cortés. El conquistador viejo e historiador de la conquista concluye que la administración colonial no ha hallado solución, y concluye su referencia con la esperanza que el rey Felipe II resuelva la cuestión:

Y desta manera andamos de mula coja y de mal en peor, y de un visorrey en otro, y de gobernador en gobernador. Y después que esto pasó, mandó el invictísimo nuestro rey y señor don Felipe (que Dios le guarde y deje vevir muchos años, con aumento de más reinos), en sus reales ordenanzas y provisiones que para ello ha dado, que a los conquistadores y sus hijos en todo conozcamos mejoría, y luego, los antiguos pobladores casados, segund se verá en sus reales cédulas (*HV*, 1065).

## LA HISTORIA VERDADERA COMPARADA A LA CONQUISTA DE MÉJICO DE LÓPEZ DE GÓMARA

Entre los cronistas, o historiadores, recordados por Bernal Díaz del Castillo, el que recurre con mayor frecuencia es Francisco López de Gómara. En este capítulo he tratado de presentar la problemática de la comparación entre los dos cronistas, pues ambos representan dos maneras, ambas válidas, de hacer historia: la del testigo ocular y la del estudioso que consulta documentos y habla con testigos y luego escribe basándose en fuentes de segunda mano. Es notoria la opinión de Bernal sobre los cronistas que escriben dependiendo de fuentes de segunda mano y que tienen un estilo muy alto que, según este cronista, contribuye a tergiversar los hechos. Se ha observado ya que, aunque le critique, Bernal sigue a Gómara en la estructura de la obra.<sup>151</sup> Su conciencia de testigo ocular le trajo a la memoria el momento en que vio la obra de Gómara:

Estando escribiendo en esta mi corónica, acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en la conquista de México y Nueva España, y desde que las leí y

---

<sup>151</sup> Véase Barbón Rodríguez, José Antonio, “En torno a la crítica sobre Bernal Díaz del Castillo,” *Revista de Historia Americana y Argentina*, XI-XII (1966-1967), pp. 57-61; editor de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España (manuscrito Guatemala)*, El Colegio de México-Deutscher Akademischer Austausch Dienst German Academic Exchange Service-Ministerio de Asuntos Exteriores de España, México D. F., 2005, pp. 143-194; Iglesia, Ramón, “Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía,” *Actas del XXVI Congreso Internacional de Americanistas*. Universidad de Sevilla, 2 vols., 1935, II, pp. 148-153; del mismo autor: “Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la Conquista de México* de Francisco López de Gómara,” *Revista Tiempo*, X (1940), pp. 23-38; Loesberg, Jonathan, “Narrative of Authority: Cortés, Gómara, Díaz,” *Prose Studies*, VI (1983), pp. 239-263.

entendí y vi de su policía, y estas mis palabras tan groseras y sin primor, dejé de escribir en ella, estando presentes tan buenas historias. Y con este pensamiento, torné a leer y a mirar muy bien las pláticas y razones que dicen en sus historias, y desde el principio y medio ni cabo no hablan lo que pasó, en la Nueva España (*HV*, 70-71).

Como método estructural me limito a una breve selección en la que cada episodio da el título a cada comparación.

## 1. La salida para México

Gómara describe el momento de la salida desde la Trinidad, como un escenario en el que Cortés cree oportuno pronunciar una larga oración con la que entusiasma a su ejército para el viaje. Un punto central en la oración es la presentación de una bandera con llamas blancas y azules, colores tradicionales que se asocian con la Virgen:

La bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de fuego blanco y azul con una cruz colorada en medio, y alrededor un letrero en latín, que romanzado dice: “Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéramos, en esta señal venceremos (*Gómara*, 301).

Bernal también presenta a Cortés desplegando una bandera, pero es bastante distinta de la que menciona Gómara:

Y luego mandó hacer dos estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales e una cruz de cada parte, con un letrero que decía: “Hermanos y compañeros, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos” (*HV*, 79-80).

La diferencia entre las dos banderas es evidente. Mientras la frase transcrita por Gómara es casi una traducción de la que el emperador Constantino vio antes de la batalla del puente Milvio en que derrotó a Magencio, la que Bernal transcribe, aunque mantiene la imagen de la cruz, se adhiere más a la tradición de las compañías de cruzados de la alta edad media. Además en Bernal falta el largo discurso transcrito por Gómara. En varias ocasiones Bernal se detiene en alabar la elocuencia de Cortés. ¿Es éste un lapsus de Bernal? No creo. En esta ocasión, acababa de llegarle a Cortés la noticia que un enviado del gobernador de Cuba iba a presentarle la orden escrita de arrestarle y quitarle el mando de capitán de la armada. Es natural que Cortés deci-

diera salir cuanto antes y alejarse para reunirse al resto de la flota en el puerto de La Habana para emprender desde allí el viaje a México, ya descubierto y parcialmente explorado por dos capitanes: en 1517 Francisco Hernández de Córdoba y en 1518 Juan de Grijalva, y en ambas expediciones había participado Bernal Díaz del Castillo, también presente en esta armada de 1519 al mando de Hernán Cortés.

## 2. El encuentro con el cautivo, Jerónimo de Aguilar

Gómara relata que los mayas de la isla de Cozumel le indicaron a los españoles que en Yucatán había hombres con barba, detalle que los indios observan en los españoles: “y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros que llegaban a tentarlos, y hacían señas con las manos hacia Yucatán, que estaban allí cinco o seis hombres barbudos” (*Gómara*, 303).

En el relato de Bernal se entiende que la fuente de este episodio es una experiencia vivida por el mismo Bernal:

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos y nos preguntó que qué sentíamos de aquellas palabras que nos hobieron dicho los indios de Campeche, cuando veníamos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían “Castilán, castilán,” según he dicho en el capítulo que dello trata (*HV*, 97-98).

Bernal hace referencia al capítulo III de su obra, donde relata un episodio en Campeche, durante su primer viaje, el de 1517, con el capitán Francisco Hernández de Córdoba, cuando en el pueblo de Campeche, en Yucatán, mientras rellenan las pipas de agua, le salen al encuentro unos cincuenta indios:

E ya que estaban llenas y nos queríamos embarcar, vinieron del pueblo obra de cincuenta indios, con buenas mantas de algodón y de paz, y a lo que parecía debían de ser caciques. Y nos dicen por señas que qué buscábamos, y les dimos a entender que tomar agua e irnos luego a los navíos, y nos señalaron con las manos que si veníamos de donde sale el sol y decían “Castilán, castilán;” y no miramos en lo de la plática del “castilán” (*HV*, 26-27).

Bernal le comunica a Cortés lo que recuerda de ese encuentro de dos años antes y, sobre esa base, Cortés pide informaciones a unos mercaderes indios de Cozumel que confirmaron que habían conocido algunos españoles en la tierra adentro, a una distancia de dos días de viaje, y que unos caciques los tenían como esclavos. Cortés

les entrega unos “amales”, papiros de la corteza de un árbol cultivado y procesado por los mayas como papel, sobre los que escribe lo siguiente:

Señores y hermanos: aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los habiédeses menester, y rescate para dar a estos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchán (*HV*, 98-99).

La carta que Gómara transcribe es similar, menos en la forma de llevarla, pues en el texto de Gómara se dice que los mercaderes indios tienen miedo que los caciques descubran la carta y los maten. Por ello Cortés esconde la carta en la cabellera larga de uno de los mercaderes:

Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y allegué aquí a Acuzamil [Cozumel], de donde os escribo esta carta. Los desta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco o seis hombres barbudos y en todo a nosotros muy semejables. No me saben dar ni decir otras señas; mas por estas conjeturas yo tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen a descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis días que recibíredes esta, os vengáis para nosotros, sin poner otra dilación ni excusa. Si viniéredes todos, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío para en que vengáis, y dos naos para seguridad. Fernando Cortés (*Gómara*, 303).

En la carta transcripta por Gómara, Cortés afirma que viene a poblar esas tierras, lo cual, además de ser ilegal, no es algo que Cortés hubiera escrito, creando un documento con el que el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, habría podido citarle como rebelde. Solamente el emperador podía dar autoridad para poblar en el nuevo occidente. Como hemos visto, para poblar, más tarde y ya en tierra firme, Cortés cumple un acto de audacia, considerado como una rebeldía por la corona, al aceptar en la nueva colonia de Veracruz, el nombramiento a capitán general y justicia mayor de su ejército. Otro elemento que no hallamos en Gómara, y es acaso uno de los motivos fundamentales de la crítica de Bernal a este cronista, es la falta del reconocimiento del papel decisivo que dos soldados veteranos de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, o sea, el mismo Bernal Díaz del Castillo y su compañero Martín Ramos que le había acompañado a rellenar las pipas de agua y que se hallaba con él cuando los indios dijeron “Castilán, castilán” (*HV*, 97), refiriéndose a los es-

clavos españoles, tuvieron en el hallazgo del cautivo Aguilar. En el texto de Gómara hay más detalles biográficos sobre Jerónimo de Aguilar que así los refiere a Cortés:

Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar y soy de Ecija, y perdime de esta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, acompañé a Valdivia, que vino en una pequeña carabela a Santo Domingo, a dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y a traer veinte mil ducados del Rey, el año 1511; y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece o catorce días, y al cabo echónos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol a esta tierra, a una provincia que dicen Maia. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y otros cuatro sacrificó a sus ídolos un malvado cacique, a cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato dellos a otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera a engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos a huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquel, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó a morir. Después acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió. Poco a poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancan, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancan, y muy estimado por las vitorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcas. Yo le envié la carta de vuestra merced, y a rogar que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Más él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a fuer de aquella tierra y gente, o por vicio de la mujer y amor de los hijos (*Gómara*, 304).

### 3. Encuentro con doña Marina

Sobre el encuentro con doña Marina, la joven india que, junto con otras, Cortés recibió en homenaje de los caciques reunidos después de la batalla de Tabasco, la versión de Gómara es más breve que la de Benal que, como hemos visto, dedica muchos pasajes a esta india de noble alcurnia azteca, a quien la madre, una viuda casada en segundas nupcias, había vendido como esclava en su ciudad natal de Painadá, cerca de Acayucán, a unos mercaderes de Xicalanco que la llevaron a Tabasco donde la revendieron a los chontales de Potonchan. Fue bautizada cuando fue entregada a Cortés, con otras jóvenes de Tabasco, con el nombre de Marina, pues su nombre original era Malinalli. El nombre Malinche, con el que se la designa en las crónicas, era en realidad un sobrenombre que los aztecas dieron a Cortés, para indicar que él

era el amo de doña Marina, pues los aztecas pronunciaban la *r* como *l* y agregaban el sufijo náhuatl *tzin*, que indicaba señoría, al que agregaban el posesivo *e* al final, obteniendo el nombre Malintzine, abreviado en Malinche, o sea, como dijimos, “amo de doña Marina”. Gómara se limita a dar la noticia, que según Bernal es inexacta, de que Cortés la conoció en San Juan de Ulúa, en proximidad de Veracruz. Bernal subraya que la llegada de doña Marina como intérprete de Cortés—pues sabía náhuatl, su lengua nativa, quiché, la lengua de los mayas de Tabasco y en pocos meses aprendió español—le permitió al gran conquistador comunicar con los jefes nativos de la región, habilidad indispensable para la conquista de la Nueva España. La versión de Gómara difiere de la de Bernal, pues, al preguntarle Cortés por su origen doña Marina contesta que

Era de hacia Xalixco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra; y que siendo mochacha la habían hurtado ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traída a vender a la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Cozacualco, no muy aparte de Tabasco; y que de allí era venida a poder del señor de Potonchan. Esta Marina y sus compañeras fueron los primeros cristianos bautizados de toda la Nueva España, y ella sola, con Aguilar, el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra (*Gómara*, 312-313).

Bernal dedica mucho más espacio a doña Marina, declarándola sin ambages el triunfo más notable de Cortés pues, sin ella, el gran conquistador no hubiera tenido la posibilidad de comunicar con los jefes y sacerdotes del país. Aguilar hablaba la lengua quiché de los mayas, pero no entendía el náhuatl de los aztecas, mientras que, con la habilidad interpretativa de doña Marina, se comprendían los que hablaban quiché con los que hablaban náhuatl y castellano. Entre doña Marina y Cortés floreció una relación sentimental y de su unión nació un hijo, Martín Cortés, que heredó el marquesado del Valle. El encuentro con Cortés se describe en el capítulo XXXVI de la *Historia verdadera*, mientras en el capítulo XXXVII Bernal cuenta con amplitud de detalles la vida de la noble india, hasta su encuentro con la vieja madre en Coatzacualco [Guazacualco en Bernal]:

Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento; y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos; y bien lo sabía el capitán Cortés y Aguilar, la lengua. Por manera que vino la madre e su hijo, el hermano, y se conocieron, que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba llamar para matallos, y lloraban. Y como

ansí los vido llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hobiesen miedo, que, cuando la traspusieron con los de Xicalango, que no supieron lo que hacían, y se lo perdonaba; y les dio muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo; y que Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana y tener un hijo de su amo y señor Cortés y ser casada con un caballero, como era su marido Juan Jaramillo; que, aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido e a Cortés que cuanto en el mundo hay (*HV*, 135).

Este episodio del encuentro entre doña Marina y su madre, la mujer que la había vendido como esclava y pretendido que se había muerto, substituyéndola con el cuerpo de una joven esclava que había muerto de enfermedad en esos días y que enterraron como si hubiese sido su hija, para que su hijo del segundo marido pudiese heredar, con el perdón de doña Marina de su vieja madre y de su hermanastro, es uno de los episodios que hacen amena y edificante la lectura de la obra de Bernal.

#### **4. El hundimiento de los navíos**

Sobre el episodio de los navíos de Cortés que se quedaron atravesados en el puerto de Veracruz ambos cronistas presentan interpretaciones muy distintas. Gómara nos presenta a Cortés que adrede hunde sus navíos para evitar que, en la víspera de su marcha para tomar Tenochtitlan, sus soldados se amotinen y se vuelvan a Cuba:

Propuso Cortés de ir a Méjico, y encubríalo a los soldados, porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que Tandilli con otros ponía, especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efecto lo era. Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, mandó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; a cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos; sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran y aun se amotinaran de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban para más navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos a él, estando con muchos, a se lo decir así, como que le daban cuenta dello, para que después no les echase culpa. Ellos lo hicieron así como él ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navíos no podían mas navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí más de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovechasen dellos lo que más pudiesen, y los dejasen hundir o dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así, dieron

luego al través en la costa con los mejores cinco navíos, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podían aprovechar. Dende a poco quedaron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y propósito de Cortés, y decían que les quería meter en el matadero. Él les aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver a Cuba en el navío que para eso quedaba; lo cual fue para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse dellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse a Cuba; mas eran marineros los medios, y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mismo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navío, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho a Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado, y cual convenía para su propósito, aunque perdía mucho en los navíos, y quedaba sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos destos hay, y aquellos son de grandes hombres, como fue Omich Barbaroja, del brazo cortado, que pocos años antes desto quebró siete galeotas y fustas por tomar a Bujía (*Gómara*, 324).

Bernal tiene una versión distinta, pues, en vez de hacerle a Cortés responsable de haber decidido quitarles a sus hombres la posibilidad de volverse a Cuba, nos presenta a los hombres fieles a Cortés que de común acuerdo le aconsejan dar con los navíos al través:

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por delante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos, y otros hobo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen embarazos, porque entre tanto que estábamos en la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados. Y demás desto, que terníamos mucha ayuda de los maestros y pilotos y marineros, que serían al pie de cien personas, e que mejor nos ayudarían a velar y a guerrear que no estar en el puerto. Y según entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagasen los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó a un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor, e gran amigo de Cortés y enemigo de Diego Velázquez, porque en la isla de Cuba no le dio buenos indios, que luego fuese a la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro tenían de que se pudiese aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen más de los bateles, e que los pilotos y maestros viejos y marineros que no eran para ir a la guerra que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado, y aunque no mucho. Y el Juan de Escalante lo hizo según y de la manera que le fue mandado, y luego se vino a Cempoal con una capitania

de hombres de la mar, que fueron de los que sacó de los navíos, y salieron algunos de ellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar a todos los caciques de la serranía de los pueblos, nuestros confederados y rebelados al gran Montezuma, y les dijo cómo habían de servir a los que quedaban en la Villa Rica, e acabar de hacer la iglesia y fortaleza y casas. Y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante y les dijo: “Éste es mi hermano.” E lo que les mandase que lo hiciesen; e que si hobiese menester favor y ayuda contra algunos indios mexicanos, que a él ocurriesen, que él iría en persona a les ayudar. Y todos los caciques se ofrescieron de buena voluntad de hacer lo que les mandase. Acuérdome que luego le sahumaron al Juan de Escalante con sus insencios, y aunque no quiso. Ya he dicho que era persona muy bastante para cualquier cargo, e amigo de Cortés, en aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por capitán, para que si algo enviase Diego Velázquez, que hobiere resistencia. Y dejalle he aquí y diré lo que pasó. Aquí es donde dice el coronista Gómara que cuando mandó Cortés barrenar los navíos que no lo osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Montezuma. No pasa como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho e guerras? También dice el mismo Gómara que Pedro de Ircio quedó por capitán en la Veracruz. No le informaron bien, que digo que Juan de Escalante fue el que quedó por capitán e alguacil mayor de la Nueva España, que aún al Pedro de Ircio no le habían dado cargo ninguno, ni aun de cuadrillero. Y había de ver lo que escribí y debiera tener empacho de hacer corónica contraria a la verdad, pues es la dicha cosa sagrada, la verdad (HV, 203-205).

En estos ejemplos hemos podido apreciar una diferencia entre dos importantes historiadores, a los que podríamos poner a la cabeza de dos escuelas de la historiografía moderna: los que escriben como testigos de vista, como Bernal, y los que escriben habiendo obtenido la información de segunda mano, como Gómara. No se debe inferir de esta distinción que sea necesariamente superior el cronista que escribe como testigo ocular, pues se entiende que la naturaleza humana puede involucrar cierta parcialidad que no podemos excluir *a priori*. En el caso de los navíos de Cortés, creo que la versión de Gómara, si no en los detalles, en la substancia sea más fiel a la verdad de los hechos. Digo esto por dos motivos:

- 1). El primer motivo de mi convicción se basa en una impresión personal que tengo que Hernán Cortés era hombre que decidía según lo que a él le parecía, desde el punto de vista militar, lo más práctico. Para este fin, la iniciativa, o el plan, debía tener una ejecución rápida y contar con el elemento de sorpresa. Lo que logra este plan es que nadie podrá abandonar el ejército e irse a Cuba y considerando que en el ejército de Cortés había una parcialidad numerosa a favor del gobernador de Cuba que ya con anterioridad había conspirado contra Cortés, se entiende que Cortés haya optado por una solución drástica, como es la de hacer barrenar los navíos.

2). El segundo motivo de mi interpretación a favor de la versión de Gómara es que Bernal ha escogido a este cronista como blanco de su crítica. El conquistador se pone frente al letrado que, como hombre renacentista, ama ver las armas y las letras que se hallan hermanadas para lograr hechos memorables, sin participar concretamente en ninguna acción militar, ni arriesgar su incolumidad física. Para Cortés la falta de Gómara ha sido la alabanza desmesurada para Cortés sin el reconocimiento de los soldados que le han llevado a la victoria, la gloria, la riqueza y el honor. ¿Cómo pudo Gómara, un cronista que escribe fiándose de fuentes de segunda mano, estar seguro de las intenciones de Hernán Cortés? Por el contrario, Bernal, que ha compartido con Cortés centenares de batallas y peligros, pudo saber lo que Cortés pensaba y planeaba. Una de las razones de su obra es mostrar a los lectores la diferencia entre un cronista que colecciona recuerdos y anécdotas de segunda mano y otro que dice la verdad porque se ha hallado en el lugar y el tiempo en que ese hecho se ha desenvuelto, perfectamente ubicado en la dimensión espacio-tiempo del cronista-testigo. Sin embargo, en este episodio Bernal, tan ocupado en mostrar la debilidad del cronista Gómara, ha descuidado la personalidad de Cortés, hombre de decisiones rápidas y sin escrúpulos, como podemos ver en el caso de la reconquista de Tenochtitlan, en que sorprende a los defensores de la capital azteca lanzando en la laguna de Texcoco los bergantines prefabricados en Tlaxcala.

## LO LITERARIO Y ARTÍSTICO EN LA HISTORIA VERDADERA

### 1. El tesoro de Moctezuma

Hemos visto que en el capítulo XXXIX Bernal describe el presente que Moctezuma le envía a Cortés, por intermedio de sus embajadores Teutlile y Quintalbor. Este presente consiste en dos grandes ruedas, una de oro macizo y otra de plata maciza, además del casco de un soldado lleno de pepitas de oro y otros objetos de oro y prendas de gran valor. Al final de la descripción detallada de este presente, Bernal se declara incapaz de hacerlo, en parte por el tiempo transcurrido y también por ser superior a su habilidad:

E fueron tantas cosas que, como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo. Y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropas de algodón, tan prima, y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchas colores, que por ser tantas, no quiero en ello meter más la pluma, porque no lo sabré escribir (*HV*, 143).

Cortés envía al emperador estos presentes, junto con otros, como lingotes de oro, obras forjadas de oro con piedras preciosas y plumas de aves de varios colores. Además de estos presentes, Cortés envía en dos barcos lo que se halló en la recámara de Moctezuma y de Cuauhtemoc. Es curioso el modo que Cortés sigue para designar el capitán de uno de los dos navíos que transportan el tesoro de Moctezuma. Su elección cae en Alonso de Ávila, un capitán que había reprochado a Cortés cuando éste había recompensado a los capitanes y oficiales de Narváez que se habían pasado a su bando durante la lucha desencadenada por el desembarque de esa armada enviada por el gobernador de Cuba contra Cortés. Bernal cuenta que Cortés había justificado su decisión porque los de Narváez, que él había derrotado, aún representaban una amenaza porque eran más del doble de los soldados de Cortés. Para alejarle del cuartel y darle menos oportunidad de criticarle, Cortés solía darle al Alonso de Ávila encargos importantes y, no bien el navío cargó con el tesoro de Moctezuma, Cortés ordenó a este capitán que se asumiera el cargo de llevarlo al emperador. En el otro navío, al mando del capitán Antonio de Quiñones, Cortés enviaba al emperador sus procuradores con las cartas en que se quejaba de la oposición del gobernador de Cuba y del obispo Fonseca. Llegado a las islas Azores, el otro capitán, Antonio de Quiñones que “se preciaba de muy valiente y enamorado,” en la isla Tercera había conocido a una mujer sobre la que tuvo “cierta cuistión y diéronle una cuchillada, de que murió, y quedó sólo Alonso de Ávila por capitán” (*HV*, 712). Al poco tiempo de zarpar de esta isla,

topa con ellos Juan Florín,<sup>152</sup> francés corsario, y toma el oro y navíos, y prende al Alonso de Ávila y lleve preso a Francia. Y también en aquella sazón robó el Juan Florín otro navío que venía de la isla de Santo Domingo y le tomó sobre veinte mil pesos de oro y gran cantidad de perlas y azúcar y cueros de vaca. Y con todo se volvió a Francia muy rico e hizo grandes presentes a su rey e al almirante de Francia de las cosas y piezas de oro que llevaba de la Nueva España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos a nuestro gran Emperador, y aun al mismo rey de Francia le tomaba cobdicia, más que otras veces, de tener parte en las islas y en esta Nueva España (*HV*, 712-713).

Bernal introduce al rey Francisco I, el gran adversario del emperador Carlos V, que se queja porque España y Portugal deben poseer el testamento de Adán, según el cual esos dos países se habían repartido el mundo, sin dejarle nada a Francia.<sup>153</sup> Eso,

---

<sup>152</sup> Es Jean Fleury, corsario francés de Francisco I de Francia, que murió ahorcado por los españoles.

<sup>153</sup> Carlos VIII, a fines del siglo XV, había invocado este documento como pretexto para negar la validez del tratado de Tordesillas, firmado por España y Portugal el 7 de junio de 1494 que consistía en

según Francisco I, le autorizaba a robar todo lo que pudiese alcanzar sobre el mar. La fecha recordada por Bernal de la partida de los dos navíos con el tesoro de Moctezuma era el 20 de diciembre de 1522. El corsario francés entregó a Alonso de Ávila a las autoridades francesas que le pusieron bajo guarda vigilada, pues creían que era persona de gran valor después de ver el tesoro que llevaba al emperador y esperaban obtener un buen rescate. Alonso de Ávila, para obtener su libertad, convenció a su guardián a enviar las cartas de Cortés al emperador y así obtuvo su libertad, siendo a su vuelta nombrado contador real en Yucatán. Notemos de paso que a los tres años de este suceso fue el propio rey Francisco I de Francia a caer prisionero en la batalla de Pavía y a ser llevado a España, donde transcurrió un tiempo en la prisión. Por lo que se refiere al corsario Fleury, no pasó mucho tiempo que, al volver de una de sus correrías con un rico botín, en vista de las Canarias, fue alcanzado por una flota española que destruyó su barco y le llevó preso a España donde fue ahorcado (*HV*, 713-714). Bernal prepara este episodio desde el momento en que los embajadores de Moctezuma llevan el presente. Cortés, que sabe que su posición pelagra por la oposición del gobernador de Cuba, espera la ocasión para hacerle un presente al emperador. Con la toma de Tenochtitlan puede reunir lo que se ha hallado en la recámara de los emperadores aztecas. Ahora es el momento anhelado de complacer al emperador y, al mismo tiempo, alejar a un rival peligroso, el capitán Alonso de Ávila. Pero el plan fracasa por la intervención del corsario francés. El tesoro terminó en manos del rey de Francia, el corsario francés terminó ahorcado por las autoridades españolas y el rey de Francia terminó prisionero de España. Aunque, por respeto a un monarca reinante, Bernal no se refiera a la prisión de Francisco I, su comentario es breve y tajante: “Y en esto paró nuestro oro y capitanes que lo llevaron y el Juan Florín que lo robó” (*HV*, 714).

## **2. Rodrigo Rangel, o la ambición de conquistar**

El capítulo CLXIX, que contiene la crítica contra el repartimiento que Cortés hizo, acaso el documento más vehemente contra Cortés escrito por Bernal, se cierra con un episodio que, en las intenciones de Bernal, aún mostrando un Cortés tiránico, adquiere un cariz cómico, por el personaje central del episodio, un Rodrigo Rangel, que fue a pedir con insistencia a Cortés que le diese un mando para conquistar, no habiendo tenido antes otra oportunidad de hacer conquistas en la tierra de los zapo-

---

aceptar que a la izquierda de una línea imaginaria de polo a polo, a unas cien leguas de las islas Azores y Cabo Verde, todo pertenecía a España y a la derecha de la misma línea todo pertenecía a Portugal, lo que permitió a este país colonizar la India.

tecas que habitaban en las sierras al oeste de Guatemala, hacia el océano Pacífico. Lo importante de este episodio es que en él Bernal desempeña un papel protagónico, pues el Rodrigo Rangel es un hombre tullido e incapaz para mandar la expedición y de buena gana le deja el mando a Bernal:

Y como el Rangel era muy porfiado y de su tierra de Cortés, que es Medellín, hóbole de conceder lo que pedía, e, según después supimos, Cortés lo hobo por bien envialle do se muriese, porque era de mala lengua e decía muchas malas palabras. Y escribió a Guazacualco el mismo Cortés a diez o doce que nombró en la carta que nos rogaba que fuésemos con el Rangel a le ayudar, y entre los soldados que mandó ir me nombró a mí, y fuimos todos los vecinos que Cortés nos escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los zapotecas y que los naturales dellos son gente muy ligeros e cenceños, y con unas voces y silbos que dan retumbaban todos los valles como a manera de ecos (HV, 811).

Es clara la intención literaria de este episodio, como contraparte cómica de un capítulo denso de resentimiento contra su jefe. Los elementos son característicos de la obra cómica, admisible sólo en una obra literaria, que es lo que Bernal logró con su *Historia verdadera*, una obra capital de la literatura. El personaje principal, Rodrigo Rangel, se describe como alguien “que no era para dalle ningún cargo, a causa que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas y muy flaco, y las zancas y piernas muy delgadas y todas llenas de llagas, cuerpo y cabeza abierta” y no presta atención a lo que Cortés le advierte sobre que “los indios zapotecas eran gente mala de domar, por las grandes y altas sierras adonde están poblados, y que no podían llevar caballos y que siempre hay neblinas y rocíos; y que los caminos eran angostos y resbalosos y que no pueden andar por ellos sino, a manera de decir, los pies que por ellos caminan adelante, junto a las cabezas de los que vienen atrás (entiéndanlo de la manera que aquí digo, que así es verdad, porque los que van arriba, los que vienen detrás, viene cabezas juntos con pies), y que no era cosa de ir a ellos, y que ya que fuesen, que habían de llevar soldados bien sueltos y rebustos y experimentados en las guerras” (HV, 811).

El realismo del episodio se destaca en las imágenes visuales y auditivas, con el lenguaje de silbos que retumban de valle en valle de los zapotecas,<sup>154</sup> con las ciénagas temblorosas y traicioneras, probablemente por los temblores frecuentes de esa región que se abre ante el conquistador contrahecho, como contraparte cómica del mismo Cortés, pero ansioso de mostrar su valor y de lograr una conquista. Desde luego ya podemos prever el fracaso, si no fuera por la participación de Bernal, a quien Rangel confía el mando en el momento de peligro:

<sup>154</sup> Véase sobre este tipo de lenguaje el estudio de Juan A. Hasler, *El lenguaje silbado y otros estudios de idioma*. Calí, Universidad del Valle, 2005, pp. 21-38.

Y luego, desde que fueron curados los soldados y ciertos caballos que también hirieron, demás de los siete que mataron, mandome a mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebrél muy bravo, que era del Rangel, y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros, y le dije que se quedase bien atrás con los de a caballo, y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo. E yendo por nuestro camino para el pueblo de Cimatán, que era en aquel tiempo bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas ni más ni menos que las pasadas, y tírannos a los que íbamos adelante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebrél. E si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me empendolaron siete flechas, que con el mucho algodón de las armas se detuvieron,<sup>155</sup> y todavía salí herido en una pierna, y a mis compañeros, a todos hirieron. Y entonces yo di voces a unos indios nuestros amigos que venían un poco atrás de socorro para que viniesen de presto los ballesteros y escopeteros y peones, y que a los de a caballo se quedasen atrás, porque allí no podían correr ni aprovecharse de los caballos y se los flecharían, y luego acudieron ansí como lo envié a decir, porque de antes, cuando yo me adelanté, ansí lo tenía concertado: que los de a caballo quedasen muy atrás y que todos los demás estuviesen muy prestos, en teniendo señal o mandado. Y como vinieron los ballesteros y escopeteros, les hicimos desembarazar las albarradas y se acogieron a unas grandes ciénagas que temblaban, y no había hombre que en ellas entrase que pudiese salir sino a gatas o con grande ayuda<sup>156</sup> (*HV*, 813-814).

Llegados a un pueblo, aprovechan para descansar y curar los heridos y Bernal aconseja prudencia, pues los indios suelen aprovechar las ciénagas para tender trampas, pero Rangel no presta atención y, al día siguiente, sale con la caballería a todo galope:

Otro día caminamos para ir al pueblo de Cimatán, y hay grandes sabanas llanas y en medio de las sabanas muy malísimas ciénagas, e en una dellas nos aguardaron; y fue un ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las sabanas, y propusieron<sup>157</sup> que los de a caballo, por cobdicia de los alcanzar y alancear, irían corriendo tras ellos a rienda suelta y atollarían en las ciénagas. Y ansí fue: como lo concertaron, lo hicieron, que por más que habíamos dicho y aconsejado al Rangel que mirase que había muchas ciénagas y que no corriese por aquellas sabanas a rienda suelta, que atollarían los caballos, y que suelen tener aquellos indios estas astucias y hechas saeteras y fuerzas junto a las ciénagas, no lo quiso creer. Y el primero que atolló en ellas fue el mismo Rangel y allí le mataron el caballo;

---

<sup>155</sup> Otra imagen que nos revela el artista que cuida los detalles: “empendolar” es un neologismo, derivado de “péndola,” flecha. Los españoles habían aprendido de los indios a usar el algodón para rellenar sus sayos y absorber, cubriendo con sayos algodónados, los impactos de las flechas. El resultado de las flechas que cuelgan inofensivas de la armadura acolchada de Bernal, es como un ornamento indio, que le hace parecer a un erizo lleno de espinas.

<sup>156</sup> Los zapotecas se encontraban en la región de Oaxaca que en la lengua local quiere decir “entre ciénagas”.

<sup>157</sup> Previeron, conjeturaron.

y si de presto no fuera socorrido, ya se habían echado en aquellas malas ciénagas muchos indios para le apañar y llevar vivo a sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenía en la cabeza (*HV*, 814).

Sentimos lástima por el conquistador contrahecho que quiere emular las gestas de Cortés o, acaso, del Cid Campeador, pero es imprudente, anticipando con su fijación de hacer alguna hazaña sin considerar la realidad que lo rodea, el Hidalgo manchego que protagonizará en tierras de Castilla sus sublimes desvaríos. Le toca a Bernal, no solamente protegerlo, sino darle aliciente para continuar la conquista emprendida, cuando se sentía descorazonado y quería volver al cuartel:

Y entonces el Rangel me llamó a mí aparte e a consejo, porque éramos muy amigos desde la isla de Cuba, y dijo de su mal de cabeza y que le aconsejaban los demás soldados que se volviese, y me declaró todo lo que había pasado; entonces le reprehendí su vuelta, y como nos conocíamos de cuatro años atrás de la isla de Cuba, le dije: “¿Cómo, señor? ¿Qué dirán de vuestra merced, estando junto al pueblo de Cimatán y quererse volver? Pues Cortés no lo terná a bien y maliciosos que os quieren mal os lo darán en cara, que la entrada de los zapotecas ni aquí no habéis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo como traéis tan buenos conquistadores, que son los de nuestra villa de Guazacualco. Pues por lo que toca a nuestra honra e a la de vuestra merced, yo y otros soldados somos en parecer que pasemos adelante, e yo iré con mis compañeros descubriendo ciénagas y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasaremos hasta la cabecera de Cimatán, y mi caballo dele vuestra merced a otro caballero que sepa bien menear la lanza e tener ánimo para mandalle, que yo no puedo servir en esto que aquí voy; y se vengan con los de a caballo algo atrás.” Y desde el Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba en el consejo y a grandes voces llamó a todos los soldados e dijo: “Ya es echada la suerte,<sup>158</sup> que ya hemos de ir adelante, que voto a tal, o descreo de tal (que siempre éste era su jurar y hablar), si Bernal Díaz del Castillo no me ha dicho la verdad y lo que a todos conviene” (*HV*, 815).

También este episodio cómico del capitán Rangel pertenece a la crítica contra Cortés, responsable de designar a veces a jefes incapaces.

---

<sup>158</sup> Nótese como Bernal continúa la vena cómica de este episodio haciéndole pronunciar al conquistador contrahecho la célebre frase de César cuando decidió pasar con sus legiones el río Rubicón y desafiar al senado romano, con lo cual comenzó la guerra civil que destruyó para siempre la república romana.

### 3. Las Siete Ciudades de Cíbola

Parece que el franciscano Marcos de Niza conoció alrededor de 1537 a Alvar Núñez Cabeza de Vaca que acababa de atravesar todo el continente norteamericano desde Florida a California. El ilustre sobreviviente de la expedición de Pánfilo de Narváez le mencionó una leyenda sobre Cíbola, un conjunto de pueblos fundado por siete obispos portugueses que huyeron de la invasión árabe. El franciscano, secuaz del monje visionario Joaquín de Fiore y ayudado por Estebanico, el esclavo liberado por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, recorrió el suroeste de Estados Unidos y el noroeste de México en busca de un lugar para asentar la nueva Jerusalén soñada por Joaquín de Fiore. Es muy probable que visitó los indios Pueblo. Hacia 1540, el virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, organizó una expedición encabezada por Francisco Vázquez Coronado para explorar y conquistar las siete ciudades de Cíbola. La expedición contaba con trescientos hombres, aliados indios y casi mil caballos, bueyes, ovejas y cerdos. Los indios describieron otro país fabuloso, Quivira. Durante dos años la expedición de Coronado exploró el suroeste de los Estados Unidos actuales, pero sin resultado. Al fin concluyó que los indios lo habían engañado y que el franciscano había dado crédito a falsas noticias. Vuelto a Méjico fray Marcos de Niza, que había nacido en Niza en 1495, llegó a ser prior de la Orden franciscana de esa ciudad y murió admirado y elogiado en 1557. Coronado abandonó en el oeste del actual Estados Unidos los caballos y el resto del ganado que, en las praderas americanas se reprodujeron de forma impresionante, retornando al estado salvaje. Hablando de don Antonio de Mendoza, el primer virrey de la Nueva España, Bernal, en el capítulo CXCVIII, recuerda que Mendoza fue el que contribuyó a organizar la expedición de Coronado:

Proveyó el Abdiencia Real, juntamente con el virrey, del poder que traía el de Torre a un hidalgo que se decía Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, y era muy íntimo amigo del visorrey, y todo se hizo de la manera que el Nuño de Guzmán quiso en la residencia que le tomaron. Este Francisco Vázquez Coronado fue desde a cierto tiempo por capitán a la conquista de Cíbola, que en aquel tiempo llamaban las Siete Cibdades, y dejó en su lugar en la gobernación de Jalisco a un Cristóbal de Oñate, persona de calidad, y el Francisco Vázquez era recién casado con una señora hija del tesorero Alonso de Estrada, y demás de ser llena de virtudes, era muy hermosa. Y como fue aquellas cibdades de la Cíbola, tuvo ganas de volver a la Nueva España e a su mujer. Y dijeron algunos soldados de los que fueron en su compañía que quiso remedar a Ulises, capitán greciano, que se hizo loco cuando estaba sobre Troya por venir a gozar de su mujer Penálope. Ansí hizo Francisco Vázquez Coronado, que dejó la conquista que llevaba y le dio ramo de locura y se volvió a México a su mujer. Y como se lo daban en cara de se haber vuelto de aquella manera, falleció dende a pocos días (*HV*, 974-975).

Bernal que habrá recogido las noticias que circulaban sobre Cíbola y se debe haber dado cuenta de su dimensión utópica, prefirió darle al episodio una vertiente humana con el jefe de la expedición—Francisco Vázquez Coronado—enamorado perdidamente de su hermosa mujer y fingirse loco para reunirse a ella en México. Bernal vuelve a escribir sobre Cíbola en el capítulo CCII, donde da más pormenores sobre la actividad de fray Marcos de Niza, sin especificar si había ido antes o junto con la expedición: “pareció ser que un fraile francisco que se dice fray Marcos de Niza había ido de antes a descubrir aquellas tierras, o fue en aquel viaje con el mismo Francisco Vázquez Coronado, que esto no lo sé bien” (*HV*, 997). Agrega Bernal que fray Marcos de Niza, después de ver la tierra de Cíbola creyó que:

Sería bien volver a la Nueva España, como luego vino, para dar relación al virrey don Antonio de Mendoza que enviase navíos por la costa del Sur con herraje y tiros y pólvora y ballestas y armas de todas maneras, y vino y aceite y bizcocho, porque le hizo relación que las tierras de Cíbola, que estaban en la comarca de la costa del sur, y que con los bastimentos y herraje serían ayudados el Francisco Vázquez y sus compañeros, que ya quedaban en aquella tierra. Y a esta causa envió los tres navíos que dicho tengo, y fue por capitán general un Hernando de Alarcón, maestresala que fue del mismo virrey; y asimismo fue por capitán de otro navío un hidalgo que se dice Marcos Ruiz de Rojas, natural de Madrid. Otras personas dijeron que había ido por capitán del otro navío un Hulano de Maldonado Portillo. Y porque yo no fui en aquella armada, mas de por oídas lo digo desta manera (*HV*, 997-998).

Bernal advierte que aquí no escribe como testigo, exhibiendo esa preocupación constante del cronista como testigo de vista que debe advertir cuando no lo es. Cuando leemos esta segunda parte que Bernal incluyó sobre Cíbola, comprendemos la razón de su inclusión. Comprendemos también el sentido de culpa de Coronado que, al desertar su gente, puso en peligro la vida de sus soldados y de los tripulantes de tres navíos enviados en su socorro.

## ENTRE DOS MUNDOS

Durante su estada en España, donde había ido por orden del emperador, y donde se le confirió a Cortés el título de Marqués del Valle, sus enemigos en la Nueva España lanzaron sus acusaciones. El conquistador se ve acusado de esconder el oro de la

recámara de Guatémuz.<sup>159</sup> Sus compañeros de armas, con Bernal a la cabeza, actúan en su defensa firmando una declaración en su defensa:

Y luego tras esto hobo otro embarazo, y fue que como le pusieron a Cortés la demanda que dicho tengo de la recámara de Guatémuz y del oro y plata que se hobo en México, muchos de los que éramos amigos de Cortés nos juntamos, con licencia de un alcalde ordinario, en casa de un García Holguín, y firmamos que no queríamos parte de aquellas demandas del oro ni de la recámara ni por nuestra parte fuese compelido Cortés a que pagase ninguna cosa dello, e decíamos que sabíamos cierto y claramente que lo enviaba a Su Majestad, y lo hobimos por bueno hacer aquel servicio a nuestro rey y señor. Y desde que el presidente y los oidores vieron que dimos peticiones sobre ello, nos mandan prender a todos diciendo que sin su licencia no nos habíamos de juntar ni firmar cosa ninguna. Y desde que vieron la licencia del alcalde, puesto que nos desterraron de México cinco leguas, luego nos le alzaron, y todavía lo resecebíamos por grandes molestias y agravios (*HV*, 962).

A su vuelta a la Nueva España, a pesar de recibir homenajes, Bernal observa que Cortés ya no gozaba de la admiración de antes. Cortés decide tomar posesión de su tierra y sentar sus reales en Cuernavaca, al sureste de Tenochtitlan.

Como había mucho tiempo que Cortés estaba en Castilla [donde había llegado en el mes de diciembre de 1527 (*HV*, 946)], e ya casado, como dicho tengo,<sup>160</sup> y con título de marqués y capitán general de la Nueva España y de la mar del Sur, tuvo gran deseo de se volver a la Nueva España, a su casa y estado de marquesado, e tomar posesión en su marquesado.<sup>161</sup> E como supo que estaban en el estado que he dicho las cosas en México, se dio prisa e se embarcó con toda su casa en ciertos navíos y, con buen tiempo que le hizo en la mar, llegó al puerto de la Veracruz, y se le hizo resecebimiento, y luego se fue por las villas de su marquesado. Y llegado a México se le hizo otro resecebimiento; mas no tanto como solía (...). Y desde esto pasó, de ahí a pocos días se fue desde México a una villa de su marquesado que se dice Cuernavaca, y llevó a la marquesa e hizo allí su asiento, que nunca más lo trujo a la cibdad de México. Y demás desto, como dejó capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, de gloriosa memoria, y con los del Real Consejo de Indias que había de enviar armadas por la mar del Sur a descubrir islas y tierras, y todo a su costa, comenzó hacer navíos en un puerto de una su villa que era en aquel tiempo del marquesado que se dice Teguantepeque, y en otros puertos de Zacatula y Acapulco. Y las armadas que envió diré adelante, que nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino todo se le tornaba espinas (*HV*, 975-978).

<sup>159</sup> Quauhtémoc en Sahagún (*Vocabulario*, 450); Cuahtemoc en Clavijero, 598.

<sup>160</sup> Casóse con doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar.

<sup>161</sup> Cortés había pedido la gobernación de la Nueva España, más el emperador le hizo saber que debía satisfacerse con los honores y el título de Marqués del Valle, en la region que comprendía desde Cuernavaca [Cuauhnáhuac], con autoridad que se extendía hasta Zacatula y Acapulco (*HV*, 952-953; 977).

Vuelto a España, ofrece sus servicios al emperador en la campaña de Argel, pero la expedición, medio destruida por una tempestad, volvió a España sin haber logrado sus objetivos. Cortés, que corrió peligro de perder la vida, vuelve enfermo y deseoso de ver, por última vez, la Nueva España, conquistada por él, pero, al poco tiempo, muere en Castilleja de la Cuesta:

Y como el marqués estaba ya muy cansado, así de estar en Castilla en la corte y haber venido por Bujía [en África del norte], deshecho e quebrantado del viaje ya por mi dicho, deseaba en gran manera volver a la Nueva España si le dieran licencia. Y como había enviado a México por su hija la mayor, que se decía doña María Cortés, que tenía concertado de la casar con don Álvaro Pérez Osorio, hijo del marqués de Astorga y heredero del marquesado, y le había prometido sobre cien mil ducados de oro en casamiento y otras muchas cosas de vestidos y joyas, vino a recibilla a Sevilla. Y este casamiento se desconcertó, según dijeron muchos caballeros, por culpa del don Álvaro Pérez Osorio, de lo cual el marqués rescibió tan grande enojo, que de calenturas y cámaras,<sup>162</sup> que tuvo recias, estuvo muy al cabo. Y andando con sus dolencias, que siempre iba empeorando, acordó de salirse de Sevilla por quitarse de muchas personas que le visitaban y le importunaban en negocios, y se fue a Castilleja de la Cuesta para allí entender en su ánima y ordenar su testamento. Y después que lo hobo ordenado como convenía y haber rescebido los santos sacramentos, fue Nuestro Señor Jesucristo servido llevarle desta trabajosa vida, y murió en dos días del mes de diciembre de mil y quinientos y cuarenta y siete años. Y llevóse su cuerpo a enterrar con gran pompa e mucha clerecía e gran sentimiento de muchos caballeros de Sevilla, e fue enterrado en la capilla de los duques de Medinacedonia; y después fueron traídos sus huesos a la Nueva España, y están en un sepulcro en Cuyucacán o en Tezcuco, esto no lo sé bien, porque así lo mandó en su testamento (*HV*, 1005-1006).

Hasta la muerte de Cortés, su soldado fiel e historiador de sus hazañas y de algunos errores, le ha seguido en una trayectoria extraordinaria en la que la realidad a menudo supera la ficción, desde la salida de La Habana en 1519 hasta la muerte en Castilleja de la Cuesta. Hemos visto que, no obstante Bernal profese gran admiración por Cortés, comparte el dicho atribuido a Aristóteles *Amicus Plato, sed magis amica veritas* [Platón es mi amigo, pero la verdad es más amiga]. Por ello Bernal nos ha dejado una obra maestra en la que historia y literatura contribuyen a hacer su lectura amena y apasionante.

---

<sup>162</sup> Diarreas.

## EL LEGADO DE BERNAL COMO HISTORIADOR

En el capítulo CCXII Bernal consigna el interés por su obra por parte de dos licenciados. Aunque el estilo y el tono de este capítulo haría pensar que es el conclusivo, con el que el autor consigna su obra al juicio de la posteridad, por el contrario, no es el último de la obra. Hay tres más, el CCXIIbis, sobre la profecía de la venida de los españoles, con guerras y pestilencias, el CCXIII, sobre la tradición de la esclavitud en la Nueva España antes de la venida de los españoles y sobre la manera de herrar los esclavos y, la parte más original y polémica, con la admisión de la responsabilidad de Pedro de Alvarado en la matanza de la aristocracia azteca durante la fiesta de Huitzilopochtli, dios de la fertilidad, matanza con la que se desencadenó la guerra de Tenochtitlan, que terminó con la derrota de Cortés y la huida de los sobrevivientes de la ciudad, como veremos en su lugar. El capítulo CCXIV es el último de la obra y trata de los gobernadores de la Nueva España, hasta el año de 1568.

El capítulo CCXII, sobre el interés de dos licenciados por su obra tiene un doble propósito: uno, el de obtener la aprobación de la clase culta que puede hacer de la obra de Bernal un libro de interés que pueda resultar en beneficio económico para el autor y sus descendientes; el otro, el de justificar la verdad de su contenido y de su método. Ambos temas, el de la fama y el de la verdad, ya se enuncian en el párrafo introductorio:

Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos licenciados que se la emprestase por dos días para saber muy por estenso las cosas que pasamos en la conquista de México y Nueva España y ver en qué diferían lo que tienen escrito los coronistas Gómara y el doctor Illescas acerca de los heroicos hechos y hazañas que hecimos en compañía del valeroso marqués Cortés; e yo les presté un borrador. Pareciome que de varones sabios siempre se pega algo de su sciencia a los sin letras como yo soy; y les dije que no enmendasen cosa ninguna, porque todo lo que escribo es verdadero (*HV*, 1066-1068).

Esta profesión de modestia implica un juicio de mérito, según el cual Bernal, que se profesa “sin letras,” afirma que ha logrado alcanzar la habilidad para decir la verdad, aprendiéndola de “varones sabios,” lo cual es, según el conquistador cronista, lo esencial en un historiador. Tan es así que, en el mismo párrafo con el que nos informa del interés de los dos licenciados, logra incluir la comparación con ilustres antecedentes como López de Gómara e Illescas que han escrito sobre la conquista de México. Con fina ironía, Bernal, aun admitiendo su falta de letras, urge a los dos licenciados que no aporten correcciones, pues lo que él ha escrito es la verdad. ¿Im-

plica esta aserción un juicio negativo con respecto a letrados que, a pesar de “tener letras,” no saben, o no pueden decir la verdad, acostumbrados a perderse en las espirales de la retórica y de las convenciones académicas y cortesanas? Creo que este primer párrafo, escrito con estilo directo y con la clara convicción de haber sido testigo ocular de los hechos que describe, se explica por sí mismo. Más adelante, Bernal aclara la cronología de los hechos relatados en su obra con el estilo, gobernado por “nuestro común hablar de Castilla la Vieja”:

Y desde que lo hobieron visto y leído, dijo uno dellos, que era muy retórico e tal presunción tiene de sí mismo, después de la sublimar y alabar la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa ninguna de todo lo que pasamos desde venimos a la Nueva España, desde el año de diez y siete hasta al de sesenta y ocho, y dijo que, cuanto a la retórica, que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni policia dorada, que suelen poner los que han escripto, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo bien hablar. Y que le paresce que me alabo mucho en lo de las batallas y guerras que me hallé y servicios que he hecho a Su Majestad, y que otras personas lo habían de decir, que no yo. Y también que para dar más crédito a lo que escribo diese testigos, como suelen poner y alegar los coronistas, que aprueban con otros libros de cosas pasadas lo que dello han dicho otras personas que lo vieron, e no decir secamente “esto hice” o “tal me acaeció”, porque yo no soy testigo de mi mesmo (*HV*, 1069).

Bernal plantea dos problemas; primero el del método del cronista testigo de vista y, segundo, el del estilo que según él debe seguir la tradición de “nuestro común hablar de Castilla la Vieja.” Con esta base se apresta a contestar en relación a la verdad de su obra, fiel trasunto de una hazaña colectiva, la de Cortés con sus soldados. Bernal cita sus testigos: Hernán Cortés, las cartas del Emperador recomendándole para que se le trate según merece por sus servicios excepcionales. Sobre este tema de la apreciación por parte de Cortés, Bernal hace algunas objeciones a su famoso general, pues, según él, no tuvo la delicadeza de reconocer los sacrificios de sus compañeros, al punto que fue necesario que Bernal tomase la pluma en su defensa:

Si yo quitase su honor y estado a otros valerosos soldados que se hallaron en las mismas guerras y lo atribuyese a mi persona, mal hecho sería y ternían razón de ser reprehendido; mas si digo la verdad y lo atestigua Su Majestad y su virrey, el marqués [Cortés] y testigos y probanzas, y la misma relación da testimonio dello ¿por qué no lo diré? Y aun con letras de oro había de estar escripto. ¿Quisieran que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto? Y ¿quísolo escribir Gómara ni Illescas ni Cortés cuando escribía a Su Majestad? Lo que veo destes escriptos en sus corónicas solamente es en alabanza de Cortés, y

callan y encubren nuestras ilustres e famosas hazañas, con las cuales ensalzamos al mismo capitán en ser marqués y tener la mucha renta y fama y nombradía que tiene. Y esto que escribieron es que ni se hallaron presentes en la Nueva España; y sin tener verdadera relación ¿cómo lo podían escribir sino a sabor de su paladar, sin ir errados, salvo que en las pláticas que tomaron del mismo marqués? Y esto digo, que cuando Cortés, a los principios, escribía a Su Majestad, siempre por tinta le salían perlas y oro de la pluma, y todo en su loor, y no de nuestros valerosos soldados. ¿Quiérenlo ver? Miren a quién eligieron su historia sino a su hijo, el heredero del marquesado. Puesto que don Hernando Cortés en todo fue muy valeroso y esforzado capitán, y puede ser contado entre los muy nombrados que habido en el mundo de aquellos tiempos, ¿no habían de considerar los coronistas que también nos habían de entremeter e hacer relación en sus historias de nuestros esforzados soldados, y no dejarnos a todos en blanco, como quedáramos si yo no metiera la mano en recitar y dar a cada uno su prez y honra? (*HV*, 1073-1074).

Bernal decide poner al final de este capítulo lo que sin duda es la prueba indiscutible de la validez de su relato, o sea, las batallas en que él participó y en las que fueron muertos y heridos capitanes y soldados que él mismo conocía: más de doscientas, entre escaramuzas y batallas, donde murieron un total de más de mil cien españoles y de más de mil cien españoles heridos (*HV*, 1076-1081). Curiosamente, Bernal no menciona los aliados indios muertos, ni los enemigos aztecas que murieron, pero, según sus mismas referencias podemos, con un cálculo prudente, evaluar las bajas mejicanas, en hombres, mujeres y niños, en el orden de una proporción de cien mexicanos por cada español herido o muerto, lo cual daría aproximadamente un total de unas 220.000 bajas mexicanas.

Con referencia a los capítulos CCXIII y CCXIV, con los que se cierra la obra, el editor Serés advierte que sólo se encuentran en el manuscrito de Guatemala, cuyo ejemplar “fue empeorando progresivamente, antes de su restauración en los años cincuenta” (*HV*, 1088, n. 1). De ambos capítulos, el editor juzga que “tienen todas las trazas de ser una especie de apéndices que Bernal redactaría a petición de alguien o movido por el prurito de exhaustividad que le caracteriza” (*HV*, 1088, n. 1). Estaría de acuerdo con este juicio del editor de esta magnífica edición, por lo que se refiere al capítulo CCXIV, con la larga lista de gobernadores de la Nueva España hasta el año 1568, pero difiero en la evaluación del capítulo CCXIII, sin quitarle méritos al editor Serés, porque creo que Bernal se percató que faltaba algo esencial a su historia, verdadero monumento historiográfico del que él estaba ya satisfecho, o sea el relato de las causas de la peor derrota sufrida por Cortés durante la conquista de la Nueva España, la que los historiadores han dado en llamar metafóricamente “la noche triste.” Tanto Sahagún, como Torquemada, nos han dejado el relato azteca de esa guerra, un relato que no se encuentra en Cortés, ni en Gómara y faltaba en Bernal, hasta la

redacción de este capítulo que, bajo un encabezamiento que se refiere a esclavos y herrajes,<sup>163</sup> contiene la explicación de la tragedia que dejó miles de muertos, incluyendo ancianos, mujeres y niños y destruyó Tenochtitlan con sus tesoros artísticos. Es probablemente este capítulo el que le hizo decir a fray Juan de Torquemada, cuando conoció a Bernal Díaz del Castillo, que era hombre que decía la verdad. Aduce Bernal, como la ocasión que le motivó a escribir el capítulo CCXIII, el pedido de algunos religiosos sobre la justificación de hacer esclavos en la Nueva España:

Hanme rogado ciertos religiosos que le dijese y declarase por qué causa se herraron muchos indios por esclavos en toda la Nueva España (*HV*, 1088).

La razón dada por Bernal fue la guerra que acabamos de mencionar, pero el relato de las causas de la guerra es mucho más completo y detallado de una simple referencia e indica la responsabilidad moral de la matanza y de la guerra en la decisión injustificada del gobernador de Cuba de enviar a Pánfilo de Narváez con una armada contra Cortés y, como consecuencia, la acción injustificada de Pedro de Alvarado de eliminar la aristocracia azteca y el autor se dirige a sus lectores, ya no sólo a los religiosos que habían pedido la explicación:

E para que esto bien se entienda, sepan los curiosos lectores que fue desta manera: que Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, envió una armada contra nosotros, y en ella por capitán a uno que se decía Pánfilo de Narváez, y trujo sobre mil y treientos soldados, y entre ellos fueron noventa de a caballo y noventa espingarderos, porque espingardas se llamaban en aquel tiempo, y ochenta balles-teros. E venía a nos prender y tomar la tierra por Diego Velázquez, lo cual tengo ya escrito en mi relación en el capítulo que de ello habla, y conviene que agora lo refiera otra vez para que bien se entienda.<sup>164</sup> Pues volviendo a mi materia, desde que supo nuestro capitán Cortés y todos nuestros soldados de la manera que venía Narváez furioso y de las palabras descomedidas que contra nosotros decía, acordamos de salir de México a nos ver con él docientos y sesenta y seis soldados a procurar de le desbaratar antes que él nos prendiese. Y porque en aquella sazón teníamos preso al gran Montezuma, señor de México, dejamos en su guarda a un capitán, ya otras veces por mí nombrado, que se decía Pedro de Alvarado, con el cual le dejamos en su compañía ochenta soldados, que nos pareció que algunos dellos eran sospechosos de que no terníamos de ellos ayuda, por haber sido amigos del Diego Velázquez, e nos serían contrarios. Y entretanto que fuimos contra el Narváez, se alzó la cibdad de México y sus sujetos. Y quiero decir las causas y razones que

<sup>163</sup> Véase “Capítulo CCXIII: Por qué causa en esta Nueva España se herraron muchos indios e indias por esclavos, y la declaración que sobre ello hay” (*HV*, 1088).

<sup>164</sup> Véase el capítulo CXXIV, ya comentado, en que Bernal anticipa los efectos de la acción irresponsable de Alvarado, al describir a los mensajeros aztecas que lloran ante Cortés.

el gran Montezuma daba porque se rebelaron, y fueron verdaderas así como lo dijo. Porque según parece en aquel tiempo tenían los mexicanos por costumbre de hacer gran fiesta a sus ídolos, que se decían Huichilobos y Tezcatepuca. Y para hacerles regocijos y danzas y salir con sus riquezas de joyas de oro y penachos, como solían danzar, demandó licencia el gran Montezuma al Pedro de Alvarado, y él se la dio con muestras de buena voluntad. Y desde que vido que estaban bailando y cantando todos los más caciques de aquella cibdad e otros principales que habían venido de otras partes a ver aquellas danzas, salió de repente el Pedro de Alvarado de su aposento con todos sus ochenta soldados bien armados y dio en los caciques estando bailando en el patio principal del cu mayor, y mató y hirió ciertos dellos, habiéndole demandado licencia para ello. Y desde esto vio el gran Montezuma y sus principales, hobo muy grande enojo de cosa tan mala y fea, y luego en aquel estante le dieron guerra (...), después que hobimos preso al Narváez volvimos a México a le socorrer al Alvarado, y Cortés supo cómo le había demandado licencia el gran Montezuma al Pedro de Alvarado para hacer aquel areito y fiesta. Y desde vido aquel de [Alvarado] se lo riñó muy malamente con palabras desabridas, y también se lo dijo un capitán que se decía Alonso de Ávila, muchas veces por mí ya nombrado, que estaba muy mal con el Pedro de Alvarado, que siempre quedaría mala memoria en esta Nueva España de haber hecho aquella cosa tan mala. A lo cual el Pedro de Alvarado dio por descargo, con juramento que sobre ello hizo, que supo muy ciertamente de tres papas y principales y de otros caciques que estaban en compañía del gran Motezuma que aquella fiesta que hacían a su Huchilobos, que era el dios de la guerra, que fue porque les diese vitoria contra él y sus soldados y sacar de prisión al Mutezuma, y después dar guerras a los que venían con Narváez y a los que quedásemos vivos de Cortés. Y porque supo de cierto que le habían de dar otro día guerra, se adelantó primero a dar en ellos, porque estuviesen medrosos y tuviesen que curar en las heridas que les dieron (*HV*, 1088-1090).

La explicación de Bernal es bastante detallada, al punto que nos quiere convencer que entre Alvarado, que aduce como justificación de su ataque nada más que vagos rumores y suposiciones de dudosos testigos y Moctezuma, que puede reclamar su justificada indignación contra el ataque alevoso y traicionero del que han sido víctimas los representantes de la nobleza azteca, sabiendo que el capitán español estaría atraído por la posibilidad de un rico rescate de joyas y esclavos, Bernal cree que el que dice la verdad es Moctezuma. La guerra de Tenochtitlan es de legítima defensa contra otro genocidio y Moctezuma no tiene alternativa. También Cortés se muestra entristecido y enojado con su capitán, al que reprocha su conducta, sobre todo después que Moctezuma le había pedido licencia para celebrar la fiesta como de costumbre y él se lo había concedido. En vez de una acción noble y bondadosa, Alvarado dio la impresión de querer engañar al monarca azteca y atraer a su gente en una trampa mortal. El daño material y moral que esta acción ocasionó se expresa en las palabras de Alonso de Ávila, referidas al mal recuerdo que la masacre dejaría entre los aztecas. La consecuencia inmediata de la reacción azteca es, además de la

muerte de Moctezuma, que hasta ese momento representaba la convivencia entre españoles y aztecas, una guerra sin cuartel que transformará una ciudad monumental y floreciente, rica en mercados y herencia cultural, con una población de artesanos, artistas y poetas, en un montón de escombros, sembrados por el olor de la muerte y la descomposición. Se acerca el momento en que Cortés deberá reconocer la derrota, impuesta por una superioridad numérica y desesperada sobre un reducido número de guerreros, otras veces heroicos por su convicción de luchar por Dios y por el emperador, pero que en esta instancia no son más que bandoleros entregados a la presa codiciosa de su mal ganado botín:

Y otro día después que hobimos llegado, nos dieron los mexicanos tantos combates y sangrientas guerras, que de los mil y treientos soldados que entramos, en ocho días nos mataron y sacrificaron y comieron sobre ochocientos y setenta e dos españoles, ansí de los que pasamos con Cortés como de los que trujo Narváez, y también sacrificaron y comieron sobre mil taxcaltecas. Y esto fue en la misma cibdad y sus calzadas y puentes, y en una batalla campal, que en esta tierra llamamos la de Otumba, y escapamos de aquella derrota cuatrocientos y cuarenta soldados y veinte y dos caballos. Y si no saliéramos huyendo a medianoche, allá quedaríamos todos; y esos que salimos, muy mal heridos. Y con el ayuda de Dios, que nos favoreció, con mucho trabajo nos fuimos a socorrer a Taxcala, que nos rescibieron como buenos y leales amigos (*HV*, 1091).

Derrotados, hambrientos y sedientos, los sobrevivientes, que han sido reducidos a una tercera parte de la fuerza original, la mayoría heridos, algunos de gravedad, se refugian en Tlaxcala, ciudad enemiga de los aztecas y aliada de los españoles que le ofrece amparo, un lugar para reponerse de las heridas y recobrar sus fuerzas. Gradualmente los españoles se reponen y reciben refuerzos de Cuba y de otras islas del mar Caribe:

Y desde a cinco meses tuvimos ciertas ayudas de soldados, que vinieron en tres veces navíos con capitanes que envió un don Francisco de Garay desde la isla de Jamaica al río de Pánuco para ayudar a una su armada. Y dende a tres meses tuvimos otras ayudas de otros dos navíos que vinieron de Cuba, en que venían veinte e tantos soldados y caballos que enviaba el Diego Velázquez a favor de su capitán Pánfilo de Narváez, creyendo que nos había ya desbaratado e preso (*HV*, 1091).

Terminada la guerra y reorganizado su ejército, Cortés debió pensar en sus hombres, los que habían sobrevivido y lo habían seguido fielmente hasta la victoria final. La encomienda y el repartimiento eran los instrumentos legales aprobados por la corona, dentro de ciertas condiciones. Para los conquistadores encomenderos, la ne-

cesidad de tener esclavos que trabajasen los campos era esencial. La larga relación sobre la guerra de Tenochtitlan debería haber servido como el antecedente para explicar la situación de los esclavos en tiempos de la conquista de la Nueva España en general y, en particular después de lo que podríamos considerar como la reconquista de Tenochtitlan:

Y como teníamos las ayudas y navíos por mí ya dichos, y con oro que se hobo en la salida de México, acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que hiciésemos relación de todas nuestras conquistas a la real Abdiencia y frailes jerónimos que estaban por gobernadores en la isla de Santo Domingo. Y para ello enviamos dos embajadores, personas de calidad, que se decían el capitán Alonso de Ávila y un Francisco Álvarez Chico, que era hombre de negocios, y les enviamos a suplicar, atento a las relaciones ya por mí dichas y de las guerras que nos dieron, diesen licencia para que de los indios mexicanos y naturales de los pueblos que se habían alzado y muerto españoles que si los tornásemos a requerir tres veces que vengan de paz; y que si no quisiesen venir y diesen guerra, que les pudiésemos hacer esclavos y echar un hierro en la cara, que fue G como ésta. Y lo que sobre ello proveyeron la Real Abdiencia y los frailes jerónimos fue dar la licencia conforme a una provisión, con ciertos capítulos, de la orden que se había de tener para les echar el hierro por esclavos; y de la misma manera que nos fue enviado a mandar por su provisión, se herraron en la Nueva España. Y demás desto que dicho tengo, la misma Real Abdiencia y frailes jerónimos lo enviaron a hacer saber a Su Majestad cuando estaba en Flandes, y lo dio por bien hecho, y los de su Real Consejo de Indias enviaron otra provisión sobre ello (*HV*, 1091-1092).

La reconquista de Tenochtitlan, con la muerte de más españoles de los que habían muerto hasta entonces en todas las batallas y guerras de conquista del Nuevo Mundo para que el Nuevo Occidente viera la luz, justificó, a los ojos de las autoridades españolas que debían decidir sobre esclavos, la licencia para esclavizar, de acuerdo a los límites legales impuestos por las mismas autoridades, esto es, que se leyera el requerimiento tres veces, y que los que se sometieran con la fuerza de las armas fueran naturales, o sea nativos de la Nueva España, que se habían rebelado a la corona, causando la muerte de tantos españoles. Otro punto importante de este informe de Bernal para los religiosos fue la noción que los aztecas, los mayas y las otras tribus con las que los españoles habían entrado en contacto, tenían esclavos y que en los mercados compraban y vendían esclavos y que, según Bernal y sus compañeros conquistadores, este antecedente podría justificar que los conquistadores practicasen la misma costumbre:

También quiero traer aquí a la memoria cómo desde ahí a obra de un año enviamos desde México nuestros embajadores a Castilla, y se hizo relación a Su Majestad cómo antes que viniésemos con Cortés a la Nueva España, y aun en aquella

sazón, que los indios y caciques, comúnmente, tenían cantidad de indios y indias por esclavos, y que los vendían y contrataban con ellos como se contrata cualquier mercadería, y andaban indios mercaderes de plaza en plaza y de mercado en mercado vendiéndolos y trocándolos a oro y mantas y cacao, y que traían sobre quince o veinte juntos a vender atados con colleras y cordeles muy peor que los portugueses traen los negros de Guinea.<sup>165</sup> Y de todo esto llevaron nuestros embajadores probanzas de fe y de creer, y por testigos ciertos indios mexicanos. Y con aquellos recaudos enviamos a suplicar a Su Majestad que nos hiciese merced de nos dar licencia que por tributo nos los diesen y les pudiésemos comprar por nuestro rescate, según y de la manera que los indios los vendían y compraban; y Su Majestad fue servido de hacernos merced dello y mandó señalar personas que fuesen de confianza y suficientes para tener el hierro con que se habían de herrar (HV, 1092-1093).

Es otro aspecto que refleja la herencia cultural, política y social de la Reconquista, a la que se remonta Bernal, como recordamos, al comienzo de su obra, cuando, en el primer capítulo, relaciona su servicio militar a la tradición de su familia, recordando que “como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos, don Hernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos” (HV, 16). Ahora, a fines de su obra, vuelve la mirada y el recuerdo a ese momento en que llegó a América, desde Castilla, en el año de 1514, para servir a su rey y, habiendo logrado la concesión de una encomienda en Coatzacoalcos, reafirma la tradición legal del conquistador, pues la encomienda sin los esclavos que la trabajen no podrá perdurar y se desvanecerá la honra del conquistador que consiste en la facultad de asegurar la continuidad de ese honor ganado en el campo de batalla a los hijos.<sup>166</sup> El editor Serés afirma que el principio legal de la conquista y del conquistador se relaciona con el *ius gentium* y el *iusnaturalismo* del derecho medieval, especialmente las *Partidas* alfonsíes.<sup>167</sup> Bernal describe en detalle hasta el hierro usado para herrar los esclavos y cómo eso dio lugar a muchos abusos hasta que se le confió el hierro a él, Bernal:

Y después que hobieron traído a la Nueva España e a México la real provisión que sobre ello Su Majestad mandaba, se ordenó que para que no hobiera engaño ninguno en el herrar, que tuviese el hierro un alcalde y un regidor, el más antiguo, y

<sup>165</sup> Véase para el tráfico portugués de esclavos desde África a América y la persistencia de la esclavitud en el nuevo Occidente, González Rovira, Javier, *Del color de los etiopes*, Barcelona, edición del autor, 1996; Jouve Martín, José Ramón, *Esclavos de la ciudad letrada: esclavos, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)* Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2005.

<sup>166</sup> Véase Luis Alberto Sánchez, *América precolombina, descubrimiento y colonización*, Madrid, EDAF, 1975.

<sup>167</sup> Véase Guillermo Serés, “Ficción y legalidad en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo”, en *Literatura Iberoamericana y Tradición Clásica*, eds., J.V. Bañuls, J. Sánchez Méndez y J. Sanmartín, Valencia, Universidad Autónoma de Barcelona y Universidad de Valencia, 1999, pp. 407-417.

un beneficiado que en aquel tiempo hobiese, de cualquier cibdad o villa, y que fuesen personas de buena conciencia. Y el hierro que entonces se hizo para herrar a los esclavos que habían de rescate era una R como ésta (...), y después que salimos de México e fuimos con Cortés al cabo de Honduras, que así se llaman en esta tierra, y tardamos en ir y volver a México dos años y tres meses, que estuvimos conquistando e trayendo de paz aquellas provincias, en aquel tiempo que estuvimos ausentes hobo en la Nueva España tantas sinjusticias y revueltas y escándalos entre los que dejó Cortés por sus tenientes de gobernadores, que no tenían cuidado si se herraban los indios con justo título o con malo, sino entender de sus bandos y intereses (...). Y fue tanta la disolución que sobre esto hobo, que los primeros que en la Nueva España quebramos el hierro del rescate fue en la villa de Guazacualco,<sup>168</sup> donde en aquel tiempo era yo vecino, porque cuando esto pasó había más de un año que había vuelto a aquella villa de la jornada que hecimos con Cortés; y como regidor más antiguo y persona de confianza me entregaron el hierro para que le tuviese yo y un beneficiado de aquella villa que se decía Benito López (*HV*, 1093-1094).

Durante más de dos años, o sea, el tiempo que había transcurrido durante la expedición a Honduras, en que Cortés estuvo ausente de México, el país, gobernado por los lugartenientes de Cortés, entró en un período de anarquía en que el herrar los indios se hacía de forma arbitraria y sin observar ninguna ley. Ante esa situación, que él encuentra a su vuelta de Honduras, cuando vuelve a Cotzacoalcos, Bernal decide destruir el hierro con el que se marcaban los indios destinados a la esclavitud:

Y como vimos que la provincia se disminuía y las cautelas que los caciques y algunos encomenderos traían para que les herrásemos los indios por esclavos, no lo siendo, muy secretamente quebramos el hierro sin dar parte dello al alcalde mayor ni al cabildo, y en posta hicimos mensajero a México al presidente don Sebastián Ramírez, obispo que entonces era de Santo Domingo, que fue muy buen presidente y reto y de buena vida. Y le hicimos sabidor cómo le quebramos el hierro y le suplicamos, por vía de buen consejo, que luego expresamente mandase que no se herrasen más esclavos en toda la Nueva España (*HV*, 1094).

El obispo se convence que el consejo de Bernal es lo justo y junto con la Real Audiencia ordena que no se hierren más los indios en todo el territorio del Nuevo Occidente, o sea, la Nueva España, Jalisco, Tabasco, Yucatán y Guatemala. Pero los encomenderos se resienten de esta prohibición que le quitaba la libertad de esclavizar indios sin límites, ni controles y atacan a Bernal, llegando a amenazarle:

Y como hay hombres que no tienen aquel celo que son obligados a tener, así para el servicio de Dios como al de Su Majestad, y no mirando el mal que se hacía

---

<sup>168</sup> Cotzacoalcos en Clavijero.

en herrar indios libres por esclavos, desde alcanzaron a saber en nuestra villa de Guazacualco que yo y el beneficiado Benito López, mi compañero, quebramos el hierro, y decían que por nuestra causa les quitamos que no gozasen de las mercedes que Su Majestad nos había hecho; y mas decían, que éramos malos republicanos y que no ayudábamos a la villa y que merecíamos ser apedreados (*HV*, 1094-1095).

Pero tanto el obispo como la Real Audiencia, sabiendo la buena labor hecha por Bernal y Benito López, los nombran inspectores de las villas de Coatzacoalcos y Tabasco, que vigilen que el tratamiento de los indios se mantenga dentro de la ley. El capítulo siguiente, el CCXIV, es el último, pero, siendo una lista de los gobernadores de la Nueva España hasta el año de 1568, no tiene el mismo interés del capítulo anterior, con el que Bernal ha querido aclarar la causa verdadera de la guerra sangrienta de Tenochtitlan, la muerte de Moctezuma y la destrucción de esa magnífica metrópolis, con sus edificios, jardines y obras de arte irremplazables, además de la muerte de miles de artesanos, cuya obra aun hoy se puede admirar en el Museo Antropológico de México.

Bernal ha dejado en herencia al mundo civilizado el relato escueto de la conquista del nuevo occidente, en el momento en que la amenaza musulmana cundía en Europa donde la caída de Constantinopla por obra de los turcos había marcado un hito epocal. La pérdida del imperio romano de oriente a manos del Islam, había reducido de manera radical la hegemonía cristiana en occidente. Sin vuelos retóricos, Bernal documentó la conquista del nuevo occidente, logrando forjar ese eslabón que une a la reconquista peninsular esa nueva conquista, incluyendo la celebración del heroísmo de Cortés y de su ejército que, desde este punto de vista, podemos considerar como integrado por los nuevos caballeros villanos, los cruzados modernos del nuevo occidente cristiano.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL<sup>169</sup>

- Alvira, Rafael y Cruz Prados, Alfredo. “Naturaleza y cultura en la determinación del derecho. Sepúlveda y Las Casas ante el problema de la justicia de la guerra,” *Persona y Derecho*, XXXIII (1975), pp. 53-84.
- Anglería, Pedro Mártir de. *De Orbe Novo* [1511], Estudio preliminar, traducción y notas de Stelio Cro. Córdoba (Argentina), Alción Editora, 2004.
- Arenal, Celestino del. *La teoría de la servidumbre natural en el pensamiento español de los siglos XVI y XVII*. Madrid, CSIC, 1975.
- Barbón Rodríguez, José Antonio, ed., Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la nueva España (manuscrito Guatemala)*. El Colegio de México –Deutscher Akademischer Austausch Dienst German Academic Service-Ministerio de Asuntos Exteriores de España, México D.F., 2005
- \_\_\_\_\_. “En torno a la crítica sobre Bernal Díaz del Castillo,” *Revista de Historia Americana y Argentina*, XI-XII (1966-1967), pp. 57-61.
- Bennassar, Bartolomé. *Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible*. Madrid, Temas de hoy, 2002.
- Bethell, Leslie, ed., *The Cambridge History of Latin America*, Vol I. Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- Cabezas, Horacio, ed., *Crónicas mesoamericanas*, Tomo I. Guatemala, Universidad Mesoamericana, 2008.
- Capdequi, Ots, “El derecho de propiedad en nuestra legislación de Indias,” *Anuario de Historia del Derecho Español*, II (1962), pp. 49, ss.
- Clavijero, Francisco Javier, SI, *Storia antica del Messico* [Historia Antigua de México], editor Giorgio Bisiani, 4 tomos. Cesena, 1780.
- \_\_\_\_\_. *Historia Antigua de México*, editor P. Mariano Cuevas. Editorial Porrúa, en 4 volúmenes. Reimpresión en volumen único, México: Porrúa, 1991.
- Clissod, Stephen. *The Seven Cities of Cibola*. New York, Clarkson, N. Potter Inc., 1962.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, en *Historiadores primitivos de Indias*, editor Don Enrique de Vedia. Madrid: BAE, 1946.

---

<sup>169</sup> Se incluyen en esta bibliografía obras pertinentes a ambos conquistadores, Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, como anunciado en “Textos Fundacionales de América V: Primera Parte..”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, n. 39, Madrid, FUE, 2014, p. 366, nota 112.

- \_\_\_\_\_. *Cartas de relación de la conquista de México*. Madrid: Espasa Calpe. Colección Austral. 1945.
- Cro, Stelio. "Cervantes, el Persiles y la historiografía Indiana", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, IV (1975), pp. 5-25.
- \_\_\_\_\_. La "Princeps" y la cuestión del plagio del *De Orbe Novo*", *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid: FUE, N. 28, 2003, pp. 15-240.
- \_\_\_\_\_. "La utopía cristiano-social en el Nuevo Mundo," *Revista de la Universidad Complutense* (1980), pp. 87-129.
- \_\_\_\_\_. "Los cronistas primitivos de Indias y la cuestión de antiguos y modernos", en *Actas del IX Congreso de la AIH*, Vervuert, Frankfurt, 1989, I, pp. 415-423.
- \_\_\_\_\_. "Montaigne y Pedro Mártir: las raíces del buen salvaje," *Revista de Indias*, L (1990), pp. 665-685.
- \_\_\_\_\_. *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América hispana (1492-1682)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983.
- \_\_\_\_\_. "Textos Fundacionales de América, III: el Nuevo Occidente," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid: FUE, n. 36, 2011, pp.13-189.
- \_\_\_\_\_. "Textos Fundacionales de América, IV: letrados y caballeros," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid: FUE, n. 38, 2013, pp.205-442.
- \_\_\_\_\_. "Textos Fundacionales de América, V: El Nuevo Occidente visto por el Conquistador, Hernán Cortés," *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid: FUE, N. 39, 2014, pp. 193-368.
- Delgado, Angel, ed., "Introducción", Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, Homolegens, 2009.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Sacada a Luz por el P.M. Fr. Alonso Ramón, Predicador, y Cronista General del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redención de Cautivos. A la Catholica Magestad del Mayor Monarca Don Felipe Quarto, Rey de las Españas y Nuevo Mundo, N. Señor. Con Privilegio. En Madrid: Imprenta del Reyno. Año 1632.
- \_\_\_\_\_. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Editor Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española, 2011.
- Domínguez Ortiz, Antonio, *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, Crítica, 1985.
- Elliott, John H., *La España imperial*, Barcelona, Vicens Vives, 1986.

- Enguita Utrilla, José María, "Voces Amerindias en las Relaciones de Hernán Cortés," *El español de América*, ed. Pilar García Mouton. Madrid: CSIC, 2003.
- García Moutón, Pilar, editora, *El español de América 1992*. Madrid: CSIC, Instituto de la Lengua Española, Anejos de la Revista de Filología Española, 2003.
- García-Orellán, Rosa. *El Bacalao en Terranova y su Reflexión de los ZEE*. Madrid: Historia 16, 2004.
- Gil, Juan. *Mitos y utopias del descubrimiento, I: Colón y su tiempo*. Madrid, Alianza, 1988.
- Gillies, John. *Handbook of South American Indians*, III. Washington; Smithsonian Institution, 1948.
- Gómara, Francisco López de. *Hispania Victrix. Primera y Segunda Parte de la Historia General de las Indias* [Zaragoza, 1552], en *Historiadores Primitivos de Indias*. Editor, Don Enrique de Vedia. Madrid: BAE, 1946.
- González Rovira, Javier. *Del color de los etíopes*. Barcelona, edición del autor, 1996.
- Hanke, Lewis. *La lucha española por la justicia en la conquista de América*. Madrid, Aguilar, 1959.
- Headley, John. "Spain's Asian Presence, 1565-1590: Structure and Aspirations," *The Hispanic American Historical Review*, LXXV (1995), pp. 623-646.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de. *Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 7 tomos. Madrid: Imprenta Real. Juan Flamenco-Juan de la Cuesta, 1601-1615.
- Iglesia, Ramón. "Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía", *XXVI Congreso Internacional de Americanistas*. Universidad de Sevilla, 2 vols., 1935, II, pp. 148-153.
- Jouve Martin, José-Ramón, *Esclavos de la ciudad letrada: esclavos, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2005.
- Keen, Benjamin. *The Aztec Image in Western Thought*, New Brunswick: Rutgers University Press, 1990.
- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*, editor Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, BAE, 1961.
- Loesberg, Jonathan. "Narrative of Authority: Cortés, Gómara, Díaz," *Prose Studies*, VI (1983), pp. 239-263.
- Losada García, Angel. "Juan Ginés de Sepúlveda," *Cuadernos de Investigación Histórica*, II (1978), pp. 551-590.
- \_\_\_\_\_, ed y trad., Juan Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé de las Casas, *Apología*. Madrid, Editora Nacional, 1975.
- Lynch, James B., "Apocalyptic, Utopian and Aesthetic Concepts of Amerindian Culture in the Sixteenth Century," *Comparative Literature Studies*, IV (1967), pp. 363-370.

- Martínez-Loza, Abel, "Ideas geográficas de Hernán Cortés," *Anuario de Estudios Americanos*, XLVII (1990), pp. 3-26.
- Mejías-López, William. "Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la situación de los conversos y moriscos," *Bulletin Hispanique*, 1993, Vol. 95, N. 2, pp. 623-646.
- Mora, Carmen de. "El discurso de la colonización en las relaciones sobre Cíbola," *Congreso*, XXIX, I, 1994, pp. 535-546.
- Navarrete, Martín Fernández de. Editor, *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1842, Tomo I, pp. 421-461.
- Palacios Rubios, Juan López de. *De las Islas del mar Océano* [De insulis], trad. del latín de Agustín Millares Carlo. Introducción y edición de Silvio Zavala. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Park, Williard Z. *Handbook of South American Indians*, II. Washington: Smithsonian Institution, 1946.
- Pereyra, Carlos. *Hernán Cortés*. México, Espasa-Calpe (Austral), 1969.
- William Prescott, *History of the Conquest of Mexico*. 4 tomos. Filadelfia y Londres: Lippincott Company, 1904.
- \_\_\_\_\_. *History of the Conquest of Perú*, 4 tomos. Filadelfia y Londres: Lippincott Company, 1904.
- Sahagún, Fr. Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. I edición de Don Carlos María de Bustamante. México: Biblioteca Mexicana, 1829.
- \_\_\_\_\_. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Nueva edición de Angel María Garibay K. México: Editorial Porrúa, 1999.
- \_\_\_\_\_. *The Conquest of Mexico. Florentine Codex* [*Historia general de las cosas de Nueva España*]. Edición de Arthur Anderson y Charles Dibble. Salt Lake City: Press of the University of Utah, 1950-1986; 12 tomos.
- Salas, Julio C. *Etnología e historia de Tierra Firme (Venezuela y Colombia)*. Madrid, 1908.
- Sánchez, Luis Alberto. *América precolombina, descubrimiento y colonización*. Madrid, EDAF, 1975.
- Scholes, France V. y Roys, Ralph L. *Los Chontales de Acalan-Tixchel*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Tezonomoc, Hernando de Alvarado. *Crónica Mexicana*. México: Porrúa, 1975.
- The Cambridge History of Latin America*, editor Leslie Bethell. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- Torquemada, Fray Juan de. *Monarquía Indiana*. Madrid, en la Oficina y a costa de Nicolás Rodríguez Franco, 1723.
- Thomas, Hugh. *La conquista de México*. Barcelona: Planeta, 1994.

## ÍNDICE

	<i><u>Págs.</u></i>
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO .....	141
RAZÓN Y PROPÓSITO DE LA HISTORIA VERDADERA. PRIMERA PARTE: LA ÉPICA DE LA CONQUISTA.....	141
ORIGEN DEL NOMBRE Y SU ALUSIÓN AL OCCIDENTE .....	142
CONCIENCIA DE BERNAL DE LA EXTENSIÓN DEL OCCIDENTE CRISTIANO.....	143
EL HISTORIADOR COMO TESTIGO .....	144
EL EXPERIMENTO DE LAS CASAS EN 1520 .....	148
LOS VIAJES DE BERNAL ANTES DE SU PARTICIPACIÓN EN LA ARMADA DE CORTÉS .....	150
1517: DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN .....	150
1518: EXPLORACIÓN DE GRIJALVA: MENCIÓN DE MOCTEZUMA.....	159
MENCIÓN DEL MITO DEL QUETZALCOATL EN LA ARMADA DE GRIJALVA .....	170
BERNAL RELATA LOS SACRIFICIOS HUMANOS .....	172
LA ISLA DE SAN JUAN DE ULÚA, DESCUBIERTA POR GRIJALVA .....	173
LA LUCHA POR LA POSESIÓN DEL NUEVO OCCIDENTE .....	177
EL AMERICANISMO DE BERNAL .....	180
HERNÁN CORTÉS Y LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA	181
LA PRIMERA ETAPA DE LA GRAN AVENTURA: COZUMEL	189
UN ANTECEDENTE ESPAÑOL DE ROBINSON CRUSOE: JERÓNIMO DE AGUILAR .....	190
CONQUISTA Y EVANGELIZACIÓN .....	192
DOÑA MARINA Y LA CONQUISTA DE TABASCO .....	195

TEXTOS FUNDACIONALES DE AMÉRICA VI...	317
LLEGADA A CEMPOALA.....	211
RELACIÓN DE LOS MEXICANOS ACERCA DE LAS FIESTAS DE HUITZILOPOCHTLI.....	212
JUSTIFICACIÓN MORAL Y VERDAD HISTÓRICA EN EL ESTILO DE BERNAL.....	213
SALIDA DE CEMPOALA Y DSVIACIÓN A VERACRUZ.....	216
LA CAMPAÑA INTERRUMPIDA POR LA LLEGADA DE NARVÁEZ.....	220
NARVÁEZ DESAFÍA EL PODER JUDICIAL.....	222
NARVÁEZ EN CEMPOALA: EL CONQUISTADOR-TIRANO.....	224
CONSPIRACIÓN Y DIPLOMACIA EN LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA.....	226
DERROTA DE NARVÁEZ, PRISIONERO DE BERNAL.....	230
MUERTE DE MOCTEZUMA.....	233
LA CONSPIRACIÓN DE VILLAFAÑA.....	235
LA SEGUNDA PARTE DE LA HISTORIA VERDADERA: LA CRÓNICA DE LA POSCONQUISTA.....	238
BERNAL PIUS ET IUSTUS.....	239
LA IDA DE ALVARADO A GUATEMALA.....	241
CORTÉS EN HONDURAS.....	249
BERNAL EN CHIAPAS.....	254
LA DEFENSA DE CORTÉS.....	255
LA UTOPIÍA DE LA NUEVA ESPAÑA.....	262
DEVOCIÓN DE CORTÉS.....	264
LA CUESTIÓN DE LOS ABUSOS DE CORTÉS.....	266
LAS ACUSACIONES CONTRA CORTÉS.....	266
EL RETORNO DE CORTÉS DESDE HONDURAS.....	269
LUIS PONCE DE LEÓN LLEGA AL PUERTO DE SAN JUAN DE ULÚA.....	274

MUERTE DE PEDRO DE ALVARADO.....	279
MUERTE DE HERNÁN CORTÉS .....	280
BERNAL Y LA ENCOMIENDA.....	282
LA HISTORIA VERDADERA COMPARADA A LA CONQUISTA DE MÉXICO DE GÓMARA .....	283
1.- <i>Salida para México</i> .....	284
2.- <i>El encuentro con el cautivo Jerónimo de Aguilar</i> .....	285
3.- <i>Encuentro con doña Marina</i> .....	287
4.- <i>El hundimiento de los navíos</i> .....	289
LO LITERARIO Y ARTÍSTICO EN LA HISTORIA VERDADERA .....	292
1.- <i>El tesoro de Moctezuma</i> .....	292
2.- <i>Rodrigo Rangel, o la ambición de conquistar</i> .....	294
3.- <i>Las Siete Ciudades de Cibola</i> .....	298
ENTRE DOS MUNDOS.....	299
EL LEGADO DE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO .....	302
BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL.....	312
INDICE .....	316